

Taínos:

DANIEL TORRES ETAYO

mitos

y realidades

de un pueblo

sin rostro

Primera edición, 2006

Título Original	Táinos: mitos y realidades de un pueblo sin rostro
Autor	Daniel Alejandro Torres Etayo
Editor Jefe	Jorge Mondragón Sánchez
Edición Técnica	Laura M. Espinel
Diseño	Kedgar Volta y Laura M. Espinel

Para Editorial Asesor Pedagógico, S.A. de C.V.
Shakespeare 19- 601
Col. Anzures, 11590
México D.F.
e-mail serieditores@prodigy.net.mx

ISBN

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático, así como, la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A los habitantes de La Patana,
rincón privilegiado de nuestra patria

A la memoria inolvidable
de la Dra. Marta Arjona Pérez



Acantilados de Cajobabo,
costa sur de Guantánamo

Foto Tamara Gisbert

ÍNDICE

- 11 PRÓLOGO
- 15 INTRODUCCIÓN
- 17 AGRADECIMIENTOS
- 19 CAPÍTULO 1 La naturaleza
- 31 CAPÍTULO 2 Las comunidades tribales agroceramistas
 - Los ancestros taínos / 33
 - Las Sociedades Tribales Agricultoras en Cuba / 35
 - El hombre agricultor / 37
 - El espacio habitacional aborigen / 38
 - Las bases productivas agrícolas de la sociedad tribal / 42
 - Artesanos de la naturaleza / 52
 - La Sociedad Tribal Agricultora / 59
 - Algunos elementos de la superestructura aborigen / 65
- 69 CAPÍTULO 3 Buscando una definición para el taíno en Cuba
 - Cronistas y taínos / 71
 - Historiadores, arqueólogos y, otra vez, taínos / 74
 - Los ochenta y el cambio “paradigmático” / 86
 - Algunas cuestiones teórico-metodológicas para el estudio de la cultura taína en Cuba / 90
- 97 CAPÍTULO 4 La supervivencia aborigen en Cuba
 - Los Pueblos de Indios / 103
 - Los aborígenes y la independencia de Cuba / 106
 - La Comunidad de La Patana, memoria en la lengua / 108
- 115 EPÍLOGO
- 117 BIBLIOGRAFÍA



Mariposas (*Anartia jatrophae*),
Guantánamo
[Foto del autor]

PRÓLOGO

Es un privilegio y gran honor para mi, presentar la presente obra escrita por Daniel Torres Etayo.

Daniel y yo nos conocimos en el verano del 2003, cuando fui invitado para participar en la evaluación del programa de arqueología del CENCREM, un proceso financiado por la UNESCO. Ese viaje fue muy importante, no solo porque constituyó mi primera visita a la gran isla de Cuba, sino también porque me ofreció la oportunidad de conocer e intercambiar ideas con colegas cubanos. Estas discusiones incluyeron un gran número de inquietudes sobre problemas epistemológicos, metodológicos y teóricos en la arqueología de nuestros respectivos países. Fue aquí que me di cuenta que, a pesar de que la arqueología en cada isla del Caribe tiene su propia tradición, compartimos en gran medida muchas de las perspectivas y, por consiguiente, problemas.

Aunque he tenido la oportunidad de trabajar en publicaciones con varios arqueólogos cubanos como Gabino La Rosa Corzo, Lourdes Domínguez, Ramón Dacal, Jorge Ulloa, Pedro Godo y Roberto Valcárcel Rojas, no me considero experto en arqueología cubana. Así pues, el texto que presento a continuación lo hago desde la perspectiva de un arqueólogo caribeño. Desde esta perspectiva, creo que uno de los puntos más importantes de la presente obra no está en los detalles de los datos o la reconstrucción de la historia antigua, sino en el análisis crítico que presenta. De esta manera, considero que este libro forma parte de una nueva generación crítica de arqueólogos caribeños, la cual incluye a estudiosos como José Oliver, Peter Siegel, William Keegan, Samuel Wilson, Clenis Tavares Maria, Roberto Valcárcel Rojas, Jorge Ulloa, Reniel Rodríguez, Jaime Pagán y un servidor, entre otros. Estos arqueólogos han puesto en duda muchas de las premisas y asunciones no probadas que fundamentan posiciones teóricas e interpretaciones del registro arqueológico caribeño. Las limitaciones de estas premisas han obstaculizado el desarrollo de la disciplina y la oportunidad de llegar a un mejor entendimiento del comportamiento humano en el pasado.

Particularmente, en este corto ensayo me interesa abordar tres temas generales que, hasta cierto punto, son comunes en la arqueología de muchas de las islas y que son de índole epistemológica, metodológica y teórica: el paradigma de la posición normativa y positivista de la historia cultural, el problema de las unidades de análisis y el concepto de “lo Taíno”. Estos tres problemas están íntimamente ligados y, de hecho, los dos últimos son consecuencias que surgen del primero.

Probablemente uno de los problemas más grandes de la arqueología caribeña (y de muchas otras regiones del globo) es el énfasis que le damos a la reconstrucción de la historia cultural del área. Esto normalmente incluye la definición de culturas, áreas culturales, cronología y migración. Es importante apuntar que aunque tradicionalmente los trabajos de Irving Rouse son considerados como la máxima expresión de esta línea de pensamiento en el Caribe, él no fue el primero ni el único proponente. De hecho, la perspectiva de la historia cultural comenzó a estar de moda a principios del siglo XX y fue rápidamente adoptada por diversos académicos alrededor del mundo. Su popularidad en el Caribe se debió a una

combinación de factores, dos de los cuales son los importantes trabajos de Rouse y el rol de los aficionados en la arqueología de la región.

Aunque muchos de los conceptos desarrollados por la iniciativa de la historia cultural tienden a ser útiles para organizar algunos de nuestros conocimientos sobre poblaciones pasadas y presentes, éstos tienden a generalizar y a homogenizar, de una manera crasa, variadas culturas, sociedades e historias. Por lo tanto, al utilizar la cultura como la forma básica de análisis estamos asumiendo que todos los grupos sociales incluidos en esta categoría se comportan de igual manera y que pasan por procesos históricos idénticos. Esto ha limitado nuestra capacidad y habilidad para entender aspectos del comportamiento humano que normalmente operan a distintas escalas y niveles socio-culturales. De todos modos, es importante estudiar y entender como estos conceptos fueron definidos y usados ya que por tiempos han influenciado nuestras perspectivas, percepciones y premisas sobre los grupos sociales y culturales. De hecho, conciente o inconcientemente, las áreas culturales (y sus premisas y asunciones no fundamentadas) se han convertido en una parte integral de la epistemología de muchas investigaciones. Por décadas, estos conceptos han sido clave para el desarrollo del conocimiento con que contamos hoy en día, y que aún utilizamos como premisa y punto de partida en la elaboración de hipótesis de trabajo, dirigiendo nuestras preguntas y metodología de investigación; y en la creación de modelos sobre el comportamiento humano en el pasado. Por lo tanto, aún cuando el concepto de área cultural es rechazado, sus prejuicios y premisas han generado el conocimiento básico que utilizamos en muchos aspectos de nuestras investigaciones. Al parecer, este es también el caso de la arqueología cubana según lo comenta Daniel.

Uno de los mayores problemas del uso de unidades generales como la cultura es que éstas son consideradas unidades “naturales” que pueden ser utilizadas en todo tipo de estudios, independientemente del problema o el proceso socio-cultural que se está investigando. El investigador tiene que determinar el nivel y la unidad de análisis apropiado para el estudio de una forma consciente y por lo tanto, no podemos asumir que todos los procesos de interés (e.g., sistemas de subsistencia, desarrollos o cambios socio-políticos, etc.) ocurren únicamente en los altos niveles de la cultura. Muchos de estos procesos son determinados por unidades a niveles más bajos y en unidades más pequeñas. Este problema afecta el potencial analítico y explicativo de nuestras investigaciones, imposibilitando nuestra capacidad de explicar los procesos históricos por los que pasaron los grupos indígenas.

Es importante mencionar aquí que no estoy argumentando que el concepto de cultura no tiene ningún uso analítico. Como se mencionó anteriormente, las definiciones de culturas, áreas culturales y cronología son útiles para organizar los datos con que contamos. De hecho, estas definiciones son muchas veces el primer paso de toda investigación arqueológica en una región específica. Estas definiciones, por ejemplo, son las que nos ayudan a identificar y definir aspectos de esferas de interacción a larga y corta distancia, sistemas de creencias comunes y relaciones sociales y culturales a un nivel elevado. Mis consideraciones aquí están más dirigidas al uso de estas unidades de forma indiscriminada en todo tipo de investigación sin considerar qué nivel y escala de unidades sociales son las que estamos estudiando.

Todo esto nos trae al problema del ‘taíno’. Como bien explica Daniel en su ensayo, este término nunca fue utilizado por los conquistadores europeos como un sustantivo propio para nombrar a los indígenas de las islas. Tampoco hay evidencia que indique que fue utilizado por los propios indígenas como forma de identidad. Taíno es uno de esos conceptos desarrollados por los historiadores culturales y que, desgraciadamente, es asumido por muchos como un concepto “natural”.

Tradicionalmente se considera que la cultura taína ocupaba “homogéneamente” las áreas desde el este de Cuba hasta, por lo menos, las Islas Vírgenes. Es obvio que este término y concepto ha sido creado desde una perspectiva normativa y que ignora la gran variabilidad que existía en el período de contacto. Desafortunadamente, el uso, mal uso y abuso

de este término en la arqueología de las Antillas Mayores nos ha llevado a generalizaciones crasas sobre los habitantes originales de estas islas, lo que conlleva una serie de problemas epistemológicos en nuestro análisis. Específicamente, nos ha llevado a homogenizar las sociedades indígenas de todas estas islas hasta el punto de llegar a asumir que todas ellas pasaron por procesos históricos idénticos y que tenían exactamente el mismo patrón de asentamiento, organización política y social, creencias y prácticas religiosas, y otras prácticas culturales. Al hacer esto, ignoramos la gran cantidad de datos etnohistóricos y arqueológicos que demuestran una gran variabilidad en el archipiélago y, aún más, dentro de cada isla.

Al utilizar casi exclusivamente conceptos desarrollados por los historiadores culturales como unidades analíticas, la arqueología caribeña se ha olvidado de los individuos y grupos sociales que componían las poblaciones de las Antillas Mayores. Esto, en otras palabras, nos ha llevado de forma inconsciente a “deshumanizar” a las sociedades indígenas a favor de unidades abstractas y sin rostro, como son el concepto de cultura y el de ‘taíno’. Es por esto que esfuerzos críticos, como el presente libro, son importantes para el desarrollo de la disciplina. Aunque no podamos decir que estamos completamente de acuerdo con todos los argumentos de esta obra, su importancia estriba en que promueve el debate sobre asuntos de suma importancia, y sobre todo, que nos ayuda a ponerle un rostro al indígena abstracto que tendemos a generalizar en nuestros escritos.

Dr. Antonio Curet Salim
Departamento de Antropología
The Field Museum, Chicago



Cerro de Yaguajay

[Foto del autor]

INTRODUCCIÓN

Cuando en octubre de 1492 el Almirante de la Mar Océana Cristóbal Colón arribó a las costas de Guanahaní, en el actual archipiélago de Las Bahamas, el mundo cambió para siempre.

El impacto primero y mayor de la invasión europea recayó en los aborígenes de las islas del Caribe Insular. En pocos años su número fue reducido a proporciones alarmantes. El drama de la llamada conquista y colonización alcanzaba proporciones genocidas recién iniciado el proceso.

A pesar de que todo indica que a la llegada de los europeos al territorio del Caribe Insular existían varios grupos culturales aborígenes, en el imaginario popular ha quedado la estampa del pueblo taíno como la representativa de esas sociedades. Mitos, leyendas e historias vinculan al desaparecido pueblo con nuestra realidad, y figuras heroicas como los caciques Hatuey, Guamá y Caonabo perviven en la memoria colectiva como ejemplos de rebeldía y resistencia. Su cultura ha vencido al conquistador por los intrincados laberintos del fenómeno sociológico, en la mixtura del criollo, y sobrevive en disímiles formas que seguramente van más allá del uso de algunos vocablos, el comer casabe y el fumar tabaco.

Lo que en el medio popular es una realidad sin problemas, paradójicamente en los medios científicos es todo lo contrario. Por extraño que parezca, en la actualidad no existe un acuerdo definitivo en cuanto a *qué es la cultura taína*, y por tanto, sus definiciones han seguido casi tantos caminos como islas tiene Las Antillas, de tal manera que lo que es taíno en La Española, pudiera no ser lo mismo en Puerto Rico, Las Bahamas o Cuba.

Durante mucho tiempo en nuestro país ha existido una relación de subordinación entre la arqueología de las sociedades tardías y los dictados de los documentos relativos a la Conquista. Si bien las *Crónicas de Indias* constituyen una imprescindible fuente de información sobre esas sociedades, muy frecuentemente se les utiliza como confirmación de lo encontrado arqueológicamente, aun cuando a veces contradice la letra de las crónicas. Esta extraña actitud de los arqueólogos nos ha llevado por el camino ingrato de la pasividad ante la búsqueda de explicaciones a los fenómenos sociales. Mas, del otro lado de esta ecuación existen los arqueólogos que, desde una pretendida objetividad de investigación se han concentrado tanto en el dato material, que toda explicación social parece igualmente superflua ante la diversidad de cacharros, tiestos o formas decorativas; lo cual ha provocado una gran cantidad de culturas, migraciones, y series cerámicas.

En el presente trabajo sostengo que no son los asuntos presupuestales ni instrumentales los que afectan más a nuestra ciencia, sino mayormente aquellos problemas relacionados con cuestiones de posición teórica. Esta circunstancia especial me ha animado a introducirme en este apasionante tema desde la postura de un arqueólogo social, más interesado en determinar los móviles teóricos que subyacen en la manera de actuar de los arqueólogos y sus metodologías, y cómo estas influyeron en la diversidad actual de definiciones. En este sentido, nuestro trabajo es un ensayo deconstructivo que busca contribuir al desmonte de

las construcciones arqueológicas que durante mucho tiempo se han mantenido sin cuestionar; y que la evidencia actual permite someter a crítica.

...

El libro incluye una panorámica sobre el medioambiente cubano que sirvió de escenario a la vida de nuestras comunidades indígenas agricultoras más tardías. Seguidamente se presenta, de manera sintética y general, las características que comparten todas ellas en sus realizaciones materiales. Para aquellos no versados en los temas arqueológicos nacionales, en el tercer capítulo he tratado de mostrar un resumen de los conceptos que se han manejado en torno a la llamada “cultura taína” desde el período inicial de los Cronistas de Indias hasta los estudios más actuales a los que tuve acceso. Por último, incluyo breves consideraciones sobre el destino de los pueblos indígenas cubanos, que la historiografía tradicional cubana declara como extintos de la faz de la isla durante el proceso de colonización temprana, y que, sin embargo, muchas líneas de evidencias parecen indicarnos otra realidad diferente.

La publicación de este texto ha servido, además, para reunir una serie de imágenes de piezas del arte aborigen cubano que son totalmente desconocidas al público en general, ya sea porque pertenecen a colecciones institucionales de acceso restringido o porque se encuentran en museos distantes de las capitales de provincia. De manera que el libro es también un tributo a esos anónimos artesanos de los cuales nunca conoceremos más que la magia e inteligencia legada en los materiales que trabajaron.

Desgraciadamente, el estado actual de las investigaciones en Cuba no permite llegar a conclusiones definitivas sobre muchos aspectos que sometemos a revisión, lo que puede resultar una decepción para muchos de los que leerán este libro; no obstante, siempre que me fue posible, traté de indicar sugerencias para viables soluciones. Por esto, deseo que mi trabajo sirva de motivación para quienes se embarquen en esta empresa, donde la única clave científica para acceder a la realidad es mantener la coherencia entre los aspectos ontológicos, epistemológicos y metodológicos, y por tanto, la más difícil meta a alcanzar.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a mis padres de quienes aprendí a ser marxista, equivalente en Cuba a ser tenaz y constante, único modo de enfrentarse a las dificultades y salir con decoro de ellas. A Alina Lomba por estar allí, siempre en el lugar más cercano.

Al Lic. Jorge Mondragón de Asesor Pedagógico S.A. por su interés y esfuerzo en poner a disposición del pueblo cubano este libro. A mi profesor Ramón Dacal Moure; a mi tutora la Dra. Estrella Rey Betancourt; a mi profesor y amigo Dr. Luis Felipe Bate, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México; al Dr. Luis Antonio Curet Salim, del Chicago Field Museum; al Dr. Ray Petty, de la Fundación Arqueológica de Tibes, Puerto Rico. Al profesor Dr. Roberto Rodríguez; al MSc. Jorge Ulloa y al MSc. Roberto Valcárcel.

A la colega MSc. Silvia Hernández. A la dirección del Centro Nacional de Restauración Conservación y Museología, y mis colegas MSc. Darwin Arduengo, Lic. Seegrit Laborí, Lic. Gustavo Valdés, Lic. Oscar Pereira, Tec. Tamara Gispert.

A mis compañeros del Grupo Juan Federico Esper, gracias a los cuales conocí La Patana por primera vez. Debo agradecer a Enrique Dalmau, Alejandro Medina, Alejandro Merino, Pedro de la Torre, Alejandro González y Rosibel Hidalgo. También a otros colegas de expedición: Téc. Jesús Otero, Lic. Ana Luisa Gazón, Lic. Lorenzo Morales, Téc. Néstor Gómez y al Lic. Ulises González.

Tengo deuda de gratitud además con los especialistas en fauna cubana precolombina Osvaldo Jiménez, MSc. Stephen Díaz y el Dr. Oscar Arredondo.

Especial agradecimiento por permitirme acceder a los fondos museográficos de sus respectivas instituciones le debo a: Dr. Armando Rangel del Museo Montané de la Universidad de La Habana, y al Lic. Gerardo Izquierdo del Instituto Cubano de Antropología.

En la provincia Guantánamo al Lic. Diego Bosch, Director del Centro Provincial de Patrimonio; al personal de los museos municipales de Maisí y San Antonio del Sur. En la provincia Granma al Lic. José Yero de Bayamo; la Lic. Ana Vivian Hernández del Museo Municipal de Campechuela; y a la especialista Teresa Domínguez del Museo Municipal de Niquero. En la provincia Holguín al MSc. Juan Carlos Osorio, Director del Museo de Sitio Chorro de Maíta; la Lic. Migdalia Palacios, Directora del Museo Indocubano Bani, en Banes; Lic. Elena Guarch del Departamento Centro Oriental de Arqueología; a la Lic. Teresa Ruíz del Museo Municipal de Gibara y a la Lic. Ileana Rodríguez del Museo Provincial de Holguín. En la provincia de Las Tunas a las técnicas Marizela Gisbert y Aylen Hernández del Museo Municipal de Puerto Padre. En la provincia de Ciego de Ávila al Lic. Héctor Izquierdo del Museo Municipal de Morón y al Lic. Adrián García del Museo Provincial.





Capítulo 1

La naturaleza



Fig. 1

Rana platanera
(*Osteopilus septentrionalis*)
Foto Luis M. Díaz

Fig. 1 Archipiélago Cubano
visto desde el espacio

*Cual un saurio de esmeralda tendido en un mar de azul turquesa,
Cuba sobresale entre las olas del Caribe.*
(Núñez 1982:47)

El archipiélago cubano constituye un rosario que reúne cerca de 4 195 islas, cayos y cayuelos, que se extienden a lo largo de la porción noroccidental del llamado Arco de las Antillas, y en la entrada del Golfo de México. El territorio ocupado hoy por la República de Cuba tiene fronteras marítimas con los territorios vecinos, que a veces llegan a permitir el contacto visual entre ellos. Tal es el caso de la Punta de Maisí, extremo oriental de Cuba, desde donde pueden observarse las elevaciones montañosas de la Mole de San Nicolás, en el territorio haitiano. En este caso, la distancia que nos separa de la República de Haití es de 77 *km*.

También es posible observar, desde el oriente, islas correspondientes a Las Bahamas, territorio ubicado al norte, del cual nos separan solo 22 *km* hasta Cayo Lobo, su punto más próximo. Por el sur oriental de Cuba, cruzando el Estrecho de Colón y a 140 *km*, se encuentra la isla de Jamaica, perteneciente también al grupo de las Antillas Mayores. Las distancias que nos separan del continente son más grandes, así, desde el Cabo de San Antonio en el extremo occidental, 210 *km* hacia el sureste, a través del Estrecho de Yucatán, se encuentra México; y a una distancia de 180 *km* hacia el norte, y a través del Estrecho de La Florida, se encuentra el territorio de los Estados Unidos.

La isla de Cuba es la más grande del archipiélago y de las Antillas, y posee una superficie total de 110 860 *km*². Su forma alargada y arqueada se orienta en el sentido este-oeste. Su largo mayor discurre entre la oriental Punta de Maisí y el occidental Cabo de San Antonio, alcanzando los 1250 *km*. La parte más ancha de la isla es de 191 *km* desde la Playa Tararacos en la oriental provincia de Camagüey, hasta Camarón Grande en la sureña provincia de Granma. Su parte más estrecha es de apenas 31 *km* desde la Ensenada del Río en la Bahía de Mariel, hasta la Ensenada de Majana en

la costa sur de La Habana. Se ha calculado el contorno de sus accidentadas costas, abundantes en bahías, ensenadas y caletas, en aproximadamente 5 746 *km*.

Cuba posee un relieve predominantemente llano, interrumpido por tres cadenas montañosas principales. En el occidente se encuentra la Cordillera de Guaniguanico, formada por las sierras de Los Órganos y del Rosario. Hacia el centro del país se levanta el Macizo de Guamuhaya; y por último, corriendo a lo largo del sur de oriente, se encuentran las elevaciones de la Sierra Maestra y Sagua Baracoa, cuyo Pico Turquino, de 1 972 *m* de altura, constituye la mayor elevación del país.

Grandes extensiones del archipiélago están constituidas por un substrato cársico, lo que ha provocado un desarrollo extraordinario de los fenómenos hipogeos como cavernas, cuevas y abrigos rocosos. Se calcula que el territorio carsificado es más del 60 % del total de la superficie. (Núñez 1984:245)

El sistema hidrológico cubano lo constituyen cerca de 200 ríos de mediana longitud, y una infinidad de pequeñas corrientes estacionales, cuyas vertientes están condicionadas por la forma alargada de la isla. El mayor río es el Cauto en la región centro-sur oriental con 370 *km* de longitud; pero el de mayor caudal es el Toa, que recorre 120 *km* a lo largo de la zona norte oriental.

Formando parte del archipiélago que rodea la isla se destacan cuatro grupos insulares fundamentales. Por la costa norte y de occidente a oriente tenemos Los Colorados, cuya extensión es aproximadamente de 220 *km* entre el Cabo San Antonio y la Punta Gobernadora; y Los Jardines del Rey o Sabana Camagüey, nuestro más largo grupo insular, con 470 *km* entre la Península de Hicacos y la Bahía de Nuevitas. Este grupo insular debe su nombre al Adelantado Diego Velázquez de Cuellar,

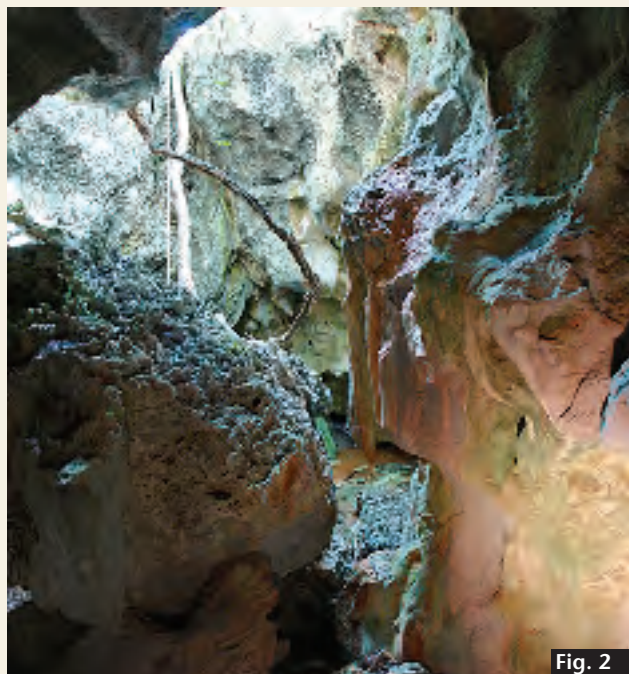


Fig. 2

quien lo bautizó en honor al Rey español durante el proceso de la conquista y colonización, en el siglo XVI.

Por la costa sur, de oriente a occidente, encontramos el grupo de los Jardines de la Reina, aproximadamente 360 km desde el Golfo de Guacanayabo hasta la Bahía de Casilda. Fue bautizado por el propio Almirante durante su Segundo Viaje en 1494 en honor a la Reina ibérica. De este paraje nos dejó la siguiente descripción:

Cuanto más andaba la costa abajo, tanto más espesas parecían infinitas islas bajas, unas todas de arena; otras de arboleda, y muchas que no sobreguaban nada; cuanto más estaban cerca de la isla de Cuba, más altas y más verdes y graciosas parecían. Eran de una legua y de dos y de tres y de cuatro; este día vido muchas, y el siguiente muchas más y más grandes, y

porque eran innumerables y no podía a cada una ponerle nombre, llamólas a todas juntas el Jardín de la Reina. (Las Casas 1995, tomo I: 387).

El cuarto grupo, conocido por Los Canarreos, incluye la Isla de la Juventud, segunda mayor isla del archipiélago, y se extiende 148 km por el sur-occidente cubano.

En este paisaje de cayerías del sur cubano, el 25 de junio de 1494, los marineros de la armada colombina contemplarían el maravilloso fenómeno del cambio de color de los fondos marinos:

[...] dieron en una mar manchada de verde y blanco, que parecía todo bajos, aunque había de hondo dos brazas; desde a siete leguas, dan consigo en otra mar muy blanca, que aún les pareciera ser toda cuajada; de allí a siete leguas, topan con otra prieta como tinta, en que había cinco brazas de fondo; por esta anduvo hasta que llegó a Cuba. Todas estas diferencias de mar eran a los marineros grande espanto, como cosas que nunca habían visto ni experimentado, y por tanto, en cada una temían ser perdidos y anegados. (Las Casas 1995, tomo I: 391)

Cuando el Almirante Cristóbal Colón y sus acompañantes llegaron por primera vez a las costas de Cuba, quedaron atónitos ante la naturaleza que se presentaba a sus ojos. Una combinación maravillosa de paisajes marinos y terrestres, aguas transparentes, playas interminables, serranías cubiertas de bosques que en algunos tramos llegaban a rozar el agua del mar y ríos que bajaban sus frescas corrientes a través de admirables valles. Toda esa experiencia visual, abrumadoramente nueva, es descrita con términos que nos transportan muchas veces a contextos míticos, como el hallazgo del Paraíso Terrenal; otras veces, nos dan a conocer un medio natural virgen y exuberante que el

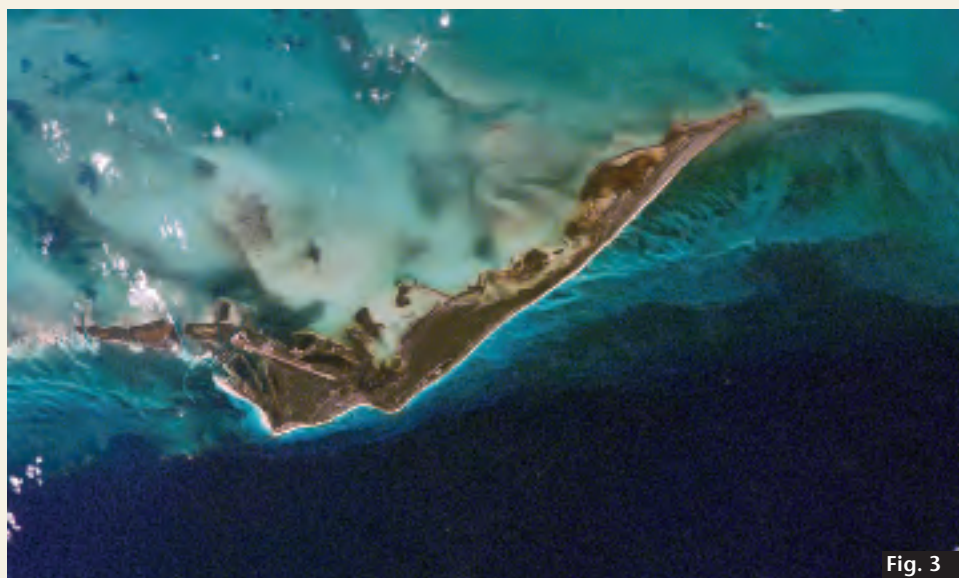


Fig. 3

modo de vida occidental y la modernidad han hecho desaparecer para siempre.¹ Extinto el paraíso, tenemos al menos las crónicas del período de conquista y colonización para ilustrarnos la maravilla de este mundo perdido. Dejemos pues, a aquellos hombres, la ilustración de nuestra prístina naturaleza.

El Almirante Colón descubre Cuba el 28



Fig. 4

Fig. 2 Cueva de Nicomedes,
Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

Fig. 3 Imagen satelital de
Cayo Largo del Sur

Fig. 4 Cañón del río Yumurí,
Baracoa, Guantánamo

[Foto del autor]

de octubre de 1492, por la región nororiental, sus comentarios iniciales van enfilados a destacar la hermosura del paisaje, como relata en su *Diario de Navegación*:

Dice el Almirante que nunca cosa tan hermosa vido; lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y sus frutos, cada uno de su manera. Aves, muchas, y pajaritos que cantaban muy dulcemente; había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras: de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas. [...] la yerba era grande como en el Andalucía por Abril y Mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Dice que es aquella isla la mas hermosa que ojos hayan visto [...] (Fernández de Navarrete 1999: 37)

Es lógico que la flora cubana impresionara a los españoles, pues nuestro suelo posee una muy extraordinaria y variada que cuenta con más de 6 000 especies;² donde cerca del 50 % de las plantas superiores son endémicas. (Capote 1983:8) Este alto grado de endemismo es una de las características más sobresalientes de Cuba.

Según Las Casas, en los inicios de la ocupación europea nuestro territorio estaba cubierto casi por completo de árboles:

La dicha isla de Cuba es, como dije, muy montuosa, que cuasi se puede andar 300 leguas por debajo de árboles; éstos son diversos como los desta Española, y entre otros hay muy hermosos cedros, odoríferos y colorados, gruesos, como gruesos bueyes, de que hacían grandes canoas los indios, que cabían 50 y 70 hombres, para navegar por mar, y éstos era Cuba muy rica en su tiempo y abundante. Hay otros árboles de estoraque, los cuales no cognoscemos, mas que si nos ponemos en algún alto en las mañanas, es cosa maravillosa el olor tan suave que se siente. (Las Casas 1995, tomo I: 510)

Una de las plantas que llamó la atención de los conquistadores fue la palma, ya que su abundancia en la isla es extraordinaria. Según calculan los botánicos, pueden existir más de 70 especies nativas. Hasta tal punto es característica de nuestro país que la *Roystonea regia* o Palma Real de Cuba constituye el árbol nacional; y sabemos que es casi imposible imaginar un paisaje cubano sin palmas.

Tampoco escaparon a los ojos de los colonizadores otras importantes especies vegetales. Al desfilarse el domingo 25 de noviembre de 1492 por la costa nororiental, El Almirante, distinguiría los famosos pinares en la región de Moa [...] *dan voces los mozos grumetes diciendo que vian pinales. Miró por la sierra, y vídolos tan grandes y tan*

¹ Cuando contemplamos las cifras ofrecidas por nuestra Agencia de Medio Ambiente sobre cobertura vegetal, entendemos cuánto se ha perdido de ese Paraíso Terrenal: en 1492 se estima que la cobertura boscosa era del 95 %, en el año 2001, apenas poseíamos el 22,5 % (CITMA, 2001)

² Sin contar los helechos, hongos, algas y musgos, ni las especies introducidas. Si se tiene en cuenta este factor, la flora llega a más de 10 000 especies. (Capote 1983: 8)

Fig. 3

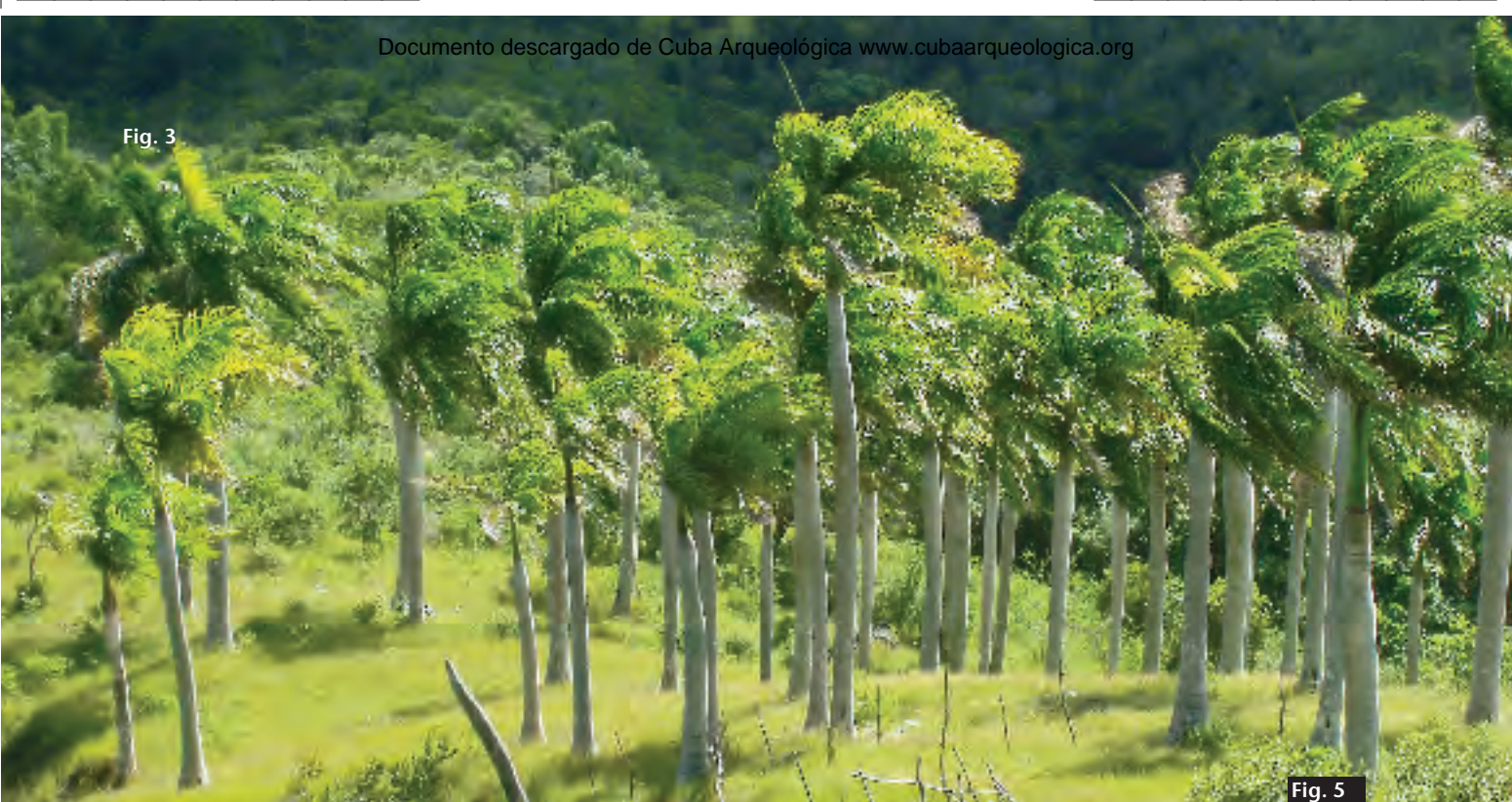


Fig. 5

maravillosos que no podía encarecer su altura y derecha, como husos gordos y delgados. [...] Las sierras, altísimas, de las cuales descendían muchas aguas lindísimas; y todas las sierras llenas de pinos, y por todo aquello diversísimas y hermosísimas florestas de árboles. (Fernández de Navarrete 1999: 59)

Según los estudios de anatomía vegetal que se han efectuado sobre piezas recuperadas de sitios arqueológicos, los especialistas han determinado que nuestros aborígenes hacían un amplio uso de los árboles maderables del país. Entre ellos se ha identificado al guayacán (*Guaiacum officinale* L.), la caoba (*Swietenia mahogani* Jacq.) y el jiquí (*Pera bumeliaefolia*).

Entre las plantas más útiles al hombre precolumbino estaba el algodón (*Gossypium barbadense* L.) y por eso fue objeto especial de descripción en los documentos iniciales de la conquista. Colón menciona que este crecía silvestre y en grandes cantidades por nuestros campos:

[...] y mucho algodón, el cual no siembran y nace por los montes, árboles grandes, y creo que en todo tiempo lo haya para coger, porque vi los cogujos abiertos y otros que se abrian, y flores todo en un árbol, y otras mil manera de frutas que no me es posible escribir, y todo debe ser cosa provechosa. (Fernández de Navarrete 1999: 44)

Por otra parte, una de las más importantes formaciones vegetales de Cuba son los manglares, cuyo verde follaje cubre el 4,8 % de la superficie del país. Por su extensión, los manglares cubanos ocupan el noveno lugar en el mundo y el primer lugar entre los países del Caribe. (CITMA, 2001)



Fig. 6



Fig. 7

La campiña cubana exhibe una gran cantidad de frutas indígenas que sirvieron de complemento alimenticio en la dieta aborigen, entre ellas la piña (*Ananas comosus* L. Merrill), la guayaba (*Psidium guajaba* L.), el caimito (*Chrysophyllum cainito* L.), el hicaco (*Chrysobalanus icaco* L.), la papaya (*Carica papaya* L.), el marañón (*Anacardium armentalis*), el

anón (*Annona squamosa* L.) y la guanábana (*Annona muricata* L.). Además de otras plantas que ofrecían frutos de cáscaras duras, aptas para la confección de contenedores, como la güira (*Crescentia cujete*) y las calabazas (*Cucurbita* sp.).

Algunas otras son descritas en los documentos: [...] hay unos árboles que dan una fruta que se llaman xaguas, la primera sílaba luenga, que son tan grandes como unos riñones de ternera, las cuales, quitadas del árbol, aunque no están maduras y aporreadas, y dejadas en un rincón de casa tres o cuatro días madurar, se hinchen todas de miel, y todo lo que tienen dentro, que es cierta carne, o no sé a que la compare, no es menos sabrosa, y podrá decir más que una pera muy enmelada y sazónada. [...] Hay en toda la isla de Cuba tantas de parras monteses y de uvas en ellas, que hay lugares donde en un tiro de ballesta en rededor, se podrían coger cien cargas y doscientas de uvas. (Las Casas 1995, tomo II: 510)

Sin duda, nuestros aborígenes introdujeron y cultivaron una gran diversidad de plantas comestibles. Entre ellas se destaca la yuca (*Manihot esculenta* Crantz), considerada como la base de la agricultura indígena, el boniato (*Ipomea batata* Lam.), el maíz (*Zea mays* L.), la malanga blanca (*Xanthosoma sagittaeifolium*) y el yerén (*Calathea allouys*). Otros cultivos fueron el maní (*Arachis hipogaea* L.), el ají (*Capsicum* sp.), y variados tipos de frijol. Dice Colón: “Estas tierras son muy fértiles; ellos las tienen llenas de mames, que son como zanahorias, que tienen sabor de castañas, y tienen faxones y fabas muy diversas de las nuestras [...]” (Fernández de Navarrete 1999:44)

El 6 de noviembre de 1492 los europeos topan con la planta indígena que trascendió, tal vez más que ninguna otra, las fronteras del mundo: el tabaco (*Nicotiana tabacum* L.). Veamos el relato de dos marineros enviados a reconocer el interior de Cuba:

Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaban a sus pueblos, mujeres y hombres, siempre los hombres con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel, de los que hacen los muchachos la pascua del Espíritu Santo, y encendida por una parte dél, por la otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo; con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como le nombraremos, llaman ellos tabacos. (Las Casas 1995, tomo I: 230)

Pero si la flora admiró a los europeos, no menos sucedió con la fauna de nuestro archipiélago. Caracterizada por la ausencia de animales peligrosos, como los grandes mamíferos carnívoros o las serpientes venenosas, la fauna cubana es de una benignidad destacable. Algunos cálculos sitúan en más de 10 000 las especies vivientes, de las cuales, una gran cantidad son endémicas. (Silva Lee 1984)

En relación con los demás órdenes zoológicos, los mamíferos terrestres están pobremente representados, correspondiendo más de la mitad a los quirópteros. Los murciélagos, aunque al parecer no tuvieron incidencia en la economía de subsistencia de nuestros primeros pobladores, sí formaron parte importante en sus mitos y creencias. Su abundancia es remarcable pues poseemos 27 especies vivas y 6 extintas. (Silva Taboada 1979)

Entre los mamíferos acuáticos destacan el manatí (*Trichechus manatus*) y las toninas (*Tursiops truncatus*). Colón sufre una decepción al topar con los manatíes, a quienes creyó sirenas, y anota en su diario: “Vido el Almirante el día pasado tres serenas, según dice, que salieron bien alto a la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, las cuales en alguna manera tenían forma de hombre en la cara [...]” (Las Casas 1995, tomo I: 300)

En cambio, Las Casas nos da una descripción mucho más terrenal, y comenta sobre la confusión de Colón al ver restos óseos de manatí en una playa de Cuba, durante su Primer Viaje: “Creía que debía haber vacas y otros ganados en ella, porque vido cabezas en hueso que parecieron de vaca; éstas debieron ser de manatí, un pescado muy grande, como grandes terneras, que tiene el cuero sin escama como el de la ballena y la cabeza cuasi como de vaca.” (Id.: 223)

En los tiempos de la conquista existía,



Fig. 8

Fig. 5 Palmar, Cerro de Yaguajay, Holguín

Foto Tamara Gispert

Fig. 6 Playa Varadero, Matanzas

[Foto del autor]

Fig. 7 Árbol de Yagruma

[Foto del autor]

Fig. 8 Frutos de Güira (*Crescentia cujete*)

[Foto del autor]

además, la foca tropical (*Monachus tropicalis*) que fue exterminada durante el período colonial.

Mas, el mamífero más representativo de la fauna cubana es la jutía, roedor perteneciente a la familia Capromyidae, que formó parte importante de la dieta aborígen. Los cronistas la describen como “conejos de las islas” y se sabe que existieron 7 especies vivientes en el archipiélago, siendo la jutía conga (*Capromys pilorides pilorides*) la más común.

También mencionan la existencia del almiquí (*Solenodon cubanus*), nuestro insectívoro endémico.

Por último, uno de los mamíferos más comunes y que despertó muchas polémicas fue el llamado perro mudo de nuestros aborígenes. Ya Colón lo cita varias veces durante su primer viaje: “Había perros, que jamás ladraron.” (Fernández de Navarrete 1999: 39); y “bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladraban”. (*Id.*: 47). De acuerdo a los especialistas, en realidad el perro mudo no es más que el perro doméstico (*Canis familiaris*) y fue introducido por nuestros aborígenes en su arribo al territorio cubano. (Varona 1980)

Entre los reptiles destacan los saurios, de los que nuestro país tiene una representación increíble de lagartos; más de 70 especies, distribuidas en 6 familias, (Silva Lee 1984:33) la inmensa mayoría

endémicas. Además, destaca la presencia de una sola iguana, siendo el resto camaleones, chipojos, lagartijas, bayoyas y lagartos.

De la iguana (*Cyclura nubila*), que llega a alcanzar una talla de 150 cm, y de su aspecto engañosamente feroz, Las Casas nos dejó esta deliciosa observación:

Esta sierpe, verdaderamente sierpe y cosa espantable, cuasi es de manera de cocodrilo o como un lagarto, salvo que tiene hacia la boca y narices más ahusada que lagarto. Tiene un cerro desde las narices hasta lo último de la cola, de espinas grandes, que la hacen terrible; es toda pintada como lagarto, aunque más verdes oscuras las pinturas. (Las Casas 1995 tomo I: 217)

Los cronistas describieron también al cocodrilo americano (*Crocodylus acutus*), único animal de nuestra fauna que puede representar un real peligro para el hombre, aun cuando, por suerte para él, se encuentra confinado a determinadas regiones.

[...] un río poderoso que los indios llamaban Cauto, de muy hermosa ribera, en el cual se crían infinitos cocodrilos, que abusivamente llamamos lagartos, de los mismos que cría el río Nilo, que suelen ser muy nombrados, o por ventura se crían en la mar y suben el río arriba, y los que pasan por este río es menester no descuidarse, mayormente si les toma la noche en la ribera dél, porque salen fuera del agua y andan por tierra, y se llevan el hombre que hallan durmiendo o descuidado arrastrando al agua, donde lo matan y comen, sin dejar dél nada, y al pasar el río suelen echar mano de los que van a pie y también de los caballos. [...] En todas estas islas cuatro, no hay ni ha habido destos cocodrilos, sino en la de Cuba, y en ella, sólo en el dicho río y a la banda austral [...] (Las Casas 1995, tomo II: 509)

El cocodrilo posiblemente debió ser considerado con mucho respeto, o al menos como tabú, ya que apenas se encuentran sus restos en los sitios agroceramistas, a pesar de que son una gran fuente grande de proteína.

De las serpientes, el majá de Santa María (*Epicrates angulifer*), nuestra boa, llamó la atención de los europeos: “Había y debe haber en aquella isla culebras admirables, gruesas como una gorda pier-



Fig. 9

Fig. 9 Vega de Tabaco (*Miscotiana tabacum*) en Viñales,

Pinar del Río

Foto Tamara Gispert

Fig. 10



Fig. 10 Jutía Conga (*Cacomys pilorides*)

Foto Tamara Gispert

Fig. 11 Almiquí (*Solenodon cubanus*)

Foto Julio A. Genaro



Fig. 11

na de hombre, y muy grandes, todas de pintura pardas, muy torpes, que las pisaba el hombre, hechas roscas, y cuasi no lo sentían." (*Id.*:512)

También los quelonios cubanos estuvieron presentes en la dieta y en la mitología aborígen. Entre ellos se destacan la jicotea (*Pseudemys decussata* L.), la tortuga verde (*Chelonia mydas* L.) y la caguama (*Caretta caretta* L.). La explotación intensiva de las tortugas marinas comenzó desde el mismo momento de la conquista:

[...] por la banda o costa del Sur, como hay infinitas isletas, como dije llamarse Jardín de la Reina, y la mar hace mucho remanso entre ellas y la grande, críanse por allí tantas tortugas que no tienen número, cuya pesquería es admirable; las tortugas son tan grandes como una gran rodela, y aun como una adarga; pesa cada una, con la carne o pescado y manteca que tiene, comúnmente cuatro arrobas; que es un quintal. Es muy buena de comer y cosa muy sana; la manteca de ella es como enjundia de gallina, muy amarilla, que parece, derretida, como oro. Es buena para limpiar lepra y sarna y enfermedad semejante. [...] Desta manera se tomaban tantas tortugas, que a cada paso se podía hacer y se hacía una carnicería de tanta carne o lo que es, como se podría hacer de cien vacas [...] (Las Casas 1995, tomo II: 513)

Especial mención merecen las aves dentro de nuestra fauna, cuya composición exhibe 7 géneros, 25 especies y 60 subespecies endémicas, lo cual

también constituye un alto grado de exclusividad." (González 2002)

Los cronistas llamaron la atención sobre esta riqueza desde la misma llegada. Así, el Almirante se siente impresionado por la avifauna y expresa durante su Segundo Viaje por el sur de la isla: "[...] sobrevino una nubada de cuervos marinos, que cubrían la lumbre del sol; venían de hacia la mar y daban consigo en tierra de Cuba; lo mismo pasaban innumerables palomas y gaviotas, y de diversas especies, muchas aves." (Las Casas 1995, tomo I: 389)

El Padre Las Casas nos da el siguiente resumen: *Las aves que hay en aquella isla son muchas, como palomas y tórtolas y perdices naturales como las de España, pero son menores, y fuera de las pechugas, en lo demás tienen poca carne, y si no es en aquella isla, ni en esta Española, ni en otra destas islas, perdices no las hay. Lo mismo decimos de las grullas, que en sola Cuba se hallan, sino es en la tierra firme. [...] Hay inmensidad de muy graciosos papagayos muy verdes, y sólo tienen sobre el pico, en la frente, una poquita de pluma colorada, y en esto difieren de los desta isla Española, porque los desta aquello de sobre el pico es blanco o cuasi como pelado. [...] Hay unas aves que vuelan cuasi junto con el suelo, que los indios llaman biayas, la media sílaba luenga, que los indios corriendo las alcanzaban, y también con perros, si no me he olvidado, las cuales, cocidas, hacen el caldo como aza-*



Fig. 12

franado; son muy sabrosas y teníamos en lugar de faisanes. (Las Casas 1995, tomo II: 511-512)

Especial impresión causaron los flamencos (*Phoenicopterus ruber ruber*) con su plumaje rosado: Hay también otras aves que en ninguna parte destas Indias, islas ni tierra firme no se han hallado, a cuanto yo tengo entendido; éstas son unas aves de la misma forma y grandor de las grullas, las cuales al principio son blancas como una paloma bien blanca, y poco a poco se van haciendo coloradas, y al cabo ninguna pluma tienen que no sea muy colorada; cosa hermosa es de ver. [...] y es cosa de ver cuando se comienzan a colorar, que como siempre están 500 y 1.000 juntas, no parecen sino greyes de ovejas señaladas o almagradas; comúnmente no andan volando como las grullas, sino que siempre o casi siempre están en la mar, todas las zancas o piernas metidas en el agua salada, los pies en el suelo, que no les llegue a la pluma el agua, y esto es porque no se mantienen sino de la hierbas, o quizá de pescadillos que están dentro de la mar, y deben beber de la misma agua, porque los indios tomaban alguna dellas para tenerla en casa, el han de echar el caçabí o lo que les dan de comer en una vasija de agua, y en ella echalles un puño de sal. (Id.)

El grupo de las rapaces nocturnas encontró su lugar en las representaciones del arte aborigen cubano. Esto se debe seguramente a la belleza imponente de la ciguapa (*Asio stygius*), la blancura de la lechuza (*Tyto alba*), y los pequeños sijú platero (*Glaucidium situ*) y sijú cotunto (*Gymnoglaux laurencii*).

Los moluscos son otro grupo zoológico que en el archipiélago cubano tienen un alto grado de representación. Destacan entre ellos los grandes gasterópodos comestibles como el cobo (*Strombus gigas* L.), el quinconte (*Cassis tuberosa* L.) y el tritón (*Charonia*

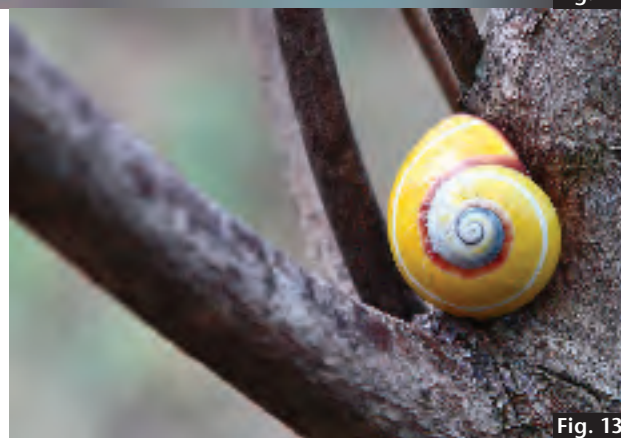


Fig. 13



Fig. 14

Fig. 12 y 13 Polimita (*Polymita picta*)

[Foto del autor]

Fig. 14 Polimita (*Polymita picta*)

Foto Tamara Gispert

Fig. 15 Mariposa (*Parides gundlachianus*)

[Foto del autor]

variegata Lam.). Otras especies marinas que fueron también ampliamente consumidas por nuestros aborígenes fueron la melongena (*Melongena melongena* L.), y la cigua (*Citarium pica*) de las cuales no solo sacaban alimento sino materias primas para su rica y variada artesanía e instrumental.

Entre los bivalvos marinos eran de particular importancia los ostiones (*Crassostrea rizophorae* Guild) y las bayas (*Isognomom alata* Gml.), asociados a los ecosistemas de manglar. Otra importante especie fue la codakia (*Codakia orbicularis* L.), de la cual extraían alimento y la utilizaban como raspador en las labores productivas relacionadas con el procesamiento de tubérculos.

Adornaban los bosques cubanos con sus vistosos colores los caracoles terrestres. El caso más conocido y llamativo es el de la polimita (*Polymita picta*), endémico de nuestro país, que exhibe combinaciones de colores tan brillantes que pueden ser consideradas verdaderas joyas malacológicas del mundo.

Algunos otros animales, de más modestas proporciones, constituyeron fuente de asombro para los primeros europeos. Los vistosos colores de los insectos, y su número, dejaron honda huella en aquellos hombres. Por ejemplo, solamente de mariposas diurnas se reportan en nuestro territorio cerca de 194 especies, muchas de ellas consideradas endémicas. (Alayo y Hernández 1987)

Desafortunadamente, tal vez nunca conoceremos la relación de nuestros aborígenes con estos animales, aunque alguna debió existir. En cambio, los conquistadores nos dejaron fantásticas descripciones como la que sigue, ocurrida durante el Segundo Viaje de Colón por los mares de nuestro sur: "Otro día vinieron a los navíos tan espesas las mariposas, que parecían espesar el aire; duraron

hasta la noche y las disipó un gran aguacero de agua." (Las Casas 1995, tomo I: 389)

No cabe duda que la riqueza pesquera de nuestro archipiélago es extremadamente amplia, y de sus numerosas especies nuestros aborígenes sacaron gran provecho, no solo para su alimentación, sino también para procurar materias primas útiles en la confección de sus herramientas y armas:

De pescado es aquella isla muy demasiadamente copiosa, y abundancia por ambas a dos costas o partes, lizas, mojarras de las de Castilla y sábalos muy grandes y agujas y otros muchos pescados; pero por la banda o costa del Sur, como hay infinitas isletas, como dije llamarse Jardín de la Reina, y la mar hace mucho remanso entre ellas y la grande, críanse por allí tantas tortugas que no tienen número, cuya pesquería es admirable. (Las Casas 1995, tomo II: 513)

Destacan entre nuestros peces por su valor nutricional y cantidad de biomasa, la cherna (*Epinephelus striatus*), el pargo (*Lutianus analis*), la rabirrubia (*Ocyurus chrysurus*) y la cubera (*Lutianus cyanopterus*). También los escualos forman parte importante en la regulación de nuestros ecosistemas marinos.

Toda esta rica y exuberante naturaleza sirvió de escenario a las sociedades indígenas cubanas. Su proceso de explotación fue un aprendizaje continuo para el hombre, y lo llevó al dominio de sus ciclos vitales, y al aprovechamiento intensivo y racional en su favor.

Cuando los europeos de la armada colombina pisaron nuestra tierra, ya el paisaje había sido domesticado hacía milenios. Ese mismo paisaje permitió que, una vez instaurado el sistema opresivo y cruel de la dominación colonial, sobrevivieran los últimos representantes de aquella cultura olvidada, refugiados en los más recónditos parajes.

Fig. 15







Capítulo 2

Las comunidades
tribales agroceramistas



Fig. 16

Ídolo de concha, Colección
Museo de Sitio Chorro de
Maíta, Holguín
[Foto del autor]

Fig. 16 Cráneo deformado,
Colección Museo Montané,
Universidad de La Habana
[Foto del autor]

LOS ANCESTROS TAÍNOS

La sociedad tribal agricultora en Las Antillas tuvo su origen en el continente sudamericano. A partir del 1 025 ANE¹ en el curso medio del río Orinoco, como resultado de los procesos de segmentación, y tal vez, de la presión ejercida por grupos de otros orígenes étnicos, una considerable corriente migratoria empujó a poblaciones aruacas desde el área conocida por Saladero hacia las zonas costeras y propició, eventualmente, en el 500 ANE, su salida al mar Caribe.

Estos grupos, identificados arqueológicamente con la serie cerámica *saladoide*, ya poseían el conocimiento del cultivo de la yuca amarga y toda una tradición de cultivos en la selva tropical. Por su parte, la cerámica *saladoide* se caracteriza por el uso de pigmentos blancos y anaranjados sobre rojo, en las paredes de las vasijas; siendo estas muy finas y de una excelente calidad.

A partir de el 500 ANE las poblaciones de la tradición *saladoide* entraban en las Antillas Menores moviéndose rápidamente de isla en isla hasta alcanzar, hacia el 400 ANE, Puerto Rico y el sur de La Española, donde por causas aún no del todo claras, se detiene el movimiento por más de 1 000 años. (Keegan 2000)

Otros investigadores también han planteado la posibilidad de migraciones de grupos no *saladoide*s. El descubrimiento en la década de 1970 en la isla de Vieques, Puerto Rico, de una serie de sitios poseedores de una cerámica peculiar y con fechados tempranos de alrededor del 350 ANE resulta una prueba bastante evidente. (Chanlatte y Narganes 1986) Según los arqueólogos, el sitio denominado La Hueca estaba relacionado con poblaciones portadoras de una tradición milena-

ria originaria de los Andes sudamericanos, cuyos elementos fundamentales estaban presentes para el 270 y el 320 DNE, en el río Guapo de la costa norte venezolana.

La cerámica *huecoide* se distingue por la ornamentación incisa rellena de pasta blanca, en ocasiones rosada, y el empleo de diseños entrecruzados realizados en seco antes de la cocción. Además, en los sitios está presente una delicada y abundante lapidaria con representaciones ornitomorfos y antropomorfos realizadas sobre piedras semipreciosas.

Este gradual proceso migratorio a través del medio insular caribeño va a provocar un cambio en los esquemas productivos de la selva tropical, transformándolos de manera radical. Es en La Española y Puerto Rico donde se va a producir la transformación total de estas primeras sociedades.

El investigador puertorriqueño Antonio Curet ha documentado, mediante la consideración de varias líneas de evidencia, este cambio esencial de la sociedad aborigen. El desarrollo de una nueva serie cerámica denominada *ostionoides*, a partir del 600 DNE, ha sido el indicador más evidente del desarrollo insular aruaco. Esta serie, considerada como de menor calidad y pobreza estética, ha sido relacionada por algunos autores como un retroceso social impuesto por las necesidades de adaptación al ambiente insular. No obstante, el trabajo de Curet ha evidenciado que es todo lo contrario, e importantes procesos de complejización social, económica y ritual se estaban dando en el seno de la sociedad. (Curet 1996:121)

A partir de los grupos *ostionoides* comienza la colonización extensiva de las Grandes Antillas y el

¹ Emplearemos en el texto la nomenclatura de ANE para señalar las fechas anteriores al año cero, es decir, "antes de nuestra era" y DNE equivalente a "de nuestra era", esto es, posterior al año cero. En el caso de AD se expresan los fechados radiocarbónicos calibrados.

establecimiento de sistemas productivos que generaron un rendimiento y efectividad superior.

El esquema normativo del investigador Irving Rouse, tradicionalmente manejado en la arqueología antillana² presupone que, a partir de la cerámica ostionioide, se desarrollaron las demás subseries cerámicas de la región. De esta manera, la costa norte de La Española se caracteriza por la existencia de cerámica ostionioide del 600 al 800 DNE; la cerámica de la subserie *meillacoide* surge en el centro y norte entre el 800 al 1200 DNE, y por último, aparece la subserie *chicoide* desde el 1 200 hasta el contacto europeo.

Sin embargo, los trabajos de Veloz Maggiolo en Punta Cana, al este de La Española, parecen cuestionar este esquema. (Veloz y Ortega 1995) La cerámica característica del sitio estudiado, con un fechado radiocarbónico entre el 340 y 830 DNE, presenta modelados e incisos que pudieran ser los precursores de la subserie *meillacoide-ostionioide*. Para explicar la presencia de esta cerámica en fechas tan tempranas, Maggiolo propone la ocurrencia de una migración de poblaciones diferentes desde el continente sudamericano.

Como una alternativa al modelo de desarrollo unilineal rousiano y a la nueva migración continental de Veloz Maggiolo, el norteamericano William Keegan ha planteado que la subserie *meillacoide* sería el resultado de la difusión de la tecnología cerámica entre los grupos no ceramistas antillanos de La Española. Este proceso de hibridación ya habría formalizado la subserie *meillacoide* para el 600 DNE entre los pueblos que ocupaban los valles centrales y la costa norte de la isla. (Keegan 2000:150) Lo cierto es que alrededor del 600 DNE pueblos que hacían cerámica de la subserie ostionioide se expandieron fuera de Puerto Rico y establecieron colonias en República Domi-



Fig. 18

nicana, Haití, Cuba, Turk y Caicos, y Las Bahamas. La rapidez con que se efectuó el desplazamiento sugiere asentamientos pequeños que en algunos casos interactuaron con los *meillacoide*. (*Id.*)

Durante el período ostionioide se van a producir todos los cambios trascendentales que posteriormente van a asumir las sociedades aborígenes agricultoras que encuentran los europeos del siglo XV. Se experimentan importantes cambios en las bases tecnológicas de la agricultura, con la introducción del cultivo en montones y los primeros experimentos de terraceo en los bordes de las pendientes. En general, el viejo patrón de la agricultura de selva tropical, o de roza y quema, será sustituido, aun cuando no se abandona completamente. Gracias a estas nuevas prácticas se obtuvieron importantes rendimientos agrícolas que permitieron la complejización de las estructuras sociales. Reflejo de ello, el espacio social cambia y se jerarquiza: los poblados se van a hacer más grandes y van a aparecer estructuras como las plazas ceremoniales. La comunidad incorpora una mayor ritualidad a su vida diaria y se desarrolla la artesanía de piedra en gran escala.

Todos estos antecedentes prepararon el camino para que, a partir del 1 200 DNE en la parte occidental de La Española, pueblos que practicaban la cerámica ostionioide se transformen y creen otro desarrollo regional, la subserie *chicoide*, que generalmente se asocia a los grupos taínos en el momento del descubrimiento.³ Su cerámica estaba caracterizada por el uso de decoraciones modeladas, incisas y punteadas, desapareciendo o siendo muy escaso el uso de la pintura roja. Sus diseños son muchas veces un laberinto de líneas, círculos, puntos y triángulos combinados de manera casi infinita.

Sin embargo, el asociar exclusivamente la cultura taína a las expresiones de la subserie cerámica *chicoide* trae aparejadas algunas dificultades. Una es que en ningún momento de la historia social an-



Fig. 17

² En el capítulo III dedicamos una reflexión a las deficiencias metodológicas de este esquema.

³ Además, en el capítulo III sometemos a debate el problema de la definición de lo taíno en nuestro país.

⁴ Para una discusión al respecto consultar: (Ulloa y Valcárcel 2002)

tillana las expresiones chicoides dominaron toda el área geográfica, por lo que, transferir esta equivalencia implicaría que lo que hallaron los europeos en Las Antillas Mayores no fue una “cultura taína”, sino al menos “varias de ellas”. Si aceptamos la equivalencia chicoide = taíno en todo caso, la cultura taína solo ocupó algunas zonas del ámbito insular.

Si esto es así, y otras expresiones culturales estaban conviviendo con lo chicoide en el momento del descubrimiento europeo, entonces esas otras expresiones culturales también serían de mucha importancia dentro de la historia antillana, por lo que el panorama de desarrollo lineal de la sociedad precolombina antillana es falso y la realidad es mucho más compleja. Por ejemplo, las sociedades meillacoides se mantuvieron vigentes hasta la conquista, y como evidencian los trabajos de Maggilo, jugaron un papel importantísimo en el mundo antiguo insular. (Veloz 1991)

Sea como fuere, lo cierto es que todos estos grupos humanos asimilaban las tradiciones anteriores y las recrearon en una síntesis extraordinaria que les permitió alcanzar complejos procesos de desarrollo que atestiguan la creatividad del hombre precolombino. Posteriormente, sobre estas sociedades se montaría toda la obra colonial en un



Fig. 17 Vasijas de tradición chicoide, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]

Fig. 18 Microcuentas de conchas, Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

Fig. 19 Vasijas de tradición meillacoides, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]



Fig. 19

grado mucho más importante de lo que hasta el día de hoy se ha considerado.

LAS SOCIEDADES TRIBALES AGRICULTORAS EN CUBA

Antes de continuar, debemos aclarar que estamos denominando comunidades tribales agricultoras en Cuba a aquellas que arribaron a nuestro territorio como resultado de procesos migratorios desde La Española, y posiblemente Puerto Rico, con los conocimientos del cultivo de plantas comestibles y la realización de cerámicas relacionadas con alguna de las subseries identificadas en la región. No consideramos la polémica acerca de la aparición, por invención o difusión, de la agricultura y la cerámica entre las sociedades de recolectores pescadores cazadores anteriores.⁴

La particular disposición de nuestro archipiélago tuvo una especial importancia en las estrategias migratorias de las comunidades aborígenes que se internaron en nuestro territorio. Una circunstancia especial los ayudaba: entre el extremo occidental de La Española y el oriental de Cuba existe contacto visual, esto ofrecía posibilidades muy seguras para los medios de navegación con que contaban. Así, para el siglo IX grupos de tradición ostionoides

parecen haber arribado por el sur del oriente, en la actual provincia de Santiago de Cuba.

Según las evidencias encontradas en los sitios El Paraíso (820 DNE) y en Playa Damajayabo (830 DNE), estos se han considerado como los puntos de arribo más tempranos de los agricultores tribales. No obstante, las nuevas técnicas y métodos de calibración de fechados radiocarbónicos permiten precisar un poco más estas fechas, y es muy posible que la entrada se haya producido, en el caso de Damajayabo, mucho antes, en el siglo VII (Cronología rectificada en la Tabla 1). Estos nuevos fechados indican una expansión en muy corto plazo de los elementos ostionoides, a partir de su surgimiento en el 600 AD.

También existen fechados tempranos para sitios de agricultores en la parte nororiental de Cuba que los relacionan con elementos de la subserie meillacoides. Las datas de estos sitios parecen indicar igualmente un rápido movimiento hacia Cuba de los mellacoides desde el norte de La Española

donde se habían establecido para el 775 y el 825 DNE. El sitio banense de Aguas Gordas, en sus estratos bajos, tiene fechados que lo ubican entre 782 AD y el 1252 AD.

Al parecer, estas poblaciones comenzaron un proceso de ocupación hacia el oeste de la isla a partir de su penetración en las costas orientales. Otras fechas tempranas se encuentran en los sitios Loma de Ochile (1 292 AD) en el oriente, El Convento (1 268 AD) en la zona central y el Morrillo, en la occidental (1 252 AD).

Además, expresiones de los grupos chicoides penetraron por el extremo oriental cubano en fe-

chas más tardías, aunque es difícil saber el momento de manera segura pues de ellos solo poseemos el fechado del sitio Laguna de Limones, en Maisí, de 1 310 DNE. Fechado que es problemático por la gran variación que presenta después de calibrado (1 050 AD hasta el 1 613 AD).

A la llegada de los conquistadores europeos, la población aborigen de Cuba tenía la mayor concentración en áreas de la zona oriental. La zona de Gibara-Mayarí-Banes-Holguín, los alrededores de Baracoa-Maisí, el Valle de Caujerí, la zona aleada a Cabo Cruz-Niquero-Manzanillo-Bayamo, y la porción oeste del Valle del Cauto, destacaron por su concentración de sitios agricultores. Hacia el occidente existían también importantes poblaciones ubicadas en el sur de las actuales provincias de Sancti Spíritus y Cienfuegos.

Tabla 1

Fechados radiocarbónicos calibrados de los sitios agricultores cubanos. Modificado de Pino (1995)

SITIO ARQUEOLÓGICO	MUNICIPIO / PROVINCIA	FECHADO C-14	CALIBRADO (2 GMA)	
Laguna de Limones	Maisí, Guantánamo	640 ± 120 BP	1310	1050 AD:1613 AD
Playa Damajayabo	Santiago de Cuba	1 120 ± 160 BP	830	639 AD:1222 AD
El Paraíso	Guamá, Santiago de Cuba	1 130 ± 150 BP	820	648 AD:1208 AD
El Guafe	Niquero, Granma	450 ± 35 BP	1 500	1410 AD:1610 AD
El Guafe	Niquero, Granma	690 ± 50 BP	1 260	1228 AD:1397 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	315 ± 45 BP	1 635	1464 AD:1654 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	375 ± 25 BP	1 575	1447 AD:1631 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	420 ± 45 BP	1 530	1418 AD:1631 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	475 ± 35 BP	1 475	1403 AD:1468 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	165 ± 60 BP	1 785	1651 AD:1894 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	485 ± 50 BP	1 465	1312 AD: 1614 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	575 ± 60 BP	1 375	1291 AD:1434 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	705 ± 65 BP	1 245	1212 AD:1404 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	1 000 ± 105 BP	950	782 AD:1252 AD
Loma de La Campana	Banes, Holguín	490 ± 45 BP	1 460	1318 AD:1476 AD
Loma de La Campana	Banes, Holguín	505 ± 40 BP	1 445	1320 AD:1452 AD
Loma de La Campana	Banes, Holguín	600 ± 55 BP	1 350	1286 AD:1420 AD
Potrero del Mango	Rafael Freire, Holguín	810 ± 80 BP	1 140	1030 AD:1377 AD
Barajagua	Cueto, Holguín	590 ± 100 BP	1 360	1219 AD:1610 AD
Esterito	Banes, Holguín	500 ± 100 BP	1 450	1285 AD:1634 AD
Esterito	Banes, Holguín	550 ± 150 BP	1 400	1158 AD:1796 AD
Loma de La Forestal	Holguín	970 ± 100 BP	980	882 AD:1266 AD
Loma de Ochile	Holguín	620 ± 30 BP	1 330	1292 AD:1399 AD
Loma de Ochile	Holguín	660 ± 35 BP	1 290	1276 AD:1394 AD
Loma de Ochile	Holguín	690 ± 50 BP	1 260	1228 AD:1397 AD
Loma de Ochile	Holguín	770 ± 35 BP	1 180	1210 AD:1287 AD
Loma de Ochile	Holguín	880 ± 40 BP	1 070	1035 AD:1251 AD
El Convento	Cienfuegos	665 ± 50 BP	1 285	1268 AD:1400 AD
El Morrillo	Matanzas	590 ± 90 BP	1 360	1252 AD:1471 AD

EL HOMBRE AGRICULTOR

¿Cómo era el aspecto físico de nuestros aborígenes? Múltiples descripciones nos legaron los cronistas sobre este particular. Enfrentados a un mundo totalmente desconocido, algunos juzgan a los pobladores de las islas como salvajes incivilizados debido a su desnudez y hábitos. Veamos algunas de esas descripciones.

La primera es la que hace el Almirante a su llegada:

Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y tambien las mugeres, aunque no vide más de una, farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras; los cabellos, gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, é cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detras, que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solo los ojos, y dellos solo el nariz. [...] Ellos todos á una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos [...] (Fernández de Navarrete 1999:19)

El doctor Diego Álvarez Chanca, durante el segundo viaje de Colón, escribe al Cabildo de Sevilla una famosa relación donde incluye la siguiente descripción:

Toda esta gente, como dicho tengo, andan como nacieron, salvo las mugeres de esta isla traen cubiertas sus vergüenzas, dellas con ropa de algodón, que les ciñen las caderas; otras, con yerbas é fojas de árboles. Sus galas dellos é dellas es pintarse, unos de negro, otros de blanco é colorado, de tantos visajes que en verlos es bien cosa de reir; las cabezas rapadas en logares, é en logares con vedijas de tantas maneras que no se podria escribir. En conclusión, que todo lo que allá en nuestra España quieren hacer en la cabeza de un loco, acá el mejor dellos vos lo terná en mucha merced. (Id.:187)

El uso de la pintura corporal era un elemento necesario, pues, según el Padre Las Casas, además de razones estéticas, “[le usaban] por se defender del sol y porque con aquellas colores se les paraban las carnes muy tiesas y no se cansaban tan presto en los trabajos”. (Las Casas 1995, tomo I: 276) También la apariencia era un importante componente cuando iban a encuentros de carácter bélico.

El marinero saonés, Miguel de Cúneo, durante el segundo viaje colombino, nos precisa:

[...] los hombres de uno y otro sexo son de color aceituado, como los de Canarias; tienen la cabeza aplastada y la cara atartarada; son de pequeña estatura; por lo común, tienen muy poca barba y bellísimas piernas, y tienen la piel dura. Las mujeres tienen los senos muy redondos y duros. Bien hechos. Las cuales, por lo común, después de haber parido, llevan enseguida a los hijos al agua para lavarlos y para lavarse a sí mismas, ni se les arruga el vientre por causa del parto, sino que lo tienen siempre tieso, y así los senos. (Portuondo 1977: 37)

La observación de la forma de la cabeza que ofrece el marino Cúneo ha sido interpretada como la confirmación etnográfica de la práctica de la deformación craneal fronto-occipital tabular-oblicua que a nivel arqueológico exhiben los enterramientos humanos de estas sociedades. Esta práctica era común entre los agricultores ceramistas y se producía en los primeros años de vida, cuando los huesos craneales conservaban la movilidad. Mediante tablillas envueltas en algodón se ejercía presión sobre el cráneo de los niños hasta que este quedaba deformado. Esta característica a veces puede ser reconocida en algunas de sus creaciones artísticas.

En tanto, la cara “atartarada”, es decir, como de tártaros asiáticos, alude claramente a los rasgos mongoloides de las razas indígenas americanas.

Los estudios de antropología física han permitido acercarnos mucho más al aspecto de nuestros primitivos pobladores. En los estudios hechos en materiales óseos del cementerio Chorro de Maíta pertenecientes a 108 individuos, se pudo determinar que la estatura promedio de las mujeres era de 147,6 cm siendo la de los hombres de 158,6 cm. (Rodríguez Arce 2003: 86) Es curiosa la aparición de un verdadero “gigante” entre los enterramientos de este importante sitio: el esqueleto no. 25 poseía una estatura de 176 cm, y las huellas de fuertes inserciones musculares en los huesos denotan un carácter fornido y robusto en este singular individuo. (Guarch 1994:15)

Sin duda, el físico corporal era engalanado por diversos aditamentos. Colón señala “algunos dellos con penachos en la cabeza y otras plumas [...]”, (Fernández de Navarrete 1999:248) además, usaban aretes, collares, colgantes, y textiles elabora-



Fig. 20

dos en algodón y otras fibras, como más adelante mencionamos. El marino Miguel de Cúneo dice: “Fuimos entonces a tierra y les ofrecimos nuestras cosas, y entre otras, unos pendientes, los cuales aceptaron mejor que todas las demás, en seguida se los colgaron a las orejas y a la nariz; las cuales orejas y la nariz, o sea el tabique, todos, hombres y mujeres, los tienen agujereados para eso mismo.” (Portuondo 1977:45)

Algunas curiosas costumbres nos llegan por parte de los cronistas, por ejemplo la forma de saludarse, “[...] y les ponían las manos en la ca-

beza, que era señal de amistad y gran reverencia, y, cuando esto hacían, estaban todos temblando, hasta que los cristianos del todo les aseguraron.” (Las Casas 1995, tomo I: 259) También era común entre ellos la permanencia durante largos períodos de tiempo sentados en cuclillas.

Los cronistas, al parecer, reconocieron una uniformidad en cuanto al lenguaje hablado por las sociedades tribales agricultoras de Cuba. Supuestamente, este constituía una derivación de la gran familia lingüística aruaca continental y los lingüistas prefieren denominar a la variante antillana como aruaco insular. (Bernal 1991) Colón, por su parte, nota que: “No hay en todas estas islas diversidad alguna en la fisonomía, en las costumbres ó lengua, antes bien, todos se entienden recíprocamente [...]” (Fernández de Navarrete 1999:162) No obstante, en otro documento el Almirante reconoce: “[...] es verdad que como esta gente platican poco los de la una Isla con los de la otra, en las lenguas hay alguna diferencia entre ellos, según están más cerca ó más lejos [...]”. (*Id.*:197) En el próximo capítulo discutiremos cómo la homogeneidad cultural antillana es solo una ficción y que, a pesar de la evidencia lingüística general, sí existían otras convenientemente disimuladas por el conquistador.

EL ESPACIO HABITACIONAL ABORIGEN

Los poblados aborígenes se distribuían por todo el territorio, y aunque generalmente se ubicaban cercanos a cursos de agua, en algunas ocasiones el dominio del medio permitió ocupar terrenos secos como es el caso de las mesetas cársicas de Maisí, en el extremo oriental. En general, los poblados se distribuyen por casi todos los ambientes naturales encontrados en la isla. Son reportados sitios tanto en el sur semidesértico del oriente, como en los paisajes boscosos que rodean a Baracoa; en las zonas bajas al norte de la actual Ciego de Ávila; en los valles fértiles de Guantánamo y Holguín; así como, en los ambientes costeros del centrosur del país.

Las casas consistían en grandes construcciones de carácter comunal, de planta circular, denominadas *caneyes*. Colón se maravilla de estas construcciones y nos deja escrito, en su *Diario de Navegación* el 29 de octubre de 1492, a la altura de Gibara, no solo la descripción de las casas sino también de su ambiente:

Las casas diz que eran ya mas hermosas que las que habian visto, y creía que cuanto más se allegase á la tierra firme serian mejores. Eran hechas á manera de alfaneques, muy grandes, y parecian tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y dentro muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palma muy hermosas. Hallaron muchas estatuas de figuras de mujeres, y muchas cabezas en manera de caratona muy bien labradas. No sé si esto tienen por hermosura o adoran en ellas. Había perros que jamás ladraron: había avecitas salvajes mansas por sus casas, había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar. (Fernández de Navarrete 1999: 38)

Más adelante, en Baracoa, va a ver: “[...] una casa hermosa, no muy grande, y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabria decir, y colgado al cielo della caracoles y otras cosas. Yo pensé que era templo [...] dijeron que no, y subió uno dellos arriba

y me daba todo cuanto allí habia, y dello tomé algo. (Id.: 68)

El proceso de construcción de las casas involucraba una labor colectiva de mucha importancia y movilizaba una gran cantidad de recursos en su construcción. El otro gran Cronista de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, nos legó una descripción del proceso:

Hincaban unos postes a la redonda de buena madera, y de la grosera (cada uno) conveniente, y en circuyto á quatro pasos a cinco passos el de un poste del otro, ó en el espacio que querían que óbviese de poste á poste: é sobre ellos, después de hincados en tierra, por encima de las cabezas, en lo alto pónenles sus soleras é sobre aquellas ponen en torno la vararon (que es la templadura para la cubierta); las cabezas ó grueso de las varas sobre las soleras que es dicho, é lo delgado para arriba, donde todas las puntas de varas se juntan é resumen en punta, á manera de pabellón. E sobre las varas ponen de través cañas, ó latas de palmo á palmo (ó menos), de dos en dos (ó sencillas), é sobre aquesto cubren de paja delgada é luenga: otros cubren con hojas de bihaos: otros con hojas de palma y también con otras cosas. En la baxe, en lugar de paredes desde la solera á tierra, de poste á poste, ponen cañas hincadas en tierra, someras é tan juntas, como los dedos de la mano juntos; é una á par de otra hacen pared, é atanlas bien con bexucos que son unas venas ó correas redondas que se crían revueltas a los árboles (y también colgando dellas) como la correhuela: Los quales bexucos son muy buena atadura, porque son flexibles é tasables, é no se pudren, é sirven de clavaçon e ligaçon en lugar de cuerdas y de clavos para atar un madero con otro é atar las cañas assi mismo. El buhio ó casa de tal manera fecho llamase caney. (Fernández de Oviedo 1853:163)

Respecto a la forma de las casas, el cronista Oviedo menciona, además del caney, la existencia de construcciones de planta rectangular o bohíos donde moraban personajes importantes de la tribu. Autores como Lovén cuestionan esta afirmación del cronista atribuyéndola a que Oviedo llegó a Las Antillas en fechas muy avanzadas de la colonización cuando ya la arquitectura indígena estaba influenciada por los criterios europeos. (Lovén 1935) La evidencia arqueológica tiende a confirmar esta suposición pues hasta la fecha no ha podido ser identificada una construcción rectangular correspondiente al momento precolombino. (Versteeg y Schinkel 1992)

Tradicionalmente se ha pensado que los montículos residuarios presentes en los sitios de sociedades agricultoras son el equivalente a las plantas

de las casas, pero el resultado de las últimas investigaciones en el área caribeña demuestra que esta visión no se puede seguir sosteniendo. La correcta delimitación de lo que constituye un basurero y de lo que es una superficie natural o un piso de ocupación, es un elemento metodológico obligatorio en el trabajo arqueológico para establecer la verdadera estructura del espacio social. (Siegel 1989)

Desgraciadamente, en nuestro país las metodologías y procedimientos de excavación empleados son inadecuados para dar solución a este interesante problema. En la última década, solamente el excepcional sitio Los Buchillones ha podido mostrar a través de sus evidencias, la conformación de una parte de un poblado aborigen.

En las jornadas de campo de 1998, el equipo investigador logró identificar muy bien la existencia de una casa de planta circular de unos 12 m de diámetro y gran parte de su ajuar. (Jardines y Calvera 1999) Estos hallazgos se han seguido sucediendo, y en la actualidad el sitio constituye una verdadera joya del patrimonio arqueológico antillano.

En relación a las dimensiones y capacidad de las viviendas aborígenes los cronistas difieren en sus escritos. Las Casas comunica que estas tenían entre 9 y 12 m de diámetro, y Anglería apunta un rango entre 26 y 32 m para las casas de la élite. Para el padre dominico en cada casa vivían entre 10 y 15 vecinos con sus esposas e hijos, mientras el fraile Pané reporta, para otro caso de élite, de 16 a 17 personas. (Curet 1992)

El investigador puertorriqueño Antonio Curet ha documentado cronológicamente un cambio en las dimensiones del espacio doméstico a través de los diferentes períodos de desarrollo cultural en Puerto Rico, donde las unidades domésticas parecen disminuir su tamaño desde las ocupaciones saladoides (300 DNE-600 DNE) hasta hacerse más pequeñas en las chicoides (1 200 DNE). Este autor sugiere que el proceso refleja el tránsito de



Fig. 21

Fig. 20 Postes sumergidos, Los Buchillones, Ciego de Ávila.

Fig. 21 Réplica de un caney, Chorro de Maíta, Holguín

Foto Tamara Gispert



Fig. 22

Fig. 22 Excavación y bandeja de madera del sitio Los Buchillones, Ciego de Ávila

[Foto del autor]

Fig. 23 Excavaciones en Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

familias extensas a familias nucleares, que a su vez se relaciona con cambios en el patrón de asentamiento, la dieta, los diseños cerámicos, el surgimiento de espacios públicos ceremoniales, y posiblemente, el establecimiento de formas cacicales de organización. (*Id.*)

Es perfectamente posible que también en el suelo cubano estos cambios se estuvieran dando; en el futuro la investigación arqueológica deberá proponerse su documentación.

La composición de las aldeas o *yucayeques* indígenas se revela en las crónicas como un elemento variable. En ocasiones se reportan conjuntos habitacionales de hasta 50 casas y 1 000 vecinos, tales como los que vieron Rodrigo de Jeréz y Luis de Torres en el interior de la isla durante el primer viaje de Colón; otras veces aparecen simples casas comunales dispersas en el espacio. A nivel arqueológico es perfectamente observable esta distribución. En el Valle de Caujerí encontramos el sitio de Guaibanó⁵ con cerca

de 1 000 metros continuos de residuarios arqueológicos, lo que denota la existencia de una gran población, en tanto, unos kilómetros más hacia el este, se reportan sitios como El Lindero con solo dos montículos residuarios de pequeñas proporciones en medio de una gran superficie de terreno no ocupado en tiempos precolombinos.

También se reporta en las crónicas la existencia de pequeños campamentos que eran destinados a la pesca o realización de otras actividades temporales: *Fueron y volvieron sin haber topado alguna gente ni casa, sino cabañuelas como ranchos, y lugares donde se habían hecho muchos fuegos, y los caminos muy anchos, indicios, en fin, de mucha gente; esto debía ser que venían a pescar a la mar, de sus poblaciones, y como duermen en el suelo andan desnudos siempre, hacen, cada dos o tres indios, un gran fuego y cenan y duermen alrededor de él.* (Las Casas 1995, tomo I: 256)

En Cuba existían, al parecer, algunos poblados con características palafíticas como es el caso de Carahate, “un pueblo que estaba en la ribera de la mar del Norte y dentro las casas sobre horcones en el agua [...]” (Las Casas 1995, tomo II: 541)

Un importante cambio observado en el espacio habitacional es el referido a la existencia de estructuras más complejas asociadas al desarrollo de rituales y ceremonias. Las conocidas plazas ceremoniales, presentes desde el siglo IX DNE en los sitios ostionoides de Puerto Rico y La Española, llegan a Cuba en fechas más tardías. El único fechado que puede ser asociado con relativa seguridad a estas manifestaciones en nuestro país es alrededor del 1 310 DNE en el sitio Laguna de Limones, vinculado a expresiones cerámicas chicoides por varios autores. (Tabío y Rey 1979; Guarch 1978) Hasta el momento, la existencia de las plazas ceremoniales ha estado circunscrita al extremo oriental de la isla, en el actual municipio de Maisí.

La primera conocida se ubica en el sitio de Pueblo Viejo, y fue reportada por Miguel Rodríguez Ferrer en 1847. Las restantes fueron dadas a conocer por el arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington entre 1915 y 1919, son: Monte Cristo, Laguna de Limones y San Lucas. En la actualidad solo se conservan las dos últimas, y la de Pueblo Viejo se encuentra en peligro de desaparición.

Las características de las plazas cubanas son únicas en el Caribe Insular. En Puerto Rico la delimitación de las plazas se efectuó mediante alineaciones de lajas rocosas en posición vertical, en

⁵ Este sitio está considerado como el de mayores dimensiones de la sociedad tribal agricultora en Cuba.

tanto, encontramos en La Española ese mismo método y además, el de su sustitución por pequeños muros o camellones de tierra apisonada. En Cuba las plazas reportadas exclusivamente se delimitaron por muros de tierra. Otra de sus características distintivas es su forma rectangular.

Por sus dimensiones, las plazas ceremoniales de Pueblo Viejo y Laguna de Limones pueden ser consideradas, de acuerdo con E. Ricardo Alegría, como las más grandes obras de tipo rectangular en todo el Caribe Insular. (Alegría 1983: 151) Aclaremos que esto ocurre si se consideran individualmente ya que existen sitios que presentan más de una plaza ceremonial, como el caso de Tibes en Puerto Rico, que presenta un total de 9 plazas. (Curet 2002)

Las dimensiones de las plazas de Pueblo Viejo, según Guarch, son de 250 m por 135 m y de Laguna de Limones es aproximadamente de 169 m por 87 m. (Guarch 1978; Torres 2006a)

No es posible, de acuerdo a los resultados de las últimas investigaciones, seguir negando la magnitud de estas primitivas obras arquitectónicas de Cuba, como Tabío y Rey plantearan: "los recintos ceremoniales cubanos se limitan a simples cercados térreos que apenas pueden compararse con las estructuras en piedra típicas de las otras Antillas Mayores". (Tabío y Rey 1979: 202) La evidencia es contundente al respecto.

Una observación efectuada por un campesino en el sitio Laguna de Limones, llevó a José Manuel Guarch a enunciar la hipótesis de que la plaza ceremonial del lugar funcionara como una obra de carácter hidráulico, que captaba agua pluvial y la direccionaba hacia una pequeña laguna ubicada unos metros al este de la antigua aldea. Esta posibilidad ha sido manejada en muchas bibliografías (Domínguez, Febles y Rives 1994; Tabío 1989; Moreira 1999) pero nunca demostrada. Investigaciones realizadas a partir del año 2001 en el sitio, demostraron que no existe una base sólida para atribuir un carácter de obra hidráulica a la plaza ceremonial de Laguna de Limones. Los modelos topográficos desarrollados demostraron que era innecesaria la realización de una obra de esas dimensiones para captar agua pluvial, cuando todo el entorno constituye una superficie de captación de mayores dimensiones. La abertura que se presenta en la esquina sureste de la plaza coincide con el declive interno de la superficie de la misma, y por tanto, debió ser la solución constructiva abori-

gen para evitar la acumulación de agua de lluvia y facilitar su evacuación del área ceremonial.

Tal vez, el aspecto más importante de las plazas ceremoniales cubanas es aquel que las relaciona con el desarrollo de fuertes procesos de complejización social y el establecimiento de relaciones mucho más sólidas de territorialidad tribal que deberán ser objeto de estudios futuros. A las plazas hay que entenderlas en su escala regional y no como entidades separadas del espacio físico y social del que fueron producto. No obstante, esta sigue constituyendo una manifestación exclusiva del extremo oriental cubano.

Otros espacios que pudieron tener la misma significación en el marco de la complejización de la sociedad tribal agricultora fue la existencia de áreas funerarias extensas localizadas. Entre ellas, la más importante parece ser el cementerio de Chorro de Maíta en la región indígena de Banes, provincia de Holguín. En este sitio, a pesar de existir numerosas cavernas, parece haberse efectuado un uso reiterado del espacio como cementerio al aire libre por más de 400 años. (Valcárcel y Rodríguez 2003) Las investigaciones han identificado posibles procesos de diferenciación social inferidos a partir de las diferencias existentes en la parafernalia acompañante de los entierros.

Sin dudas, todas estas características del uso del espacio socialmente transformado estarían condicionadas por los diversos ritmos alcanzados en el desarrollo de las fuerzas productivas y el incremento de la productividad del trabajo. Sobre una base productiva perfectamente engranada al ambiente,



Fig. 23

gracias a un proceso centenario de aprendizaje, se erigió el desarrollo de las sociedades tribales que ter-

minó por generar formas sociales, que apenas hoy empezamos a comprender en toda su magnitud.

LAS BASES PRODUCTIVAS AGRÍCOLAS DE LA SOCIEDAD TRIBAL

Las sociedades tribales agricultoras en Cuba, como en el resto del Caribe Insular, basaron su economía en el complejo de la yuca amarga (*Manihot esculenta* Crantz), aunque para nada quiere esto decir que solamente dependieran de este cultivo para su subsistencia, tal y como a veces se entiende en algunos textos. En realidad, estas sociedades habían aprendido a desarrollar un concepto productivo que hoy se equipararía con el de "seguridad alimentaria", a través de la combinación de cultivos diversos y de diferentes ciclos con otras actividades como la caza, la recolección y la pesca, esta última de evidente importancia en un ambiente insular como el cubano.

Como bien notó el doctor Chanca durante el segundo viaje colombino:

El mantenimiento suyo es pan hecho de raíces de una yerba que es entre árbol é yerba, é el age, de que ya tengo dicho que es como nabos, que es muy buen mantenimiento; tienen por especia, por lo adobar, una especia que se llama agí, con la cual comen también el pescado, como aves cuando las pueden haber, que hay infinitas de muchas maneras. Tienes otrosí unos granos como avellanas, muy buenos de comer. Comen cuantas culebras é lagartos é arañas é gusanos se hallan por el suelo; así, que me parece es mayor su bestialidad que ninguna bestia del mundo. (Fernández de Navarrete 1999:188)

Acerca de nuestro país el Padre Bartolomé de Las Casas expresó: "Allende de todo lo dicho, cuanto al pan caçabí, hallamos aquella isla llena de aquellas sus labranzas, y nunca se ha hallado tierra en estas Indias, que en abundancia de comida y de las cosas necesarias le hiciese ventaja." (Las Casas 1995 tomo II: 513)

Entre las técnicas de cultivo empleadas se encontraban: a) la roza y quema, b) la siembra en jagüeyes, o cultivo en las oquedades cársicas, c) el montón agrícola, d) las acequias, o uso de canales de riego, e) el cultivo de várzea, o márgenes de inundación de ríos, y f) las terrazas de cultivo. Hasta el momento, las tres primeras técnicas han sido identificadas en nuestro país, siendo el caso de las terrazas un tema de investigación actual.

El complejo de la yuca amarga involucraba una serie de procesos de trabajo determinado, a través de los cuales la comunidad aborigen se relacionaba con el medio y entre sí. En la cumbre de las técnicas agrícolas aborígenes se encontraba el sistema de cultivo en montones, una innovación antillana que sustituía al ancestral sistema de roza de selva tropical, y era compatible con el nuevo ambiente insular donde los suelos no tenían el mismo ritmo de degradación.

El conuco o campo de cultivo era preparado erigiendo unos montones de tierra "y esto es alzar de la tierra que cavan cuatro palmos en alto y doce pies en cuadro" (Las Casas 1995, tomo II: 250)

En opinión de los agrónomos, este sistema permitía una penetración del agua y del aire más profunda, evita la erosión y compactación del suelo, y concentra los nutrientes, independientemente de que los agricultores precolombinos fertilizaban los montones con restos orgánicos.

Por esto, una vez plantados los esquejes de yuca en los montones, se debían desyerbar al menos dos veces dentro del primer año, hasta que las plantas de yuca cobraran la fuerza suficiente. Los conucos tenían además la función de ser un almacén vivo de los productos agrarios, y este es un hecho que



Fig. 24

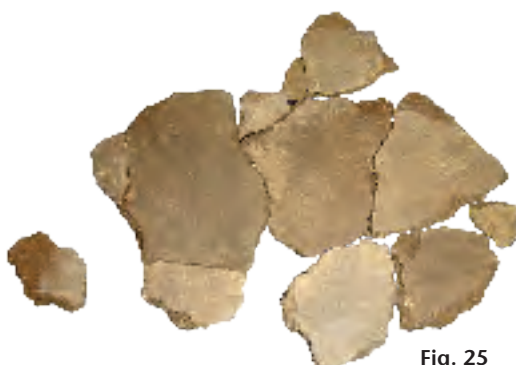


Fig. 25

Fig. 24 Burén hallado en el sitio El Yayal, Colección Museo Provincial de Holguín

[Foto del autor]

Fig. 25 Fragmentos de burén recuperados en Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

permitía disponer de una gran cantidad de alimento como reserva y medio de intercambio. La cosecha estaba lista a los 12 meses de plantada, aunque era ideal al año y medio, pudiendo estar bajo tierra hasta los 3 años sin afectarse.

Según los datos documentales, las plantaciones de montones a veces alcanzaban cifras elevadísimas. El Adelantado Diego Velázquez, menciona que había hecho trabajar a los indígenas de la provincia de Maisí, en la conformación y siembra de 4 000 y 50 000 montones agrícolas. (Pichardo Viñals 1965: 75)

El historiador Francisco Moscoso en su detallado estudio sobre la agricultura aborígen, (Moscoso 1999) ha estimado la existencia evidente de un excedente en la producción de yuca partiendo de las cifras dadas por los cronistas. Su cálculo arroja que se podían obtener hasta 2 arrobas mensuales de yuca por habitante, lo que satisfacía grandemente la demanda social.

Según este autor, se cultivaban: “[...] seis géneros de yuca, que distinguían por las hojas u otros rasgos de las plantas, la calidad de su fruto y la productividad. [...] La existencia de variedades significa que ha habido experimentación y cuidadosa experiencia de cultivo.” (Pichardo Viñals 1965: 107)

El destino final para el cultivo de la yuca era la elaboración del pan de casabe, elemento fundamental de la dieta aborígen. El proceso era muy laborioso e incluía las siguientes fases y medios de trabajo:

1. Se cosechan los tubérculos después del año de sembrado, utilizando palos cavadores o coas.
2. Se trasladan los tubérculos hasta lugares especializados de la aldea en cestas o montones atados con cuerdas.
3. Se raspa la corteza hasta eliminarla con el uso de conchas de bivalvos.
4. Se rayan los tubérculos en los rayadores o guayos.



Fig. 26



Fig. 26 Asa sonajero

Foto Tamara Gispert

Fig. 27 Hacha petaloide

enmangada, Los Buchillones, Ciego de Ávila

[Foto del autor]

5. Se pone a reposar la rayadura de yuca en recipientes cubiertos con hojas por 24 horas.

6. Se exprime la rayadura en grandes mangas hechas de fibras vegetales, llamadas cibucán, a las que se aplicaba un peso; de esta forma era extraído el jugo venenoso de la yuca amarga.

7. Se coce la harina de yuca en grandes tortas de barro cocido o burenes durante 15 minutos por cada lado.

8. Se secan las tortas de casabe por tres horas al sol.

9. Se almacenan y/o consumen.

Como podemos observar, en todo el proceso intervenían una cantidad considerable de instrumentos y medios de trabajo. Este complejo productivo es reconocido arqueológicamente por la presencia de los fragmentos de burén en los sitios arqueológicos, ya que por las condiciones ambientales tropicales, el resto de los elementos orgánicos participantes en el proceso tienden a desaparecer del registro. La aparición de burenes con profundos diseños incisos en su superficie de cocción ha llevado a pensar en la confección de tortas de casabe con características especiales para ser consumidas por las élites tribales.

Recientes investigaciones han esclarecido un poco más la fase de cocido de la torta de casabe sobre el burén. Comúnmente, y tal como se hace en la actualidad, se piensa que el burén era colocado sobre las llamas de un fogón y en la superficie opuesta se producía la cocción; sin embargo, el estudio de una muestra de más de 200 fragmentos de burenes de casi todo el país, arrojó como resultado que era poco probable que la operación se efectuara de esa manera. La razón fundamental es que el grosor del instrumento no permitiría una conducción del calor eficiente. Los investigadores no encontraron restos de carbón en la parte inferior de los burenes, donde directamente se recibían las llamas del fuego, y por el contrario, en el 70 % de los fragmentos estudiados de la superficie de cocción, sí existían restos. (Juoravleva y La Rosa 2003:77) La conclusión del trabajo es que posiblemente nuestros aborígenes calentaban prime-



Fig. 27

ramente la superficie alisada del burén al fuego y luego lo volteaban para cocinar la torta del casabe utilizando el calor residual.

Como dijimos al principio, si bien la tecnología del cultivo de la yuca amarga fue de primordial importancia para la sociedad tribal antillana, la producción no se limitaba a este cultivo, sino que la explotación de los recursos era realizada de una forma balanceada.

Otros importantes cultígenos como el boniato (*Ipomoea batatas*) y la malanga (*Xanthosoma sagittaeifolium*) eran también sembrados con la técnica del montón agrícola. Según las fuentes documentales, el boniato se cosechaba entre 3 y 5 meses después de su siembra, y de él existían cinco variedades llamadas *aniguamar*, *atibiuneix*, *guaraca*, *guacaraica* y *guanagax*. (Moscoso 1999: 111)

Algunos recursos vegetales no eran precisamente cultivados sino que crecían silvestres en el territorio cercano a los poblados. Tal es el caso de las zamias (*Zamia sp.*), cuyo nombre aborígen es *guáyiga*, y que abunda en el oriente del país. Una considerable fuente de nutrientes se obtenía a través del procesamiento de la masa de su tubérculo: [...] *elaboraban unos bollos redondos 'tan grandes como una bola', que tostaban al sol de uno a tres días, para luego obtener un pan de tortillas cocinadas en los burenes. Según Las Casas, los bollos de masa blanca 'se hinchan de gusanos como si fuese carne podrida (quedan como de color morado)', y las frien en 'cazuelas de barro que tienen ya sobre una piedras' [...] los gusanos quedan ahí fritos (Id.)*

También el cultivo del maní (*Arachis hypogaea* L.) era fuente segura de proteínas. Este cultivo ha sido identificado arqueológicamente en el sitio Birama,

ubicado en la región centro sur de Cuba. (Delgado, Angelbello y Silva 2000)

Entre las gramíneas la más importante fue el maíz (*Zea mays*). Aunque no tuvo el preponderante papel que jugó en el continente, no cabe duda de que fue cultivado y consumido en las islas antillanas. Este cultivo requería mucho más esfuerzo y preparación, por lo que su grano era muypreciado.

Ante la escasa aparición de evidencias a nivel arqueológico, autores como Newsom y Deegan han planteado la posibilidad de que su consumo fuera restringido a individuos de élite y tal vez, a contextos rituales. (Lee A. Newsom y Kathleen Deegan 1994: 215)

No obstante, al parecer esta falta de información responde más bien a la ineficiencia de los métodos empleados hasta ahora en la recuperación de evidencias. Los estudios conducidos por el doctor Roberto Rodríguez de la Universidad de La Habana, y el doctor Jaime Pagán de Puerto Rico han desarrollado una nueva técnica para la recuperación de microscópicos gránulos de almidón, presentes en los intersticios de los implementos aborígenes. Gracias a este nuevo procedimiento se ha podido identificar la existencia de maíz en materiales relacionados con sitios agricultores de nuestro país. (Rodríguez y Pagán 2004) Además, se ha determinado la existencia de frijoles (*Phaseolus vulgaris*) y de otros tubérculos; todos estos cultivos complementados por una gran cantidad de frutales que la naturaleza cubana brindaba pródigamente en sus bosques, como mencionamos en el primer capítulo.

Antes de proseguir conviene agregar un comentario sobre la importancia que se ha otorgado al burén como indicador de la agricultura de la yuca, uno de los mitos que se han sostenido y repetido por mucho tiempo en la literatura arqueológica. De esta manera, la aparición del burén en un sitio arqueológico es indicador automático del cultivo de la yuca, y su disminución indica abandono de prácticas agrícolas. Por ejemplo, el arqueólogo Ernesto Tabío durante sus investigaciones en el sitio Laguna de Limones en la década de 1960, observó una disminución del número de fragmentos de burenes en las excavaciones, lo que le remitió directamente a proponer una disminución de la producción agrícola en general y una orientación hacia los recursos de la recolección y pesca marinas. Posteriormente precisó más esta idea:

La zona de Maisí se caracteriza porque sus factores ecológicos terrestres no son los más apropiados para

Fig. 28 Buril lítico, Patana
Abajo, Maisí, Guantánamo
[Foto del autor]



un rápido desarrollo de poblados aborígenes, pues se trata de zonas de poca feracidad con presencia de plantas xerófi-

las. Con escasa posibilidad de alimentación por vía de la producción recolectora y aún menos por medio de las actividades agrícolas. [...] En aquella época no nos dimos cuenta, a pesar de las evidencias de los restos alimentarios basados en la 'cosecha del mar', de la correcta explicación de lo que allí veíamos. Es decir, es muy probable que allí los aborígenes habían utilizado el sistema de roza atenuado. (Tabío 1989:67)

Esta opinión la han asumido otros investigadores. (Guarch 1978; Domínguez, Febles y Rives 1994) Sin embargo, los últimos estudios en el sitio de Laguna de Limones no parecen coincidir. Primeramente, no creo que sea correcto el argumento de que el medio fuera tan adverso a la ocupación humana; mas bien este criterio corresponde a una situación moderna de un típico caso de desertificación en un paisaje eminentemente cársico. Si nos atenemos al censo arqueológico realizado hasta el 2001, existen más de 90 sitios arqueológicos en el área de los cuales 29 son de habitación, lo que confirma que en realidad no fue pequeña la población precolombina en el área. (Torres, Dacal y Capablanca 2001)

La explicación de la técnica de cultivo de roza atenuada con recolección marina como alternativa adaptativa inmediata al arribo de poblaciones migrantes desde La Española, tampoco se sostiene. Las migraciones no eran un proceso inmediato masivo, sino que se efectuaba por pasos, precisamente para asegurar la subsistencia en el nuevo medio. (Curet 2005) La presencia de complejos espaciales con plazas ceremoniales no indica una relación "adaptativa a nuevos ambientes" sino una permanencia y fijación a la tierra de carácter prolongado.

En nuestra opinión, no se le debe dar la significación tradicional a la disminución del número de burenes en el caso de Laguna de Limones, y en general al área extrema oriental, como disminución de la práctica productiva agrícola a favor de la recolección marina, pues varias causas pueden estar influyendo en este fenómeno. Como ha demostrado la arqueología, los complejos tecnológicos de subsistencia agrícola pudieron estar basados en otros procedimientos de elaboración de alimentos que no necesariamente requerían del burén. Otra explicación plausible pudiera estar en el nivel de la organización social de la producción

Fig. 29 Ídolos ornitomorfos de conchas, Colección Museo Indocubano Baní, Holguín
Foto Tamara Gispert



donde aldeas de élite o principales, como la que parece haber existido en este lugar, estuvieran recibiendo productos de otras aldeas satélites, según evidencia la disposición espacial de los sitios.

La evidencia arqueológica es contraria a la consideración de que el burén fuera exclusivamente ligado al proceso productivo del casabe a partir de la yuca amarga. Las mencionadas investigaciones sobre almidones precolombinos han identificado en la superficie de burenes de Laguna de Limones gránulos de varias especies cultivadas que incluyen al maíz, al boniato, la malanga, los frijoles y la guáyiga. En un fragmento de burén proveniente del sitio agricultor Macambo II en el sur de Guantánamo, tampoco se encontró evidencias de yuca, y sí aparecieron de la malanga, el maíz, el boniato y algunas leguminosas. (Rodríguez y Pagan 2004) Lo paradójico es que, tanto Laguna de Limones como Macambo II, están asociados a comunidades tribales agricultoras de las más desarrolladas del país.

Por otra parte, la identificación de ácidos grasos relacionados con plantas y animales (posibles palmáceas y pescados) en las superficies de cocción de burenes han indicado su multifuncionalidad en los procesos de preparación de alimentos,

(Jouravleva y González 2000) no observados por los cronistas de la conquista.

Dada la evidencia, el burén fue un instrumento participante en varias actividades de la producción de alimentos, como la preparación de masas a partir de macerados o ralladuras de diversos tubérculos y granos, o la cocción directa de otros productos como pescados, semillas y posiblemente carnes. Su uso ya no puede vincularse necesariamente al llamado "complejo de la yuca amarga".

En la siguiente tabla encontramos la relación de especies identificadas por los europeos en los complejos agrícolas que practicaban las sociedades tribales agricultoras de Las Antillas.

Hasta qué punto el hombre con su trabajo transformó el entorno mediante la producción agrícola es posible observarlo a través de la impre-

sión de los primeros conquistadores en los alrededores de Baracoa:

[...] á la parte del Sur un singularísimo puerto, y de la parte del Sueste unas tierras hermosas á maravilla, así como una vega montuosa dentro en estas montañas, y parecían grandes humos y grandes poblaciones en ella, y las tierras muy labradas;[...] vieron cuatro mancebos questaban cavando en sus heredades [...] Anduvieron diz que mucho camino. Vieron muchas poblaciones y tierra fértilísima, y toda labrada, y grandes riveras de agua [...] Subió una montaña arriba, y después hallóla toda llana y sembrada de muchas cosas de la tierra, y calabazas, que era gloria vella; y en medio della estaba una gran población. (Fernández de Navarrete 1999)

ACTIVIDADES PRODUCTIVAS COMPLEMENTARIAS DE LA AGRICULTURA

La caza constituyó una de las más importantes actividades complementarias a la economía agrícola de las sociedades tribales cubanas. Sin embargo, las características de la fauna de nuestro archipiélago, donde la ausencia de grandes mamíferos

Tabla 2

Relación de especies mencionadas por los cronistas que formaban parte de los cultivos aborígenes a la llegada de los europeos a Las Antillas. (Modificado de Moscoso 1999)

ARUACO	ESPAÑOL	CLASIFICACIÓN BOTÁNICA
Yuca amarga	Yuca/mandioca	Manihot sculenta Carntz
Batata	Batata	Ipomea batatas
Ahe	Aje	Ipomea batatas
Yautía y Diahutía	Yautía	Xanthosoma sagittifolium Schott
Yerán	Lirén	Calathea allouia
Axí	Ají	Capsicum frutescens L.
¿?	Frijoles/habichuelas	Phaseolus sp..
Guayaga	Guáyiga	Zamia sp.
Maní	Cacahuete	Arachis hypogaea L.
Maíz	Maíz	Zea mays L.
Auyama	Calabaza	Curcubita moschata
Niame	Ñame	Discorea alata?
Ymocona/boniata	Yuca dulce	Manihot manihot (L) Cockerell
¿?	Cañacoro	Canna edulis
¿?	Ararú	Maranta sp.
Mapey	Ñame indio	Discorea trifida
Yanta	¿?	¿?
Yahubia	¿?	¿?
¿?	Avellanas	¿?
Guáyaro	Ñame gulembo	Rajania cordata
Iraca	Yerba comestible	¿?
Marunguey	Marunguey	Zamia sp.
Zazaveio	¿?	¿?
Cavallos	¿?	¿?
¿?	Fabas/habas	¿?



Fig. 30

Fig. 30 Hachas petaloideas de Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

Fig. 31 Hacha de Holguín

[Foto del autor]

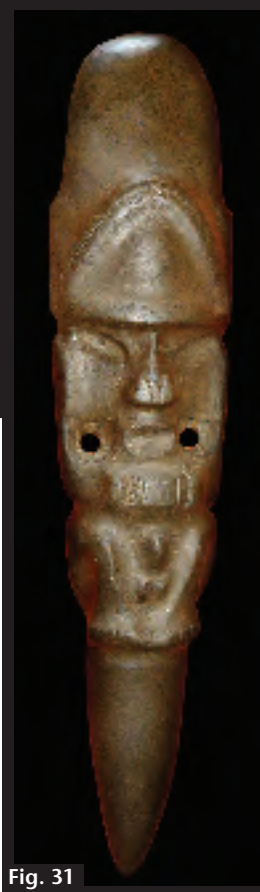


Fig. 31

es tan notoria como la abundancia de otros grupos zoológicos (por ejemplo las aves), imprimen al proceso cualidades que muchas veces no son fáciles de detectar en el registro arqueológico. Es decir, solamente podemos hacer inferencias a partir de los restos de consumo subsistencial, pues los procedimientos empleados muchas veces involucraban instrumentos y estrategias que no sobreviven o no son posibles de ver en el registro arqueológico.

Un ejemplo de esto es la siguiente descripción que nos dejó el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo sobre la caza de los ánsares migratorios en Cuba:

[...] en el tomar de las ánsares bravas, sabrá vuestra majestad que al tiempo del paso de estas aves, pasan por aquellas islas muy grandes bandas de ellas, y son muy hermosas, porque son todas y los pechos y vientre blanco, y alrededor de los ojos unas verrugas redondas y coloradas, que parecen muy verdaderos y finos corales, las cuales se juntan en el lagrimal y asimismo en el cabo del ojo, hacia el cuello, y de allí descienden por medio del pescuezo [...] Estas ánsares en mucha cantidad se asientan a par de unas grandes lagunas que en aquellas islas hay, y los indios que por allí cerca viven echan allí unas calabazas vacías y redondas, que se andan por encima del agua, y el viento las lleva de unas partes a otras, y las trae hasta las orillas, y las ánsares al principio se escandalizan y levantan, y se apartan de allí, mirando las calabazas; pero como ven que no les hacen mal, poco a poco piérdenes el miedo, y de día en día, domesticándose con las calabazas, descúidanse tanto, que se atreven a subir muchas de las dichas ánsares encima de ellas, y así se andan de una parte y a otra, según el aire las mueve; de forma que ya cuando ya el indio conoce que las dichas ánsares están muy aseguradas y domesticadas de la vista y movimiento y uso de las calabazas, pónense una de ellas en la cabeza hasta los hombros, y todo lo demás va debajo del agua y por un agujero pequeño mira adonde están las ánsares, y pónese junto a ellas, y luego alguna salta

encima, y como él lo siente, apártase muy paso, si quiere, nadando, sin ser entendido no sentido de la que lleva sobre sí ni de otra; porque ha de creer vuestra majestad que en caso de nadar tienen la mayor habilidad los indios, que se puede pensar; y cuando está algo desviado de las otras ánsares, y le parece que es tiempo, saca la mano y áselo por las piernas y mé-tela debajo del agua, y ahógala y pónesela en la cinta, y torna de la misma manera a tomar otra y otras; y de esta forma y arte toman los dichos indios mucha cantidad de ellas. (Fernández de Oviedo 1975: 27)

Según las fuentes documentales, el concepto de “caza” que hemos empleado muchas veces es difícil de diferenciar del de “captura”. El Padre Las Casas nos ilustra sobre el empleo de otras estrategias de asedio similares en la caza de los papagayos:

Hay inmensidad de muy graciosos papagayos muy verdes, y sólo tienen sobre el pico, en la frente, una poquita de pluma colorada, [...] Tomaban los indios por esta manera cuantos querían sin que uno se les fuese: subíase un niño de diez o quince años en un árbol con un papagayo vivo; poníase sobre la cabeza un poco de hierba o paja, y en tocando con la mano en la cabeza del papagayo, da luego voces como quejándose; luego todos los papagayos que andan en el aire, que son innumerables, en oyendo al papagayo atado, se vienen, sin quedar ninguno, y asiéntanse en el árbol; el muchacho tiene una varilla muy delgada con un hilo delgado, y al cabo hecho un lazo, y poco a poco echa el lazo al pescuezo de cada papagayo, porque no se asombra de la varilla, antes piensa que es cosa del mimo árbol, y tira y tuércele la cabeza y échalo abajo, y así hace a todos lo que quiere [...] (Las Casas 1995, tomo II: 512)

En el caso de los mamíferos cubanos, las jutías (*Capromys sp.*), y posiblemente del almíquí (*Solenodon cubanus*), las estrategias de caza podían variar desde el empleo de flechas, garrotes o la simple captura a mano. Esta última la hemos visto emplear en la actualidad por nuestros campesinos. Colón documenta un procedimiento ingenioso en La Española para la captura del *guaminiquinaje*, posiblemente una especie de jutía: “[...] los indios eran inclinados y se holgaban de poner fuego a los herbazales [...] porque entre la hierba se criaban los conejos desta isla, que nombraban hutías, [...] y eran sin número, y, con quemar las cabanas, mataban todos los que querían [...]” (Las Casas 1995, tomo I: 268)

Un importante auxiliar en la caza era el perro mudo que tanto llamó la atención de los conquistadores. Las Casas señala su uso en la cacería de las biayas,⁶ aves que vuelan junto al suelo, y de los guaminiquinajes.

Una especie que también fue objeto de caza fue el manatí (*Trichechus manatus*) que por el volumen de biomasa que aporta debe haber sido muy apreciado. Sus restos aparecen muy frecuentemente en sitios arqueológicos de agricultores, y su importancia dentro de la vida aborígen va más allá de su aporte proteínico, pues sus huesos fuertes y grandes sirvieron para la elaboración de objetos rituales típicos de la cultura aborígen como las espátulas vómicas y diversas esculturas.

Sin duda, el uso de trampas fue también frecuente, y así parece desprenderse de la lectura de algunas crónicas. Estas debieron estar muy relacionadas con procesos de domesticación existentes entre nuestras poblaciones aborígenes. Oviedo menciona que:

[...] hay en la dicha isla de Cuba una manera de perdices que son pequeñas, y son cuasi de especie de tórtolas en la pluma, pero muy mejores en el sabor, y tómanse en grandísimo número; y traídas vivas a casa y bravas, en tres o cuatro días andan tan domésticas como si nacieran, y engordan en mucha manera; y sin duda es un manjar muy delicado en el sabor, y que yo le tengo por

mejor que las perdices de España [...] (Fernández de Oviedo 1975:23)

Pose, Sampedro y Celaya, en un estudio sobre estructuras microscópicas óseas de restos de jutías, han documentado la posible existencia de procesos de domesticación en estos roedores entre las sociedades agroalfareras tardías. (Pose, Sampedro y Celaya 1989)

Acorde con el ambiente insular, la pesca fue otro fundamental complemento de la economía doméstica aborígen, los cronistas comentan diversas técnicas y maneras de obtener pescado.

Algunas veces, la prodigalidad natural ni siquiera hacía necesario el empleo de los avíos de pesca, como en el caso de las sardinas: “[...] vienen a sus temporadas infinitos cardumes de sardinas, huyendo de los peces mayores que las persiguen, y con tanta velocidad, que saltan en la playa dos o tres pasos infinitas, y así no tienen más trabajos de cogellas [...]” (Las Casas 1995, tomo II: 291)

En otras ocasiones el ingenio humano asombra por su dominio de la naturaleza, “hacen un seto de hojas de palma en sus canoas, desde la proa hasta la popa, medio por medio, de altura de tres codos, y paséanse los indios por el río, golpeando con los remos en el borde de la canoa, y la sardina, con temor que no sea otro pescado que anda por comella, salta, por salvar la canoa, y topa en el seto



Fig. 32 Guayo aborígen, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana [Foto del autor]

⁶ El especialista Osvaldo Jiménez ha propuesto que la Biaya o Bambiaya es la especie ya extinta *Nesotrochis picapicensis*.

y cae dentro, y con esta industria tomaban cuanto querían." (*Id.*)

El uso de trampas para peces o nasas, también está documentado en la pesca del tetí, identificado por Vergara como una especie de guavina (*Electris pisonis* Gmelin.) (Vergara 1990) en la zona de Baracoa: "Tienen otra manera de pescar otros unos pececitos tan menudos como unos fideos que se hacen en Castilla, y en esta isla llamaban tití, la última lengua. Estos acuden cada luna por sus temporadas a la costa, [...] y allí los atajan los indios con unas esterillas o muy menudas redes, y toman cuantos quieren [...]" (Las Casas 1995 tomo II: 291)

Tal vez, la mayor curiosidad la haya despertado la llamada pesca con guaicán o pez rémora (*Echeneis naucrates*), que muchas veces aparece en las crónicas iniciales de nuestro país, relacionado con la captura de quelonios:

[...] toman unos peces que se llaman revesos, que los mayores serán como una sardina, los cuales tienen en la barriga una aspereza, con la cual, dondequiera que se pegan, primero que se despeguen los hacen pedazos; estos ataban de la cola un hilo delgado, luego de ciento y doscientas brazas, y vase el pece cuasi por encima del agua o poco más bajo, y en llegando que llega adonde están las tortugas en el agua, pégansele en la concha baja, y tiran del cordel y traen una tortuga que pesa cuatro o cinco arrobas, y, en fin, allí se queda el pece pegado, si, como dije, no le despedazan [...]" (Las Casas 1995, tomo I: 388)

En los estudios realizados para comprobar este procedimiento de pesca o captura, resultó que no era tan sencillo como lo relatan las fuentes documentales. Al parecer este se relacionaba más con utilizar las condicionantes de los ciclos reproductivos de los quelonios y peces por el hombre, quien desde la canoa los guiaba hábilmente hacia la orilla para hacer presa de ellos, ya que está demostrado que demasiada fuerza sobre el guaicán termina por romper su cola haciendo inefectivo su agarre. (Córdova 1995)

Importantes estrategias de almacenamiento de los recursos de la fauna viva, a través del empleo de corrales en las costas litorales y los tibaracones de los ríos, permitía a estas comunidades disponer de considerables cantidades de proteína animal en muy poco tiempo. Los corrales son ampliamente documentados en las costas cubanas para la cría y conservación de peces y quelonios. En la Bahía de Jagua se reporta que había:

[...] abundancia de lizas, porque no podrá encarecerse la multitud que dellas hay en este puerto. Tenían



Fig. 33 Gubias de conchas, Colección Museo de Sitio Chorro de Maíta, Holguín [Foto del autor]

los indios corrales dellas, como el puerto es tan quieto, donde contenían millones dellas, no menos ciertas que si las tuvieran dentro de sus casas, en un estanque o alberca; en su mano era sacar muchas o pocas, según querían. Los corrales eran de cañas juntas unas con otras, hincadas en el cieno que tiene allí la mar, como sea, según dije tan quieta, que no puede salir una ni ninguna dellas, y son tan grandes cuanto quieren hacerlos, aunque lleguen a un tiro de piedra. (Las Casas 1995, tomo II: 340)

Posiblemente la cría en corrales también incluía a los crustáceos como la langosta (*Panulirus argus*) y la jaiba (*Callinectes sapidus* Rathbun), y en tierra al cangrejo (*Cardisoma guanhumii* Latreille y *Gecarcinus ruricola* Linn.) cuyos restos aparecen tan abundantemente en nuestros sitios arqueológicos.

La recolección también era muy importante en la dieta aborígen. Las evidencias arqueológicas demuestran que fue ampliamente ejercida sobre los moluscos marinos y terrestres. Ya Colón reportaba cómo los indígenas que traía en su embarcación durante su primer viaje "[...] pescaban caracoles muy grandes que en aquellos mares hay [...]". (Fernández de Navarrete 1995: 53) En otros casos las pruebas arqueológicas no perduraron, aunque es lógico pensar que obtuvieron abundantes alimentos, por ejemplo, de los huevos de quelonios y aves que existen en el país. Las actividades de recolección incluían además a los copiosos productos vegetales que ofrecían nuestros bosques.

Todas las actividades de la economía agrícola aborígen se potenciaban mediante el uso de técnicas de conservación de alimentos. Ya mencionamos el caso de los "almacenes vivos" que constituían los montones agrícolas y los corrales. También procesos de conservación de alimentos permitían almacenarlos por largos períodos de tiempo. Por

ejemplo, en el caso del tetí, la crónica menciona que “[se] envuelven en unas hojas de árboles, de la manera que los boticarios hacen los confites en papeles; ponénlos en el fuego y así se asan como si fuesen en horno cocidos, y los guardan mucho tiempo para sus comidas, mayormente para cuando andan camino.” (Las Casas 1995, tomo II: 291)

En el sur del extremo oriental de Cuba durante el segundo viaje de Colón, Miguel de Cúneo describe haber visto en tierra un grupo de indígenas que faenaban en la costa:

[...] de 15 a 20 cántaras de pescados cocidos y de 50 a 60 serpientes vivas, atadas con sogas como gatos maimones. Hablamos con ellos y les preguntamos por qué razón cocían tantos pescados. Nos contestaron que así se podían conservar, y que de otro modo no se podría, porque querían mandarlos a sus caseríos, cinco, seis y diez leguas distantes. (Portuondo 1977:44)

INSTRUMENTOS PARA LA PRODUCCIÓN

Toda la economía aborígen era realizada con el uso de instrumentos de baja complejidad tecnológica pero alta eficiencia en el medio natural en que se desenvolvía. Entre los fundamentales se encontraban las hachas de piedra pulimentadas, o hachas petaloides, que constituyen un verdadero monumento a la tenacidad, paciencia y maestría del hombre prehispánico. Estas hachas eran realizadas en distintos tipos de piedra característicos por su dureza como la peridotita, la hornblendita y la diorita, entre otras. (Herrera 1964) Las piezas elaboradas en estas piedras alcanzaban un admirable pulimento y una simetría muy próxima a la perfección. Eran engastadas en astiles de madera, de los cuales la arqueología ha podido recuperar algunos ejemplares en el sitio de Los Buchillones. Esta era la pieza fundamental en el desmonte para la preparación de los conucos de siembra, aunque seguramente algunos tipos eran empleados como armas en las contiendas bélicas.

En algunas ocasiones los ejemplares tienen solo el borde de la pala pulimentado, por lo que se han denominado “hachas de trabajo”, pero la mayoría se distinguen por su perfecto acabado en todo el cuerpo. También han aparecido algunos ejemplares que resultan problemáticos en su explicación y que por su pequeñísimo tamaño pudieran haber funcionado como instrumentos para trabajos muy específicos o simplemente como juguetes.

Una variación en el cuerpo del hacha en el sentido longitudinal produce el buril, otro instrumento directamente relacionado con el trabajo artesanal de las maderas. El marino Miguel de Cúneo menciona en su famosa carta de 1494 que “sus cuchillos son piedras que cortan como verdaderos cuchillos, y les hacen su mango, y con ellos cortan y trabajan [...]”. (Portuondo 1977:39)

El otro instrumento elemental en la producción agrícola lo constituye el palo cavador o coa, realizado en maderas más o menos duras, a las cuales se les aguzaba uno de los extremos y se endurecía al fuego. La coa cumplía la función de punzar el terreno en la siembra de granos como el maíz, pero también en removerlo para la formación de los montones y la extracción de los tubérculos.

El burén o pieza circular de cerámica también se encontraba entre los instrumentos más importantes. Sobre él ya mencionamos que se realizaban una serie de operaciones de cocción de alimentos.



Fases de elaboración

Junto al burén eran empleadas otros tipos de vasijas de cerámica para contener los productos y líquidos procesados.

El guayo o rayador de tubérculos unía la explotación de la madera con la piedra. El mismo se construía encajando pequeñas esquirlas filosas de piedra en una tabla de madera. Algunos ejemplares se conservan en los museos nacionales.

Nuestros agricultores tribales también incorporaron la gubia de concha a su instrumental. Este objeto, uno de los distintivos de las culturas recolectoras pescadoras del mundo prehispánico cubano, fue usado ampliamente en los trabajos sobre maderas, y es posible que fueran también usados como instrumentos cavadores una vez engastados en un mango. El uso de las gubias de concha es uno de los ejemplos más evidentes de los procesos de transculturación que ocurrieron entre las sociedades de recolectores pescadores y los migrantes agricultores tribales en nuestro suelo.

De las fibras vegetales eran confeccionados distintos tipos de contenedores, esteras, cernidores y la famosa manga para exprimir el jugo venenoso de la yuca amarga o cibucán. Las huellas del entramado de las esteras aborígenes han quedado conservadas en algunas piezas de cerámica. Las fibras

se emplearon en la fabricación de cordeles para la pesca, la confección de nasas y diversas trampas empleadas en la caza.

Además, empleaban avíos tradicionales de pesca como redes, nasas y anzuelos, “hacen muy buenas y grandes redes y anzuelos de hueso y conchas de tortugas [...]” (Las Casas 1995, tomo II: 291) De las redes aparecen en los sitios arqueológicos las pesas hechas a partir de guijarros naturales, a los que le practicaban dos muescas laterales para mejor sujeción.

La canoa, en su carácter complejo de ser medio de trabajo y transporte al mismo tiempo, y por su participación en los procesos productivos y de intercambio, fue de importancia esencial en la vida aborígen. Existen descripciones importantes de las canoas cubanas como la siguiente aportada por el Almirante Colón:

Subió por el río arriba y halló unos brazos de río y rodeado el puerto halló a la boca del río estaban unas arboledas muy graciosas como una muy deleitable huerta, y allí halló una almadía o canoa hecha de un madero grande como una fusta de doce bancos, muy hermosa, varada debajo de una atarazana ó ramada hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podían hacer daño [...] (Fernández de Navarrete 1999: 61)

Olivas talladas: joyas cubanas

Las olivas talladas constituyen uno de los objetos más distintivos de la cultura aborígen en Cuba. Estas miniaturas eran empleadas en el acompañamiento de los bailes rituales o areítos, y sostenidas a través de cordeles en los brazos y tobillos, las hacían chocar entre sí para producir un sonido fuerte y a la vez melodioso que realizaba la significación del baile.

Existen muchas tipologías de olivas talladas; unas veces el artesano simplemente se limitaba a practicar un corte transversal en el extremo distal para poder introducir el cordel de fijación; otras, este corte transversal era ensanchado

por una perforación en sentido vertical; y en algunos casos, el tallado se limitaba a la realización de simples motivos geométricos. También optaban por dejar o retirar la parte del ápice pues, cuando esta se retiraba, el sonido se hacía más potente.

Las más delicadas olivas eran aquellas que incluían el tallado de rostros antropomorfos en la superficie de la concha. Estas diminutas tallas cumplen con los cánones del arte indígena antillano: siempre son representados los ojos y la boca con dientes; nunca los ojos, ni las orejas se perforan; y son desproporcionados en relación con el rostro.



Colección Museo Indocubano Baní



Colección Museo Montané

No cabe duda de que la economía aborígen de las sociedades tribales agricultoras poseía una diversidad bastante amplia, totalmente acorde con el ambiente insular y que era el resultado de varios siglos de aprendizaje. Este desarrollo en ocasiones parece haber permitido, en ciertas regiones, la existencia de un importante plusproducto que fue canalizado hacia otras esferas

del consumo social, ya sea hacia el intercambio o los rituales.

Sin embargo, la consecuencia más relevante de todo este proceso fue que se crearan las bases de un incipiente proceso de diferenciación social y que los productores directos fueron marginados por una serie de estamentos nuevos que fueron acaparando el poder suficiente para enajenar la producción.

Con estas nuevas condiciones surgiría un tipo especial de productores dedicados a las artesanías que alcanzaron, dentro de la sociedad agricultora tribal antillana, los más altos vuelos en la talla de materiales como la concha, la piedra y la madera.



Colección Museo Indocubano Baní



Fondos Instituto Cubano de Antropología

De la concha a la vida: nacimiento de un ídolo

Hábiles artesanos indígenas llegaron a alcanzar gran dominio en el trabajo sobre las conchas. Delicadas creaciones abarcan una amplia gama de adornos personales como aretes, microcuentas, idolillos portables, y otras realizaciones como ídolos, caratonas y diferentes piezas para ser incrustadas en ídolos mayores de piedra y madera.

El proceso de confección de las creaciones en concha primero pasaba por la selección de la materia prima. Era empleado preferentemente el cobo (*Strombus gigas* L.), además de otras especies de concha amplia como el tritón (*Charonia variegata*), el quinconte (*Cassis madagascariensis*), la cigua (*Citarium pica*) y hasta las diminutas olivas (*Olivas reticularis*).

Por su parte, el cobo ofrecía grandes porciones de material de diferentes dimensiones. Del gran labio se podían obtener porciones rectangulares, mientras que las espinas más grandes eran aprovechadas como preformas para la talla de rostros antropo y zoomorfos. La columela era una preforma apta para la confección de las cuentas e ídolos tubulares tan característicos del arte aborígen.

En algunos casos se puede observar, en las evidencias del proceso de confección de ídolos, la huella del instrumental aborígen: cortes rectos, burilados, perforaciones bicónicas y cónicas, bruñido y pulimentación.



Colección Museo Indocubano Baní

ARTESANOS DE LA NATURALEZA

Las artesanías de los indígenas cubanos alcanzaron una maestría extraordinaria en algunos de los materiales que les ofrecía la naturaleza. Si bien en La Española y Puerto Rico, donde la sociedad tribal alcanzó gran desarrollo, se observan objetos muy característicos como el trigonolito, o piedra tricúspide y los aros líticos, en Cuba ambos son

inexistentes. Pero por el contrario, las olivas sonoras bellamente talladas de nuestro país, no son muy comunes en esas islas y parecen ser características propias de la cultura aborígen cubana. Otras creaciones de los artesanos indígenas como la cerámica, son compartidas por las poblaciones antillanas y sirven como un identificador a escala regional.

La laboriosidad y el ingenio de las poblaciones precolombinas asombraba a los europeos a su llegada: “Todas estas gentes destas islas que fasta agora se han visto no poseen fierro ninguno. Tienen muchas herramientas, ansi como hachas é azuelas que es maravilla cómo sin fierro se pueden hacer.” (Las Casas 1995, tomo II: 188)

No hay duda de que las cualidades más importantes del artesano indígena eran la paciencia y la constancia, gracias a las cuales lograba doblegar la tenacidad de materias primas escogidas para plasmar su arte. Muchas veces el hombre actual, tan sujeto a los imperativos temporales condicionantes de la vida moderna, no comprende estas dos premisas de la producción aborigen y por eso le resulta difícil entender la capacidad creativa del mundo precolombino. Algunas creaciones requirieron la inversión de una gran cantidad de tiempo e incluso la participación de varios artesanos.

Las herramientas de que disponían los artesanos precolombinos eran muy simples, algunas ya las mencionamos como el hacha petaloide, los buriles y la gubia de concha para los trabajos en madera.

Para cortar trozos de concha y hueso estos hombres recurrían al siguiente método:

[...] córtanlos con unos hilos de cierta especie de cáñamo que hay en estas Indias, que en esta Española llamaban cabuya, y otra más delicada, nequén, de la manera que los que hacen cuentas cortan con una sierra de hierro delgada los huesos; y no hay hierro que de aquella manera no corten. (Las Casas 1995, tomo II: 291)

La efectividad de estas simples “sierras” era realizada mediante la aplicación de abrasivos como la arena, una vez humedecidas las cuerdas. Nosotros hemos experimentado el corte de conchas mediante esta técnica utilizando fibras de jagüey (*Ficus sp.*) obteniendo cortes muy delgados. En las preformas de concha encontradas en los sitios arqueológicos a veces es perfectamente observable el empleo de este tipo de técnica. En el caso de la concha, procedimientos como la sumersión en agua por períodos prolongados de tiempo antes del trabajo, hacían la labor de corte y tallado más eficiente.

El uso de cortes por cordel solo es efectivo cuando se realizan secciones en línea recta, por lo que hemos supuesto que para las curvas, tan frecuentes en las obras aborígenes, el artesano debía recurrir a otras técnicas. Entre estas, hemos sugerido el burilado con herramientas de sílex o pedernal y el empleo de sencillos taladros mediante los que se

Fig. 34 Ídolo femenino de madera, es uno de las pocas representaciones femeninas encontradas en el Caribe, Los Buchillones, Ciego de Ávila

[Foto del autor]





Fig. 35 Figurina de cerámica, Ventas de Casanova, Holguín

lograban pequeñas y sucesivas perforaciones que preparaban la forma curva.

Las perfectas perforaciones longitudinales y transversales que exhiben algunos objetos de cuarzo y de concha, requieren velocidades más elevadas que las que proporciona el movimiento de las manos. Es por ello que a pesar de que no se mencionan en las crónicas, el uso de taladros es muy probable en las artesanías aborígenes. Sus tipos pudieron haber sido desde una simple punta de pedernal engastada, hasta taladros mucho más complejos y eficientes como los de arco y tal vez, de vaivén. Debemos pensar que la eficiencia del instrumento era también una prioridad del artesano, pues le permitía acortar los tiempos de producción, y sobre todo, preservar la mano de obra del cansancio.

El herramental del artesano aborigen también contaba con una gran variedad de percutores realizados a partir de guijarros naturales, perforadores de sílex o pedernal, y cepillos de piedra tallada. Un importante papel en el trabajo de la madera debió haber tenido el uso de escofinas obtenidas a partir de corales (*Madrepora cervicornis*) cuya aparición en los residuarios arqueológicos es muy frecuente.

Para el trabajo con fibras textiles, disponían de sencillos telares y una dotación de diferentes agujas y leznas realizadas en espinas de pescados o de las lebisas y rayas.

El acabado de las superficies se lograba mediante la aplicación de diversas técnicas que pudieron ir desde la aplicación de abrasión con arena hasta el empleo de frotación con pieles y textiles, y tal vez, la aplicación de sustancias grasas de origen vegetal o animal. La aparición de pulidores de piedra realizados a partir de hachas partidas es frecuente en los sitios, así como, el empleo de materiales tintóreos minerales como la hematita y la limonita, y otros de origen vegetal como la bija (*Bixa orellana*) le ofrecían al artesano indígena diversas gamas de colores.

A continuación analizaremos algunas de las materias primas en las que eran confeccionadas las artesanías:

CONCHA

Existe una impresionante variedad de objetos elaborados en este material. La mayoría de las veces eran utilizados los grandes labios que presentan los caracoles del género *Strombus*, los que se desprendían mediante percusión y rotura. Posteriormente, mediante el debaste y el corte, se les daba una preforma a partir de la cual eran creadas las obras, y cuya terminación requería del pulido. Otras conchas de moluscos como las olivas (*Oliva reticularis*) fueron talladas de una manera característica por los artesanos cubanos.

Destacan por la maestría en que fueron realizadas las llamadas microcuentas de concha cuyos ejemplares llegan a medir hasta los 2,7 mm de diámetro y 0,6 mm de grosor. Sus caras pueden ser planas, o presentar diseños, y a veces se presentaban formas de huso y de carretel, que requerían mayor trabajo.

Entre los adornos más comunes están las pequeñas piezas tabulares que fueron usadas por docenas para la confección de bellos collares. Eran obtenidos a partir de las espinas del cobo (*Strombus gigas*) distintos tipos de colgantes, así como aretes a partir de la columela. Los idolillos de concha también eran característicos dada su fuerza expresiva. Mas, las llamadas caratonas fueron las piezas más mencionadas en las crónicas y en su confección intervinieron muchas técnicas; generalmente eran empleadas en relación con textiles, lo que se infiere por su serie de perforaciones laterales.

En Cuba se han encontrado además algunos ejemplares de espátulas vómicas creadas sobre conchas y utilizadas en los ritos de purificación indígena.

PIEDRA

Llama la atención la maestría de los artesanos en el trabajo de piedras tenaces y duras. Son impresionantes los llamados idolillos por su delicada factura y en algunas ocasiones, la dureza del material en que fueron tallados. Sus dimensiones llegan a ser de escasos centímetros y es característica su postura acucillada y la representación de costillas y del ombligo. Algunas veces presentan perforaciones rectas en el sentido longitudinal y transversal y es posible que en estas perforaciones se introdujeran plumas u otros materiales para aumentar el contenido estético.

También se realizaban cuentas de distintos tipos y tamaños en material pétreo, que los aborígenes denominaban *cibas*, y que según los cronistas apreciaban mucho. En el sitio de Chorro de Maíta se han llegado a encontrar microcuentas de cuarcita de 1,5 mm de diámetro y 1 mm de grosor. Así mismo es conocida una amplia gama de tipos de *majadores* usados en las actividades cotidianas y otros a los que se atribuye un carácter ceremonial.

Los ídolos realizados en piedra alcanzan proporciones y peso considerables, como el llamado "Ídolo de Bayamo", una pieza conservada en el Museo Montané de la Universidad de La Habana, encontrada en el siglo XIX.

MADERA

La madera, por su poca preservación en el registro arqueológico bajo condiciones tropicales, ha sido escasa en nuestras colecciones arqueológicas. Sin embargo, su uso debió haber sido de primer orden en nuestra región. Recién empezamos a comprender el papel que jugó en la artesanía aborigen a partir de los espectaculares hallazgos del sitio arqueológico Los Buchillones en la costa norte de Ciego de Ávila, con más de 2 000 piezas.

A partir de la amplia gama de maderas existentes en la isla se confeccionaron diversos objetos. Destacan entre ellos bandejas y recipientes de



Fig. 36

Fig. 36 y 37 Fragmentos de espátulas vómicas, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]

distintos tamaños, remos y diversos instrumentos musicales, así como, numerosas cuentas.

La escultura en madera alcanzó un gran desarrollo. Es famoso el denominado "Ídolo del Tabaco" considerada la escultura de mayor tamaño que se conserva en Las Antillas, la cual se puede admirar en la colección del Museo Montané de la Universidad de La Habana. También son famosos los asientos o *duhos*, que se describen en las crónicas como artefactos para el uso de las élites indígenas: "Hicieron asentar al Almirante en una silla, con su espaldar, baja, de las que ellos usaban, que son muy lindas y bruñidas y relucientes, como si fuesen azabaja, que ellos llamaban duhos." (Las Casas 1995, tomo I: 286)

Este peculiar asiento era confeccionado a partir de una sola pieza de madera, usualmente de guayacán (*Guaiaicum officinale*) o caoba (*Swietenia mahogany*). En Cuba existen ejemplares de respaldar alto y corto; y a veces presentan diseños esculpidos de tipo zoomorfo con incrustaciones de concha, hueso y posiblemente oro, en ojos, boca y orejas.

Como ya mencionamos, estos asientos eran piezas de mucho valor y estaban relacionados con las ceremonias rituales de la sociedad aborigen. Su uso era prerrogativa del cacique y del behique o shamán tribal. Los cronistas reportan que los mismos sirvieron en ocasiones, para "sentar" a los ce-míes de la comunidad. (Ostapkowicz 1997: 64) Tal vez esa sea la razón por la que han aparecido algu-



Fig. 37

nos de pequeño tamaño, imposibles de ser usados por los adultos, como uno de los recuperados en Los Buchillones.

De madera también eran confeccionadas la mayoría de las armas que conocemos por las crónicas como las azagayas, los arcos y las flechas. Es conocida también la *macana*, un arma de efectos terribles, que fue descrita por Las Casas de la siguiente manera: “[...] y unas como espadas, de forma de una paleta hasta el cabo, y del cabo hasta la empuñadura se viene sangostando, no aguda de los cabos, sino chata; éstas son de palma, porque las palmas no tienen pencas como las de acá, sino lisas o rasas, y son tan duras y pesadas, que de

hueso y cuasi de acero no pueden ser más: llámanlas macanas.” (Las Casas 1995, tomo I: 388)



Pájaro de oro, Chorro de Maíta



Metalurgia aborigen: *guanín versus turey*

La metalurgia aborigen fue de carácter elemental, lo que le permitió trabajar los metales preciosos en forma de láminas que eran obtenidas a partir de la unión por percusión de granos recogidos en las arenas auríferas de los ríos. La técnica de la aleación era desconocida para ellos. Según Cristóbal Colón, el oro era nombrado como *nucay*. También se le denominaba *caona*. El Padre Las Casas menciona otra palabra, el *guanín*, “que era cierta especie de oro bajo, [...] que es algo morado, el cual cognoscen por el olor y estímanlo mucho”. (Las Casas 1995, tomo I: 304) En realidad el *guanín* constituye una mezcla de oro, plata y cobre.

Nuestros aborígenes desarrollaron una técnica

ingeniosa para reconocer las pepitas. Según relatan los cronistas, en la llamada isla de Babeque: “la gente della coge el oro con candelas de noche en la playa, y después con un martillo diz que hacían vergas dello”. (Fernández 1999: 48)

Cuando Diego Velázquez realiza su Carta de Relación sobre la conquista de Cuba, en 1514, relata el testimonio de dos mujeres que permanecieron prisioneras en el territorio de un cacique en La Habana y varias veces habían visto “á los indios de la dicha provincia estar á la orilla de un rio donde se ivan á labar, tener encima de unas piedras grandes algunos granos de oro, y con otras piedras, dándoles encima, les hacian *guanines*”. (Pichardo Viñals 1965:76)

Mediante el procedimiento de percusión eran obtenidas láminas de distinto grosor, que a veces alcanzaban gran tamaño. Las mismas eran utilizadas como chapas para ser incrustadas en sus artesanías de madera, concha, hueso, piedra y tejidos; o bien eran convertidas en colgantes para las orejas y la nariz. En algunos lugares de La Española los conquistadores describen la existencia de “*coronas*” de ese material entre los caciques.

En nuestro país son muy escasas las evidencias arqueológicas de metales preciosos conservadas. La mayoría son pequeñas láminas en forma de pendiente, y algunas preparadas para ser incrustadas. No obstante, las excavaciones del cementerio en Chorro de

TEXTILES

Los textiles son mencionados abundantemente en las crónicas ya sea en forma de tejidos, como en forma de ovillos grandes de algodón. Durante el segundo viaje, el Almirante Colón visita en las Antillas Menores “[...] unas casas que estaban cerca por allí cerca, en las cuales hallaron mucho algodón hilado y por hilar, y una manera nueva de telares en que lo tejían [...]”. (Las Casas 1995, tomo I: 354) No cabe duda de que existía una actividad artesanal importante en torno a las confecciones textiles.

Se reporta su uso en forma de pequeños faldellines exclusivos de las mujeres mayores, en cinturones que se colocaban los personajes importantes de la tribu, así como, en la manufactura de hamacas. Usualmente servían de soporte para la colocación de arreglos de cuentas y otras piezas de distintos tipos de materiales. Una de estas piezas, recuperada del enterramiento no. 25 del cementerio en Chorro de Maíta ha conservado la impronta del textil que servía de soporte a un adorno de metal.

Aunque apenas ha sobrevivido en el registro arqueológico, debieron existir bellos ejemplares de

ídolos realizados en tejidos de algodón. Uno procedente de La Española se ha conservado en la colección del Museo de Antropología y Etnografía de Torino, en Italia. Estos ídolos tejidos sorprenden por su realismo y tamaño. El mencionado alcanza los 75 cm de altura e incluye un cráneo humano en el área de la cabeza.

Es posible también que algunos ídolos hayan tenido piezas de hilos atadas alrededor de las piernas, tal y como se reportan que usaban hombres y mujeres en las pantorrillas.

HUESO

A pesar de que los grandes mamíferos terrestres son escasos, los marinos existentes en Cuba sí fueron capaces de proveer de importantes y masivas piezas de materia prima para la confección de distintos tipos de artefactos. Se destaca entre todos, el manatí (*Trichechus manatus*) dado que sus costillas son robustas y largas, empleadas preferentemente en la confección de espátulas vómicas. También existen varios idolillos confeccionados con este material.



Fig. 38 Espátula vómica, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana [Foto del autor]

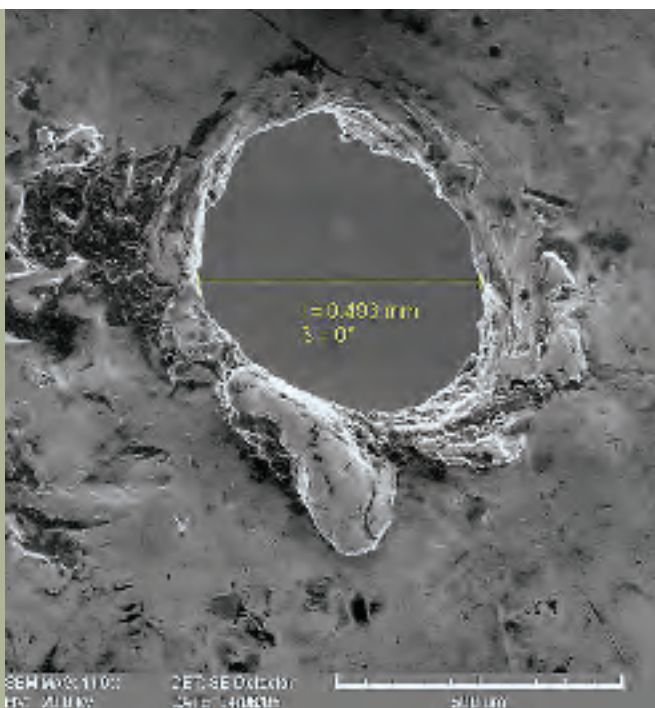
METALES

El trabajo con los metales se limitó a su uso en forma de láminas confeccionadas a partir de pepitas, pues se desconocía la técnica de la fundición. *Estas plastas de oro no eran fundidas ni hechas de muchos granos, porque los indios desta isla no tenían industria de fundir, sino de granos de oro que hallaban, majándolos entre dos piedras, y así los ensanchaban, por manera que siendo grandes las plastas, eran extendidas y ensanchadas de granos o piezas que en los ríos hallaban.* (Las Casas 1995, tomo I: 288)

No obstante, las obras de los artesanos indígenas eran remarcables por su creatividad. En las

Maíta han puesto al descubierto una importante colección de piezas metálicas, que nos deja pistas sobre las cadenas de intercambio que se establecieron en el mundo precolombino, ya que algunas de estas piezas son de un claro carácter continental.

La causa de esta ausencia no debe encontrarse solamente en la inmensa codicia del conquistador, sino en el propio funcionamiento de semejantes piezas dentro de la sociedad aborígen. Lo que parece desprenderse de los documentos históricos es que estos objetos eran altamente considerados por las élites, de ahí que su circulación se mantuviera en la sociedad viva una vez fallecido su portador, pasando de cacique a cacique en forma de redistribución. Es por eso que no se encuentran en el registro arqueológico con facilidad y fueron muy



accesibles al conquistador europeo.

Paradójicamente, para nuestros aborígenes el latón tenía mucho más valor que el oro, circunstancia que fue aprovechada ventajosamente por los conquistadores para realizar

intercambios muy desiguales. La palabra aborígen que designaba al latón era turey. (Oliver 2000: 198) Es en estos intercambios donde se reflejaba la confrontación entre dos mundos erigidos desde bases completamente diferentes.





Fig. 39 Dujo de Santa Fé, confeccionado en madera de Guayacán. Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]



CERÁMICA

colecciones de nuestro país se conservan pocas piezas de oro y las mismas se limitan a simples pendientes en forma periforme o algunos ligeramente triangulares y a pedazos de láminas cuyo destino era la incrustación.

En estudio conducido por el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología sobre un pendiente encontrado en el sitio arqueológico Toma de Agua, municipio La Sierpe de Sancti Spíritus, se determinó que este presentaba el oro como componente fundamental (94.39%) y una cantidad menor de plata (5.6%). Así mismo, visto mediante el microscopio electrónico de barrido se pudieron observar las dos láminas que fueron unidas por percusión para crear el pendiente.

Existen algunos objetos en Cuba que indudablemente tienen un origen continental. Tal es el caso del ídolo encontrado en una finca del barrio de Yaguajay en Banes y el encontrado en el cementerio de Chorro de Maíta también en Banes. En este sitio se reporta el hallazgo de un cascabel de clara tipología continental. La presencia de estos objetos elaborados con técnicas de fundición, desconocidas por nuestros aborígenes, denotan la existencia de relaciones de intercambio de largo alcance.

Por la abundante presencia en los contextos arqueológicos, y las posibilidades de plasmación de concepciones estéticas, la cerámica constituye una de las más destacadas artesanías indígenas. El proceso tecnológico que involucraba la confección de cerámica requería de conocimientos especializados por parte de sus creadores. En nuestro país han sido reconocidas las dos grandes subseries de La Española, la meillacoide y la chicoide, aunque ninguna de las dos se da en un carácter puro, sino que los objetos reflejan una mezcla de ambos. Falta estudiar si este proceso de mestizaje se produjo en suelo cubano o fue importado.

Sin embargo, fue producida una amplia gama de vasijas y recipientes contenedores, entre las que se singularizan las de forma navicular, y en algunas ocasiones se produjeron formas exóticas como la vasija cuadrada de Banes .

El elemento decorativo más importante de las cerámicas cubanas es el asa modelada e incisa que ostentaban las vasijas, donde el creador indígena hacía gala de sus dotes. Estas asas contienen representaciones antropo y zoomorfas de una gran expresividad. Llegaron a hacerse asas que producían un sonido apagado mediante la introducción de pequeñas piezas de barro o piedrecitas en su cuerpo hueco, conocidas como “asas sonajeras”.

Un recipiente poco común en Cuba lo son las postizas o botellas para líquidos, de las cuales solo se conservan unos pocos fragmentos, y que por el contrario, son muy comunes en La Española.

Pero no solo la cerámica sirvió para la confección de vasijas y diversos tipos de contenedores, además, se confeccionaron una serie de piezas como sellos o

pintaderas que intervenían en la decoración personal, y amuletos. De especial interés son las llamadas figurinas de barro relacionadas por algunos autores con cultos a la fertilidad. (Dacal 1972)

Usualmente la cerámica se ha considerado una actividad relacionada con el ámbito femenino. (Valcárcel 2000) Sin embargo, un interesante tema de investigación que queda pendiente es la determinación de si las creaciones de altos valores estéticos relacionadas con la esfera de lo ritual-ceremonial, y que reproducen los cánones estéticos de otras manifestaciones artesanales, fueron realizados por las mujeres o por artesanos hombres. En las fuentes documentales, las escasas referencias a los procesos creativos relacionados con lo ritual están vinculadas a lo masculino a través de la figura de caciques y behiques.

Una importante consideración sobre la cerámica es que ha servido como indicador para las concepciones teóricas de toda una escuela arqueológica (el normativismo norteamericano, por ejemplo) debido a su carácter extremadamente dinámico. A tal punto, que a veces es el único elemento que parece alejarse del canon estético aborigen en nuestro país, presente por igual en las realizaciones en madera, piedra, concha o hueso.

OTROS MATERIALES

La existencia de otros materiales con los cuales se confeccionaron las artesanías indígenas se derivan de las fuentes documentales y de hallazgos realizados excepcionalmente. Por ejemplo, dada la riqueza ornitológica de nuestro país, seguramente las plumas serían empleadas en diferentes tipos de adornos tanto corporales como complementarios de otros artefactos. También se empleaban algunos tipos de resinas vegetales que pudieron ser moldeadas, endurecidas y pulidas para obtener cuentas y orejeras.

Las fibras vegetales sirvieron para la confección de diferentes tipos de contenedores y no hay ninguna razón para no pensar que fueran hechas

combinando diferentes colores para lograr complicados diseños, tan característicos en otros materiales como la cerámica.

Otro de los materiales empleados en la elaboración de cuentas fue el coral y las perlas, según indican los ejemplares encontrados en el sitio Chorro de Maíta.

Todas estas materias primas que hemos mencionado se combinaban en las manos indígenas para producir una serie de objetos de complicada factura en la que intervenían varios artesanos y procesos de trabajo. Es esta una de las razones por la que podemos plantear que en ocasiones la producción artesanal se podría haber desligado de la producción básica agrícola, y haya sido posible el surgimiento de individuos especializados en este tipo de trabajo. Pongamos un par de ejemplos de los regalos que envió el cacique Guacanagarí de la Española a Colón durante los primeros tiempos del descubrimiento: "Trajeron al Almirante una gran carátula, que tenía unos grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y en otras partes, la cual le dio con otras joyas de oro, y el mismo rey se las puso al Almirante en la cabeza y al pescuezo [...]" (Las Casas 1995, tomo I: 282)

Según relata el Padre dominico Las Casas, en otra ocasión:

Envióle con aquel su criado y embajador un cinto que en lugar de bolsa traía una carátula, que tenía dos orejas grandes de oro de martillo y la lengua y la nariz; este cinto era de pedrería muy menuda, como aljófar, hecha de huesos de pescado, blanca y entrepuestas algunas coloradas, a manera de labores, tan cosidas en hilo de algodón y por tan lindo artificio, que por la parte del hilo y el revés del cinto parecían muy lindas labores, aunque todas blancas, que era placer verlas, como si se hubiera tejido en un bastidor y por el modo que labran las cenefas de las casullas en Castilla los brosladores, y eran tan duro y tan fuerte, que sin duda creo que no le pudiera pasar, o con dificultad, un arcabuz; tenía cuatro dedos en ancho, de la manera que se solían usar en Castilla por los reyes y grandes señores los cintos labrados en bastidor o tejidos de oro, e yo alcancé a ver algunos dellos. (Id.: 272)

LA SOCIEDAD TRIBAL AGRICULTORA

Hacer una caracterización global de la sociedad tribal agricultora de Cuba no es una tarea fácil. Diversos obstáculos impiden una correcta valoración de las informaciones producidas tanto por los cronistas e historiadores como por los arqueólogos.

Las fuentes documentales disponibles e investigadas, relativas al período temprano de la presencia europea en nuestro país, son aun insuficientes y escasas para enfrentar procesos de explicación de la sociedad tribal indígena. Otro aspecto a tener



Fig. 40 Trigonolitos de República Dominicana

en cuenta es que los métodos empleados en la ocupación ibérica de Cuba, ya habían sido ensayados con amplitud en La Española, por lo que el mismo proceso de ocupación y anulación de las estructuras indígenas, una vez sobrepasada la fase de “estudio colonial”, fue muy rápido y violento.

Por otra parte, las peculiaridades del proceso de conquista y colonización europeo en Las Antillas conformó una producción bibliográfica que se limitó fundamentalmente a las vivencias ocurridas en La Española y Puerto Rico, de ahí que ha sido una práctica general extrapolar las observaciones etnográficas al resto de las islas. Debería esperarse que estas dificultades metodológicas pudieran ser salvadas mediante los aportes de la arqueología, pero desgraciadamente los estudios arqueológicos, salvo raras excepciones, (Domínguez 1991; Valcárcel 2002) no se han podido conducir satisfactoriamente a una escala regional, en aquellos lugares de mayores montos demográficos indígenas del país.

Otra dificultad derivada de lo que hasta ahora se ha podido investigar es que las diferentes comunas indígenas no habían alcanzado el mismo nivel de complejidad social hacia el momento de la colonización europea. Esta es una situación identificada por Wilson para el territorio de La Española considerado hasta la actualidad como modelo de existencia de complejas estructuras sociales como el cacicazgo. (Wilson 1990)

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA SOCIEDAD TRIBAL AGRICULTORA

Como hemos visto hasta aquí, las comunidades indígenas asentadas en Cuba durante la época del

llamado descubrimiento, habían sido el resultado de un larguísimo proceso de desarrollo socioeconómico, cuyas raíces parten del área continental sudamericana.

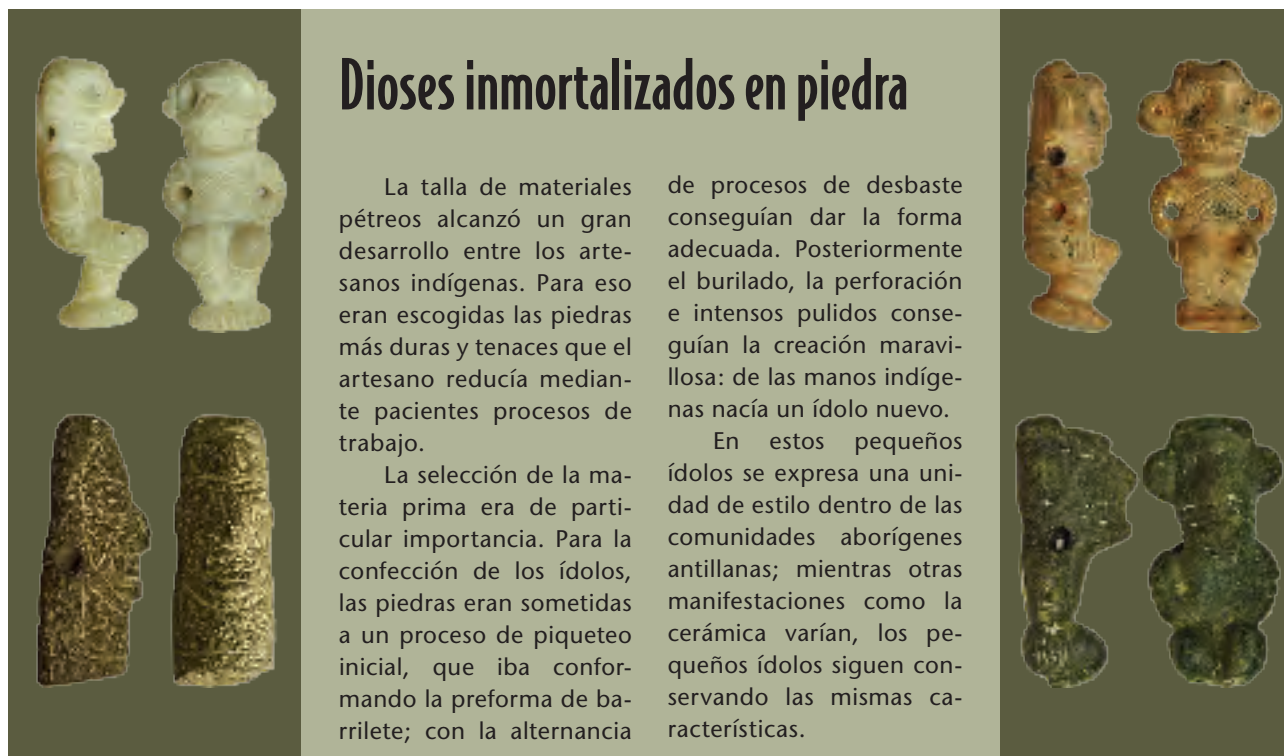
Estas sociedades, representantes de la Formación Económico Social Tribal, habían alcanzado un control racional sobre los medios naturales de producción a través del dominio de los ciclos reproductivos de especies vegetales y animales. Pero este paso de avance requirió de un cambio en la misma estructura del proceso productivo social, pues para garantizar la continuidad del mismo, había que asegurar la propiedad sobre el medio fundamental de producción: la tierra. En este sentido, la revolución tribal provoca que la propiedad, mantenida aún bajo una forma colectiva, cambie su contenido esencial en relación con la Formación Económico Social Pretribal que le precedió.⁷ La comuna ahora, en tanto colectivo humano, ejerce la propiedad sobre la tierra, como medio de distinción y defensa ante las otras comunidades. La apropiación de la naturaleza no solo es una consecuencia de la producción sino una condición de la misma. (Bate 1998:86)

Es posible reconocer en las fuentes documentales las diferentes divisiones territoriales que se establecían entre los grupos indígenas de nuestro país donde los cronistas reconocen la existencia de “provincias indias” como *Mayzí*, *Cueyba*, *Macaca*, *Bayatiquirí*, *Bani*, *Baraxagua*, *Camagüey*, etc.

Otras de las características derivadas del establecimiento de la propiedad colectiva sobre el objeto natural de producción es que se requiere de un aumento demográfico como vía para garantizar el aumento de la productividad media del trabajo. A su

⁷ En el caso de la Formación Económico Social Pretribal los contenidos de la propiedad solamente se establecen sobre la fuerza de trabajo y los instrumentos de producción. (Bate 1998: 83)

⁸ El mismo concepto de cacicazgo posee diferentes definiciones, y llega incluso a ser rechazado por algunos autores como Drenan y Uribe quienes encuentran que “[...] el concepto de cacicazgo es útil tan solo para una descripción tosca y la organización de la información. No es, sin embargo, una herramienta analítica penetrante para buscar el entendimiento de las sociedades que así son descritas”. (Drenan y Uribe 1987: xviii)



Dioses inmortalizados en piedra

La talla de materiales pétreos alcanzó un gran desarrollo entre los artesanos indígenas. Para eso eran escogidas las piedras más duras y tenaces que el artesano reducía mediante pacientes procesos de trabajo.

La selección de la materia prima era de particular importancia. Para la confección de los ídolos, las piedras eran sometidas a un proceso de piqueteo inicial, que iba conformando la preforma de barrilete; con la alternancia

de procesos de desbaste conseguían dar la forma adecuada. Posteriormente el burilado, la perforación e intensos pulidos conseguían la creación maravillosa: de las manos indígenas nacía un ídolo nuevo.

En estos pequeños ídolos se expresa una unidad de estilo dentro de las comunidades aborígenes antillanas; mientras otras manifestaciones como la cerámica varían, los pequeños ídolos siguen conservando las mismas características.

vez, este incremento poblacional necesita de la creación de nexos de parentesco intercomunales que toman la forma de relaciones familiares, que muchas veces abarcan territorios extensos. Las relaciones tribales básicamente son un mecanismo efectivo de regulación de las fuerzas productivas a nivel regional, y constituyen en realidad, la traducción en lo social de las relaciones básicas de producción.

El mantenimiento de estas relaciones parentales a nivel de conciencia social, constituye uno de los contenidos esenciales de las superestructuras, las que van a estar encaminadas a mantener la cohesión social a través de lo simbólico en manifestaciones como la mitología, los cultos rituales, las expresiones artísticas, estéticas, y otras.

Como plantea Bate:

[...] la estructura tribal funcionando en sus instancias de representación y en distintos niveles, según la magnitud o naturaleza de los problemas a resolver, cumple algunas actividades institucionales que se han hecho necesarias. Por lo pronto organiza la defensa bélica de la propiedad comunal –cuando es requerida– y se encarga de las relaciones diplomáticas o de intercambio con otras comunidades; pero además, administra el funcionamiento de una economía algo más compleja y de mayores proporciones que la de una sociedad cazadora-recolectora (rotación de tierras, distribución de agua, intercambio, etc.) y se ocupa de zanjar eventuales problemas internos, de la administración de justicia y demás asuntos similares. (Bate 1998: 87)

Pero también la sociedad tribal adquiere formas acordes con la magnitud del desarrollo de sus fuerzas productivas y la particularidad de sus modos de vida. En general, en nuestro país se puede reconocer la existencia de dos fases que denominamos la fase comunal o no jerarquizada y la fase cacical o jerarquizada.

Las comunidades aborígenes tribales de nuestro país mayormente se encontraban en la primera fase, pero también en algunas de ellas se estaban produciendo intensos procesos de diferenciación bajo formas cacicales.

La arqueología antillana ha aceptado la identificación de las primeras formas de comunidad tribal jerarquizada en las sociedades ostionoides de La Española para el año 1 200 DNE. (Veloz 1991) Sin embargo, en Cuba tradicionalmente ha sido entendido que en la sociedad indígena no se produjeron procesos de complejización suficientes como para dar origen a los cacicazgos típicos reportados para La Española y Puerto Rico. Tal vez la razón sea que el concepto de complejidad social que hemos estado usando, formalizado en la categoría de cacicazgo, parta de la mezcla de diferentes teorías sociales, muchas veces no compatibles.⁸ (Moreira 2003; Valcárcel 2002; Domínguez 1991)

Para nosotros, la naturaleza transicional de la figura del cacicazgo hace mucho más complicada su definición. En ella se agudizan las contradicciones implícitas de la organización tribal, esto es, la



Fig. 41 Fragmentos de espátulas vómicas, Colección Museo Indocubano Baní

participación colectiva en las decisiones sobre la disposición de los elementos fundamentales del proceso productivo, dada la forma colectiva de propiedad sobre los objetos naturales de producción, y la existencia de una cada vez más compleja estructura jerarquizada que administra la disposición y distribución de esos recursos y de la fuerza laboral. Hacia el exterior de la tribu, el equilibrio de las relaciones intercomunales en el territorio, que se mantiene gracias a un sistema de intercambios adecuado y a una capacidad defensiva colectiva, también tiene un límite que puede ser sobrepasado a favor de las comunidades más fuertes y mejor organizadas en su interior. (Bate op.cit: 88)

Para el caso caribeño, la arqueóloga venezolana Iraida Vargas ha descrito el proceso de la manera siguiente:

[...] las relaciones interaldeas se convierten en verdaderamente políticas. La especialización del trabajo social, en algunas o en una aldea de las aldeas, unido también a la disolución en ésta de los vínculos parentales intraaldea (excepto en las unidades domésticas) y su reemplazo por lazos políticos y de rango entre los distintos linajes de la aldea, lleva hacia el surgimiento de una localidad dominante en lo político, lo religioso y lo económico. Las relaciones de reciprocidad inter e intraaldea, dentro del territorio tribal, se convierten en relaciones de subordinación, las cuales se expresan a través del tributo que se debía rendir a la localidad principal y al cacique o jefe principal, quien podría ser al mismo tiempo jefe militar único o sacerdote, o jefe político, militar y religioso, dentro de una 'clase' de pequeños señores subordinados que cumplían funciones similares en sus respectivas localidades. (Vargas 1990:113)

Una consecuencia importante de este proceso es la aparición de productores especializados no solo en la manufactura de bienes simbólicos para las élites, sino también en el gerenciamiento de los fondos de tiempo de la producción y otras clases de servicios. Se fortalecen las redes de intercambio de materias primas exóticas destinadas a esas producciones que en las manos de los artesanos van a servir para legitimar el status de poder de ciertos linajes.

Como reflejo de estos procesos de diferenciación social en la superestructura se va a gestar un uso ideológico de rituales y tradiciones que busca legitimar o justificar el estado de cosas mediante el

⁹ Efectivamente coincido con el argumento de que las clases son un resultado histórico de las relaciones desiguales y de explotación en el seno de la sociedad humana y no una condición para su surgimiento.

cual se perpetúa la permanencia de los linajes que detentan el poder. Es en esta fase donde surgen los primeros mecanismos de explotación social que luego, en las sociedades clasistas, van a permitir el surgimiento de las clases sociales.

Al respecto, la opinión de Vargas radica en que: “[en el Caribe Insular la fase jerárquica tribal] no parece haber propiciado el surgimiento de una división social del trabajo, de naturaleza tal, que implicase la aparición de las clases sociales y, en consecuencia, la transformación de los plusproductos en excedentes.” (Vargas 1990: 115)

Pero este aspecto ha sido cuestionado por Moscoso quien estima que sí existieron procesos que llevaron a la conformación de incipientes clases sociales como producto de las relaciones de explotación que se establecieron al interior de la formación tribal. (Moscoso 1989; 1999) Yo comparto la apreciación de este autor, aunque con la reserva de que no fue un proceso que se pueda generalizar a todas Las Antillas.⁹

Como demuestra la arqueología, en algunas zonas de Las Antillas Mayores y en el momento del arribo europeo en la sociedad tribal agrícola, se estaban produciendo profundos procesos de transformación y desigualdad social. En ese sentido, el yucayeque aborigen no era una cándida y prístina forma igualitaria social, sino que ya había conocido formas de desigualdad que propiciaban la explotación de unos grupos por otros cuyo desarrollo fue trastocado radicalmente por una forma mucho más violenta y desarrollada de explotación: la aportada por los colonizadores.

Solo en este marco de desintegración incipiente de las estructuras tribales y de sus relaciones de reciprocidad, es que pueden entenderse pasajes como el ocurrido con la supuesta revuelta de los indígenas del cacicazgo de Bayamo ante Pánfilo de Narváez y su posterior regreso al no ser “aceptados” por los del Camagüey. En mi opinión, se ha seguido al pie de la letra lo planteado en la crónica del Padre Las Casas:

La causa de la vuelta a su provincia y meterse en manos de sus enemigos los españoles, fue que los vecinos de la provincia de Camagüey no los pudieron sufrir, como eran mucha gente, para dalles de comer de sus bastimentos; y la razón es, porque aunque en todas estas Indias sean abundantísimas de comida, nunca los indios y vecinos de cada provincia tienen, porque no lo procuran tener, más de lo que para sí en sus casas han menester, y aquello tienen y tenían

tan cierto, por los ordinarios buenos temporales, que no tienen miedo de que les ha de fallecer. (Las Casas 1995, tomo II: 532)

Como se ha visto en numerosas ocasiones, la apreciación de los españoles era distorsionada respecto a los detalles de la vida social aborigen. En este caso, el rechazo del Camagüey se pudiera explicar alternativamente como el reflejo de los procesos de ruptura de lazos tribales, pues no debemos olvidar que los indígenas de Bayamo tuvieron una actitud inicial colaboradora ante los conquistadores, y por tanto, contraria a los intereses tribales. Debemos recordar que, en otras ocasiones, comunas enfrentadas a los conquistadores no fueron rechazadas por sus similares, como es el caso del cacique Hatuey.

Otras figuras del período de contacto indohispánico, los llamados “indios de guerra”, parecen

Fig. 42 Ídolo de Bayamo, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana [Foto del autor]



confirmar este proceso incipiente de descomposición de la sociedad tribal. Estos eran miembros de algunas tribus que eran empleados por los españoles en las guerras y escaramuzas sostenidas contra el resto de los indígenas. En Cuba hay varios ejemplos de ellos, e incluso de indios de guerra flecheros traídos de Jamaica para servir a las huestes de Narváez en la colonización de la isla.

La sociedad aborígen tenía una diferenciación marcada en cuya cima se encontraba el cacique o jefe del clan o linaje. La gradación o magnitud de su mandato podía abarcar el ámbito de la aldea o llegar a la región. Son evidentes las muestras de distinción que le rinden los miembros de la tribu a este personaje que se diferenciaba incluso por los adornos que portaba y los alimentos que ingería. Algunos nombres de caciques cubanos fueron recogidos por los cronistas como Guamá, Manatiguahuraguaná, Caracamisa, Yaguacayex, y Habaguanex.

Por debajo de los caciques en el orden social se encontraban los llamados *nitaynos* quienes fueron identificados por los cronistas como los consejeros o nobles subordinados, cuya función era la de auxiliar al cacique en los asuntos relativos al mantenimiento de los límites tribales, la distribución de los bienes y de la fuerza de trabajo.

En la base de la escala social estaban los *naborías* o comuneros sobre quienes recaía el peso fundamental de la producción de subsistencia. Es claro su papel subordinado por lo que en ocasiones se les relacionaba con formas de esclavitud, pero esta visión es del todo inadecuada, ya que más bien la existencia de los naborías es el remanente de la formas de reciprocidad de la fase no jerarquizada de la formación tribal, en cuanto a la cooperación en el trabajo a escala intra y extra aldeana; formas que posteriormente serían corrompidas por los procesos cacicales y transformadas en obligación institucionalizada.

Ya hemos visto cómo la elevación de la productividad media del trabajo pudo haber fomentado la existencia de ciertos trabajadores especializados en el campo de la producción de bienes suntuarios y de prestigio. La arqueología ha documentado la existencia de una gran producción artesanal que nos hace preguntar ¿hacia dónde iba destinado el consumo de los bienes producidos?

En el Caribe precolombino continental se reportan grandes producciones de objetos que eran posteriormente consumidos en las ceremonias funerarias, (Vargas 1990) sin embargo, en el caso

cubano no parece haber sido así, pues, con excepción de algunos sitios muy definidos, como en Chorro de Maíta, el consumo de artesanías en contextos funerarios es mínimo y los enterramientos carecen de gran parafernalia funeral. Otra opción parece haber sido su uso por parte de las élites y los personajes importantes, aunque los cronistas son parcos en sus observaciones al respecto sobre Cuba.

Existe una fuerte probabilidad de que fueran utilizados como medios de intercambio a nivel regional. Esto le daría sentido a que en sitios arqueológicos como el mencionado Chorro de Maíta y algunos otros de Maisí, existan evidencias de especialización en artefactos como cuentas de cuarzo y



Fig. 43 Ídolos de piedra,
Fondos del Instituto Cubano
de Antropología



concha, y seguramente otras producciones que no sobreviven en el registro arqueológico.

La existencia de contextos de almacén está perfectamente clara en las fuentes documentales. Es famoso el caso de los almacenes que poseía la cacica Anacaona de La Española:

Allí tenía esta señora una casa llena de mil cosas de algodón, de sillas y muchas vasijas y cosas de servicio de casa, hechas de madera, maravillosamente labradas, y era este lugar y casa como su recámara. Presentó esta señora a D. Bartolomé muchas sillas, las más hermosas, que eran todas negras y bruñidas como si fueran azavaja; de todas las otras cosas para servicio de mesa [y naguas de algodón (que eran como faldillas que traían las mujeres desde la cinta hasta media pierna, tejidas y con labores del mismo algodón) blanco a maravilla] cuantas quiso llevar y que más le agradaban. Dióle cuatro ovillos de algodón hilado que apenas un hombre podía uno levantar [...] (Las Casas 1995, tomo I: 447)

En Cuba también existieron este tipo de contextos. Los marinos enviados por Cristóbal Colón a reconocer el interior de la isla durante el primer

viaje, dijeron que hallaron “Algodón infinito, sembrado, cogido y hilado, y también tejido o obrado; dijeron que habían visto en una sola casa más de quinientas arrobas, y que se podía haber cada año cuatro mil quintales.” (*Id.*: 231)

La producción para el intercambio sería también una de las explicaciones de la aparición de objetos de procedencia continental en sitios de nuestro país.

Por último, se reporta la existencia de un pequeño sector social que logró una gran importancia en la estructura social: el *behique* o *shamán*. Este no solo limitaba su actuación a lo curativo sino que además era conductor de muchas de las ceremonias y rituales efectuadas por la comuna. Es interesante la explicación de la preponderancia que alcanzó en la sociedad aborigen por cuanto no era un sector directamente ligado al proceso de producción comunal. Su poder también fue utilizado, y en las últimas fases de la forma jerárquica, monopolizado por los caciques, quienes concentraron en sí las funciones rituales y ceremoniales.

ALGUNOS ELEMENTOS DE LA SUPERESTRUCTURA ABORIGEN

La superestructura dentro de la formación tribal va encaminada a fortalecer los procesos de integración ideológica de sus miembros a través de diferentes mecanismos, donde juegan un papel importante las creencias mágico-religiosas.

Es verdaderamente poco y confuso lo que conocemos de las manifestaciones míticas religiosas de nuestras comunidades. Ha sido privilegiada como fuente primaria la obra del fraile Ramón Pané, pero creemos que no puede ser traspolada literalmente a Cuba por muchas razones. (Pané 1990) Primeramente porque la mitología recogida en la famosa obra de Pané, no se corresponde con los grupos culturales que se encuentran en nuestro país, y por lo tanto, no hay ninguna seguridad de que la misma fuera compartida en términos generales.

Sí creo que debió haber existido un fondo mitológico étnico común, que los procesos de jerarquización cacical fueron dividiendo progresivamente

en la competencia por la preponderancia. La narración de Pané se da precisamente en un contexto quisqueyano de este tipo y por tanto, algunos de los personajes mitológicos que menciona, pueden ser particulares de algunos cacicazgos y no necesariamente de otros.¹⁰

Uno de los ejemplos más llamativos para Cuba es el de *Yucahú Bagua Maorocoti*, o Dios Supremo de la Yuca, asociado en el contexto de Las Antillas Mayores a los famosos trigonolitos. Si este era el principal dios de estas sociedades ¿por qué en nuestro país no aparece ningún ejemplar de este artefacto, aun cuando sabemos que la yuca era una importante base subsistencial? Las razones son obvias, o en nuestro país esta deidad tenía una representación diferente, o simplemente no era considerada en la misma medida que lo era en La Española y Puerto Rico. Un caso semejante ha sido reportado por Celaya y Godo para el llamado *Boi-*

¹⁰ Es por eso que no vemos lógica en el esfuerzo de algunos autores cubanos como Fernández y González por identificar en el arte rupestre de Cuba a personajes de contextos tan claramente particulares como lo es el ídolo Corocote. (Fernández y González 2001)

nayel o “llora lluvias” (Celaya y Godo 2000) que no encuentra un referente arqueológico en la cerámica, de acuerdo a las características que le otorga el relato de Pané.

No obstante, a nivel arqueológico se puede establecer una relación bastante segura entre el arte aborigen y el culto a la muerte. De esta manera es característica del arte indígena la representación de rostros antropomorfos de grandes ojos con cuencas vacías y expresiones fantasmagóricas, acompañados a veces por representación de costillas y otras partes del esqueleto que recuerdan a espectros o cadáveres. El Padre Las Casas señala que “comúnmente todos los indios destas Indias tienen opinión de las almas no morir, mayormente aquellos de Cuba [...]” (Las Casas 1995, tomo I: 392)

Las prácticas funerarias son tan diversas entre las sociedades tribales agricultoras de nuestro país que es difícil establecer un patrón para su caracterización. Desde el mismo inicio del descubrimiento, Colón y sus hombres se asombran de la convivencia con estas prácticas en la vida cotidiana: “Hallaron también los marineros en una casa una cabeza de hombre dentro de un cestillo, cubierto con otro cestillo, y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra

en otra población. Creyó el Almirante que debía ser algunos principales del linaje, porque aquellas casas eran de manera que se acogen en ellas mucha gente en una sola, y deben ser parientes descendientes de uno solo.” (Fernández de Navarrete 1999: 65)

Los enterramientos humanos eran practicados en dos formas fundamentales, los llamados primarios y los secundarios. En los primeros el cadáver era depositado o enterrado directamente en el suelo y ahí permanecía sin alteración posterior. Se han reportado casos en que los cuerpos eran lanzados a través de claraboyas o entradas de cavernas, y también en los que se lapidaba el recinto en que eran depositados los restos. Ejemplos de ambos casos se encuentran en la región de La Patana, en Maisí, provincia Guantánamo, y en sitios de Cabo Cruz, provincia de Granma. En otras ocasiones, los enterramientos se hacían en áreas perimetrales de la propia aldea, como sucede en el sitio San Lucas de Maisí.

Los entierros secundarios involucraban un proceso de descomposición del cadáver y después el retiro de ciertos huesos, generalmente el cráneo y los huesos largos, para ser reenterrados o depositados en otros soportes. Este parece ser el caso

El mundo en la cerámica: animales modelados



La cerámica ha sido uno de los medios más usados por las sociedades precolumbinas americanas para plasmar el mundo que les rodeaba. Famosas son las cerámicas peruanas de las culturas nazca y moche, donde prácticamente no quedó vivencia humana que no fuera representada; otro tanto ocurrió con las cerámicas mexicas de la región mesoamericana. Así, gracias a los delicados dedos alfareros, cobran vida personajes reales e imaginarios, animales y plantas, que en ocasiones alcanzan un sorprendente realismo.

La cerámica entra en Las Antillas a partir de las migraciones de comunida-

des procedentes de la parte nororiental de Venezuela, a partir del 200 ANE, y en poco tiempo se extienden por todo el arco antillano y llegan a Puerto Rico. A partir del siglo V DNE, surgen en el territorio de La Española las dos subseries cerámicas que van a dominar hasta el arribo de los europeos. La primera es denominada meillacoide y se establece alrededor del año 800 DNE en la zona norte y central de la isla. Posteriormente, hacia el 1200 DNE, surge la subserie chicoide, la más característica de nuestra región y la que se ha asociado a los llamados taínos de la época del descubrimiento americano. A partir de ese momen-

to se produjeron procesos de migración al resto de las islas, donde las cerámicas se mezclan entre sí para dar lugar a desarrollos locales. Es un problema todavía no resuelto si a nuestro país llegaron las dos tradiciones alfareras ya mezcladas, o si la unión se produjo en Cuba. Lo cierto es que no existen cerámicas chicoideas puras en nuestra isla.

La subserie meillacoide se distingue porque sus artesanos aplicaban una tecnología que dejaba la superficie de las vasijas áspera, además del uso de los trabajos aplicados tanto en las asas como en las paredes. Destacan decorativamente los punteados

de los vistos por los hombres de Colón en la costa norte de Cuba.

Procesos complejos como el desollado han sido reportados por Rodríguez y Terrazas en un cráneo agroalfarero de Maisí, donde la evidencia demostró huellas de corte y raspado mientras se conservaban los tejidos blandos. (Rodríguez y Terrazas 2003)

No podemos descartar tampoco la ocurrencia de procesos que por su naturaleza no dejan su huella en el registro como el del abandono en determinados lugares boscosos o su lanzamiento a corrientes de agua o al mar.

Como manifestaciones artísticas destacadas existieron los bailes llamados *areitos*, y la música, ambos íntimamente ligados a las ceremonias y rituales mágico-religiosos. Las Casas dice que:

[...] comenzaron a bailar y a cantar, hasta que todos quedaron cansados, porque así era su costumbre, de bailar hasta cansarse, y duraban en los bailes y cantos desde que anochece, toda la noche, hasta que venía la claridad, y todos sus bailes eran al son de las voces, como en esta isla, y que estuviesen 500 y 1.000 juntos, mujeres



y las incisiones hechas, de manera que los bordes parecen mellados o realizados con descuido.

Por otra parte, la cerámica chicoide se singulariza por el interés de sus alfareros en las asas modeladas-incisas, y la incisión como forma decorativa, llevada hasta tal punto que a veces forma complicados motivos que le han ganado el calificativo de "barroco antillano". Su diseño más común es el óvalo dividido por un segmento a manera de grano de café.

Las sociedades agroceramistas de Las Antillas,

si bien no alcanzaron los altos vuelos de las grandes civilizaciones continentales, tampoco dejaron de plasmar su mundo en las realizaciones cerámicas. Las hábiles manos aborígenes supieron dar forma al barro para crear esos otros seres que formaban parte del universo. La técnica del modelado, expresada primordialmente en las asas, va a permitir la representación estilizada de seres fantásticos, haciendo imposible de distinguir su naturaleza humana o animal. No obstante, a veces, el realismo con que lograron



Fig. 44 Rodillera, adorno confeccionado en metal y textil, recuperado en el enterramiento no. 25, Sitio Chorro de Maíta

y hombres, no salían uno de otro con los pies ni con las manos, y con todos los meneos de sus cuerpos, un cabello del compás; hacían los bailes de los de Cuba a los desta isla gran ventaja en ser los cantos a los oídos muy más suaves. (Las Casas 1995, tomo II: 508)

Respecto al arte rupestre existen importantes manifestaciones realizadas sobre las formaciones secundarias de las cavernas en muchas partes del país. Se destacan las esculturas o petroglifos de la Caverna de La Patana, en Maisí y el Guafe en Cabo Cruz. También se reportan importantes pictografías en la Cueva de Pichardo, Sierra de Cubitas, en la provincia de Camagüey.

su expresión artística, nos permite reconocer algunos de los integrantes de la fauna precolombina.

Aquí un perro con la cola graciosamente arqueada; allá una rana que parece salir del líquido que contiene la vasija; una jutía que parece ir en busca de su alimento; una ciguapa que mira solemnemente desde el borde; una oruga que trepa en una rama para convertirse en crisálida; una levisa que se escurre por el fondo marino, un delfín que salta sobre las olas; todas, realizaciones de la imaginación y destreza de las manos alfareras que nos legaron en el barro cocido, un pequeño cuadro de ese mundo perdido.





Capítulo 3

Buscando
una definición
para el taíno en Cuba



Fig. 45

Excavación en Cueva
de Nicomedes, Patana Abajo,
Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

Fig. 45 Ídolo de concha,
Colección Museo
Indocubano Baní

*Es posible que todos estemos atribuyéndole
un significado étnico incorrecto a 'taíno'.
Puede ser que, al igual que los macorijes y ciguayos,
tuvieran un nombre tribal definido.*
(Moscoso, 1986:293)

Durante mucho tiempo la arqueología caribeña ha usado ampliamente el término 'taíno' para identificar a las sociedades tribales más desarrolladas, encontradas por los europeos en el momento de la conquista. Sin embargo, cuando penetramos en el profuso mundo de las investigaciones realizadas, descubrimos que "lo taíno" se refiere a fenómenos distintos, dependiendo del autor, las evidencias manejadas y el país. Hasta el día de hoy, el concepto de "cultura taína" ha buscado, salvo raras excepciones, presentar un artificial panorama

homogéneo atribuible a todos estos grupos aborígenes que poblaban las Grandes Antillas.

El dilatado camino recorrido para encontrar una definición para la cultura (o las culturas) agrocera-mistas que ocuparon el suelo cubano, aun no ha llegado a su fin. Diferentes posiciones se han presentado a lo largo del tiempo, intentaremos muy brevemente hacer un recuento de cómo ha ido evolucionando la denominación de "lo taíno" a lo largo de la historia de las investigaciones arqueológicas en nuestro país.

CRONISTAS Y TAÍNOS

La primera mención que conocemos del término 'taíno' se produjo durante los hechos del segundo viaje de descubrimiento emprendido por Cristóbal Colón en 1493. Contrariamente a lo que la mayoría de las personas podrían imaginar, la referencia no se encuentra en ninguno de los documentos conocidos que generó el Almirante durante sus viajes. Más aún, tampoco está en ninguna de las obras de los más grandes Cronistas de Indias: el Padre Bartolomé de las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo. Cabría esperar que al menos en los documentos relativos a la conquista de Cuba, como las *Cartas de Relación* del Adelantado Diego Velázquez, aparezcan de alguna manera, pero allí también brillan por su ausencia nuestros taínos.

En realidad, las dos únicas menciones que se han encontrado proceden de documentos que son breves relaciones de los sucesos relacionados con ese segundo viaje. El primero de ellos es una carta

del doctor sevillano Diego Álvarez Chanca, quien fuera médico de la armada colombina; el segundo corresponde a las *Décadas* del cronista Pedro Mártir, que como sabemos, nunca puso pie en América. Pero, en esencia, ¿qué se dice en los referidos documentos?

La Carta del doctor Chanca, dirigida al Cabildo de Sevilla en 1494,¹ nos relata el siguiente pasaje ocurrido en noviembre de 1493, en la isla Guadalupe, perteneciente a las Antillas Menores:

Este día primero que allí descendimos andaban por la playa junto con el agua muchos hombres é mujeres mirando la flota, é maravillándose de cosa tan nueva, é llegándose alguna barca á tierra á hablar con ellos, diciéndolos tayno tayno, que quiere decir bueno, esperaban en tanto que no salian del agua, junto con él moran, de manera que cuando ellos querian se podian salvar: en conclusión, que de los hombres ninguno se pudo tomar por fuerza ni por grado, salvo dos que se

¹ Aun cuando en la fecha original del documento el dato del mes se encuentra vacío, y se dice 1493, Fernández Navarrete aclara que por los hechos relatados, el mismo debió ser escrito a fines de enero de 1494. (Fernández de Navarrete 1999:190)

aseguraron é después los trajeron por fuerza allí. Se tomaron mas de 20 mugeres de las cativas, y de su grado se venian otras naturales de la isla, que fueron salteadas y tomadas por la fuerza. (Fernández de Navarrete 1999: 171)

Por su parte, Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas* relata, pero esta vez más claramente, el empleo de la denominación como característica entre un grupo de aborígenes en La Española durante el segundo viaje: “[...] al acercarse les salió al encuentro un hombre de arrugada frente y altiva mirada, acompañado de otros cientos, los cuales armados todos con arcos, saetas agudas y lanzas se presentaron como en actitud amenazadora; gritaron que eran *taynos*, ó sea *nobles*, no *caníbales*”. (Mártir 1944: 23)

Lo que podemos deducir de ambos relatos es que taíno equivalía a “bueno”, una característica que, al parecer, reclamaban para sí algunos grupos al enfrentarse a los europeos.² Su objetivo básico era establecer una diferenciación respecto a otros grupos indígenas habitantes de las Antillas Menores a los cuales se les atribuía fama de ser guerreros belicosos y caníbales, y que hoy se conocen como *caribes*.

Sin embargo, ha sido entendido largamente en la literatura histórica, que la palabra ‘taíno’ es equivalente a una denominación étnica. Para nosotros es verdaderamente sospechosa la ausencia del pretendido etnónimo en el resto de los documentos de la conquista.

Como se desprende de los relatos mostrados, en realidad se trataba de un calificativo usado en una situación muy particular, pero claramente no era la palabra empleada como indicador étnico, por lo que ‘taíno’, en su acepción de etnónimo, nació de un malentendido idiomático; y por lo tanto, en el sentido etnográfico se puede considerar como un exónimo impuesto, no por los Cronistas, quienes en verdad apenas lo usaron, sino por los historiadores y arqueólogos de épocas posteriores.

Aunque en la actualidad la mayoría de los investigadores consideran que los aborígenes antillanos referidos en los documentos pertenecen al tronco aruaco sudamericano, el nombre verdadero con el que se autodenominaban como etnia desapareció en el tiempo.

Viendo esta perspectiva, es preciso preguntarnos, ¿estaban los conquistadores en capacidad de

diferenciar etnias entre los indígenas antillanos? Lo que se desprende del análisis de las *Crónicas de Indias* es que en un principio, sí podían diferenciar a los grupos.

En el caso mencionado de Diego Álvarez Chanca, se declara que existían características físicas que permitían diferenciar a unos de otros:

De allí conocimos cuales eran Caribes de las mugeres e cuáles no, porque las Caribes traian en las piernas en cada una dos argollas tejidas de algodón, la una junto con la rodilla, la otra junto con los tobillos, de manera que las hacen las pantorrillas grandes, é de los sobredichos logares muy ceñidas, que esto me parece que tienen ellos por cosa gentil; ansí, que por esta diferencia conocemos los unos de los otros. (Fernández de Navarrete 1999: 172)

Y en otro lado anota:

La diferencia desto á los otros indios en el hábito es que los de Caribe tienen el cabello muy largo; los otros son tresquilados é fechas cien mil diferencias en las cabezas de cruces, é de otras pinturas en diversas maneras, cada uno como se le antoja, lo cual se hacen con cañas agudas. (Id.:175)

Sin embargo, en otra de las fuentes documentales del segundo viaje de Colón, de invaluable utilidad como lo es la carta del marino saonés Miguel de Cúneo, escrita entre el 15 y el 28 de octubre de 1495, esta diferencia parece borrarse:

Los Caníbales y dichos Indios, aunque son numerosísimos y tienen un territorio inmenso y muy distante y por ellos mal frecuentado, indefectiblemente tienen todos un lenguaje solo y viven todos de acuerdo con las mismas costumbres, y parecen al verlos una nación sola, excepto que los Caníbales son hombres más feroces y más inteligentes que dichos indios. (Portuondo 1977: 38)

Independientemente de la contradicción presente en la cita, muy frecuente en general dentro de las *Crónicas de Indias*, obsérvese cómo, curiosamente, la denominación de las partes es, por un lado “Caníbales” y por el otro “Indios”, y no se denomina a estos últimos como “taínos”. Esta dicotomía canibal/indio, planteada por Cúneo, aparece por lo menos dos veces más, a lo largo de su relación.

Por supuesto, en este específico caso de comparación con los caribes, otra característica terrible para los europeos se mostraba, y era la antropofagia que se les atribuía.

² El lingüista José Juan Arrom precisa que la raíz aruaca ‘tai’, significa noble, bueno, no belicoso; y ‘no’ es signo de plural, de tal manera taíno sería “nosotros somos buenos, somos nobles, somos amistosos.” (Arrom 1983)

La costumbre desta gente de Caribes es bestial [...] Dicen también estas mugeres que estos usan de una crueldad que parece cosa increíble: que los hijos que en ellas han se los comen, que solamente crían los que han en sus mugeres naturales. Los hombres que pueden haber, lo que son vivos llévanse los á sus casas para hacer carnicería dellos, los que han muerto, luego se los comen. (Fernández de Navarrete 1999: 173)

No obstante, tampoco esta era exclusiva de los clásicos caribes, sino que en la crónica se deja entrever que grupos no caribes, que habitaban la isla de Borinquen, en ocasiones podían practicarla con sus enemigos.

Esta isla es muy hermosa y muy fértil á parecer; á esta vienen los de Caribe á conquistar, de la cual llevaban mucha gente; estos no tienen fustas ningunas nin saben andar por mar; pero, según dicen estos Caribes que tomamos, usan arcos como ellos, é si por caso cuando los vienen á saltar los puede prender, también se los comen, como los de Caribe a ellos. (Id.:176)

Como vemos, los cronistas nos van acercando al mundo del descubrimiento a través de sus diversos puntos de vista, a veces, en franca contradicción unos con otros, pero sin duda son impresionantes fuentes a la hora de tratar de entender el mundo desaparecido de las sociedades indígenas antillanas. Si bien es relativamente claro que existía una gran diferencia entre los habitantes de las Antillas Menores (caribes) y los de las Antillas Mayores, hecho en el que coinciden todos los cronistas, ¿es posible establecer alguna diferencia entre las poblaciones que se encontraban en estas últimas?, ¿eran tan homogéneas? Existen razones para sospechar de la supuesta homogeneidad del mundo precolombino antillano.

Una lectura detallada de los documentos nos revela un panorama un tanto diferente. Es claro, por ejemplo, que el Padre Bartolomé de Las Casas, nos permite identificar en el territorio de La Española, al menos otros dos grupos culturales que claramente se diferenciaban de la población denominada "natural". Tales eran los *macoriges* y los *ciguayos*.

En su monumental *Historia de las Indias*, al transcribir y comentar el primer viaje de Colón a su paso por la costa norte de La Española menciona que: [...] hallaron ciertos hombres con sus arcos y flechas, [...] el cual dice que era muy disforme cuanto al gesto; tenía todo el gesto tiznado de carbón, [...] traía este todos los cabellos muy largos, cogidos y atados atrás y puestos en una redcilla de plumas de papagayos, y desnudo en cueros, como los otros. [...] Aquí no llaman caona al oro como en la primera parte desta isla, ni

nozay como en la isleta de Guanahaní o Sant Salvador, sino tuob. Es aquí de saber que un gran pedazo desta costa, bien más de 25 ó 30 leguas, y 15 buenas y aun 20 de ancho hasta las sierras que hacen desta parte del Norte la gran vega inclusive, era poblada de una gente que se llamaban mazoriges, y otras cyguayos, y que tenían diversas lenguas de la universal de toda la isla. (Las Casas 1995, tomo I: 303)

En otro pasaje de su libro, las diferencias resaltan aun más cuando describe que:

Nombráramos el Macorix de Abajo, a diferencia de otro Macorix de Arriba, que era la gente de que estaba poblada la cordillera de las sierras que cercaban la Vega por la parte del Norte, y vertían las aguas en la misma provincia del Macorix de Abajo; decíase Macorix en la lengua de los indios más universal de la isla, cuasi como lengua extraña y bárbara, porque la universal era más pulida y regular o clara. (Id.: 429)

Por su parte, los ciguayos y su cacique Mayo-banex protagonizaron una de las más enconadas luchas con los colonizadores europeos, cuando la conquista mostró su rostro de violencia y desenfreno. De ellos, el fraile dominico nos dice:

Aquel rey e señor de las dichas sierras e tierras hasta la dicha mar, tenía por nombre Mayobanex. [...] Este era señor de gran número de gente que habitaba toda aquella serranía, que llamaban ciguayos, cuasi nazarenos como entre los judíos, porque nunca se cortaban o pelaban pelo alguno de sus cabellos, y así traían las cabelleras crecidas hasta la cinta, y más debajo de sus cuerpos. [...] Estos ciguayos eran muy esforzados. (Ibid.:458)

Pero esta distinción entre "naturales", ciguayos y macoriges, no era exclusiva de La Española. También es posible encontrar la mención a otro grupo: el de los *lucayos*, habitantes del actual archipiélago de Las Bahamas. Las Casas establece la diferencia entre estos grupos y los de Cuba al comentar un pasaje que leyó en la obra de Pedro Mártir:

Y en cuanto a lo que dice más que eran 400 islas, metió en aquel número las islas del Jardín de la Reina y del Jardín del Rey, que son unas rengleras de islas pequeñas que están a la costa del Sur y del Norte, pegadas con la isla de Cuba, y aunque las gentes de que estaban pobladas aquellas isletas de los Jardines eran de aquella simplicidad y bondad natural que las de los Lucayos, pero no acostumbramos llamar las isletas de los Jardines Lucayo [...] (Las Casas 1995, tomo II: 352).

Como es claro, existían diferentes grupos humanos perfectamente identificables por parte del conquistador europeo, ya sea atendiendo a sus características físicas como la forma en la que lle-

vaban el cabello y el color de la piel; ya sea atendiendo a su lengua, e incluso al lugar geográfico en que vivían. Sin embargo, en los mismos Cronistas se observa una lucha por tratar de homogeneizar esta diversidad cultural. Las causas pueden estar relacionadas con la necesaria síntesis que debían poner en sus obras, o la incompreensión de un nuevo mundo totalmente diferente que se regía por una cosmovisión que nada tenía que ver con la europea, o por razones netamente colonialistas que exigían la negación de la existencia del “otro”.

Lo cierto es que, por muchas razones, los grupos humanos y su diversidad fueron borrados del panorama cultural a través de una homogeneización que tuvo importantes repercusiones en los siglos posteriores. Lo que sí nos parece más cierto es que ‘taíno’ no era la palabra adecuada para nombrar a ninguno de ellos, entonces ¿cómo este término llegó a denominar a una cultura?

Tal vez la explicación vaya por la vía de la semántica aruaca del término ‘taíno’, en su acepción de “bueno, no belicoso”. En las obras de los cronistas se hacía un frecuente y especial énfasis, verdadero o falso, en el carácter pacífico y simple de las poblaciones indígenas, su ausencia de maldad y su carencia de armas; solo que los investigadores pasan por alto muchas veces que todas estas declaraciones se hicieron en el marco de diferentes contextos. Primero los propios aborígenes se distinguieron de los pobladores caribes; después los españoles los distinguieron a ellos, comparándolos con la violenta cultura europea de que eran portadores.

Basten dos ejemplos de cada contexto, de los muchos que se pueden encontrar en las *Crónicas*. Sobre el carácter pacífico y poco belicoso de nuestros primigenios pobladores, dice Colón en su primer *Diario de Navegación*, el martes 27 de noviembre de 1492, a la altura de Baracoa en la costa nororiental de Cuba:

Viniendo así por la costa a la parte del Sueste del dicho postrero río halló una grande población, la mayor que

hasta hoy haya hallado, y vide venir infinita gente a la ribera de la mar dando grandes voces, todos desnudos con sus azagayas en la mano. Deseó hablar con ellos y amainó las velas, y surgió y envió las barcas de la nao y de la carabela por manera ordenados que no hiciesen daño alguno a los indios ni los recibiesen, mandando que les diesen algunas cosillas de aquellos rescates. Los indios hicieron ademanes de no los dejar saltar a tierra y resistillos. Y viendo que las barcas se allegaban más a tierra, y que no les habían miedo, se apartaron de la mar. (Fernández de Navarrete 1999:62)

No nos parece esta una reacción de seres cobardes, de hecho, este pasaje se considera el primer acto de confrontación entre americanos y europeos en el Nuevo Mundo. Por supuesto, si comparamos esta actitud con la de los europeos que venían con un bagaje guerrerista que alcanzaba siglos de duración en el continente, cualquier comparación resulta en desventaja para nuestros aborígenes.

En cuanto a las armas, creo que, efectivamente, Colón y sus seguidores observaban la carencia de estas entre los aborígenes, pero solo comparándolas con la parafernalia bélica de que eran portadores ellos; y no obstante, llegado el momento, siempre tomaron sus precauciones en relación a ellas como se observa en este otro pasaje:

Visto que no tenían oro ni otra cosa preciosa [...] y que toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo; [...] tan cobardes y medrosos son que ni traen armas salvo unas varas, y en el cabo dellas un palillo agudo tostado. [...] Dice que las varas se las quitó todas con buena maña, resgatándose de manera que todas las dieron. (Fernández de Navarrete 1999: 67)

Ni tan mansos ni tan carentes de armas. Al parecer los historiadores, ante la ausencia de un nombre étnico para estos grupos, asumieron acríticamente la característica de ser “buenos”, y el término disponible en los documentos para ello era ‘taíno’, ya que “indio” o “naturales” verdaderamente eran poco atractivos. Así comenzó el mito de la homogeneidad aborígen taína en las Antillas Mayores.

HISTORIADORES, ARQUEÓLOGOS Y, OTRA VEZ, TAÍNOS

Debido a las condiciones de prohibición de la difusión de libros de historia americana en las posesiones españolas de América, las *Crónicas de Indias* fueron escasamente conocidas en estas latitudes hasta el siglo XIX. El texto del diario de Colón; la inmensa obra del Padre Bartolomé de Las

Casas; y posteriormente la de Gonzalo Fernández de Oviedo; así como las *Cartas de Relación* de Diego Velázquez y otros documentos, constituyeron las fuentes por excelencia para el estudio de la historia temprana del colonialismo en Cuba. Sin embargo, por una tradición positivista de investigación y de-

sarrollo de la ciencia europea, estas fuentes fueron consideradas como evidencia inobjetable de toda la realidad.

Es al Padre dominico Bartolomé de Las Casas, con su obra escrita, a quien debemos la primera caracterización de las culturas aborígenes que habitaron nuestro archipiélago, cuando definió tres grupos culturales fundamentales. En su *Historia de las Indias*, al referirse a Cuba, menciona que:

Después pasaron desta isla Española alguna gente, mayormente después que los españoles comenzaron a fatigar y a oprimir los vecinos naturales desta, y, llegados en aquella, o por grado o por fuerza en ella habitaron, y sojuzgaron por ventura los naturales della, que, como dije arriba, llamábanse ciboneyes, la penúltima luenga, y, según entonces creímos, no había cincuenta años que los desta hobiesen pasado a aquella isla. Finalmente, la gente que hallamos en ella era poco más o menos como la de ésta, excepto la de los dichos ciboneyes, que, como dije, muy modesta y simplísima. (Las Casas 1995, tomo II: 514)

Por otra parte, en su *Memorial Sobre Remedios de Indias*, el padre dominico expresa:

[...] unos indios que están dentro en Cuba, en una provincia al cabo della, los cuales son como salvages, que en ninguna cosa tratan con los de la isla, ni tienen casa, sino que están en cuevas de continuo, si no es cuando salen á pescar; llámanse Guanahatabeyes, otros hay que se llaman Zibuneyes, que los indios de la misma isla tienen por sirvientes [...] (Las Casas en Pichardo 1965: 63)

De estos textos se deriva la interesante conclusión de que el Padre Las Casas, en ninguno de sus documentos se refiere a los pueblos agroceramistas tardíos como 'taínos', sino que los considera "naturales" de La Española, o simplemente "indios de la isla". En tanto, la actitud con los *ciboneyes* y los *guanahatabeyes* es diferente y los menciona casi como etnónimos.

Lo cierto es que, contrariamente a lo que se piensa, tampoco encontramos en las obras iniciales de la conquista relacionadas con Cuba, la denominación de 'taíno' para referirse al habitante agroalfarero tardío común de nuestra tierra. No lo encontramos en Oviedo, el Cronista Mayor del Rey, ni tampoco en Diego Velázquez, el Adelantado de Cuba; este último, con una incidencia directa en la ocupación europea de la isla. Nuevamente encontramos la palabra 'indio', de manera que, al parecer, la primera denominación se la debemos a una generalización totalmente artificial introducida por los historiadores al leer las *Crónicas* y los

documentos relacionados con el proceso de la conquista y colonización.

Debido al casi absoluto desinterés por los temas antropológicos de nuestros intelectuales en épocas tempranas de la Colonia, las referencias de los cronistas van a ser las únicas pruebas válidas en relación con las sociedades indígenas. De manera que la ciencia en Cuba tendrá pacientemente que "esperarse hasta casi finalizado el siglo XVIII y particularmente el siglo XIX para que los vestigios materiales de los primigenios habitantes de Cuba, puestos al descubierto a través de la arqueología, específicamente por los trabajos de campo efectuados por Miguel Rodríguez Ferrer, seduzcan a los investigadores". (Hernández 2002)

Varias instituciones se encargarían de llevar las ideas antropológicas y arqueológicas que se encontraban en boga por Europa al seno de la sociedad culta cubana; estas instituciones pioneras fueron la Sociedad Económica de Amigos del País fundada en 1793 y más tardíamente, la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana creada en 1861 y la Sociedad Antropológica de Cuba en 1877. Es así como, en las obras producidas por los grandes sabios cubanos, van a aparecer las concepciones y terminologías de carácter evolucionista, como es el esquema cronológico de las Edades establecidas para el continente europeo y aplicadas a los materiales cubanos.

Durante este siglo se comienzan por primera vez los trabajos arqueológicos en el país, a partir de la obra del sabio español Don Miguel Rodríguez Ferrer, quien inicia sus trabajos en 1847. Su obra quedó plasmada en dos gruesos tomos publicados en Madrid, 29 años más tarde de comenzados sus estudios en Cuba, o sea, en el año 1876.

Sin embargo, en este autor todavía no existe un criterio formado acerca de los primeros habitantes de Cuba en cuanto a grupo cultural se refiere, a pesar de que, como se deja entrever en su texto, conocía algunas de las obras fundamentales de la conquista y colonización. De esta manera, al discutir sobre el hallazgo de la plaza ceremonial de Pueblo Viejo, en la Punta de Maisí, se asoman los tintes difusionistas al atribuir su construcción a descendientes de los *mound builders* del Valle del Mississippi en los Estados Unidos.

Sin embargo, en su estudio posterior sobre los hallazgos de cráneos deformados en la Cueva del Indio, próxima a Pueblo Viejo, este autor plantea que: "De ser caribe pertenecerían a la banda primitiva y quizás fueran los constructores de Pueblo

Viejo y de los ídolos de piedra, banda que desaparecería antes de la conquista [...]” (Rodríguez Ferrer 1876: 184)

Estas afirmaciones de Ferrer dieron origen a una de las polémicas de antropología física más interesantes y largas del siglo XIX en Cuba, relativas a la identidad física de los grupos caribes y su presencia en el país. No obstante, al estudiar otros materiales colectados durante sus exploraciones, denomina genéricamente a los antiguos habitantes como ciboneyes.

Las dos figuras descolantes en los estudios antropológicos y arqueológicos cubanos durante el siglo XIX fueron los doctores Carlos de la Torre y Huerta y Luis Montané Dardé. Estos sabios, gracias a las facilidades otorgadas por la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales y la Sociedad Antropológica de Cuba para la realización de expediciones a la región oriental, fueron capaces de establecer las bases para dar seguimiento a los problemas que había planteado Rodríguez Ferrer y desarrollar otros de igual importancia.

Don Carlos de la Torre realiza su más famosa expedición antropológica en 1890 a la zona de Baracoa y Maisí, con el objetivo de estudiar una plaga que afectaba a los cocoteros, y a la vez, coleccionar ejemplares de reliquias aborígenes de las que frecuentemente se tenían noticias. El sabio cubano ofreció un excelente resumen de su labor en conferencia dictada en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales. Como dato curioso podemos mencionar que en esa ocasión fue acompañado por el patriota cubano Fermín Valdés Domínguez, quien produjera una excelente crónica sobre el viaje, para un periódico de Santiago de Cuba, gracias a la cual hemos podido conocer más detalles de esta expedición. (Rivero de la Calle 1980)

Acerca de los materiales colectados, en especial, de los cráneos deformados de la Cueva del Indio, anteriormente visitada por Rodríguez Ferrer, De la Torre concluye que:

[...] resulta de un modo bastante evidente, la existencia de una colonia ó de un grupo caribe en la extremidad oriental de nuestra Isla, quizás en una época anterior á la conquista, ya que los cronistas de aquellos días no nos hablan de una manera precisa de la existencia de los caribes en Cuba, y sí en la Antillas menores, Puerto Rico y Santo Domingo. (De la Torre 1890: 340)

Pero más adelante, siguiendo al pie de la letra los documentos, plantea que “[...] pudiera ocurrirse, en vista de la frecuencia del tipo en

las localidades exploradas, que pertenezcan estos restos á la raza siboneya, autóctona de estas islas, pero sus caracteres físicos eran distintos, según los historiadores [...]” (*Id.*)

De esta manera, asumía que los primeros habitantes de la isla eran los siboneyes, declaración que mantuvo durante toda su obra. A esto debemos agregar que planteó la migración de oriente a occidente de los aborígenes cubanos y la valiosa deducción de que la uniformidad de los ídolos de piedra indicaba una identidad de creencias religiosas entre los antillanos. (Hernández 2002)

Un año después, es decir, en 1891, una nueva expedición se produce, esta vez protagonizada por el ilustre profesor Don Luis Montané y Dardé de la Universidad de La Habana, al que acompañaba, igualmente, Fermín Valdés Domínguez. Como anteriormente había hecho, este último publicó la crónica del viaje en el periódico *El Triunfo* de Santiago de Cuba el 7 de octubre de 1891. (Rivero de la Calle 1980)

Si bien la labor del Doctor Montané no se centró en los grupos agroceramistas, su influencia se hizo sentir muy fuertemente en el esclarecimiento del grupo no ceramista, sobre todo, a partir de sus trabajos en la Cueva del Purial, en la zona central de la isla. Este sitio fue excavado en 1888, 1904 y 1906, y produjo un conjunto de evidencias que tuvieron una gran trascendencia en los ámbitos científicos. Anecdóticamente, el hallazgo de los restos de una mandíbula humana encontrada en los estratos más bajos, sirvió para que el sabio argentino Florentino Ameghino estableciera el *homo cubensis* ante el Congreso de Buenos Aires en 1911. (Dacal 1980: 13) De esta manera, la labor de Montané contribuyó a establecer la idea de la existencia de dos grupos diferentes, uno arcaico y otro más reciente.

A partir de 1895, los imperativos independentistas de los cubanos frenan en seco las realizaciones de la ciencia antropológica. La guerra definitiva estalla en 1895, pero las aspiraciones de liberación nacional son frustradas después de la muerte de sus principales líderes. La traición y el oportunismo intervencionista norteamericano dan al traste con los planteamientos del Partido Revolucionario Cubano de José Martí y las ansias libertarias de los patriotas.

El resurgimiento de las actividades arqueológicas viene acompañado, esta vez, de los representantes del nuevo imperialismo cultural norteamericano, que con la intervención inician

el nuevo siglo XX e introducen en el panorama científico nacional las perspectivas de la Escuela Histórico Cultural de Franz Boas. Esta importante personalidad de la antropología mundial establecía la escuela que más influencia ejerciera en el continente, dentro de la arqueología, en su época.

Debemos mencionar, antes de pasar a la obra de los arqueólogos norteamericanos, los esfuerzos de los cubanos en lo referido a estos temas. En 1901, por coordinación de la Junta de Educación, se publica el *Manual de Historia de Cuba para Maestros*, dirigido por Carlos de la Torre. En esta obra, que se mantuvo vigente hasta 1911, se dedica un capítulo a los aborígenes de Cuba donde De la Torre expone, junto a las referencias clásicas de los Cronistas de Indias, las propias experiencias de Montané, y de él mismo, en las investigaciones realizadas en el siglo pasado. Vuelve el sabio cubano a reiterar, desconociendo a los autores que él mismo cita, el criterio de la existencia de una colonia caribe en el extremo oriental de la isla, a quienes debieron pertenecer los cráneos deformados encontrados por Ferrer. Por otra parte: "Otro de sus desaciertos en este trabajo fue la deformación de la realidad de los nativos a la llegada de los españoles, en el sentido que nombró genéricamente siboney a toda evidencia aborígen en suelo cubano". (Hernández 2002)

La otra figura destacada dentro de los estudios arqueológicos cubanos, fue el Ingeniero José Antonio Cosculluela y Barreda, quien gracias a intensos trabajos de campo relacionados con su profesión en la Ciénaga de Zapata, entró en contacto con importantes sitios arqueológicos de la zona. De esta experiencia nació, y se desarrolló, un interés en los aborígenes cubanos que convirtieron al ingeniero Cosculluela en uno de los estudiosos más destacados de nuestro pasado. Su obra *Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata* es, como bien plantea la historiadora Silvia Hernández, un "punto de enlace entre las obras de los autores cubanos de los siglos XIX y XX". (Hernández 2002)

El ingeniero, devenido arqueólogo, en su escrito más famoso realiza una profusa disertación sobre los posibles orígenes y procedencia de los diferentes grupos sociales que habitaron la isla en tiempos precolombinos, haciendo uso de las *Crónicas*, pero también de la obra de importantes etnólogos. De hecho, Cosculluela estimaba que: "Sólo los estudios comparativos en este caso pueden dar luz, sobre sucesos completamente borrados en la mente de los pueblos que se sucedieron y que no

constan en las relaciones de los cronistas antiguos más veraces." (Cosculluela 1965:106)

Concluyendo, el ingeniero cree reconocer, sobre la base de los hallazgos arqueológicos, la presencia de tres agrupaciones culturales diferentes en Cuba: los occidentales guanahatabeyes; los aruacos antillanos originarios, que ocupaban la región central; y los taínos orientales. (*Id.*: 127)

Curiosamente reconoce además que los camagüeyanos tenían una procedencia casi caribe, aunque se "amoldaron bastante a los moldes Taínos." (*Ibid.*) Años después, en su discurso ante la Sociedad de Historia Natural Felipe Poey, en 1922, el investigador rectificará y reconocerá la existencia de ciboneyes y taínos, y negará la existencia de la influencia caribe en la mayor de Las Antillas. Sin dudas, este cambio se vio influenciado por la obra de los arqueólogos norteamericanos que ya habían comenzado sus trabajos en la isla.

Como planteamos, con el inicio del siglo XX y enmarcados en la coyuntura social creada por el fin de la Guerra Independentista y la intervención estadounidense, llegan a nuestro suelo varios investigadores de ese país que marcarían una pauta en la arqueología de Cuba.

El primero de ellos, Steward Culin, viene en el año 1901 encabezando una expedición del Free Museum of Science and Art de la Universidad de Pennsylvania. Sus trabajos fueron realizados en la zona oriental de nuestro país, visitando la construcción térrea de Pueblo Viejo, en Maisí.

Sigue a Culin, el Doctor Jesse Walter Fewkes, quien realizó una breve visita a Cuba en 1904. Su objetivo era comprobar, a la luz de las evidencias presentes en el país, la existencia de dos culturas: una "alta" y otra "baja", en los momentos del descubrimiento europeo.

Para Fewkes, la cultura taína era la cultura de las Grandes Antillas. Y para probar esta identidad cultural entre los indígenas agricultores, a nivel arqueológico, establece por primera vez la semejanza de la obra térrea de Pueblo Viejo con las "plazas de baile" aborígenes halladas en Haití y Puerto Rico, al declarar: "Although this enclosure has been described by several writers, no one has yet called attention to its resemblance to the dance inclosures of the neighboring islands." (*Id.*: 592)

El próximo arqueólogo que nos visita es Theodore de Booy, importante personalidad de la arqueología caribeña, pero que en nuestro país solo realizó estudios de campo de limitadas proporciones en la región extrema oriental sobre residuarios

de los grupos agricultores. La importancia del trabajo de Booy radica en que despertó el interés del Museo del Indio Americano, Heye Foundation, para la realización de expediciones a nuestro suelo.

El designado para esa misión fue Mark Raymond Harrington, figura muy controvertida en nuestro país, pues inicia el episodio más evidente de saqueo del patrimonio arqueológico por parte del naciente imperialismo norteamericano; pero a la vez, fue un meticuloso y profesional investigador, quien dejó una importante obra escrita que hoy constituye un clásico para las investigaciones arqueológicas de Cuba. En todo caso, debemos juzgar a esta importante personalidad en el marco de la época que le tocó vivir.

Harrington visitó, exploró y excavó diversas zonas de nuestro país en dos ocasiones, en 1915 y en 1919. Sus mayores trabajos se desarrollaron en la zona extrema oriental, donde reportó más de 41 sitios. Debemos destacar, como un mérito de este investigador, el haber basado sus conclusiones en los hechos arqueológicos que había podido comprobar durante sus excavaciones. De esta manera, por ejemplo, demuestra que la práctica de deformación craneal, que sirviera para alimentar la polémica decimonónica sobre la existencia de los caribes en Cuba, correspondía a restos que podían ser asociados con toda seguridad a la cultura taína.

Los resultados de su labor fueron compilados en la obra *Cuba Before Columbus*, aparecida en 1921. Es Harrington quien va a introducir por vez primera la idea de una cultura, que si bien conocía la cerámica y la agricultura, debía ser considerada como un grado de desarrollo inferior a la taína, y para la cual emplea el término de *subtaína*. Esta cultura tenía las características de los que hasta ahora habían sido considerados ciboneyes.

Los elementos determinantes de su clasificación de la cultura taína eran: la presencia de cercados térreos o plazas ceremoniales, la manufactura de la cerámica, el uso de las hachas petaloides, la presencia de petroglifos y cuevas ceremoniales, el cultivo de la yuca y el maíz, y las delicadas artesanías realizadas en concha, hueso, madera y piedra. (Harrington 1935: 227)

Para nuestro país, con la conclusión de los trabajos de Harrington y la publicación de su obra, comienza todo un movimiento intelectual entre los investigadores cubanos, que se extiende desde la década del 30 a la del 50 del siglo XX, y que muchos han llamado la "Época Dorada" de la ar-

queología cubana. Se caracteriza este período por la realización de unas 150 exploraciones y excavaciones, la creación de al menos cinco agrupaciones de aficionados que realizan importantes aportes a la ciencia, y una abundante bibliografía que incluye más de 451 títulos. (Roig 1961: 39)

Especial momento de esta etapa lo es la creación de la Comisión Nacional de Arqueología por el Decreto Presidencial no. 3057 del 9 de agosto de 1937, hecho que daba por primera vez en la historia de la disciplina, un reconocimiento gubernamental, y un presupuesto simbólico para la realización de sus actividades. Esta institución luego sufrió cambios al convertirse, en 1941, en la Junta Nacional de Arqueología (1941-1942) y, un año después, en la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (1942-1963). Su órgano de divulgación científica, la *Revista de Arqueología y Etnología*, fue la vía donde se publicaron los principales trabajos de los más destacados investigadores de la época.

El año 1935 va a ser muy importante para los estudios arqueológicos en Cuba desde el punto de vista bibliográfico. En este año, nuestro sabio Fernando Ortiz publica la traducción de la obra de Mark Raymond Harrington (Harrington 1935) en su Colección de Libros Cubanos, junto a su extenso trabajo *Historia de la Arqueología Indocubana* (Ortiz 1935); dos importantísimos aportes a los estudios arqueológicos cubanos. De la segunda de estas se ha dicho que es "la más completa historia de la arqueología en Cuba" producida hasta ese momento. (Dacal 2006: 91)

El otro suceso bibliográfico importante es la publicación ampliada y traducida al inglés de la obra de Sven Lovén de 1924, *Origins of the Tainan Culture, West Indies* que va a influir considerablemente en los criterios identificatorios de esa cultura en el Caribe.

En 1942, mientras el mundo era estremecido por los cañonazos de la Segunda Guerra Mundial, arriban a Cuba dos arqueólogos norteamericanos enviados por la Universidad de Yale, que van a producir un importante cambio en los sistemas clasificatorios de las culturas aborígenes. Los doctores Irving Benjamín Rouse y Cornelius Osgood realizan sus trabajos en la zona oriental y occidental respectivamente. Los resultados de ese trabajo van a servir para establecer en nuestro país, una sistemática normativa que ya había usado el primero para sus estudios en Haití; y se dieron a conocer en su importante obra *Archaeology of the Manibon Hills, Cuba*. (Rouse 1942)

A partir de los resultados obtenidos en sus excavaciones de Banes, Maisí y Puerto, y teniendo en cuenta los trabajos de Osgood en el residuario de Cayo Redondo, Bahía de Guadiana, Rouse establece un esquema clasificatorio que divide a la cultura ciboney en dos aspectos: el Guayabo Blanco más antiguo, y el Cayo Redondo más tardío.

Por otra parte, divide a la cultura taína en dos, al establecer, tomando el término de Harrington, al subtaíno como anterior y portador de un desarrollo inferior, y al taíno como el más desarrollado, y confinado exclusivamente a la parte extrema oriental del país.

Para el doctor Rouse, el subtaíno equivalía en Cuba a la "cultura Baní", estudiada con más profundidad por él en la zona de Banes, en tanto que el taíno se equiparaba con la "cultura Pueblo Viejo", en alusión a este importante sitio del extremo oriental de la isla, que visitó y excavó muy someramente.

Es, a partir de ese momento, que van a aparecer dos líneas de pensamiento³ respecto al problema de la definición de la cultura taína, no solo en nuestro país sino también en todo el Caribe Insular. La primera se puede denominar "Etnohistórica", pues va a privilegiar los documentos del proceso de conquista y colonización en conjunción con los avances de la Etnología, en especial, haciendo uso de la llamada "Etnología Comparada". Entre sus representantes más destacados están los arqueólogos cubanos Felipe Pichardo Moya, René Herrera Fritot, Manuel Rivero de la Calle y Ramón Dacal Moure.

La segunda línea, que pudiéramos denominar "Particularista", va a privilegiar los resultados de los análisis propios de la arqueología, en especial, de sus sistemas taxonómicos para la cerámica por sobre la documentación histórica. Esta línea tiene un profundo trasfondo positivista, enraizado en la Escuela Antropológica Particularista Histórica de Franz Boaz, que tuvo una de sus traducciones en la Escuela Normativa Norteamericana. Su representante más destacado en el Caribe fue el doctor Irving Rouse, aunque fue compartida en general por los norteamericanos que trabajaron en Cuba y por algunos cubanos, como Ernesto Tabío Palma y Felipe Martínez Arango.

En general, vamos a ver a través del desarrollo de las investigaciones arqueológicas en Cuba, una lucha entre ambas posturas sin que hasta el mo-

mento se haya podido argumentar de manera convincente una u otra. La opción parece haber sido, a veces, abandonar o posponer el objetivo de dar solución a este interesante y necesario problema de nuestra ciencia, al desviar la atención a problemas y clasificaciones de corte generalizador que son insuficientes para explicar las sociedades concretas con que se encuentra el arqueólogo en su trabajo de campo.

Un año después de la publicación de la importante obra de Irving Rouse, el eminente etnólogo Fernando Ortiz realiza una nueva revisión de las clasificaciones culturales de nuestros aborígenes. En esencia, su atención se centra en la precisión etnográfica de la cultura menos desarrollada; pero podemos apreciar una mezcla bastante confusa de criterios, tal vez influida por las nuevas posturas introducidas por los representantes de Yale, que él ya conocía. Su clasificación contempla para Cuba cuatro culturas diferenciadas: "1ª, Cultura primera o aborígen, la de Guayabo Blanco o Auanabey; 2ª, Cultura segunda, la de Cayo Arredondo o Guanajatabey; 3ª, Cultura tercera, la de Baní y otros depósitos o Ciboney; y 4ª, Cultura cuarta, la de Pueblo Nuevo [sic] o Taína." (Ortiz 1943: 137)

A pesar de la gran autoridad que representaba Fernando Ortiz en la intelectualidad cubana, esta clasificación no tuvo mayor trascendencia entre los investigadores, debido acaso a las grandes dificultades introducidas al tratar de unir inseguras evidencias etnográficas con la taxonomía rousiana.

Una actitud diferente se va a manifestar en otro de los más importantes arqueólogos cubanos, el doctor Felipe Pichardo Moya, quien al poner "el dedo en la llaga" sobre los criterios metodológicos del norteamericano, en especial, sobre la definición de lo que para él es "cultura", inicia una línea crítica que va a marcar a la ciencia nacional.

En su conocida obra *Costa, Caverna y Meseta* de 1945, Pichardo cuestiona duramente los presupuestos de Rouse al expresar:

Quizás el previo acuerdo sobre el significado de la palabra cultura sea indispensable para justificar las conclusiones a que llega Rouse en relación con la indoeuropeología cubana, ya que él, quizás más devoto de técnicas, metodologías y estadísticas, y creyente en sus resultados y deducciones de lo que fuere conveniente, dándoles un valor esencial intrínseco que posiblemente no tengan en definitiva, y con un criterio objetivo en

³ El destacado arqueólogo Roberto Valcárcel les denomina "enfoques homogeneizadores o diferenciadores" a estas líneas, atendiendo a la unificación de las culturas o a su fragmentación. (Valcárcel 2002:22)

demasia, parece otorgar excesiva importancia, para fundar sobre ello sus clasificaciones culturales, a detalles, a veces de simple técnica lítica o alfarera, que no trascienden al uso ni al simbolismo de los artefactos, y por tanto nada distinto acusan sobre la vida material o espiritual de quienes los usaran; y en cambio no se fija, para aquellas mismas clasificaciones, en la existencia de objetos de evidente simbolismo, ni en la de características funerales y de habitación en realidad atañen al contenido esencial de una cultura. (Pichardo 1990:8)

Respecto al manejo de las *Crónicas* que hace el norteamericano, y siendo él mismo un seguidor del argumento etnohistórico, nota Pichardo que existe una incongruencia evidente ante la comparación entre textos y hechos arqueológicos:

Los subtaínos se quedan sin identificación histórica. No son los siboneyes del Padre Las Casas, ni los que este llama indios venidos de La Española cincuenta años antes de la colonización, que eran la más de la gente de que estaba poblada Cuba, puesto que estos invasores son para ambos únicamente los traídos del extremo este. (Ibid.: 10)

Su conclusión es igualmente tajante para con Rouse:

Pero en verdad, Rouse no establece diferencias sustanciales entre taínos y subtaínos de Cuba, como no puede establecerlas entre los concordantes grupos Carrier y Meillac de Haití; y nos permitimos creer que ni histórica ni arqueológicamente puede propiamente hablarse en este caso de dos distintas indoculturas cubanas. Los que Rouse llama taínos y subtaínos, en Cuba, son unos mismos indios, de un mismo origen, aunque puedan haber venido a la Isla en diferentes inmigraciones, y aunque unos conservaran, y otros no, el contacto con el país de procedencia; y la cultura de ambos debió ser la misma, ya que el material arqueológico clasificado como de unos y otros nada distinto acusa respecto al contenido material y espiritual que entraña una cultura. (Ibid.)

La dura crítica de Pichardo Moya, excesiva en algunos de sus puntos,⁴ estaba enfilada a denotar un problema aun no resuelto para la arqueología cubana, y es el de la falta de definición para un concepto tan importante como el de cultura arqueológica. En este punto, desgraciadamente, tampoco pudo dar argumentos sólidos más allá

En el reino de Coaybay: Chorro de Maíta

Según relata Pané los aborígenes de La Española creían “[...] que hay un lugar al que van los muertos que se llama Coaybay”. (Pané 1990:34) Tal parece ser el caso del cementerio aborígen del sitio Chorro de Maíta, en Banes, provincia de Holguín. Las importantes excavaciones que se han realizado en este contexto de excepcional importancia nacional, fundamentalmente a partir de la década de 1980 por parte del arqueólogo José M. Guarch y posteriormente, por Roberto Valcárcel, han arrojado importantes pistas sobre las prácticas funerarias entre los grupos de agricultores tribales de esa región. Además de brindar una admirable colección

de objetos indígenas de alto valor como pequeños ídolos de oro, orejeras de resina vegetal, cuentas de perla, coral y oro, algunos de los cuales evidencian un intercambio con redes que llegaban a las zonas continentales.

Sobresale la cantidad de esqueletos encontrados, un total de 108 al presente, que constituyen una muestra de invaluable valor antropológico. Las formas de enterramiento son tan diversas que lo único que parece ser constante es el propio espacio, y es de particular importancia el hecho de haber localizado un cráneo de un individuo europeo en el cementerio indio.

Según los últimos fechados radiocarbónicos (el

sitio posee un fechado de alrededor del 1544 AP), el lugar parece estar más relacionado con el período de contacto indohispánico; lo que corrobora la presencia de algunos artefactos de origen occidental como latón, agujetas y cerámica mayólica, así como, algunos individuos enterrados en la típica posición extendida, más la ausencia de deformación craneal.

Para la preservación del lugar se ha decidido la construcción del Museo de Sitio que actúa como una instalación al servicio de la educación en la comunidad local, para la protección del patrimonio arqueológico de Yaguajay o Cerro de los Muertos.

⁴ Pichardo planteaba que el doctor Irving Rouse no pudo hallar diferencias entre las cerámicas carrier y meillac, en Haití. Por otra parte, le daba la misma importancia a los estudios de Elena Cosculluela sobre la cerámica aborígen, que a los del norteamericano.

de su crítica. No obstante, en su obra se destaca, tal vez más que en cualquier otro arqueólogo de la época, los trazos de un pensamiento independiente de los cánones establecidos por las escuelas norteamericanas. Su consideración amplia del medioambiente como escenario diferenciador de nuestras sociedades –evidenciado en el propio título de su obra–, va a introducir las concepciones ambientalistas en el panorama teórico de nuestros estudios arqueológicos. De esta manera, y como conclusión, para Pichardo no es posible establecer la dicotomía taíno/subtaíno en nuestro país.

Posteriormente, en 1946, otro destacado arqueólogo cubano, el doctor René Herrera Fritot publica el resultado de sus trabajos en el sitio aborigen dominicano de La Caleta en coautoría con el coronel Charles Leroy. (Herrera y Leroy, 1946) Herrera sigue la línea crítica a los trabajos de Irving Rouse que ya había manifestado Pichardo Moya. Sobre la importancia otorgada a la cerámica como indicador cultural, dice:

Estudiada en detalle se nos presenta con variaciones locales, casi tantas como asientos tuvieron estos in-

dígenas, y esta mutación, correspondiente principalmente al predominio de uno o varios tipos distintos para cada yacimiento, se acentúa más cuanto mayor sea la distancia de los poblados en el tiempo y el terreno; pero en todos los casos quedan abundantes elementos para reconocer entre ellos su pertenencia a un tronco común, a un solo grupo cultural, cuya pretendida desmembración solo puede traer la confusión (como ya está ocurriendo) en los estudios arqueológicos antillanos. (Id.: 48)

Herrera Fritot también hace una fuerte defensa en torno a la “unidad de la cultura taína”, aunque se queda, al igual que Pichardo, sin expresar claramente un criterio de definición para lo que se entendería por cultura. Sin embargo, atacando los métodos puramente estadísticos en los estudios arqueológicos, menciona un argumento de suma importancia, y que no había sido considerado hasta ese momento:

[...] si aceptáramos el ‘método’ de la disección metódica en cada yacimiento, objeto por objeto y detalle por detalle de una determinada serie, con miras a establecer un grupo cultural o una cultura, en cuanto al



predominio de un tipo de ornamentación, por ejemplo, nos mostrará una diferencia que resaltaría considerablemente en tabulaciones o estadísticas del material colectado (estadísticas de gran valor local, pero sin uno positivo cuando siendo así le damos aplicación general), podríamos establecer solo en Cuba, más de seis culturas con alfarería hasta ahora [...] Pueblo Viejo en Baracoa, Potrero del Mango en Banes, Santa María 2 en Puerto Padre, El Yayal en Holguín, el de Manzanillo en Oriente, Cantabria en Cienfuegos. (Ibid.: 51)

Luego de este argumento que atacaba en su mismo terreno la diferenciación de estilos cerámicos al método del rousiano, para Herrera era absurdo seguir manteniendo el esquema de clasificación. Los argumentos de Herrera Fritot se centraron, como hemos visto, en la crítica a la utilización exclusiva de la cerámica como indicador definitivo de una cultura, y agrega pintorescamente en este caso, una mención a la costumbre funeraria de enterrar con vasijas cubriendo el rostro o la cabeza. Resumiendo, este autor acepta las diferencias en los indicadores arqueológicos –especialmente la cerámica–, como “particularidades” de una misma cultura, debidas a su grado de aislamiento geográfico o a su diferente cronología.

No obstante, en obras posteriores, como veremos más adelante, Herrera parece ceder en su postura frente al esquema rousiano, y va a admitir algunos de sus planteamientos, aunque siempre trata de usar una nomenclatura independiente, que al final no deja de ser equivalente.

En el año 1950, entre los días del 12 al 16 de septiembre, se produce un hecho muy importante en la arqueología nacional: la ciudad de La Habana acoge a un connotado grupo de profesionales reunidos bajo la convocatoria de la Primera Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe.

Durante las sesiones de trabajo de la Mesa Redonda se da un nuevo vuelco a la clasificación de las culturas aborígenes, no solo de Cuba sino también del Caribe. En esa ocasión el doctor Herrera Fritot propone la creación de los llamados Complejos I, II y III. En los dos primeros incluía a los grupos más primitivos, indicando por ejemplo, que entre ellos existía una variación equivalente a un origen étnico diferenciado. Los grupos agricultores desarrollados caerían en el llamado Complejo III, permaneciendo la postura que concedía unidad cultural a los llamados anteriormente subtaínos y taínos.

La propuesta de Herrera, aunque aparentemente tuvo buena acogida, y su clasificación fue aprobada para la región mediante acuerdo de los partici-

pantes, no trascendió en la disciplina. Su carácter, demasiado general, impedía la explicación de fenómenos particulares que cada vez con más frecuencia iban encontrando las investigaciones de campo; además, la extensión de las concepciones de la escuela rousiana por toda nuestra área geográfica fue un fuerte obstáculo para su implementación.

En el año 1956 ve la luz el último trabajo de Felipe Pichardo Moya, *Los Aborígenes de las Antillas*. En esta nueva obra de síntesis el autor reitera el criterio de la unidad cultural de lo taíno, y la define como: *La cultura agrícola y neolítica de los aruacos, originariamente sudamericanos, establecidos y evolucionados en la Grandes Antillas, común a estas islas en la época del descubrimiento colombino. Comprende la que algunos llaman subtaína o pretaína, ya que para quien escribe ambas son una misma, y acepta estos últimos términos tan solo para significar con cualquiera de ellos una posible relativa cronología entre establecimientos igualmente taínos.* (Pichardo 1956:7)

Por otra parte, el normativismo norteamericano también va a tener eco en los marcos universitarios de Santiago de Cuba; y en la Universidad de Oriente el doctor Felipe Martínez Arango, va a ser un seguidor de esta tendencia, y en ella va a formar a una buena parte de sus alumnos durante la década del 50. El incansable profesor santiaguero va a hacer una modificación formal del esquema de Rouse, y va a renombrar como Taíno I y Taíno II a los grupos agroceramistas. Como bien han explicado tres de sus alumnas: “Entiéndase, desde luego, al subtaíno y al taíno I como equivalente a la cultura ‘Bani’ (Cuba) o ‘Meillac’ (Haití); y al Taíno propiamente dicho, o taíno II, como cultura de ‘Pueblo Viejo’ (Cuba) o ‘Carrier’, de la serie ‘Chicoide’ (Haití).” (Trincado et al. 1973:82)

La década del 50 del siglo XX, marca indeleblemente a nuestra sociedad con dos hechos que se ubican en diametral importancia. A partir de 1952, se va a producir una profunda convulsión social en Cuba, a raíz del golpe de Estado dado por el general Fulgencio Batista. Con este violento hecho, se instauró en Cuba un régimen que acentuó la dependencia de la isla del capital norteamericano, así como, el desarrollo de la corrupción, el vicio y el atraso cultural. En este período, la represión política va a cobrar la vida de miles de personas opuestas al régimen batistiano. Sin embargo, las crecientes contradicciones sociales van a ir abriendo el camino para el más trascendental hecho de nuestra historia. El Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro, aglutinando en sí a lo

mejor del movimiento revolucionario, va a conducir las ansias libertarias hasta el camino final de la Revolución, y en 1959 el tirano Batista abandona el país.

De ese gran proceso catalizador que fue la Revolución Cubana, emerge una nueva base para la realización de investigaciones arqueológicas. Algunos de los intelectuales destacados de la disciplina optan por abandonar el país, otros, habían participado activamente en el proceso revolucionario como combatientes en el Ejército Rebelde o en la lucha clandestina. Tal es el caso de Ramón Dacal y de la propia Doctora Estrella Rey; en tanto otros, como Ernesto Tabío, regresan de una prolongada estancia en el exterior.

A partir de la década del '60 se van a establecer definitivamente las bases para el surgimiento de una nueva ciencia arqueológica. En 1962 la recién creada Sección de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba, se da a la tarea de organizar la actividad investigativa, uniendo los esfuerzos de los centros universitarios, labor que continúa hasta 1966 en que se funda el Departamento de Antropología. Posteriormente, "los cursos especializados van a promover, por primera vez en Cuba, arqueólogos y especialistas capaces de efectuar su trabajo con una mejor base teórica y técnica." (Guarch 1987:12)

Sin embargo, el fantasma del normativismo va a rondar una vez más, e incluso uno de sus críticos más agudos, va a resultar seducido por él. En su excelente tratado sobre las hachas antillanas, el doctor Herrera Fritot, quien en esa época era asesor del naciente Departamento de Antropología, nuevamente intenta proponer otra periodización de las culturas aborígenes, (Herrera, 1964) pero esta vez sucumbe a la tentación rousiana de la diferenciación a través de los estilos cerámicos. Tomando como base los famosos cuadros cronológicos de Irving Rouse, Herrera realiza modificaciones para incluir el estilo cerámico de Cantabria.

En la columna de la región central de Cuba, que en el cuadro de Rouse aparece como un período cerámico único, el estilo Baní (Sub-Taíno), nosotros agregamos el estilo Cantabria, más antiguo que el Baní, tanto por su situación geográfica, la más occidental para asentamientos cerámicos comprobados en la Isla, como para la propia facie de los yacimientos. (Id.: 18)

No obstante, es consecuente con su línea independiente y propone la nueva clasificación: *Así, básicamente tenemos dos grandes períodos: el no cerámico, y el cerámico [...] El período cerámico, con sus numerosos estilos, que fue señalado en una visión*

de conjunto como el Complejo III, y comprendía al Ignéri (Fewkes, Sven Lovén, etc.), al Sub-Taíno y al Taíno (Rouse), ahora, con la adición del estilo Cantabria, se subdivide en cuatro sub-períodos, que acorde a sus positivas correlaciones y para facilitar los estudios como el presente, proponemos denominar en una secuencia progresiva de tiempo: Pre-Taíno (fase cultura Ignéri), Taíno temprano (fase o estilo Cantabria descubierto últimamente), Taíno medio (Sub-Taíno de Rouse), y Taíno tardío (Taíno de Rouse, producto final de la evolución cultural antillana [...]) (Ibid.: 29)

Un acontecimiento extraordinario se produce con la obra *Prehistoria de Cuba* de Ernesto Tabío y la doctora Estrella Rey publicada en 1966. De especial importancia es el hecho de que por vez primera se va a introducir en el horizonte teórico de las investigaciones arqueológicas, no solo cubana, sino también continental, la perspectiva marxista. (Bate 1998: 18)

En un breve plazo, la obra se convierte en un clásico de la arqueología cubana, no solo por el uso de la nueva perspectiva de análisis marxista que pretendía alcanzar una explicación objetiva de la sociedad aborígen al unir, los datos arqueológicos a cargo de Ernesto Tabío, y los paleoetnográficos a cargo de la doctora Estrella Rey, sino porque compilaba la información existente hasta ese momento. Sin embargo, los objetivos propuestos no pudieron ser cumplidos, la unión de los argumentos arqueológicos y paleoetnográficos no pudo efectuarse satisfactoriamente, pues ambos partían de concepciones teóricas bien diferentes. Estrella Rey aplicó un análisis marxista acorde con los criterios manejados en la época que debía ser alimentado por evidencias arqueológicas observadas bajo esa perspectiva, pero la realidad fue que Tabío escogió el viejo y trillado camino, tantas veces criticado por los cubanos, del normativismo rousiano.

En cuanto al tema que nos interesa tratar, paradójicamente, Tabío revive el esquema norteamericano:

[...] desde 1940, el doctor Irving Rouse, especialista en culturas antillanas, ha establecido una diferencia cronológica y cultural entre las comunidades de Cuba que practicaban la agricultura y elaboraban la cerámica. Así, las ha dividido en dos grandes grupos: subtaíno y taíno. Este punto de vista lo aceptamos nosotros y lo venimos aplicando, desde 1962, en nuestras labores investigativas. (Tabío y Rey: 118)

En el desarrollo del libro *Prehistoria de Cuba*, a veces encontramos, como reflejo de su pecado original de emplear dos bases teóricas diferentes, in-

congruencias al analizar la posible diferenciación entre taíno y subtaíno como la siguiente: “En sentido general es difícil por ahora establecer rasgos diferenciales en cuanto al ajuar del taíno y del subtaíno. Pero no es así, en relación con la cerámica usada por estos dos grupos indocubanos, pues los especialistas en ceramografía sí han podido determinarlos.” (*Id.*: 190)

Es evidente que al no detectar diferencias esenciales a nivel etnográfico, e incluso arqueológico, los autores prefieren optar por el esquema de Rouse para forzar la diferencia.

Tabío y Rey emplearon un total de 28 parámetros para comparar a nuestras culturas aborígenes. En el caso de la comparación taíno/subtaíno, se emplearon 13 parámetros arqueológicos y 15 etnográficos. Entre los primeros, solo en tres se encontraron diferencias en cuanto a sitios ceremoniales, ajuar material cerámico y cronología. Entre los segundos, las diferencias se encontraron únicamente en tres aspectos relacionados con las viviendas, manifestaciones de la superestructura y costumbres funerarias. En resumen, existe una variación entre ambas culturas en el 21% de las características analizadas, compartiendo en cambio el 79% de las mismas. (Ver Tabla 1)

Tabla 1

Esquema básico de las comunidades primitivas de Cuba, modificado de Tabío y Guarch (1966).

NIVEL DE DESARROLLO		GRUPO CULTURAL	CRONOLOGÍA
AGRICULTORES CERAMISTAS	ARUACOS	TAÍNO	1450 – 1 520 de N.E.
		SUBTAÍNO	800 – 1 570 de N.E.
AGRICULTURA INCIPIENTE ? CERAMISTAS		MAYARÍ	800 – 1 100 de N.E.
RECOLECTORES CAZADORES NO-CERAMISTAS	CIBONEYES	CAYO REDONDO	1 – 1 650 de N.E.
		GUAYABO BLANCO	1 000 A.N.E. – 1 000 de N.E.

Debemos notar que esta obra, a pesar de haber constituido en su época, y aun hoy, un texto básico para los estudios arqueológicos, no ha resistido al paso del tiempo ni a la acumulación de evidencias arqueológicas. El pendiente asunto de la definición cultural de lo taíno continúa sin solución, pues ninguno de los dos autores pudieron aportar pruebas que esclarecieran el asunto, más allá de

mencionar las diferencias en la cerámica, algo que ya había hecho Rouse 24 años antes.

No obstante, debemos juzgar a la obra en el momento que se produjo, una época de intensos cambios en la sociedad cubana, y hasta cierto punto el eclecticismo que se observa en el libro es la plasmación de las propias contradicciones de un naciente proceso de construcción socialista y su reflejo en la ciencia nacional.

Junto a la publicación de *Prehistoria en Cuba*, aparece otro trabajo de Tabío, esta vez en coautoría con el joven investigador José Manuel Guarch del Monte. La obra *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*, editada en 1966, va a centrar su atención sobre un particular contexto arqueológico que poseía características muy interesantes. Tal parecía que se mezclaban los elementos más tardíos de los grupos recolectores cazadores con los más tempranos de los agricultores ceramistas. Este es un trabajo enmarcado totalmente en la concepción normativa de la arqueología, de la cual es más bien un ejercicio de aplicación a las evidencias del sitio de Mayarí.

En su parte final Tabío y Guarch establecen un esquema básico para la comunidad primitiva en Cuba teniendo en cuenta “consideraciones de tipo socio-económico, cultural y cronológico” (Tabío y Guarch 1966: 79) (Ver Tabla 1)

Es necesario apuntar algunas cuestiones de este nuevo esquema. En primer lugar, los arqueólogos

dan un carácter étnico al término de ‘ciboneyes’ cuando lo equiparan a ‘aruaco’ en el caso de los grupos recolectores cazadores no-ceramistas, lo que evidentemente no tiene basamento etnológico. En segundo lugar, y como se observa, el rango cronológico del grupo cultural taíno va solamente desde 1 450 hasta el 1 520 DNE; en tanto que para el subtaíno este va desde el 800 hasta el 1 570 DNE.

No nos dicen cuál es el argumento para establecer esa cronología, pero la fecha más temprana del taíno se acerca mucho a lo planteado por el Padre Las Casas, quien estimaba que habían llegado unos 50 años antes que los conquistadores a Cuba.

Pero si bien en los trabajos generados por el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias, la línea normativa predomina, fuera de él, en la Universidad de La Habana la línea de Pichardo Moya sobrevivía en la obra de otra de nuestras grandes figuras, el doctor Manuel Rivero de la Calle, quien para ese entonces fungía como curador del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana.

En el mismo año de la publicación de *Prehistoria de Cuba* se da a conocer su obra *Las Culturas Aborígenes de Cuba*. (Rivero de la Calle 1966) En sus argumentos definitorios, Rivero de la Calle mantiene la perspectiva etnohistórica y desconoce la dicotomía taíno/subtaíno, al agrupar bajo la misma denominación de "Grupo Ceramista Taíno" a ambos conceptos; y solo concibe posibles diferencias observadas en términos de cronología, es decir, de ocupación más temprana o más tardía de los grupos aruacos agricultores.

En la década de 1970 se va a producir la obra más importante de nuestra historiografía arqueológica dedicada al tema de la cultura taína. El arqueólogo José Manuel Guarch del Monte, sin duda uno de nuestros más destacados investigadores, publica en 1978 su libro *El Taíno de Cuba*. Dicho libro fue el producto de su tesis doctoral en el Instituto de Etnografía Miklujo Maklai de la Academia de Ciencias de la extinta Unión Soviética, y en él se concretaban los resultados de trabajos de campo desarrollados entre los años 1972 y 1974.

Como su título lo indica, Guarch se proponía ofrecer un estudio monográfico del grupo cultural taíno, tal y como se presentaba en Cuba. Esta caracterización, sin embargo, no rindió los frutos esperados en cuanto a una definición, y en la práctica, se convirtió en una relación más o menos exhaustiva de sitios, tipos de evidencia y reconstrucciones que se acercaban mucho a la óptica del particularismo cultural, pero con lenguaje marxista. Veamos cuales eran los planteamientos fundamentales de Guarch.

Primeramente nuestro arqueólogo realiza una importante demarcación:

[...] entendemos por Taínos, a los aborígenes agricultores, ceramistas, aparentemente de origen aruaco, que habitaron el extremo más oriental de Cuba; desde el

poblado de Moa al Norte hasta la bahía de Guantánamo al Sur, como límite occidental, y la punta de Quemado como límite oriental. (Guarch 1978: 8)

Lo que no explica este autor es el por qué se establece este límite, ni cuáles son las razones por las que lo hace, y acto seguido advierte:

[...] debe tenerse en cuenta que los conquistadores no distinguieron en cuanto al grado de desarrollo de las comunidades de uno u otro lugar, diferencias que confirman las evidencias materiales que proporcionan los estudios arqueológicos. Nos sucede igual en el caso de los Sub-Taínos y los Taínos, donde las crónicas no dejan entrever diferencias de ningún tipo y las evidencias materiales sólo muestran **tenués cambios estilísticos** en algunos elementos de la vida material. (Id.:8)

Es muy precaria la dicotomía taíno/subtaíno en Guarch, y según sus propias palabras, difícil de aceptar, o mejor, de demostrar. Otro problema surge cuando nos atenemos a la muestra utilizada por el autor en el estudio: "En total presentaremos 18 sitios de habitación diseminados en el área de estudio. De ellos 13 son poblados y 5 paraderos". (Ibid.: 44) Sin embargo, todos corresponden a la porción sur del área estudiada, de manera que no se podía sostener la frontera "taína" por el norte hasta Moa, al menos en los estudios presentados.

La fuente preferida de diferenciación cultural de los arqueólogos en el Caribe Insular ha sido, sin duda, la cerámica, sobre todo bajo el paradigma del culturalismo normativo. En este sentido, tampoco con el libro *Taíno de Cuba* se puede llegar a conclusiones convincentes. Su autor, luego de conducir un estudio de cerámicas consideradas subtaínas y compararlas con las procedentes de su área de estudio, declara que: "La mayoría de los rasgos tipológicos de la cerámica taína son comunes a ésta y a la cerámica sub-taína en un 86 % y sólo el 14 % de esos rasgos están restringidos a la cerámica taína". (Ibid.:101)

No entraremos a discutir las características de la muestra escogida para los estudios cerámicos, aunque influyó bastante en los resultados, sino que intentaremos señalar cómo se pretende establecer una diferenciación drástica en base a un elemento tan móvil, como lo es la cerámica, además de la diferencia porcentual tan baja que presenta. ¿Qué otros argumentos encuentra este autor en su investigación?

[En] la mayoría de los sitios de población taínos, los residuarios presentan posiciones que los acercan a la línea recta. [...] De una forma u otra, debe entenderse

que los residuarios tuvieron una relación íntima con la vivienda, y en el caso de los Taínos ellos muestran el referido alineamiento, lo que no se presenta por igual en los sitios de habitación sub-taínos, ya que en éstos los residuarios se ubican por lo general cubriendo un área circular. (Ibid.: 158)

Pero, tampoco la orientación de los residuarios en forma lineal es extensible a todos los sitios de la considerada zona taína estudiada por Guarch. Por ejemplo, los sitios de María Teresa I y II, presentan residuarios en patrón circular, y lo mismo puede decirse del sitio San Lucas. (Guarch 1978) Todos ellos, casos estudiados en el libro.

El grado de ceremonialismo superior de las comunidades taínas, último elemento que había sido señalado por autores anteriores, no es compartido por Guarch, quien afirma que:

Los aruacos habitantes de Cuba mostraban una gran similitud en su desarrollo cultural. Otros autores han señalado ciertas diferencias en cuanto al énfasis en el ceremonialismo de los Taínos, pero nosotros no hemos hallado pruebas suficientes de ello, sino más bien lo que pudiéramos considerar como diferentes modalidades. (Id.:173)

El resultado del trabajo es solo una útil compilación de información acerca de sitios arqueológicos del sur de la provincia de Guantánamo (Maisí y Valle de Caujerí), así como, un inventario de evidencias de acuerdo a sus materiales. La reconstrucción se realizó siguiendo un patrón analítico general establecido ya en *Prehistoria de Cuba*, (Tabío y Rey 1966) cuyas inferencias son mayormente “calzadas” con las crónicas, pero cuyas metas de explicación no consiguieron caracterizar a la cultura taína como una entidad particular concreta, contribuyendo a perpetuar el mito de la cultura taína en nuestro país, ya que a pesar del título de la obra, no encontró su autor argumentos sólidos para proceder a diferenciarla de la cultura “subtaína”. Ante todo, las causas se deben a un problema teórico de concepción de la investigación, las cuales serán analizadas en el último epígrafe de este capítulo.

LOS OCHENTA Y EL CAMBIO “PARADIGMÁTICO”

Comenzada la década de 1980, la arqueología cubana se enfrenta a un cambio de paradigma en lo referido a las periodizaciones de nuestra historia aborígen. Sin embargo, a pesar de que el argumento usado oficialmente desde el Comité del Problema



Proceso de Excavación



Extracción de un poste de vivienda aborígen
Foto Pedro Cruz Ramírez

Los Buchillones: un tesoro sumergido

A partir de las dos últimas décadas del siglo XX, y hasta la actualidad, se han venido realizando excavaciones en el sitio arqueológico Los Buchillones, ubicado en el norte de la actual provincia de Ciego de Ávila, en el centro de Cuba. Los resultados fueron sorprendentes para los arqueólogos al encontrarse los restos de una aldea de la cultura agroalfarera cuya principal característica era la conservación excepcional de elementos de origen orgánico como maderas y fibras vegetales. Gracias al fango anóxico y a componentes químicos relacionados con el azufre, presentes en el substrato, los agentes biológicos del deterioro fueron atenuados y los materiales lograron sobrevivir el paso de los años. Tales hallazgos daban la oportunidad, por primera vez en el Caribe Antillano, de asomarnos al mundo aborígen a través de materiales portadores de expresiones artísticas y utilitarias sin precedentes.

Antes de proceder a la intervención arqueológica, los investigadores tuvieron que vencer una gran dificultad: una parte del sitio se encontraba sumergida en las aguas someras que bañan la costa fangosa de la región. Un método, no utilizado antes en el país, fue diseñado por los investigadores del Centro de Investigaciones de Ecosistemas Costeros, Cuba, dirigidos por el doctor Jorge Calvera y el doctor David Pendergast del Museo Real de Ontario, Canadá, a car-

go del proyecto. Se conformó un dique circular de sacos de arena cubiertos con polietileno, y después se evacuó el agua del interior con bombas de achique. Una vez retirada el agua, los arqueólogos pudieron comenzar las excavaciones del fondo fangoso.

Poco a poco fueron apareciendo las estructuras correspondientes a viviendas aborígenes, en tal estado de conservación, que fue posible detectar además de los postes, los restos de las techumbres de hojas de palma. Estos contextos, preservados cual cápsulas de tiempo, contenían los elementos de la vida cotidiana de sus antiguos pobladores. De esta manera, fueron recuperados artefactos como bandejas, bastones, armas, empuñaduras de hachas petaloides, vasijas, ídolos, duhos, canoas y otros que no han sido aun identificados. Un estudio minucioso de los objetos demostró la utilización de plantas como el guayacán (*Guaiacum* sp.), la caoba (*Swietenia mahogani*), el ébano (*Diospyros* sp.), el jiquí (*Pera bumeliaefolia*), el yaití (*Gymnanthes lucida*) y el manglesillo (*Bonetia cubensis*).

Las excavaciones realizadas hasta el día de hoy incluyen en su inventario más de un millar de piezas de madera, de ellas 254 de valor museable, muchas más que el total de las piezas que son conservadas en colecciones de ese mismo tipo en toda el área de Las Antillas. Los importantes hallazgos de este sitio han permitido conocer detalles de los procesos de producción, relacionados con el trabajo sobre la madera, efectuados por nuestros aborígenes. Además, ha aportado importantes pistas desde el punto de vista estético y estilístico en el arte aborígen.

Con más de 24 dataciones radiocarbónicas (C-14), Los Buchillones es el sitio mejor estudiado del país. Las determinaciones cronológicas ubican los materiales del sitio entre el 1220 DNE y el 1690 DNE, lo que agrega un sorprendente marco temporal de varios siglos de ocupación de la aldea, incluso hasta bien entrado el siglo XVII, y abre nuevas perspectivas para la interpretación de la supervivencia aborígen en lugares marginales del proceso de conquista y colonización europea.



Fundamental para la Arqueología,⁵ se relacionaba con los indudables avances de nuestra ciencia en la acumulación de datos empíricos, (Guarch 1990:6) cuando se analiza en perspectiva este cambio, no puede pasarse por alto otro hecho, en el que vemos una estrecha relación con el cambio desde Cuba.

Como es conocido, el movimiento de la Arqueología Social Latinoamericana surgió a partir de finales de los años 60 del siglo XX, y se consolidó como posición compartida en los 70, debido a una preocupación de intelectuales de izquierda que habían abrazado el materialismo dialéctico e histórico como vía para la explicación de los procesos sociales en el continente; y también, como una alternativa teórica en el campo específico de la disciplina a la corriente norteamericana de la Nueva Arqueología.

Este movimiento, que reunió a destacados investigadores de Perú, Chile, México, Venezuela y República Dominicana, comenzó a producir una visión diferente, alternativa, y que trataba de ser apegada a los principios marxista de explicación.⁶ Sus primeras producciones bibliográficas, sin embargo, reflejaban concepciones teóricas poco maduras.

La crítica desproporcionada realizada por el doctor Ernesto Tabío en 1978 a las obras de Mario Sanoja, Iraida Vargas y Marcio Veloz Maggiolo, en las páginas de la revista *Revolución y Cultura*, y posteriormente la amarga contestata de Sanoja en 1979, en la misma publicación, marcaron un hito en las relaciones de los arqueólogos cubanos con la corriente marxista de la arqueología latinoamericana.

Si bien las argumentaciones de Tabío señalaban con toda razón una corrupción en el uso de categorías fundamentales del marxismo como el “modo de producción”, las mismas contrastaban grandemente con las tesis de base de los investigadores mencionados. Las de ellos venían avaladas por decenas de excavaciones donde se ilustraba una realidad empírica hasta entonces desconocida y no cuestionada; las de nuestra parte venían desde el *Manual de Filosofía* de los soviéticos Rosenthal e Iudin.

El abismo que se abrió en torno a estas diferencias teóricas, alejó de manera injustificada a los arqueólogos cubanos del desarrollo de la arqueología marxista latinoamericana. Pero si efectivamente se produjo la separación, una de las consecuencias más importantes fue que los arqueólogos cubanos

no pudieron seguir sosteniendo el esquema normativo que hasta ese momento había estado detrás de sus investigaciones. De manera que no solo fue la acumulación de evidencia empírica lo que disparó el cambio. Este es un aspecto del desarrollo de la arqueología que debe ser más estudiado.

Lo cierto es que para el año 1983, Tabío estaba planteando que la “necesidad de formular una periodización cultural más adecuada era para los arqueólogos cubanos urgente e inaplazable; todos nuestros colegas así lo afirmaban”, (Tabío 1984: 37) y daba paso a una propuesta que establecía fundamentalmente tres etapas de desarrollo económico, la Preagroalfarera, la Protoagrícola y la Agroalfarera, cada una respectivamente subdividida en diferentes fases.

Como parte de todo este cambio paradigmático, nuestros “taínos” ya no serían individualizados, y como el énfasis estaba puesto ahora en las condiciones económicas de producción, la cultura era dejada a un lado. Su existencia se reduciría a la clasificación de “agroalfareros”, donde lo taíno y lo subtaíno, no se pueden diferenciar.

A partir de este momento se va a generalizar una especie de movimiento pendular en las intenciones teóricas de los arqueólogos cubanos. De ser particularistas culturalistas y usar ampliamente materiales como la cerámica o la lítica para llegar a explicaciones culturales, ahora el interés es dirigido a los procesos económicos generales, que si bien son la base de la explicación social, de ninguna manera pueden dar cuenta de los fenómenos singulares y concretos que constituyen el objeto de conocimiento empírico de los arqueólogos. La cultura, que antes se había usado como categoría implícita equivalente a inventarios de rasgos, desaparecería de nuestras publicaciones como categoría explicativa, y por tanto, en el tema específico que tratamos, nuestros taínos quedan sin rostro, una vez más.

En 1986, los profesores de la Universidad de La Habana, Ramón Dacal y Manuel Rivero de la Calle, publican su obra *Arqueología Aborigen de Cuba*, y a pesar de que en obras anteriores se habían apegado a los criterios etnohistóricos, en la línea de Pichardo Moya, esta vez, van a aceptar el esquema de Tabío.

Es José Manuel Guarch, quien va a tratar de dar una solución al problema de la excesiva generali-

⁵ Este Comité funcionaba en el seno del Instituto de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, y era presidido por el doctor Ernesto Tabío Palma.

⁶ En este caso, hay una diferencia tácita entre interpretación y explicación del objeto de estudio de la ciencia social, pues entendemos que la explicación remite directamente a leyes y la interpretación es un acto subjetivo en ciencia.

zación del esquema de Ernesto Tabío, sin caer en la trampa normativa de Rouse. Es por eso que a partir de mediados de la década de 1980, va a comenzar a trabajar en una nueva periodización, a la que llamó "estructura". Las primeras versiones van a ser dadas a conocer en los cursos de formación de la Escuela Nacional de Espeleología en 1986, y finalmente aparece publicada en 1990, como *Estructura para las Comunidades Aborígenes de Cuba*. (Guarch 1990) En esta nueva periodización se partía de una base económica que dividía nuestras comunidades aborígenes en dos etapas, la de economía de apropiación y la de economía de producción, un esquema que había sido usado ampliamente por el etnólogo soviético Yuri Bromley. (Bromley 1986) A su vez, ambas etapas se subdividían en fases, variantes culturales, y por último, períodos cronológicos. (Ver Tabla 2)

Tabla 2

Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba, modificado de Guarch (1990)

ETAPA	FASES Y DESARROLLO	VARIANTE CULTURAL	PERÍODOS, AÑOS A.P.
ECONOMÍA PRODUCTORA: (Comunidad gentilicia desarrollada) Agricultura, pesca, caza, recolección y captura	AGRICULTORES	III. Maisí	700 - 500
		Bayamo	850 - 500
		II. Cunagua	900 - 500
		Jagua	900 - 500
		Baní	1 000 - 500
		I. Damajayabo	1 120 - 500
ECONOMÍA DE APROPIACIÓN (Comunidad gentilicia primitiva) Pesca, caza, recolección, captura, cultivo incipiente de plantas	PROTOAGRICULTORES	II. Mayarí	1 500 - 700?
		I. Canímar	3 000 - 1 500
	PESCADORES-RECOLECTORES	I. Guanahacabibes	3 300 - 500
		II. Guacanayabo	3 500 - 900
	CAZADORES	I. Seboruco	10 000 - 3 300

Como indicamos, el esfuerzo por no perder las particularidades del registro arqueológico a nivel concreto, le hizo concebir la utilización de la categoría "variante cultural" que debía dar cuenta de estas particularidades. Este es un loable esfuerzo, sin embargo, la pobre definición de la categoría atentó contra sus pretensiones explicativas. En relación con nuestro tema de estudio, Guarch define las variantes culturales "Baní" y "Maisí", no obstante, las diferencias entre ellas, una vez más, se reducen a la ubicación geográfica, la cronología y a los viejos conocidos criterios normativistas basados en la cerámica:

Los artefactos de la superestructura se mantienen en sentido general muy similar a los de las otras variantes

de Agricultores, no así la cerámica, donde se aprecia una mejor técnica de elaboración y en un 2,5 %, decoraciones diferenciadas y mucho más elaboradas de las que se muestran en las anteriores, tratándose de dos series distintas. (Guarch 1990:69)

A pesar de que, como habíamos planteado antes, tal vez este era un esfuerzo por parte de la arqueología cubana para no perder una categoría de análisis que le permitiera buscar explicaciones a niveles más bajos de inferencia, o sea, a nivel de objeto empírico de conocimiento con los que trabaja el investigador, la estructura de Guarch tuvo dificultades para trascender. El mismo año de su publicación, fue dejada de lado en los trabajos de confección del Censo Arqueológico Nacional, una obra científica colectiva de indudable mérito. Los argumentos empleados por sus ejecutores fueron que:

La utilización, en el censo, de las variantes como segmentos secuenciales, no satisfaría el carácter complejo de la variación cultural. Con la terminología de paleo, meso y neolítico se intenta abordar desprejuiciadamente también las regularidades en el ámbito de

las culturas arqueológicas en tanto a esos problemas de variación, con el fin de unificar criterios en torno a los aspectos de valor más perenne en la estructura, como especificidad arqueológica en el marco regional. (Rives 1990)

Sin embargo, nunca nos aclararon los autores del Censo, de qué manera unas categorías tan generales como "paleo, meso y neolítico" iban a dar mejor cuenta de la "variabilidad cultural" que se evidenciaba después de la encomiable labor que había significado la realización de trabajos de campo y acumulación de datos para el censo nacional de sitios arqueológicos. Una vez más, los investigadores renunciaban al estudio de la singularidad de la cultura, a cambio de aspectos pretendidamente

universales en la base económica. Nuestros taínos se volvían a perder de vista, esta vez, en el amplio y profundo mar del neolítico.

Con esta visión es que se efectúa la edición más actualizada de nuestra historia patria desde el Instituto de Historia de Cuba en 1994. En ella se introducía, dentro del tomo 1, un capítulo inicial dedicado a las sociedades aborígenes. A pesar, por supuesto, de que no es una obra dedicada específicamente al tema arqueológico, sino que buscaba dar una panorámica de nuestra historia temprana, ni siquiera encontramos una mención del término 'taíno' en sus páginas. Todo se encuentra enmarcado en la "Etapa de la economía productora de las comunidades neolíticas". (Domínguez, Febles y Rives 1994:28)

No obstante, un año después, cuando se presentan los resultados del resumen de la obra investigadora de nuestros arqueólogos, en forma de CD-ROM, la estructura de José Manuel Guarch es la escogida para organizar el conocimiento. Aunque con mucha más información y mayor nivel de análisis, la denominada "Variante cultural Maisí", sigue sin ser explicada más allá de los criterios tradicionalmente empleados, en tanto que nuestros aborígenes asomaban graciosamente la cabeza desde la portada del disco compacto que, al menos, lleva su nombre. (CEDISAC 1995)

En 1996, dando un nuevo giro desde su última publicación, Dacal y Rivero, en su obra *Art and Archaeology of Pre-Columbian Cuba*, retoman nuevamente el esquema etnohistórico y reconocen la existencia de los taínos, sin establecer distinción alguna y sí una identidad común a todos los grupos agricultores ceramistas. De esta manera, distribuyen lo taíno a casi todo lo largo del

territorio cubano, desde la punta de Maisí hasta las proximidades de Matanzas. (Dacal y Rivero 1996: 21)

A partir de la década de 1990, y hasta la actualidad, no se puede decir que hemos tenido más claridad en cuanto al problema de la definición de la cultura taína en nuestro país. Indistintamente –de acuerdo al autor– los enfoques etnohistóricos y particularistas van a aparecer, pero una fuerte tendencia generalizadora en los últimos años viene a cancelar las investigaciones sobre el tema en particular. Es necesario realizar entonces un análisis de las causas de este fenómeno que terminará por privarnos de dar solución a uno de los asuntos más importantes a escala nacional, sin haber comenzado la investigación. La existencia de la cultura taína no dependerá de su negación o afirmación, de acuerdo a un criterio de autoridad personal o institucional, sino a partir de las formulaciones científicas que seamos capaces de poner a prueba, cosa que hasta el momento actual no se ha realizado explícitamente.

Como planteamos, la cuestión esencial de esta gran problemática es de tipo teórico y hasta que la misma no se solucione nunca podremos crear una imagen de aquellos pueblos que sufrieron el primer embate del colonialismo en América. Si bien parece ya imposible dejar de usar el término 'taíno' como identificador cultural, aun cuando vimos que es a todas luces una construcción histórica, y dada además su extensión en los ámbitos populares y académicos nacionales y regionales, no vemos otra opción que ocuparnos del problema como científicos sociales para llegar a conclusiones válidas sobre su existencia. A continuación, exponemos algunas ideas que pudieran guiarnos en la búsqueda de una solución.

ALGUNAS CUESTIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DE LA CULTURA TAÍNA EN CUBA

Para empezar, estimo que el imprescindible análisis que requiere la solución de la problemática sobre la existencia y definición de la cultura taína, sin duda comienza con el rechazo a cualquier intento de explicación que parta de las bases de la escuela normativa. La misma ha demostrado ser altamente incoherente en sus postulados y a pesar de haber contribuido a establecer toda una tradición de investigación en la región caribeña insular a partir de los trabajos de Irving Rouse, no

es adecuada a los propósitos explicativos que debe perseguir la arqueología como ciencia.

Sin embargo, las últimas investigaciones vienen a confirmar que el panorama real de la cultura caribeña precolombina es mucho más complicado que el ofrecido en los famosos cuadros cronológicos, casi matemáticos, en los que el normativismo pretende ubicar un desarrollo social lineal. Los arqueólogos están de acuerdo en que a partir de ahora, las indagaciones deben ser conducidas por

otros caminos, y las líneas de evidencia arqueológica deben ser utilizadas de manera mucho más integrada y creativa. (Curet 2005, 2006; Delpuech y Hofman 2004; Keegan 2000)

Si son visibles estas incoherencias del normativismo, ¿por qué el esquema rousiano ha prevalecido durante tanto tiempo?

En nuestra opinión, una de las causas se relaciona directamente con las condiciones sociológicas, externas a la disciplina misma, en las que se ha desarrollado la arqueología antillana. En la práctica, ha existido una imposición casi total de los modelos teóricos de la academia norteamericana, apoyados por la disponibilidad de mayores recursos económicos para el desarrollo de las investigaciones en su generalidad acciones prohibitivas para las economías nacionales de la región. Esta circunstancia, como una manifestación de imperialismo científico, ha marcado y sigue marcando todo el desarrollo de la ciencia en la región, y aun hoy, las investigaciones son realizadas, en su mayoría, con financiamientos y equipamientos externos; desde que la actividad arqueológica no se considera en términos económicos una esfera rentable.

Relacionado con lo anterior está la visión esquemática, de sustrato filosófico positivista, que regula la posición teórica en la arqueología regional, donde parece ser más importante la recolección y clasificación de datos que la labor teórica de fundamentar explicaciones causales referidas a leyes del desarrollo social. En sentido general, la región ha sido más usuaria de teorías sociales que generadora de las mismas. (Gándara 2003)

Como hemos visto, en Cuba el esquema rousiano también tuvo una gran influencia, y esta influencia fue fuerte aun después del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Esta extraña circunstancia pudiera deberse a la marcada falta de interés por parte de los arqueólogos cubanos en la definición de un concepto como el de cultura arqueológica, que llevó a algunos influyentes investigadores a adoptar acríticamente las posiciones rousianas.

Por otra parte, el distanciamiento de la academia cubana de las posiciones de la llamada Arqueología Social Latinoamericana y de una sólida postura marxista, favoreció el mantenimiento de la disciplina en lugares próximos a Rouse, desde que es precisamente la ASL⁷ la que ha sometido a

una revisión crítica del esquema rousiano a partir de un sistema tricategorial que incluye la dimensión de la cultura como elemento central.⁸

El poco interés de los investigadores cubanos por correlacionar el resultado de sus investigaciones con las producidas en el resto de nuestra área geográfica, ha conducido a una especie de aislamiento, real o imaginario, donde los argumentos arqueológicos cubanos se han movido, en algunas ocasiones, con una absoluta independencia, aun en franca contradicción con los resultados antillanos. También circunstancias de tipo económico, que afectaron fuertemente a la disciplina desde la década de 1990, han impedido la realización sistemática de estudios de alcance regional donde la base empírica pueda sistematizarse en busca de regularidades territoriales, aunque sostenemos que, en este caso, se trata más bien de una cuestión teórica de partida que debe ser corroborada con la práctica.

Veamos como ejemplo hasta qué punto una concepción teórica puede condicionar la práctica arqueológica. Es un error metodológico importante haber privilegiado el trabajo llevado a cabo por Rouse en la década de 1940, por encima de las evidencias que muchos autores cubanos han mostrado. De esta manera, al analizar el trabajo del norteamericano podemos comprobar que la única área que estudió, eso sí, intensamente, fue la de Yaguajay-Banes, en la actual provincia de Holguín, y desde este único trabajo se extrapoló toda una subserie cerámica para la mayor parte de Cuba, la subtaína. ¿Qué hubiera pasado si Rouse hubiera estudiado con la misma profundidad las cerámicas de Cabo Cruz y el sur de la actual provincia de Cienfuegos, a todas luces diferentes?, ¿acaso tendríamos hoy una o más subseries cerámicas para completar nuestro esquema cuadrulado de “culturas arqueológicas”?

Dadas estas dificultades, creo que no hay mejor opción en el panorama teórico de la disciplina que la posición desarrollada por la llamada Arqueología Social Latinoamericana.

Para la gnoseología marxista, la misma que sostiene la posición teórica referida, existe una prioridad epistémica de la ontología respecto a la lógica. (Gándara 1992a; Bate, 1998) Puesto de otra forma, el conocimiento científico exige que debe-

⁷ Arqueología Social Latinoamericana.

⁸ En este caso compartimos las posiciones de Luis Felipe Bate (1978, 1998) y discrepamos con las de Lumbreras (2005) que propone abandonar el término por su carácter burgués, lo que equivale a perder batalla antes de presentarla.

mos tener primero alguna idea de lo que queremos conocer, para poder desarrollar los procedimientos válidos, su observación y su descubrimiento o reconocimiento.

Esta visión del proceso general de la investigación arqueológica conlleva a la teorización sobre tres niveles particulares de la existencia de procesos reales, que a la vez constituye la solución a tres problemas ontológicos fundamentales, a saber: a) el materialismo histórico, o teoría sustantiva de los procesos sociohistóricos; b) la historia de los contextos arqueológicos; y c) la historia real de la producción de la información. (Bate, 1998:49)

Siendo el materialismo histórico dialéctico la base teórica fundamental de las investigaciones llevadas a cabo en el país, sobre todo, a partir de 1959, conviene detenernos a pensar cómo ha sido su manejo por parte de los arqueólogos cubanos y cuáles son sus consecuencias.

Hasta el momento, lo que parece derivarse de la producción bibliográfica cubana es que nuestros investigadores no han sido muy dedicados a las cuestiones de tipo teórico sustantivo, más bien, como en el caso regional, han sido usuarios de teorías, en especial del marxismo, desgraciadamente en su versión menos desarrollada. (Torres, 2004)

Aún así, el gran poder explicativo del marxismo sirvió para dar una vía alternativa al entendimiento de los procesos sociales que ocurrieron en Cuba en tiempos precolombinos. El avance fue notable, pero insuficiente. Las investigaciones se incrementaron como nunca antes, la ciencia fue dotada de recursos y personal especializado, pero un obstáculo mucho más grande que los de índole material frenaba el desarrollo: la teoría marxista empleada era considerada como un cuerpo armónico, incontrastable, dado y terminado.⁹ De esta manera, se privó al marxismo de una de sus esencias: el carácter dialéctico; y por tanto, se cortó el camino para su desarrollo.

Surgía un problema adicional, relacionado con la teoría social marxista disponible hasta la década de 1970, que no daba suficiente cuenta del objeto

empírico de conocimiento de los arqueólogos, por lo que las explicaciones específicas no podían ser logradas, dado el carácter demasiado general de las categorías empleadas.¹⁰ Así, los arqueólogos cubanos se vieron constreñidos a identificar “modos de producción”, “formación económico social”, “fuerzas productivas”, “relaciones de producción”, etc. Esta situación llevó a que, en un momento dado, toda la labor se hiciera casi innecesaria, pues desde la teoría manejada todas las sociedades precolombinas caían en el mismo rubro de “Formación Económico Social de la Comunidad Primitiva” y dentro del “Modo de Producción de la Comunidad Primitiva”, ¿para qué excavar entonces?

Una de las consecuencias más evidentes de esta manera poco creativa de entender las cuestiones teóricas y el propio marxismo, es el escaso interés de los arqueólogos en desarrollar programas de investigación relacionados con la teoría, además de favorecer la concentración de los investigadores en los aspectos prácticos y metodológicos de la investigación. Esto los acercó demasiado a los presupuestos de la postura Histórico Cultural que dirigió su interés fundamental al establecimiento de cronologías e historias particulares, entendiendo que Cuba constituye un caso aislado dentro del área.

El resultado final, sin generalizar demasiado, consiste en investigaciones poco coherentes traducidas en el empleo de un lenguaje marxista general pero con resultados que se enmarcan muy bien, en las típicas producciones historicistas.

Sin embargo, a partir de la década de 1990, se fue tomando conciencia de que los esquemas de trabajo normativo no conducían a nada, y el énfasis se puso en esquemas de explicación marxistas generalizadores; solo que la teoría usada, como señalamos, no estaba en condiciones de dar respuesta a aspectos particulares de investigación al no existir categorías adecuadas de análisis. Esto se puede observar muy bien en la inexistencia de una adecuada definición para “cultura arqueológica”, donde el consenso implícito es más adecuado que la propia definición lógica de la misma.¹¹ En

⁹ Para entender mejor este hecho es necesario considerar las circunstancias sociológicas en las que se desarrolló la ciencia nacional, en las que sin duda, factores políticos e ideológicos ejercieron una gran influencia. Debe recordarse el hecho de un desarrollo científico marcado por un proceso revolucionario en enfrentamiento hostil con el imperialismo norteamericano desde 1960.

¹⁰ Esta dificultad ha sido superada paulatinamente por la arqueología marxista desde la década de los 80 del siglo XX, a partir de las Reuniones de Oaxtepec, México, donde se han generado una serie de categorías analíticas que han terminado por enriquecer al propio marxismo y que aun se desconocen en Cuba.

¹¹ Es necesario aclarar que esta situación no es privativa de la arqueología en Cuba. Pensamos que tampoco los historiadores tienen un concepto explícito de cultura para trabajar.

otras palabras, todos tenemos una idea de lo que es cultura, pero pocos podemos expresarla en términos conceptuales de definición. Dada esta ausencia conceptual es perfectamente lógico que se abandonara la idea de definir términos tales como “cultura taína”, y se favoreciera el trabajo con categorías más generales.

En otros trabajos (Torres 2004; 2006b) he sostenido que la solución más adecuada al caso cubano es la adopción de los importantes desarrollos teóricos explicativos de la arqueología marxista. Para la misma, la cultura constituye una categoría central de análisis que nos permite acceder, de acuerdo a un principio dialéctico de concatenación, a las causalidades esenciales del movimiento social residente en la Formación Económico Social. Como instancia intermedia entre los aspectos fenoménicos singulares representados por la cultura, y los esenciales generales representados en la Formación Económico Social, se ha conceptualizado la categoría de “Modo de Vida”, la misma que daría cuenta de la particularidad en el enfrentamiento y resolución de las contradicciones del desarrollo social en la sociedad concreta estudiada por el arqueólogo. Sin embargo, los componentes de este sistema tricatégorial de análisis no deben verse como simples partes separadas, sino como dimensiones de una misma realidad que es esencialmente compleja, y por tanto, no reducible a esquemas sencillos de explicación.¹²

Solamente al admitir el carácter complejo de la cultura como forma fenoménica y singular de las contradicciones esenciales de cualquier sociedad, y lo que es más importante, al buscar las causalidades a ese nivel esencial, es decir, refiriéndolas a aspectos objetivos de la realidad, estaremos en condiciones de poder definir la existencia real y la explicación de la cultura taína en Cuba y en nuestra área geográfica.

Por supuesto, antes debemos subsanar algunos aspectos metodológicos que han sido descuidados en las investigaciones cubanas. Tomemos como ejemplo el único estudio verdaderamente abarcador que se ha realizado sobre el grupo taíno en Cuba. Me refiero a las investigaciones que llevó a cabo José Manuel Guarch, durante la década de 60 y principios del 70, en el extremo oriental de Cuba.

Metodológicamente la investigación respondía a cánones empíricos normativistas, como se analizó anteriormente. Siendo así, era necesaria la observación en términos de región, la misma que fue establecida, como vimos, en el triángulo formado por la ciudad de Guantánamo al oeste, la Punta de Maisí al este y el poblado de Moa al norte. Sin embargo, al parecer, la muestra escogida por el arqueólogo tenía más problemas de los que pudiéramos pensar.

De acuerdo con Guarch, los datos se basan en un total de 18 sitios, divididos en 13 de habitación y 5 paraderos. Los mismos, corresponden solamente a las zonas de la Punta de Maisí y al Valle de Caujerí, de manera que una importante zona al norte queda fuera del estudio.

Si profundizamos más, encontramos que realmente las excavaciones de nuestro arqueólogo se concentraron en solo 7 de los 18 sitios, lo que representa un 38,8 % del total de la muestra. Mas, si analizamos la superficie excavada contra el total disponible en cada uno de esos sitios, el panorama cambia abruptamente. Las inferencias de la investigación se han hecho claramente a partir de una muestra deficiente en términos estadísticos. (Ver Tabla 3) Esta es una de las causas por la que Guarch tuvo dificultades al tratar de comprender la evolución cultural¹³ en el área bajo estudio y expresa:

La composición del ajuar de cada sitio es muy homogénea, especialmente la cerámica no sugiere cambios graduales producidos por préstamo. Las diferencias se observan de sitio a sitio, como si cada uno de ellos tuviera sus propias características, en una gradación creciente o decreciente de elementos Meillac o Carrier. (Guarch 1978:129)

Por otra parte, un importante sesgo se introduce en la muestra pues las excavaciones fueron realizadas mayormente en los sitios que presentan características excepcionales dentro de la región, como es el caso de plazas ceremoniales (Pueblo Viejo, Laguna de Limones y San Lucas) o grandes magnitudes (Guaibanó), por lo que la significación de los datos obtenidos deben tener un grado elevado de diferenciación con los sitios más comunes. En este último caso, el muestreo debió tener en cuenta que la distribución del espacio es un elemento muy importante en la conformación de la organización de estas sociedades, tal y como se ha

¹² Consideramos incorrecto el análisis que han hecho de la posición autores como Keegan y Rodríguez al pretender reducirla a un esquema que opera en igualdad de condiciones lógicas con el normativo. (Keegan y Rodríguez 2004)

¹³ Explicada a través de los cambios en la cerámica.

demostrado en otras regiones de nuestra área geográfica. (Curet 1992; 2005)

Lo peor de esta circunstancia es que el conocimiento que se tenía en la época en que Guarch llevó a cabo sus trabajos ha sido superado en las décadas posteriores; no obstante, las generalizaciones han seguido arrastrando las inferencias del estudio inicial. Por ejemplo, se mantienen en la caracterización de la Variante Cultural Maisí de 1990, y después de haberse llevado a cabo el Censo Arqueológico Nacional, se siguen empleando los mismos datos en el CD-ROM *Taíno* de 1995.

Una última cuestión debe ser superada en los próximos años, y es que, aunque nos parezca increíble, la definición de toda una región cultural,

de una variante cultural o de una cultura, como se le ha llamado indistintamente, se ha basado en un único fechado radiocarbónico. El mismo fue realizado en materiales del sitio Laguna de Limones, y ubica el sitio en el 1310 DNE (640 ± 120 AP). Pero al calibrar este fechado, el diapasón se abre y las fechas alcanzan un rango que va desde el 1050 AD al 1613 AD. Ambos límites se separan demasiado para una consideración adecuada de los procesos migratorios.

Algo interesante se evidencia en este fechado, puesto que no existe en la cerámica de Laguna de Limones un componente chicoide puro, sino más bien, una mezcla entre este y lo meillacoide, ¿cuán temprano se produjo esta mezcla en La Española?, ¿es acaso un proceso generado en Cuba? Es evidente que necesitamos muchos más fechados como garantía de que nuestras inferencias de tipo social tengan un apoyo cronológico sólido, algo que ya no podemos seguir dejando a la tipología cerámica.

Tabla 3

Composición de la muestra de estudio de Guarch (1978) para la definición del taíno en Cuba.

NO.	SITIO	INTERVENCIÓN	ÁREA TOTAL	ÁREA EXCAVADA	% EXCAVADO DEL TOTAL
1	La Caridad	No excavado	---	---	---
2	Finca Sitges	No excavado	---	---	---
3	Mesa de Buena Vista	No excavado	---	---	---
4	Monte Cristo	No excavado	---	---	---
5	Cantillo	No excavado	---	---	---
6	La Patana	No excavado	---	---	---
7	San Lucas	1964, 1965, 1968	13 300 m ²	28.48 m ²	0.21 %
8	Laguna de Limones	1964	33 834 m ²	68 m ²	0.20 %
9	Pueblo Viejo	1968	33 750 m ²	7.05 m ²	0.02 %
10	María Teresa I	1968	12 000 m ²	0.90 m ²	0.007 %
11	María Teresa II	Recogida de superficie	3 696 m ²	---	---
12	Boca del Cedro	Cala de prueba	11 543 m ²	DND	DND
13	Guaibán	DND	400 000 m ²	9 m ²	0.002 %
14	Paradero río Ovando	No excavado	----	---	---
15	Paradero Poblado de Maisí	Cala de prueba	---	---	---
16	Paradero del Corajo	Cateos infértiles	---	--	---
17	Paradero Cueva del Pueblo	No excavado	---	---	---
18	Paradero Cueva Caletita	No excavado	---	---	---

DND: Datos no disponibles

Fig. 46 Ídolo del Tabaco
Colección Museo Montané,
Universidad de La
Habana

[Foto del autor]





A close-up, profile view of a young girl's face, looking downwards. Her hair is dark and styled in intricate braids. The lighting is soft, highlighting her skin and the texture of her hair. The background is dark and out of focus.

Capítulo 4

La supervivencia
aborigen en Cuba



Fig. 47

Joven descendiente
de aborigen, Patana Arriba,
Maisí, Guantánamo
[Foto del autor]

Fig. 47 Pictografía Cueva de
Pichardo, Sierra de Cubitas,
Camagüey

Una tradición historiográfica de larga data ha obligado pensar en la desaparición de la cultura indígena. Esta actitud, expresada en la mayoría de los libros de historia de nuestro país, nos aleja de la condición curiosa e indagadora que debe caracterizar a la investigación y propicia el desinterés por la tarea de “rastrear” el hilo de la cultura indígena en el conglomerado cultural de nuestra nación.

Las causas de ese distanciamiento entre el cubano actual y el habitante primigenio son disímiles. Una de ellas es la permanencia de un pensamiento colonialista que divide la historia del país en *un antes* y *un después* de los hispanos, rompiendo de manera artificial el proceso histórico real, y por tanto, negando cualquier aporte de la cultura indígena a la conformación de la nacionalidad cubana. Otra causa es el exceso de confianza en la letra de las fuentes documentales del gobierno colonial y sus representantes, los cuales respondían a intereses de una clase nada interesada en la supervivencia del aborígen bajo el régimen colonial, ya que este era uno de los fundamentales cuestionadores de los derechos de propiedad sobre el suelo cubano. Mientras más rápido desaparecieran, por la vía que fuera, mejor. En otro sentido, la obra del padre Bartolomé de Las Casas con sus argumentaciones humanistas en defensa de los indígenas frente a los desmanes colonialistas, contribuyó a exagerar la magnitud y proporción de la destrucción de las poblaciones precolombinas.

Para comprender lo que pudo haber aportado la sociedad tribal agricultora a la cultura cubana actual hay que tomar en cuenta las condiciones en las que esa cultura (o culturas, según vimos en el capítulo anterior) se vincularon al elemento europeo primariamente, y después al africano. No cabe duda de que las condiciones fueron ab-

solutamente desventajosas y violentas para nuestros indígenas, pero los mecanismos de la cultura muchas veces son refractarios de los cambios rápidos en la base económica y permanecen como elemento de conservación y reafirmación identitaria por mucho tiempo.

La ocupación europea llegó a Cuba con todos los métodos ensayados después de más de una década de experiencia en La Española, por lo que en nuestro suelo los conquistadores no perdieron mucho tiempo, ni se caracterizaron por sutilezas; la espada, el fuego y la cruz, cumplieron eficientemente con la tarea de desmontar la organización de las sociedades aborígenes y someterlas a un solo y supremo objetivo: la obtención rápida de ganancias a través del trabajo forzado en los lavaderos de oro.

Pero si bien la destrucción de la organización tribal bajo estas condiciones significó un verdadero genocidio para los indígenas, no podemos pensar que la cultura como manifestación fenoménica de las relaciones esenciales a nivel de formación económico-social desapareciera totalmente. Siempre hubo alternativas a disposición de los miembros de la tribu: acatar las imposiciones colonialistas y morir debido a las condiciones inhumanas de trabajo forzado, hambre y enfermedades; morir por rebelarse abiertamente contra esa opresión y tratar de aislarse como grupo; o aceptar la mezcla bajo las condiciones de subordinación al español, como mecanismo de supervivencia cultural. Todas ellas, en menor o mayor grado, fueron empleadas.

Desgraciadamente, a gran parte de la población aborígen no le quedó más remedio que optar por la primera de las alternativas, y esa es la causa por la que se refiere la desaparición de la cultura indígena en general.

La violencia como mecanismo de sometimiento fue ejercida sin piedad. En los anales de nuestra historia, salvada para la posteridad por el padre dominico Bartolomé de Las Casas, quedó la memoria de uno de los actos de barbarie colonialista más oprobiosos de la ocupación española en Cuba. Hablamos de la carnicería perpetrada por los hombres de Pánfilo de Narváez en el pueblo indio de Caonao; la misma se puede explicar no solo por el choque ocurrido entre dos sistemas de valores totalmente diferentes, sino además, al tener en cuenta la catadura moral de la mayoría de los europeos que participaron en estas jornadas.

[...] el día que los españoles llegaron al pueblo, en la mañana paráronse a almorzar en un arroyo seco, aunque algunos charquillos tenían agua, el cual estaba lleno de piedras amoladeras, y antojóseles a todos de afilar en ellas sus espadas; y acabado su almuerzo, danse a andar su camino del Caonao. [...] Llegaron al pueblo de Caonao a hora de vísperas, donde halló mucha gente que tenía aparejada mucha comida del pan çaçabí e de mucho pescado, porque tenían junto un gran río y también cerca la mar. Estaban en una plazuela obra de 2.000 indios, todos sentados en cocillitas, porque así lo tienen todos de costumbre, mirando las yeguas pasmados. Había junto un gran bohío o casa grande, donde estaban más de otros 500 metidos, amedrentados, que no osaban salir; [...] súbitamente sacó un español su espada, en quien se creyó que se le revistió el diablo, y luego todos ciento sus espadas, y comienzan a desbarriagar y acuchillar y matar de aquellas ovejas y corderos, hombres y mujeres, y niños y viejos, que estaban sentados, descuidados, mirando las yeguas y los españoles, pasmados, y dentro de dos credos no queda hombre vivo de todos cuanto allí estaban. Entran en la gran casa, que junto estaba, porque a la puerta della esto pasaba, y comienzan lo mismo a matar a cuchilladas y estocadas cuantos allí hallaron, que iba el arroyo de la sangre como si hobieran muerto muchas vacas; algunos de los indios que allí pudieron darse priesa, subieron por las varas y el enmaderamiento de la casa en lo alto, y así escaparon. (Las Casas 1995, tomo II: 535)

Narváez que observaba impasible desde su yegua la matanza que hacían sus hombres se dirige con gran cinismo al clérigo que trataba de impedir que la locura colectiva siguiera y le dice: “¿Qué parece a vuestra merced destos nuestros españoles, qué han hecho? Respondió el clérigo, viendo ante sí tantos hechos pedazos, de caso tan cruel muy turbado: Que os ofrezco a vos y a ellos al diablo.” (*Id.*: 536)

La Matanza de Caonao pasó a la historia como muestra de la brutalidad colonizadora hacia las so-

ciudades aborígenes; pero si bien esa terrible cara de la violencia fue un común denominador en la actuación de los conquistadores, existieron otros mecanismos no menos efectivos en el proceso de anulación de la cultura aborigen.

La denominación de ‘indio’ fue uno de esos mecanismos psicológicos. Bajo este término se borraban de un plumazo las posibles diferencias que a veces se percibe en los primeros escritos del proceso de conquista. A la muerte y el exterminio físico de grandes masas de nuestros primeros pobladores, se suma su muerte psicológica, que negó la supervivencia identitaria de una cultura.

Pero esa sociedad aborigen no siempre contempló pasivamente la obra exterminadora de los colonizadores, y en muchas ocasiones se rebeló, cobrando cuantiosas vidas entre los conquistadores. Como ha documentado el historiador Jorge Ibarra las rebeliones indígenas se continuaron hasta 1543 y prosiguieron unos años más. En carta del factor Hernando de Castro de 1543, se expresa que:

[...] no ha habido uno en que no haya habido necesidad de hechar sisa para pacificar y conquistar indios cimarrones o bravos. Cada año se van a los montes y salen en Navidad, que es tiempo de seca, y quemar haciendas matando españoles e indios mansos y robándole mujeres. Ahora que escribo están alzados. (Hernando de Castro en Ibarra 1979: 28)

En los primeros tiempos de la colonización imperó una forma velada de explotación, efectuada bajo la figura de la encomienda. De acuerdo con la misma, los grupos aborígenes eran “encomendados” a un español, quien supuestamente debía velar por su instrucción en la fe católica y a la vez hacerlos trabajar en los lavaderos de oro y en las estancias.

Este sistema de explotación aprovechaba la forma tradicional de cooperación tribal no solo por las características de la economía de los primeros tiempos sino también porque de esa forma se suplía la escasez de instrumentos europeos, aprovechando el instrumental aportado por los indígenas, el cual estaba adaptado a las condiciones tropicales de producción. Bajo la encomienda, el sistema de trabajo indígena perdió su cualidad intrínseca, pues el conquistador, organizando masivamente la labor bajo la férula española, se encargaba de distribuir, de modo bien desigual, el producto del trabajo de las masas aborígenes explotadas. Solo así se podría extraer el poco oro que daban los lavaderos y sembrar los conucos para la producción de casabe. (Rey 1970)

Durante los primeros años de la colonia esta forma velada de esclavitud indígena, juega un papel de primer orden en la economía, a causa de que los colonos no tenían ningún interés en fomentar una economía enfilada hacia el ulterior sostenimiento, sino hacia el enriquecimiento rápido, para garantizar así un retorno exitoso a España.

Esta forma de trabajo generaba una contradicción insalvable entre los intereses de los primeros colonos y los de la Corona española, más interesada en proteger la mano de obra india para el futuro, mantener una buena fachada cristiana y sobre todo, limitar el poder que podían detentar los europeos venidos a América.

En el marco de esas contradicciones se realizaron varios esfuerzos para la protección de los indígenas que partieron de la labor humanista de religiosos acaudillados por el padre Las Casas. El conocido Plan de la Experiencia, propuesto por fray Pedro Mexía de Trillo de La Española contemplaba, entre otras cosas, la constitución de colonias agrícolas en las que los aborígenes, dirigidos por religiosos, se ocuparían de diversos cultivos cuyos dividendos serían repartidos entre la Corona y la comuna.

Sin embargo, gracias al sudor de las grandes masas indígenas y su explotación forzada, la riqueza generada le permitió a los estamentos dirigentes de los colonos, la oposición e incluso el aplazamiento del cumplimiento de esas disposiciones reales; el Plan de la Experiencia nunca fue aplicado. En otros casos, el cumplimiento se aplazaba hasta el máximo posible, como sucedió con las llamadas Leyes Nuevas, promulgadas por la Corona en 1542 donde se abolía el derecho a la encomienda y se ordenaba que los indígenas fueran considerados "vasallos libres". En realidad, ante la presión de los hateros ricos y algunos fun-

cionarios, esta disposición real solo se pudo aplicar, en 1553, es decir, con once años de retraso.

Para ese momento, un grupo humano nuevo, los negros africanos, aumentaban su presencia en Cuba para alimentar con su cuota de sudor y sufrimiento a la maquinaria colonialista. Ese contingente vendría a reemplazar la masa aborigen en la producción y terminaría por influir en la conformación de la nación cubana, pero eso es historia conocida.

En el otro lado de la sociedad colonial:

Los indocubanos, reducidos a menos de 10 % de la fuerza laboral, seguían desapareciendo. En la segunda mitad del siglo XVI se revitalizaron los fracasados 'planes de experiencia' y los 'pueblos de indios'. Algunos documentos de archivo de la segunda mitad del siglo XVI hacen referencias a los indocubanos como personal de servicio y patentizan la presencia de su cultura en algunos objetos [...] Se refieren probablemente a la etapa de convivencia más cercana y estable, quizás doméstica, susceptible de aportar directamente elementos culturales de ese tipo. (Rey 2003: 89)

Pensamos que esa presencia va más allá del contexto doméstico, y que a partir del siglo XVI la supervivencia indígena se va a refugiar y preservar en dos grandes espacios. El primero serían los llamados "pueblos de indios" como Guanabacoa, y en mayor medida, El Caney y Jiguaní, en el oriente. El segundo espacio, menos estudiado y más abundante, es el de las poblaciones reclusas en los lugares más recónditos de la geografía nacional, ejemplo de ellas las ubicadas en Yateras, Valle de San Andrés, Yara y Majayara, entre otras del extremo oriental. Debemos pensar que la ocupación hispana del territorio cubano nunca fue total durante el siglo XVI, de hecho todavía en el XIX, amplias zonas de la agreste geografía oriental y occidental permanecían despobladas. Esos escenarios



Fig. 48



Fig. 49

Fig. 48 Botón de concha, El Catuco, Gibara, Holguín

[Foto del autor]

Fig. 49 Cuenta de mayólica, Chorro de Maíta, Holguín

[Foto del autor]



Fig. 50



Fig. 51

Fig. 50 Jarra de transculturación, Colección Museo Municipal de Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

Fig. 51 Cáliz, Colección Museo Municipal de San Antonio del Sur, Guantánamo

[Foto del autor]

marginales fueron precisamente los que acogieron a la mayoría de los supervivientes de la cultura indígena.¹ Es por eso que creemos totalmente correcto el razonamiento de nuestro destacado historiador Julio Le Riverend, cuando plantea que:

Quizás algún día debamos convenir en que la desaparición del indio como elemento de trabajo es más bien un hecho económico que una total extinción humana, y que lo que se extinguió antes de 1540 fueron los placeres y yacimientos auríferos de rendimiento alto, compensatorios de su poca productividad de trabajo. (Le Riverend 1992: 27)

Como ya planteamos, la cultura suele ser un factor muy dinámico que garantiza la supervivencia en medios adversos de disímiles maneras; y por su parte, en los sitios arqueológicos cubanos aparece la evidencia de intensos procesos de intercambio cultural.

Seguramente la creación artesanal desarrollada por los especialistas nativos sufrió el primer y más violento impacto al cambiar las condiciones de su producción. Las bellas decoraciones y representaciones de ídolos en los bienes de prestigio fueron consideradas como el reflejo de prácticas paganas e idolatrías contrarias a la imposición de la fe religiosa católica. Un caso de este empobrecimiento ha sido bien documentado por García Arévalo para la producción de cerámica doméstica en La Española. (Arévalo 1978) El trabajo creador que fue capaz de dar vida a destacadas obras de arte con valor de uso dentro de la tribu, ahora era obligado a poner los conocimientos en función de la producción de

valores de cambio, en una economía orientada a propósitos totalmente diferentes.

Si bien esto produjo un empobrecimiento drástico y rápido de los cánones estéticos de los elementos de la cultura material indígena, en nuestros sitios arqueológicos, también está la evidencia del aprovechamiento e incorporación de elementos europeos en la vida social aborigen.

Formas en las vasijas de cerámica claramente copiadas de los colonizadores pero realizadas con técnicas aborígenes muestran la simbiosis de ambas culturas, donde los ceramistas indígenas plasmaron la decoración típica chicoide: el óvalo o el rectángulo con un segmento de recta inscrito, a manera de grano de café. Otras veces, la cerámica se limitaba a la imitación de la forma europea.

Se han encontrado cuentas realizadas en pedazos de mayólica, botones y elementos metálicos como las agujetas, componentes de las ropas del conquistador que al parecer fueron incorporados a las indígenas; y especial atención merece la aparición de un hacha petaloide confeccionada en hierro, en el sitio El Yayal, en la provincia de Holguín.

Pero no solo esos procesos de transculturación se dieron de lo europeo a lo aborigen, sino también al revés. En los primeros tiempos de la colonia los conquistadores se vieron obligados a incorporar los alimentos indígenas a su dieta, y seguramente los conocimientos para la producción de los mismos. De esta forma también necesitaron incorporar sus instrumentos y artefactos, la hamaca para dormir, las canoas para desplazarse, y hasta los humos del

¹ La arqueología ha corroborado esta supervivencia demostrando que, incluso para fechas muy tardías del siglo XVII, todavía estaban vigentes aldeas con una producción artesanal típica, como parecen evidenciar los fechados de 1 655 AD del sitio arqueológico Los Buchillones, en un remoto paraje de la costa norte avileña. (Pendergast et al. 2003)



Fig. 52



Fig. 53

Fig. 52 Vasija de transcul-
turación, Colección Museo
Provincial de Holguín

[Foto del autor]

Fig. 53 Vasija de transcul-
turación, Colección Museo
Indocubano Baní, Holguín

[Foto del autor]

tabaco para fumar. Además de que el conquistador no podía entender el espacio cubano sin recurrir a la lengua del aruaco, todavía en la actualidad pudiera parecer increíble la cantidad enorme de topónimos indígenas que usamos en nuestra geografía y las palabras que empleamos en el habla diaria.

Algunas veces se llegó a casos tan extremos en que el europeo adoptó por completo la cultura indígena como este que nos menciona Las Casas, acerca de un compatriota perdido en la provincia india de La Habana:

[...] el español ya cuasi no sabía hablar nuestra lengua, sino en la de los indios y hacía con la boca y con las manos todos los meneos que los indios acostumbraban, en lo cual no poca risa a los españoles causaba.

Creo que se entendía dél que había tres o cuatro años que allí estaba; y después, algunos días andados, daba larga relación de las cosas que por él habían pasado. (Las Casas 1995, tomo II: 544)

Otra característica de la ocupación española en América fue que los colonizadores no tuvieron ningún reparo en mezclarse sexualmente con la población nativa, lo que garantizó de manera muy temprana el surgimiento de mestizos de ambas razas² y el consecuente intercambio cultural. De hecho, uno de los mecanismos de dominación más ensayados en La Española fue el casamiento con hijas de caciques, para de esta forma controlar sus posesiones. Por supuesto, este mestizaje dejó siempre al indígena en posición de inferioridad.

LOS PUEBLOS DE INDIOS

Uno de los espacios en que se conservó y posteriormente fue transformada la cultura indígena de Cuba fue el de los llamados “pueblos de indios”. Su origen se remonta a los primeros esfuerzos por parte de la Corona española por asegurar de manera legal la sujeción y explotación indígena; para al mismo tiempo revestirla de un carácter más humano.

La primera de las conocidas Leyes de Burgos dictadas en 1512, indicaba la eliminación de las tradicionales aldeas indias y su reconstrucción en las proximidades de los asentamientos europeos, con el fin de garantizar su adoctrinamiento en la fe católica. (Pichardo Viñals 1984: 32) No obstante, las au-

toridades españolas al considerar que las sociedades indígenas practicaban el pecado de la “ociosidad”, no eliminaron el sistema de encomiendas.

La reconcentración forzosa de los aborígenes tuvo lugares destacados en el pueblo de Guanabacoa, próximo a La Habana, y en El Caney de Santiago de Cuba. Otro importante asentamiento indígena se gestaría a inicios del siglo XVIII en la zona de Jiguaní, próxima a Bayamo, cuando el indio Miguel Rodríguez consiguió la creación de un corral de puercos cuyo objetivo era: “recoger en un pueblo a los indios, que se hallaban dispersos en la inmensa comarca de Bayamo; después de mucho luchar, logró fundar la Comunidad de Indios de Jiguaní

² Constrasta esta característica con la ocupación inglesa en Norteamérica donde los prejuicios religiosos evitaron la mezcla racial entre pobladores originarios y colonizadores



Fig. 54

amparada por las reales provisiones de 1703 y 1710 de la real audiencia de Santo Domingo.” (*Id.*: 59)

Cuando se dictan las Leyes Nuevas, y se ponen en práctica en Cuba, en 1553, ya la situación de los indígenas se había transformado bastante. En los pueblos indios se dio un proceso de transculturación intenso que incluyó la transformación radical del modo de vida aborígen. A la comunidad aborígen concentrada no le quedó más remedio que entrar en la vía de la asimilación de los modos europeos para sobrevivir. Tuvo que sortear los obstáculos de un régimen de gobierno que ejercía una fuerte discriminación racial, política y económica sobre ellos, pero a la vez y paradójicamente, como grupo étnico contó con algunos privilegios únicos en el conjunto de las leyes españolas. De ellas aprendieron a valerse para defender las pocas prerrogativas que les quedaban.

Pero los escasos privilegios que le otorgaban las leyes españolas poco a poco se fueron acortando ante la codicia de los nuevos hacendados y sus intereses geófagos. Las tierras que les fueron concedidas pronto entraron en litigio y ante la inoperancia y complicidad de las autoridades coloniales



Fig. 55

Fig. 54 Familia Mosqueda, Patana Arriba, Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

Fig. 55 Vivienda campesina de Patana Arriba, Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

el despojo de las mismas se produjo cada vez con mayor fuerza.

Nuestro arqueólogo e historiador Felipe Pichardo Moya ha documentado muy bien el proceso de degradación y pérdida de los pueblos indios a lo

largo del siglo XVIII y XIX, incluso un abuelo suyo participó como abogado en los litigios relativos a la posesión de tierras en el pueblo de El Caney. (Pichardo Moya 1945)

En los fondos del Archivo Nacional de Cuba existen varios documentos que demuestran el proceso destructivo de los pueblos indios, como la carta del 22 de febrero de 1778 en que el Cabildo y Regimiento del pueblo de Jiguaní se queja de las vejaciones a sus vecinos y la usurpación de tierras por los de Bayazo.³ A los indígenas solo les quedó trasladarse una vez más hacia los lugares más apartados, o sumirse en el mestizaje que terminó por hacer casi inteligible su huella cultural.

El tiro de gracia a los derechos aborígenes se lo da la Real Orden del 24 de abril de 1820 que planteaba la abolición de las mitas y repartimientos de indios, e igualaba a todos los súbditos de la Corona en los territorios de Ultramar. Meses más tarde, el 11 de enero de 1821, las cortes eliminan la figura legal de Protector de Indios porque: “siendo por la Constitución españoles todos los hombres libres nacidos y avecindados en territorio español, sin distinción alguna, no solo han salido los indios del estado de minoridad á que antes estaban sujetos, sino que deben ser igualados en todo lo demás á los españoles de ambos hemisferios, y por lo mismo no debe subsistir el citado empleo de Protector de Indios”.⁴ Se despejaba de esta manera el camino a los intereses de los sectores detentadores del poder y reales dueños de la economía colonial.

No obstante, según los documentos existentes, durante varios años más, e infructuosamente, se continuaron las peleas por la vía legal entre los descendientes de indígenas y las autoridades coloniales. En junio de 1846, todavía se emite una Real Orden aclarando que la protectoría de indios de Tiguabos “o cualesquiera otras que ecsistan ó hayan ecsistido en la Isla de Cuba” se consideraba extinguida en virtud de una Real Orden anterior, fechada del 20 de abril de 1844.⁵

La incorporación de los pueblos de indios a la dinámica social colonial bajo la supuesta “igualdad” de condiciones no pasó de ser letra muerta. Nuevamente el éxodo hacia lugares cada vez más intrincados se convirtió en opción, y perdido su carácter de confinamiento, los elementos europeos y africanos penetran vía mestizaje en el seno de

ellos y transforman lo poco que iba quedando de la cultura aborígen. Es por eso que a partir de la segunda mitad del siglo XIX se hace cada vez más difícil encontrar rastro indígena.

Para 1890 cuando Don Carlos de la Torre y Huerta realiza una visita de interés antropológico al poblado indio de El Caney, queda consernado pues:

[...] pensábamos encontrar un pueblo de indios, ó descendientes de ellos, y hallamos una población á la moderna que desde hace unos 50 años viene sirviendo de punto de temporada á Cuba, y entre los descendientes de la raza Siboneya⁶ apenas conserva algunos rasgos el viejo José Almenares y la familia Montoya, emparentada con la anterior, y de cuyos antepasados existen partidas de bautismo en el libro más antiguo de la Parroquia de aquel pueblo que se remonta al año de 1690. (De La Torre 1890: 327)

Como observa el sabio cubano, ya para esa fecha el poblado había quedado abierto a la población en general y servía como lugar de recreo a los habitantes de la cercana Santiago de Cuba. En cambio, De la Torre encuentra rastros de descendientes de aborígenes en lugares mucho más apartados:

[...] pero en donde pudimos observar en más abundancia los caracteres de la raza india fue en los partidos de Yara y Majayara en la jurisdicción de Baracoa; allí viven diseminados en familias, sin formar pueblo y en un estado verdaderamente primitivo, como pudimos observar en unos ranchos próximos á la casa de uno de los guardias que nos acompañaba, de apellido Gainza, que llevaba argollas de oro en las orejas y nos dijo ser él también descendiente de Indio. El color de estos individuos es tostado, el cabello muy lacio y negro, barba muy poco poblada, de baja estatura [...]. (Id.)

El único objeto de la cultura material que se encuentra relacionado con la cultura material indígena en El Caney, es el guayo, “que hacen hoy allí perfectamente idénticos á los que usaban los indios para rayar la yuca con que hacían casabe [...]. Consisten dichos guayos en una tabla rectangular muy gruesa, terminada por dos mangos ó agarraderas y en una de sus caras están clavadas infinidad de piedrecitas durísimas y puntiagudas.” (*Ibid.*: 328)

Resulta un interesante tema de investigación para el futuro el determinar si las poblaciones que sobrevivieron en estado de asilamiento geográfi-

³ Archivo Nacional de Cuba, Fondo Reales Cédulas y Órdenes, Legajo 14, no.970.

⁴ *Id.*, Legajo 62, no. 21.

⁵ *Ibid.*, Legajo 156, no. 556.

⁶ De la Torre, como vimos en el capítulo anterior, consideraba que los pobladores de la “raza ciboney” eran la cultura

co se formaron a partir del desgajamiento de los tradicionales pueblos de indios como Jiguaní, El Caney o Tiguabos, o si fueron núcleos ancestral-

mente separados del proceso de la conquista. Lo más probable es que el proceso se haya dado de las dos formas, e incluso en su combinación.

LOS ABORÍGENES Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA

Un episodio poco conocido de los descendientes de indígenas en nuestro país es su relación con los movimientos independentistas del siglo XIX. Habría de esperarse que un grupo social preterido y discriminado como el aborígen se opusiera abiertamente al gobierno colonial y se incorporara a la causa de los patriotas. Sin embargo, la actitud de los descendientes de indígenas cubanos tenía ritmo y espacio propio.

Algunos de esos descendientes sí participaron en la corriente de los ideales independentistas. En 1864, el artista norteamericano Walter Goodman visita la isla y después de un percance con las autoridades coloniales españolas pasa una noche en la prisión del Morro de Santiago de Cuba, donde conoce a un indio que le asombra por sus planteamientos independentistas:

Comparte conmigo la celda un indio cubano cuya condición se manifiesta por el pelo lacio y negro, la nariz afinada y el cutis color agitanado. Por supuesto, no lleva sombrero de pluma, cuentas de colores o cuero, ni está tatuado. Aparte de la cara y las manos sucias, tiene la apariencia de hombre civilizado. Lo arrestaron por sospechas. Desde hace muchos meses vienen aplazándole el juicio y no sabe de qué se le acusa ni por qué habrán de juzgarle. No cuenta con amigos que se interesen por él ni doblones para convencer a las autoridades de que es inocente. El pobre diablo siente miedo de que las cosas le vayan muy mal. Se expresa con elocuencia de tribuno sobre los temas de la esclavitud y del mal gobierno de España, acalorándose en su disertación. Me advierte con mucho ahinco que aunque hable el español y sufre el gobierno de España, no es más español que un inglés o un norteamericano. Declara que entre esas dos nacionalidades existe algo de común, pero que entre un cubano y un español se abre un abismo. (Goodman 1965:79)

Por el contrario, en el polo opuesto de la situación revolucionaria creada a partir de 1868 se encontraban la mayoría de los descendientes de aborígenes en la intrincada zona de Yateras. En este caso, los pobladores de las familias Rojas y Ramírez sirvieron como exploradores y rastreadores a las fuerzas militares colonialistas en contra de los patriotas cubanos. Las causas para tal unión

de intereses todavía son poco estudiadas pero seguramente pasaban por la promesa de respeto a las pocas propiedades que habían podido mantener en sus manos a cambio de prestar favores al poder colonial.

Esta situación se mantuvo hasta 1895, cuando se inicia la última Guerra Independentista organizada por José Martí. Los famosos "Indios de Garrido", pobladores de Caridad de Los Indios reclutados por el teniente Pedro Garrido Romero vuelven a servir en las filas españolas, y a ejercer una presión considerable sobre las fuerzas patrióticas. A mediados de abril, el General Flor Crombet es muerto por uno de los indios de Garrido, y los hermanos José y Antonio Maceo caen en su emboscada y apenas logran salir con vida.

Nuestro Apóstol en su *Diario de Campo* deja constancia de la persecución que ejerció tras de sí la fuerza indohispana y anota el día 22 de abril: "A Luis, que vino al anochecer, le llegó carta de su mujer: que los exploradores, -y su propio hermano es uno de ellos-, van citados por Garrido, el teniente ladrón, a juntársele a La Caridad, y ojear a todo Caujerí; que en Vega grande y los Quemados y en muchos otros pasos nos tienen puestas emboscadas." (Martí 1985: 19) Días más adelante la presión aumenta: "Se siente el peligro. Desde Palenque nos van siguiendo de cerca las huellas. Por aquí pueden caer los indios de Garrido." (*Id.*: 25)

Martí comprendía, casi antes de su trágico final en Dos Ríos que era una necesidad para la extensión de la guerra independentista al oriente de Guantánamo, el tratar de reclutar a los pobladores indios de Yateras y alejarlos del mando español. Sus dotes de exploradores natos y guerrilleros los convertían en una fuerza letal para la Revolución en aquella zona. La misión fue encargada a los hermanos Maceo. La forma en que se realizó el reclutamiento ha sido desconocida por mucho tiempo, pero el investigador José Barreiro en una curiosa indagación nos muestra cuán cercana en los finales del siglo XIX se encontraba aun la cultura aborígen en las concepciones de estos pobladores. (Barreiro 2004)

La labor de unir a los indios de Yateras se le encargó a los insignes jefes patriotas Pedro Agustín

Pérez, Silverio Guerra Tellez y a una mujer, Cristina Pérez Pérez. Además de ser una patriota activa, Cristina era una comadrona y espiritista casada con uno de los caciques menores de Yateras de nombre Ramón Ramírez Suárez quien también era simpatizante de la causa cubana. Garantizada por esta vía la entrada en la zona de Yateras, Cristina comenzó una labor de captación entre los jefes de familias de la zona. Su prestigio como comadrona y sus dotes en las ceremonias espiritistas, en las que entraba en trance y comunicaba con los antiguos cemíes indígenas, le allanaron el camino entre estos pobladores. Es a finales de abril y principios de mayo cuando logra convencer a tres de jefes de familia para incorporarse a las fuerzas independentistas, no obstante, los otros se mantenían contrarios a la decisión y llegaron a amenazar de muerte a la patriota. Es en este momento que se produce un acto de singular importancia. Convocada por el cacique principal de Yateras, la patriota decide celebrar una ceremonia a la que debían sumarse todos los jefes de familia, y en la que los antiguos espíritus indios serían consultados acerca de la decisión a tomar.

La ceremonia se llevó a cabo en la noche del 13 de mayo de 1895. Durante el trance en el que habló a través de su boca el espíritu de un gran cacique, se hizo una exhortación a la unión de todos los pobladores indios de Yateras a las fuerzas de Antonio Maceo para de esa manera concluir la lucha por la redención de su país. Terminada la ceremonia, los jefes se retiraron a deliberar con su gente. Al amanecer del día siguiente, los Indios de Yateras se incorporaban en masa a las filas del Ejército Libertador bajo las órdenes del Titán de Bronce, donde prestaron servicio destacado hasta 1898 cuando la contienda bélica fue terminada por la intervención norteamericana.

La fuerza guerrillera de los descendientes indígenas de Yateras fue organizada con el nombre simbólico de Regimiento Hatuey, y sus combatientes tomaron parte destacada en el importante combate de Sao del Indio, el 13 de agosto 1895 donde perecieron 327 españoles y cerca de 14 cubanos, muchos de ellos, indios de Yateras.

La significación de esta ceremonia, y sus resultados posteriores indican el grado de importancia que todavía tenían las creencias animistas entre los descendientes de nuestros indígenas, cuando decisiones tan trascendentales tenían que ser consultadas a los seres del inframundo. Dos importantes conclusiones se desprenden de la narración de Barreiro. (*Id.*)



Fig. 56 Camino Patana Arriba,

Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

La primera es que todavía esas decisiones eran consultadas en el nivel colectivo de la comunidad; la segunda y más importante, es que ya no debían ser consideraciones de tipo material como la retención del privilegio de posesión de tierras las que movieron a estos pobladores al incorporarse a las líneas independentistas, sino otras de origen ético moral respaldadas por los designios de sus ancestros. La conciencia revolucionadora de la sociedad a través de la independencia, definitivamente les llegaba 400 años después del inicio de su exterminio como pueblo, por la vía más conservada y menos visible de su cultura: las creencias de tipo religioso.

La frustración de los ideales independentistas por la oportunista intervención norteamericana y la pérdida de los principales líderes revolucionarios dieron al traste con la Guerra de Independencia. Sus resultados fueron decepcionantes para la mayoría de los combatientes del Ejército Libertador. En esas circunstancias las poblaciones de descendientes indígenas ya no podían contar con el respaldo de un gobierno revolucionario y por tanto exacerbaban sus condiciones de aislamiento. Nuevamente la vieja fórmula del confinamiento era aplicada para garantizar la retención de la po-

sesión de sus tierras. Mecanismos como la endogamia fueron ampliamente utilizados además de una estructura tradicional basada en la autoridad casi absoluta de los mayores, una especie de “gerontocracia”, que garantizaba el mantenimiento del orden al interior de la comunidad.

De esa manera se mantuvieron durante la mayor parte del siglo XX hasta que en 1959, con el triunfo definitivo de la Revolución Cubana, y el cambio radical de las estructuras sociales se rompe el estado de autoconfinamiento. Las poblaciones

descendientes de aborígenes cubanos entraron de esa manera en otra dinámica social, que eliminó radicalmente sus condiciones de atraso económico, aislamiento y discriminación racial, pero que tampoco entendió muy bien su carácter único como grupo social⁷ más allá de sus evidentes fenotipos raciales. (Rivero de la Calle 1978)

Lo expuesto hasta aquí forma parte de lo que se conoce sobre la más estudiada de las comunidades de pobladores descendientes en Cuba, pero, ¿qué sucedió en otros asentamientos dispersos?

LA COMUNIDAD DE LA PATANA, MEMORIA EN LA LENGUA

El problema de la supervivencia de la cultura aborígen cubana va más allá de los estudios de Antropología Física, y de la escasa cultura material conservada. Hasta que no se tome conciencia de ello, no alcanzará la debida importancia dentro de nuestra cultura nacional. Como ya vimos, importantes formas de religiosidad todavía se relacionan con esa parte de nuestra nacionalidad, pero otras no menos importantes y poco visibles persisten. Mucho de la historia, las creencias, los valores y saberes de estos pueblos aún se conservan; transmitidos a través de la oralidad de generación en generación.

Cuando en 1992 comenzamos a trabajar en la comunidad de La Patana, entendimos que este era uno de esos rincones de nuestro suelo donde se había refugiado la cultura indígena. Aun cuando estaba claro que estos pobladores no son aborígenes, sino descendientes de los mismos, la raíz india acude en vivísima presencia al hurgar en los testimonios orales de los más viejos.

Este pequeño lugar de la geografía cubana está situado en la porción este del municipio de Maisí, específicamente a unos 5 km al noroeste de la Punta de Quemado, extremo oriental de la Isla, en la provincia de Guantánamo.

La primera mención que se conoce en la literatura científica sobre este lugar la hace el sabio cubano Don Carlos de la Torre y Huerta, quien en la crónica de un viaje de estudios naturalistas

realizado a la región de Baracoa y Maisí apuntó: “Satisfecho de los resultados de mi excursión [...] resolví volverme a Baracoa a pesar de los deseos vivísimos que sentía de visitar las cuevas de La Patana y Ovando, de las que me contaron prodigios los guías [...]” (De la Torre, 1890)



Fig. 57 Fotografía de Cecilio
Mosqueda tomada por
Harrington en 1919

⁷ Tampoco se pueden pedir peras al olmo. La Revolución como acontecimiento violento y estremecedor de toda la sociedad cubana tuvo ante sí, desde un inicio, retos enormes de carácter tan vital como garantizar su supervivencia a través de la unión de todos los grupos sociales que componen la nacionalidad. Esa tarea debía hacerse con cuadros que muchas veces no existían, y si a esto sumamos las concepciones comunes de la “desaparición y exterminio de la cultura india”, la singularidad de estas poblaciones caía en un segundo plano. Lo que puede ser imperdonable para los científicos sociales cubanos actuales, es que una vez tomada conciencia de este fenómeno, no dediquemos tiempo a su estudio.

Es necesario destacar como, desde aquellos tiempos, las cuevas de La Patana son elemento esencial de identidad y así lo comprobamos en la oralidad de los habitantes. En busca de las mismas vendrá también, a mediados del año de 1919, el arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington, y es él quien nos ha dejado la primera y única descripción de aquel que los pobladores señalan como fundador, Narciso Mosqueda. Dice el científico: "Primeramente visitamos al señor Mosqueda padre, [...] anciano español casado con mujer de origen indio y que vivía con sus hijos e hijas y las familias de estos, en un verdadero pequeño pueblo formado por bohíos techados de palma, cada uno ocupado por uno de los descendientes de la anciana pareja". (Harrington, 1935)

Y aquí es mostrado el elemento que más firmemente identifica al patanero: la raíz india que viene por Carmen, la esposa de Narciso. Esa será la constante en su discurso oral referente a la historia local. De esta forma se ha ido construyendo una versión fantástica acerca de la aparición de la misma en la escena familiar, o bien, se ha dado otra versión más realista: que provienen del poblado de Yara, cercano a Baracoa, donde también ha sido señalada la presencia de descendientes de aborígenes.

Toda la Historia en La Patana es construida alrededor del tema aborigen y cuando faltan referencias vivas, se echa mano a la gran cantidad de sitios arqueológicos existentes en los alrededores para lograr dar la debida consistencia a esa historia que en definitiva, es la historia de la familia Mosqueda, fruto del mestizaje indio y español.

Otro de los pilares de la identidad es la naturaleza apartada y el proverbial aislamiento del poblado. Y Harrington no deja de notarlo cuando dice: "Los Mosqueda no poseían caballos o mulas, pues la mayor parte de lo que producían era para el consumo propio y solo vendían miel y cera, que llevaban al mercado a mano, y por esta razón jamás habían sentido la necesidad de abrir un camino." (Id.)

Un último y decisivo rasgo de la identidad patanera es el peculiar sentido del tiempo, fruto a su vez, del aislamiento geográfico del lugar. Se vive en un lugar donde la referencia temporal es ofrecida por los sentidos, por el movimiento del Sol y la Luna, y a largo plazo, por la tradición oral. Así, los marcos temporales se dilatan o se contraen en un juego de maravillosa flexibilidad. Frases frecuentes como: "de eso no hace mucho" o "eso fue hace 15

o 20 años", son usadas como mecanismo de afirmación de la historia relatada y de facilitación al forastero incrédulo. Y no puede ser de otra manera en un lugar donde, después de 14 años de trabajo, aun no hemos visto un reloj.

Los testimonios que presentamos a continuación constituyen la visión popular de la historia cubana, en especial referida a este lugar *sui generis* del país, heredero de una rica, genial y maravillosa tradición oral.

Hemos tratado por todos los medios de mantener una grafía fiel al peculiar coloquio de los pataneros, en aras de lograr la mejor comprensión de esta lengua que se desencadena volando libre de ataduras, sorteando los escollos del tiempo, para crear con la maravilla de la palabra, una historia personal, familiar y colectiva, pero de íntima significación local. Es la historia que resume las vivencias de generaciones enteras y da, por encima de cualquier manual, sentido a los avatares del hombre en estos parajes. Es la historia del alma, la cara de la identidad, la voz del pueblo.

Por ser estos testimonios orales patrimonio común de toda la familia Mosqueda, hemos preferido exponerlos con cierto carácter impersonal para lograr la continuidad del relato.

Bueno, la familia de nosotros completa era india. Sembraban maíz, boniato, calabaza, y la yuca, esencialmente pa' hacer casabe y guardarlo por temporadas. El mismo papá mío era indio ; le gustaba mucho comer asado, si se iba a comer un boniato lo asaba. Yo aprendí a comer yuca asada con él. Cojo la yuca y la entierro en la candela y eso es lo más maravilloso del mundo. Entonces mi papá era indio totalmente y aprendió de sus padres, como era indio de raíz, le nacía hacer casabe pa' él comer, ¿sabe como é?, y él nos enseñó a nosotros con un burén a hacer los montonzones de tortas de casabe que guardábamos en un saco blanquito y limpio.

Carmen, mi bisabuela, también era como mi papá. Todo lo que se iba a comer de vianda, lo asaba. Y usted la veía con el pelo así negrito, trigueña oscura y el pelo que le daba a la cintura y bajita. Ella llegaba a su casa y lo veía a usted un poco mal y entonces empezaba a hacerle remedio, y esto y lo otro, y al poco rato estaba usted parao...

Cuentan que cuando los españoles llegaron a Cuba, venían todos hambreados y faltos de mujeres de tanto tiempo que llevaban en el mar, porque de España aquí hay que andar cantidad. Como su primer deseo era quitarse el hambre y en Baracoa los indios no los dejaron desembarcar porque no los querían y les cayeron a piedras y flechazos, tuvieron que seguir su cami-

no bordeando la costa en busca de otro pueblo. En los barcos traían algunos indios prisioneros de guías y por eso estaban un poco confiados en su camino. Ya casi sin fuerzas, vieron en la Punta una hileritas de humo que eran los fuegos de los vivaqueos de los indios allí en sus pueblos. Cuando los indios de los barcos vieron aquello, pegaron a saltar y a gritar diciendo: “¡Ahí sí!, ¡ahí sí!”, y los españoles creyeron que los indios decían: “¡Maisí!, ¡Maisí!” y desde ese tiempo todos lo dicen así, Maisí, siguiendo a los españoles que no entendieron a los indios...

Aquí, en ese paredón hay una cueva muy importante, que es por donde vive Luis Delvín y que mira de frente al mar. Un día mi abuelo Sixto y el difunto Benito andaban por ese lugar en unas operaciones y llegan a la cueva. Mi abuelo vió unas hojas de yaya en el piso y dijo: “Benito, hágame el favor que me parece que aquí hay un muerto”. “Bueno vamos a ver”, le dice él. Y llegaron y le hicieron así con la mano... “¡Si esto es una india con su hijita!” Dicen que no tenían más de 15 días de muertas. Parece que los indios habían llegado al borde del farallón, habían escarbado y le habían puesto hojas de yaya. Ella se acurrucó primero con los pies pa’ la costa y la cabeza pa’ la tierra, y entonces se puso la niña entre los brazos, sacó las manos y ella misma se tiró las hojas de yaya. Eso no fue hace mucho tiempo, dicen que aun conservaba los mechones de pelo negrito...

Otro lugar importante es la costa. Allí se encuentran las ollas de barro y muchas otras cosas de los indios. Todo eso lo hay allí, y especialmente usted ve las piedras donde ellos se sentaban y trabajaban, y donde usted encuentra un hoyito que está tapado con una piedra, puede buscar, que eso tiene algo abajo. ¡Eso es un cueverío ahí! Ese es el Pesquero de La Yuraguana. Dicen los viejos, que allí existe un muñeco de oro, hecho por los indios, que está en una cueva de esas mirando al mar y que recibe los primeros rayos del sol cuando amanece. Es del tamaño de un niño chiquito y muchos han gastado el tiempo en buscarlo, pero es que los indios supieron esconderlo muy bien...

En ese mismo Pesquero de La Yuraguana, nosotros nos encontrábamos un día en un desmonte pues teníamos un plan que cumplir que nos fijaba la Forestal. El monte es bravo en esa parte y como teníamos mucho trabajo, la brigada se quedaba metida en el monte, y hacíamos vivaqueos con hamacas y comida que llevábamos traída de casa. Una noche, después de haber estado todo el día rompiendo una trocha, me acuesto en la hamaca, que yo la había puesto un poco lejos de las demás y me quedé como atontao en un momentico, cuando de pronto, de dentro del monte sale un ruidito como de un



Fig. 58

Fig. 58 Cemí de la Caverna de La Patana fotografiado por Harrington en 1919

Fig. 59 Resto de la estalagmita aserrada donde se encontraba el Cemí

Foto Tamara Gispert

animal, pero pa’ que vea como son las cosas, no moví ni un dedo, ni avisé a nadie, porque aquello era como un sueño. Miré pa’ ver de donde salía el ruidito y del monte salió una india encuera en pelotas, ¡pero una india!, con un pelo negro por las caderas y linda como ninguna hembra por aquí. Aquella india se acercó a la hamaca y yo no atinaba qué decirle; cuando estaba cerquita me dijo: “Mañana cuando te levantes, coge derecho por la trocha. Al final hay un guayacán muy grande, allí te voy a dejar una cosa”. Cuando yo oí hablar a la india, caí en cuenta de que era una aparición y le hago la seña de la cruz, diciéndole: “¡Aléjate Satanás, déjame tranquilo!”, y la india se echó a correr pa’ dentro del monte tirando unas rizotadas como alma que lleva el Diablo. Yo no supe después qué fue lo que pasó; por la mañana empecé a sentir como si una voz me llamara pa’ dentro del monte, era una cosa increíble por la fuerza que me estaba jalando. Le digo a la gente que iba a hacer una necesidad y me metí en la trocha, cuando llegué al final me dije: “¡Pero qué bobera es esta de aparecidos ni nada que no exista!”

pero en ese momento sentí un frío en el espinazo, me dí vuelta y con estos ojos ví un papá guayacán. Me pongo a buscar y cuando miré pa' una ramita, ¡allí estaban unas caritas y una olla de barro de los indios! Esas cosas yo las regalé en Baracoa. La india me las había dado. Después de eso yo he estado otras veces en La Yuraguana, cuando vamos a pescar a la costa y he visto restos de cacharros y caritas en el suelo; pues allí es donde los indios tenían sus vivaqueos mayores...

La cuevas de La Patana han sido muy estudiadas por los científicos de La Habana y hasta de los Estados Unidos, como el Harrington ese. Yo no le conocí porque todavía no había nacido pero mi tío Chabarre, que así le decían a Cecilio, y que sí era jovencito, ese sí lo conoció. Él le cargó el fusil y lo valió en lo que pudo, por eso me dicen que allá en La Habana, hay unos cuantos libros en los que está Cecilio retratao. También trabajó con Harrington, mi otro tío Fermín, que era arriero. Harrington vino también detrás de las cosas de los indios, ¡ese se llevó la riqueza de los indios! Eso fue lo que hizo. En la Cueva Caliente, que también le dicen de los Bichos o de La Patana, hay unos cabezos de piedra ahí, cortados con un trozador. Esos eran los muñecos que los indios pintaban en la misma piedra, y los americanos vinieron y los cortaron, y en mulo se los llevaron pa' su país. Pero esa historia pasó así: ese americano llegó a la Tinta de Jauco, donde hizo escalada. Cecilio se enteró por voces y le hizo la visita pa' hacerle una conquista y que visitara su casa. Cecilio lo cautivó y lo llevó a la Cueva de La Patana, y en la



Fig. 59

cueva cuando vió la riqueza de los indios, el americano regresó a Estados Unidos y volvió con sus preparaciones. Llegó nuevamente a casa de Cecilio y se trasladó a donde vive ahora Marcelino, y puso su casa de campaña. Allí trajo un trozador especializado pa' cortar. Fueron allá, cortaron los muñecos tallados en dos pedazos y los montaron encima del mulo de Fermín y él los sacó de La Patana. Pero cuando el mulo llegó a Sabana, se murió, hasta ahí aguantó. La carga era mucha y mucho el camino. Harrington tuvo entonces que pagarle el mulo muerto a Fermín. Pero el americano ese se metía cueva por cueva, y lo que se llevó de los indios fue mucho...

Otra vez, pero más reciente, descubrieron una cueva con la boca tapiada con piedras, y dentro habían los restos de esqueletos quemados de los indios, pues ellos se encerraban allí pa' escapar de los españoles y se pegaban candela ellos mismos. Por eso es que se hallan así, los huesos chamuscaos y en tanta cantidad en estos farallones...

Aquí no hace mucho vino a casa un indio, indio, indio. Ellos tienen más separación entre los dientes y una cabeza más distinta a la de nosotros. Tienen la frente muy pendiente, lanzá y ñata pa' atrás. Y de eso puede hacer unos 18 o 20 años. El pelo negrito, lacio que hacían así y se los partían en dos; entonces se ponían caracoles así en la trenza y esas cosas, pero maravilla, cosa hermosa. Ese que vino a casa tenía la oreja abierta, tenía arete. Y las mujeres, usté veía que eran bajitas pero estaban duras, que se veía que papeaban bien...

En los últimos años que entraron los españoles aquí, en ese entonces no había trillo ni nada, ellos vivían silvestres ahí. Cuando llegaron los españoles que los iban a matar, se subían en el Cañón del Yumurí, en ese picote de ahí, y se tiraban pa' abajo, pa' el río y se mataban. Por eso el río se llama Yumurí, que es casi, "yo morí", porque como se tiraban de tan alto todos morían. Y tenían que tirarse porque el español los cazaba a tiro nada más.

En todo momento la tristeza la dejaron aquí los españoles. Los indios trabajaban y ellos con el látigo, ¿sabe como é?, eso fue un crimen, acabaron con los indios, sino aquí, en Guantánamo mismo, hay un lugar que se llama Caridad de los Indios, todavía no hace 10 o 15 años, ese territorio era indio. Allí no podía ir ningún blanco enamora, porque le daban candela. Allí las mujeres que habían eran pa' ellos. De aquí fue un hermano de Yiti que se llama Ubenildo, y se enamoró en Caridad de los Indios, y ¿quiere saber?, se llevó a una india, ¡pero una india! y lo agarraron los indios y ¡le dieron una pulía!, que lo pusieron a millón. Allí no había quien se metiera... nada más que ellos. Y de eso, hace poco.



Fig. 60 Virginia Mosqueda,
Patana Arriba, Maisí,
Guantánamo
Foto Tamara Gispert

Hasta que un día Narciso mandó a que se pusieran unos guineos maduros en un claro y se comieran unos cuantos; después se retiraron y dejaron un racimo allí. Se pusieron en guardia, ocultos dentro del monte. Al rato sintieron que había alguien en los guineos y rompieron a correr y lo que atraparon fue, ¡una india! Eso era lo que los vigilaba, eran los indios que todavía quedaban por aquí. Y bueno a esa india la enseñaron a hablar y Narciso la hizo su esposa y le pusieron Carmen. Claro, hay gente que no cree en esta versión y dicen que Narciso ya traía a Carmen desde Yara donde se habían casado. Pero yo pienso que sea cual fuere la historia, la familia Mosqueda surgió así en La Patana, de un español con una india...

Ellos le pusieron el nombre al lugar porque aquí abundaban las matas de patana, que son grandes y con unas espigas amarillosas, de ahí el nombre de La

Bueno que por favor, acabaron con los indios, se acabó todo. Si quedan ya están mezclados, pero indios, indios, ya no quedan. Esas son generaciones que se siguieron; y como quiera se tienen que ir acabando, tarde o temprano se van menoscabando, y llegó el momento en que ellos desaparecieron, igual que cuando nos llegue el tiempo de nosotros desaparecer. Con la continuación de los años fueron muriendo los que quedaron... pero mi papá era más indio que otra cosa...

Después de los indios, Narciso Mosqueda fue el primer cacique de La Patana. Era español con los ojos azules, de pelo castaño. Cuentan sus rivales que Narciso vino aquí porque venía huyendo del barrio de Yara, en la desembocadura del río Miel, donde había cometido algunas fechorías. Otros dicen que él, lo que no quería participar en la Guerra del 68 y se convirtió en desertor del Ejército Español. El caso es que vino con un hermano de por la Jalda del Macho, en Vertientes. Se internó en La Patana por primera vez, empezando a abrir campos y trasladando desde Vertientes algunos frutos menores. Así caminando por la zona, sentían que algo los vigilaba desde el monte, pero aquello se huía nada más que ellos intentaban averiguar qué era.

Patana. Aquí quedó encerrada la familia, entre estos montes, y no salían a nada pa' que a los jóvenes no los fueran a coger pa' prestar servicio al gobierno español. Yo creo que en eso influyó Carmen, mi bisabuela, pues como los españoles habían hecho tanto daño a los indios, ella no quería verlos ni en pintura; aunque Narciso también era, al parecer, un hombre justo, honrado pero recio. Y esa educación dió sus frutos porque aquí, en la familia también tuvimos mambises...

Cuando la Guerra del 95, los españoles radicados en Sabana y Pueblo Viejo, trataban de abrirse paso hacia Gran Tierra, pero la guerra entre España y Cuba se había puesto "al rojo", y ellos haciendo cuerpos de voluntarios, arrastraron a nativos y mestizos hacia los rincones más recónditos y difíciles de andar.

Ya los españoles estaban haciendo un puente, que allí están los cimientos, en la parte más estrecha del río Maya, en la tercera terraza, pa' trasladarse con animales y medios; pero ya en la margen Sur, hacia la Mesa de La Papaya, habían insurrectos. Los hijos de Narciso miembros del Ejército Libertador eran Víctor y Aquilino. A Víctor lo mataron en un combate cuando se trasladaba a llevar un mensaje, en la vuelta de Pueblo

Viejo, y Aquilino sí sobrevivió y murió de viejo como veterano de la Guerra.

Aquí cuentan los viejos que otro hijo de Narciso, Cecilio, como a los 16 años fue a Vertientes a un mandado de su padre y la tropa española lo hizo prisionero. Lo llevaron al cuartel que tenían en Sabana y lo mandaron a sentar en el patio de atrás que no estaba tan vigilado. Apenas se sentó, salió escurridizo y la emprendió a correr y no paró hasta La Patana de donde no salió más hasta que la guerra se acabó...

Cuando el viejo Narciso se murió, el cacicazgo lo heredó su hijo Sixto, aunque las tierras se las repartieron entre él, Fermín y Cecilio; y fíjese que ellos eran más hermanos, pero Narciso solo les dió las tierras a esos tres. ¡Ese viejo era del diablo! Sixto fue el que cambió todo esto después que Harrington se fue. Como el americano ya había abierto un camino, vaya, una trocha hacia Gran Tierra, Sixto aprovechó y lo hizo más grande, y con Fermín el arriero, introdujeron en estas tierras, primero el guineo que aquí se daba bien y después cuando ese comercio decayó, sembraron café que es lo que se dá ahora. Pero aún así, La Patana siempre fue un monte aislado, lleno de cosas raras de este mundo y del más allá, como los aparecidos y las luces que salían de noche representando a las almas en pena...

Pero lo más grande aquí en todos los tiempos, fue la llamada Vosió de Ovando. Oiga, eso hacía correr 18, 20 hombres, lo que fuera. ¡Allí no había valoroso que se resistiera! Eso usted salía, de aquí pa' la costa, o bien pa' la Cueva de los Bichos y cuando estaba en la base del farallón pa' buscar agua en la cueva, le hacían así una tremenda bulla: "¡Hey!, ¿quién é?, ¡justé no tiene agua aquí!, ¡pa' fuera!, ¡pa' fuera!", y tenía que salir pa' fuera si no era hombre de verdad, ¿sabe como é?...

Otras veces cuando los hombres iban a matar palomas, en la Mesa del Mar, que tiene unos charrascales de mucha semilla que las palomas torcazas vienen a comer. Entonces usted llegaba y sentía una voz que le decía: "¡Oye!, ¡fíjate!, en el hilacho donde estás tú se va a posar una paloma", ¡y ahí está la paloma! ¡Eso no tenía piedad en la Historia! Entonces la Vosió le decía: "¡Y fíjate lo que va pa' allá!". Y en el paredón se sentía un viento fuerte de torbellino, y vuelta, y vuelta y vuelta; oiga había que tenerlo bien puesto pa' resistir aquello. Y cuando no, le decía: "¡Pa' donde estás tú voy yo!", y ahí viene aquel temporal de viento, y había que darle duro a los pies porque te traía hasta La Patana, echándole una clase de gritos, ahí junto contigo...

Una vez Eloy Mosqueda, mi papá, venía de envuelta de Ovando y cuando eso, allí en un picote arriba del farallón, siente una voz de mujer que decía: "¡Ay, ay, ay!". Los que venían con él, que eran Periche y el di-

funto Benito, le dicen: "Eloy, esa es la Vosió". Entonces mi papá dijo: "Así que la Vosió, ¡ven que te voy a coger...!". Vaya, que le dijo que la iba a forzar, ¿sabe como é? Se lo dijo y como por dos o tres veces. Y oiga, ¡que mal le cayó a la Vosió eso!

Eloy cayó con una gravedad, ¡pero con una gravedad!, y no había médico que le encontrara remedio, y él grave, muriéndose, virando los ojos y boqueando. Y todo el mundo aclamando por los espiritistas, y al final vino uno, Pedro Macequío, de Casimba. Entonces viene y le dice a mi papá: "¡Hay compadre cará!, dígame una cosa, ¿qué fue lo que le pasó allá, cuando usted venía de Ovando?". Y mi papá no le dijo nada. "Sí, sí, dígame, no tenga pena decirme". Eloy no tuvo más remedio que contarle y Macequío le dijo: "¡Ah, usted ve!, eso es pa' que usted no le conteste así a una mujer; yo le voy a quitar eso pero, ¡vaya a ver otro día que hace usted, que no lo ha matado porque es verdad que no lo necesita todavía!". Le hizo unas oraciones y felizmente lo curó... Pero esa Vosió era algo terrible, tenía a la gente correteando el día completo, asustándolos. De eso hace ya unos 25 o 30 años. Después de la Revolución, todavía asustaba, pero cuando llegó el maestro, se fue alejando y alejando hasta que no volvió ha aparecésele a nadie más. Ahora usted puede dormir por ahí, que no oye nada. Puede oír algo, pero seguro que es un jíbaro...

Fig. 61 Niña de Patana Arriba,

Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert





Terrazas de La Patana,
Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

EPÍLOGO

Los rápidos y radicales procesos de transformación sociocultural llevados a cabo por el proceso social cubano en las zonas rurales en estos últimos 50 años, han cambiado totalmente la fisonomía y vida campesinas; y esto sin duda ha influido en los mecanismos de identidad cultural y de tradición oral como sostén de la misma. La alfabetización, el cese del aislamiento secular, el acceso a bienes y servicios nuevos, el acercamiento a manifestaciones culturales hasta el momento desconocidas, entre otras, marcan este nuevo período. Nuevos valores son incorporados a la identidad, y otros ya viejos son desechados. Las comunidades antes aisladas salen al “mundo exterior” donde captan “otras realidades”; la lengua cede paso al texto omnipresente y algunas tradiciones se pierden o se transforman.

En este marco nacional cobran especial interés las investigaciones sobre la supervivencia de la cultura indígena en este tipo de poblaciones, pues las mismas son las receptoras más “puras” de ese legado y se encuentran amenazadas de desaparecer o ser transformadas por el implacable brazo de la modernidad. Hablando en términos culturales, ellas son genuinas representantes de un período que ha pasado como huérfano en nuestras historias generales.

La tarea que tienen por delante historiadores, arqueólogos y antropólogos es ardua. Desde la historia es necesario indagar aun más en la documentación del proceso de conformación de las reservaciones indígenas y su pérdida ante los mecanismos de poder colonial. Otro aspecto es dilucidar el proceso de formación de núcleos marginales de pobladores descendientes de indígenas y su inserción en las economías regionales.

A los arqueólogos les corresponde, antes que nada, la adopción de un concepto explícito de cultura arqueológica que les permita trabajar, describir y explicar de manera coherente la diversidad social que presentó nuestro país en tiempos precolombinos. La refinación de los métodos y procedimientos de investigación en campo y gabinete es impostergable. La disciplina tiene mucho que aportar a los estudios de los procesos de transculturación de los indígenas con el resto de los grupos sociales componentes de la actual nación cubana.

La oralidad parece ser uno de los últimos reductos de la cultura aborígen en Cuba. Por su carácter efímero y frágil debe ser investigada, registrada y difundida para su preservación, tal vez este sea el mayor reto para los antropólogos en relación con el tema que he tratado en la obra. Como planteó Joel James:

En términos culturales, nada se pierde. Lo a veces considerado perdido no son más que expresiones en espera de ser registradas, de aspectos del mundo que aguardan ser vueltos a sentir, porque todo lo que pueda constituir material de la cultura ha tenido que ser previamente objeto de ocupación humana. Toda huella que haya dejado el hombre en la tierra, está en la tierra, lo que quizás aún nuestros ojos no se hayan detenido en ella. ¿Puede haberse extinguido la población autóctona a lazo, sangre y candela, sin dejar un rastro –un sollozo, un alarido, una maldición al cielo– en nuestra memoria como pueblo? (James 1988)

BIBLIOGRAFÍA

- ALAYO, PASTOR Y LUIS R. HERNÁNDEZ
1987 *Atlas de las Mariposas Diurnas de Cuba. (Lepidoptera: Rhopalocera)*, Ed. Científico Técnica, La Habana, 148 págs.
- ALEGRÍA, E. RICARDO
1983 *Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies*, Yale University Publications in Anthropology no.79, New Haven, 185 págs.
- ARROM, JOSÉ JUAN
1983 "La Lengua de los Taínos: Aportes Lingüísticos al Conocimiento de su Cosmovisión", en *La Cultura Taína*, Biblioteca del V Centenario, Madrid, 185 págs.
- BARREIRO, JOSÉ
2004 "Beyond the Myth of Extinction: The Hatuey Regiment", en KACIKE: The Journal of Caribbean Amerindian History and Anthropology (on-line), <http://www.kacike.org/Barreiro.html>, 22 de abril de 2006
- BATE PETERSEN, LUIS FELIPE
1978 *Sociedad, Formación Económico Social y Cultura*, Ediciones de Cultura Popular, México, 209 págs.
1998 *El proceso de Investigación en Arqueología*, Ed. Crítica, Barcelona, España, 278 págs.
- BERNAL VALDÉS, SERGIO
1991 *Las Lenguas Indígenas de América y el Español de Cuba*, Ed. Academia, t. 1, La Habana, 353 págs.
- BROMLEY, YURI
1986 *Etnografía Teórica*, Ed. Nauka, Moscú, 287 págs.
- CAPOTE LLANO, SALVADOR
1983 *Mi Tesoro es Cuba. Joyas de la Ciencia y la Naturaleza*, Ed. Científico Técnica, La Habana, 157 págs.
- CHANLATTE BAIK, LUIS E IVONNE NARGANES STORDE
1986 *Proceso de Desarrollo de los Primeros Pobladores de Puerto Rico y Las Antillas*, San Juan, Puerto Rico
- CEDISAC
1995 *CD-ROM Taíno*, Centro de Antropología, La Habana.
- CELAYA, MIRIAM Y PEDRO P. GODO
2000 "Llora-lluvia: Expresiones Mítico-Artísticas en la Alfarrería Aborígen", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.4, pp.70-84
- CITMA
2001 "Situación Ambiental Cubana, 2001", Agencia de Medio Ambiente, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medioambiente, La Habana, 56 págs.
- CÓRDOVA ARMENTEROS, PABLO
1995 "Pesca Indocubana De Guaicanes, Guacanes, Bubacanes y de Corrales se trata", Ed. Academia, La Habana, 12 págs.
- COSCULLUELA Y BARREDA, JOSÉ ANTONIO
1965 *Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata, Memorias de un Ingeniero*, Comisión Nacional de la UNESCO, La Habana, 331 págs.
- CURET SALIM, ANTONIO
1992 "House Structure and Cultural Change in the Caribbean: Three Case Studies from Puerto Rico", en *Latin American Antiquity*, vol. 3, no.2, pp.160-174
1996 "Ideology, Chiefly Power, and Material Culture: an Example from the Greater Antilles", en *Latin American Antiquity*, vol.7, no.2, pp.114-131
- 2002 "Catálogo del Centro Ceremonial Indígena de Tibes", Fundación Puertorriqueña de las Humanidades y National Endowment for the Humanities, Ponce, 47 págs.
- 2003 "Issues on the Diversity and Emergence of Middle-Range Societies of the Ancient Caribbean: A Critique", en *Journal of Archaeological Research*, vol. 11, no. 1, pp. 1- 42
- 2005 "Caribbean Paleodemography. Population, Cultura History, and Sociopolitical Processes in Ancient Puerto Rico", The University of Alabama Press, 271 págs.
- 2006 "Las Crónicas en la Arqueología de Puerto Rico y del Caribe", en *Caribbean Studies*, vol. 34, no. 1, pp. 163-199
- DACAL MOURE, RAMÓN
1972 "Notas sobre las Figurinas Araucas de la Prehistoria Cubana", en *Revista de la Universidad de la Habana*, La Habana, no. 196-197, pp. 85-116
1980 "De los Ciboneyes del Padre Las Casas a los Ciboneyes de 1966", *Revista de la Universidad de la Habana*, La Habana, no. 211, pp. 6-41
2006 *Historiografía Arqueológica de Cuba*, Ed. Asesor Pedagógico S.A., México, 119 págs.
- DACAL MOURE, RAMÓN Y MANUEL RIVERO DE LA CALLE
1986 *Arqueología Aborígen de Cuba*, Ed. Gente Nueva, La Habana, 174 págs.
1996 *Art and Archaeology of Pre-Columbian Cuba*, University of Pittsburg Press, Pittsburg, USA, 134 págs.
- DE LA TORRE Y HUERTA, CARLOS
1890 "Conferencia Científica", *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 27, La Habana, pp. 325-343
- DELGADO LEONEL, SILVIA ANGELBELLO Y SANTIAGO SILVA
2000 "Primer Reporte de Semillas Quemadas de Maní en el Residuario Birama", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.4, pp. 40-44
- DELPUECH, ANDRÉ Y CORINNE L. HOFMAN
2004 *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean, Paris Monographs in American Archaeology 14*, BAR International Series 1273, Archaeopress, Oxford, 329 págs.
- DOMÍNGUEZ, LOURDES
1991 *Arqueología del Centro-Sur de Cuba*, Ed. Academia, La Habana, 102 págs.
- DOMÍNGUEZ, LOURDES; JORGE FEBLES Y ALEXIS RIVES
1994 "Las Comunidades Aborígenes de Cuba", en *Historia de Cuba, La Colonia Evolución Socioeconómica y Formación Nacional de los Orígenes hasta 1867*, cap. 1, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política, La Habana, pp.5-57
- DRENNAN, ROBERT Y CARLOS URIBE
1987 *Chiefdoms in the Americas*, University Press of America, 390 págs.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, MARTÍN
1999 *Viajes de Cristóbal Colón, Viajes Clásicos*, Espasa Calpe, Madrid, 286 págs.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO
1853 *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid, t. I, 531 págs.

- 1975 *Sumario de la Natural Historia de la Indias*, Colección Fabio Lozano y Lozano, Santa Fé de Bogotá.
- FERNÁNDEZ ORTEGA, RACSO Y JOSÉ GONZÁLEZ TENDERO
2001 *El Enigma de los Petroglifos Aborígenes de Cuba y el Caribe Insular*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 96 págs.
- FEWKES, JESSE WALTER
1904 "Prehistoric Culture of Cuba", en *American Anthropologist*, vol. 6, no. 5, pp.585-598
- GÁNDARA VÁSQUEZ, MANUEL
1992a "El Análisis de Posiciones Teóricas: Aplicaciones a la Arqueología Social", en *Boletín de Antropología Americana*, no. 27, julio, México, pp. 5-20.
2003 "La Adopción de Teorías en Antropología y Arqueología Latinoamericanas", en Unay Runa, *Revista de Ciencias Sociales*, Instituto Cultural Runa, no.6, pp.15-18
- GARCÍA ARÉVALO, MANUEL
1978 "Influencias de la Dieta Indo-hispánica en la Cerámica Taína", en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo, año 7, no. 9, pp.15-30
- GONZÁLEZ ALONSO, HIRAM
2002 *Aves de Cuba*, Instituto de Ecología y Sistemática, UPC Print, Vaasa, Finlandia, 161 págs.
- GOODMAN, WALTER
1965 *Un Artista en Cuba*, Colección Viajeros, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 308 págs.
- GUARCH DELMONTE, JOSÉ M.
1978 *El Taíno de Cuba. Ensayo de Reconstrucción Etno-histórica*, Instituto de Ciencias Sociales, Dirección de Publicaciones Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 263 págs.
1987 *Arqueología de Cuba. Métodos y Sistemas*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 103 págs.
1990 *Estructura para las Comunidades Aborígenes de Cuba*, Colección de la Ciudad, Ediciones Holguín, 78 págs.
1994 "Yaguajay Yucayeque Turey", Ediciones Holguín y Publicigraf, Holguín, 44 págs.
- HARRINGTON, MARK RAYMOND.
1935 *Cuba Antes de Colón*, traducción de Adrián del Valle y Fernando Ortiz, Colección de Libros Cubanos, vol. XXXII, t. 1, Cultural S.A., 290 págs.
- HERRERA FRITOT, RENÉ
1964 *Estudio de las Hachas Antillanas. Creación de Índices Axiales para los Petaloides*, Departamento de Antropología, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias, La Habana, 146 págs.
- HERRERA FRITOT, RENÉ Y CHARLES LEROY YOUMANS
1946 *La Caleta: Joya Arqueológica Antillana*, Ed. Siglo XX, La Habana, 160 págs.
- HERNÁNDEZ GODOY, SILVIA
2002 "Los Estudios Arqueológicos y la Historiografía Aborigen de Cuba (1847-1922)", Tesis de Maestría, Universidad de La Habana, inédita
- IBARRA, JORGE
1979 "Las Grandes Sublevaciones Indias desde 1520 hasta 1540, y la Abolición de las Encomiendas", en *Aproximaciones a Clío*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 3-38
- JAMES FIGAROLA, JOEL
1988 *En las Raíces del Árbol*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 118 págs.
- JARDINES MACÍA, JUAN Y JORGE CALVERA
1999 "Estructura de Viviendas Aborígenes en Los Buchillo-nes", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.3, pp. 44-52
- JIMÉNEZ PÉREZ, REINALDO, SANTIAGO SILVA GARCÍA Y ORLANDO ÁLVAREZ DE LA PAZ
2004 "Elementos Superestructurales Aborígenes en el Sitio Toma de Agua", en *Revista de Historia y Patrimonio Siga la Marcha*, Sancti Spíritus, pp. 44-46
- JIMÉNEZ VÁZQUEZ, OSVALDO
1997 "La Biaya o Bambiaya de los Indocubanos", en *Revista El Pitirre*, vol. 10, no. 3, pp. 96-97
- JUORAVLEVA, IRINA Y NOEMÍ GONZÁLEZ
2000 "Las Variaciones Climáticas y la Reutilización del Espacio Habitacional a través de la Alfarería Aborigen", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, No. 4, pp. 35-39
- JUORAVLEVA, IRINA Y GABINO DE LA ROSA
2003 "La Tecnología del Burén y la Elaboración Final del Casabe", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.7, pp. 86-92
- KEEGAN, WILLIAM
2000 "West Indian Archaeology, 3: Ceramic Age", *Journal of Archaeological Research*, no. 4, pp. 265-294
- KEEGAN, WILLIAM Y RENIEL RODRÍGUEZ RAMOS
2004.- "Sin Rodeos", en *Revista El Caribe Arqueológico*, no. 8, Santiago de Cuba, pp. 8-13
- LAS CASAS, BARTOLOMÉ
1995 *Historia de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, Cuarta Reimpresión, 3 t., México D.F.
- LE RIVEREND BRUSONE, JULIO
1992 *Problemas de la Formación Agraria de Cuba Siglos XVI-XVII*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 296 págs.
- LOVÉN, SVEN
1935 "Origins of the Taínan Culture, West Indies", 2da. edición, Göteborg, 696 págs.
- LUMBRERAS, LUIS GUILLERMO
2005 *Arqueología y Sociedad*, Enrique González y Carlos del Águila Editores, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 320 págs.
- MARTÍ PÉREZ, JOSÉ
1985 *Diario de Campaña*, Edición facsimilar, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 110 págs.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, PEDRO
1944 *Décadas del Nuevo Mundo*, Colección de Fuentes para la Historia de América, década I, libro II, cap. V, Bajel, Buenos Aires.
- MOREIRA DE LIMA, LILLIÁN
1999 *La Sociedad Comunitaria de Cuba*, Ed. Félix Varela, La Habana, 201 págs.
2003 "¿Hubo Cacicazgos en la Mayor de Las Antillas?", en *Revista Catauro, Revista Cubana de Antropología*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, año 5, no.8, pp. 144-158

MOSCOSO, FRANCISCO

1986 *Tribu y Clases en el Caribe Antiguo*, Serie Científica, no. 23, Universidad Central del Este, vol. LXIII, San Pedro de Macorís, República Dominicana, 518 págs.

1999 *Sociedad y Economía de los Taínos*, Ed. Edil, Puerto Rico, 147 págs.

NEWSOM, LEE A. Y KATHLEEN DRAGAN

1994 "Zea mays in the West Indies: The Archaeological and Early Historic Record." en *Corn and Culture in the Prehistoric New World*, editado por S. Johannessen y C. A. Hastorf. Boulder, Westview Press., pp. 203-218

NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO

1982 *Cuba: La Naturaleza y el Hombre. El Archipiélago*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 691 págs.

1984 *Cuevas y Carso*, Editora Militar, La Habana, 431 págs.

ORTIZ FERNÁNDEZ, FERNANDO

1935 *Historia de la Arqueología Indocubana*, Ed. Cultural S.A., La Habana.

1943 *Las Cuatro Culturas Indias de Cuba*, Biblioteca de Estudios Cubanos, vol. 1, La Habana, 176 págs.

OSTAPKOWICZ, JOANNA M.

1997 "To Be Seated with 'Great Courtesy and Veneration': Contextual Aspects of the Taíno Duho", en *Taíno Pre-Columbian Art and Culture from the Caribbean*, The Monacelli Press y Museo del Barrio, New York, pp. 42- 67

PANÉ, RAMÓN

1990 *Relación Acerca de las Antigüedades de los Indios*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 148 págs.

PENDERGAST, DAVID.; JORGE CALVERA; JUAN JARDINES, ELIZABETH GRAHAM Y ODALYS BRITO

2003 "Construcciones de Madera en el Mar. Los Buchillones, Cuba." en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.7, pp.24-32

PETERSEN, JAMES B., CORINNE L. HOFMAN Y ANTONIO CURET

2004 "Time and Culture: Chronology and Taxonomy in the Eastern Caribbean and the Guianas", en *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*, Paris Monographs in American Archaeology 14, BAR International Series 1273, Archaeopress, Oxford, pp.17-32

PICHARDO MOYA, FELIPE

1945 "Los Indios de Cuba en sus Tiempos Históricos", Imprenta Ed. Siglo XX, La Habana.

1956 *Los Aborígenes de Las Antillas*, Fondo de Cultura Económica, México, 140 págs.

1990 *Caverna, Costa y Meseta. Interpretación de Arqueología Indocubana*, (reedición), Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 152 págs.

PICHARDO VIÑALS, HORTENSIA

1965 *Documentos para la Historia de Cuba. (Época Colonial)*, Editora del Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 467 págs.

1984 *Las Ordenanzas Antiguas Para los Indios. Las Leyes de Burgos. 1512*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 107 págs.

PINO, MILTON

1995 "Actualización de Fechados Radiocarbónicos de Sitios Arqueológicos de Cuba hasta Diciembre de 1993", Departamento de Arqueología, Ed. Academia, La Habana.

PORTUONDO, FERNANDO

1977 *El Segundo Viaje de Descubrimiento*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 108 págs.

POSE, JUAN, RICARDO SANPEDRO Y MIRIAM CELAYA

1989 "Contribución al Estudio de la Domesticación de Roedores en la Época Prehispánica mediante el Análisis de Tomografía Axial Computarizada, Rayos X y Exámenes Microscópicos de Evidencias Óseas", en *Anuario de Arqueología 1988*, Ed. Academia, La Habana, pp.70-79

REY BETANCOURT, ESTRELLA

1970.- "Particularidades de la Desintegración de las Comunidades Primitivas Cubanas", Serie Antropológica, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, no.5, 22 págs.

2003.- "Algunos Aspectos Socioeconómicos de Cuba Colonial Temprana (1512-1555)", en *Catauro Revista Cubana de Antropología*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, año 5, no.8, pp.75-90

RIVERO DE LA CALLE, MANUEL

1966 *Las Culturas Aborígenes de Cuba*, Editora Universitaria, La Habana, 194 págs.

1978 "Supervivencia de Descendientes Indoamericanos en la Zona de Yateras, Oriente", en *Cuba Arqueológica*, t. I, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, pp.149-175

1980 "Aportes de Fermín Valdés Domínguez a la Espeleología, Arqueología y Antropología Cubanas", *Revista Santiago*, no. 38-39 (junio-septiembre), Santiago de Cuba, pp. 91-108.

RIVERO DE LA CALLE, MANUEL Y MIGUEL A. PUIG-SAMPER

1992 "Aportes de Miguel Rodríguez Ferrer a la Antropología Cubana", en *Revista de Indias*, vol. LII, no. 194, pp.195-201

RIVES PANTOJA, ALEXIS

1990 "El Censo Arqueológico de Cuba", *Carta Informativa*, no. 1, época III, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

RODRÍGUEZ ARCE, CÉSAR

2003 "Estimación de la Estatura de los Esqueletos del Cementerio Aborigen Chorro de Maíta, Holguín, Cuba", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 7, pp.86-92.

RODRÍGUEZ FERRER, MIGUEL

1876 *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*, t. 1, Imprenta de J. Noguera, Madrid.

RODRÍGUEZ SUÁREZ, ROBERTO Y JAIME R. PAGÁN JIMÉNEZ

2004 "Primeras Evidencias Directas del Uso de Plantas en la Dieta de los Grupos Agroalfareros del Oriente de Cuba", Ponencia presentada en el IX Simposio Román Piña Chan, Museo Nacional de Antropología, México, D.F., inédita, 24 págs.

RODRÍGUEZ SUÁREZ, ROBERTO Y JAIME R. PAGÁN JIMÉNEZ

2006 "El Burén en la Arqueología Precolonial Cubana: Nueva Información Acerca del Uso de Plantas y Planchas de Barro Durante la Tardía Era Cerámica del Oriente de Cuba a través del Análisis de Almidones", en *Revista Catauro*, Fundación Fernando Ortiz, no.10, año 5, La Habana, [en prensa]

RODRÍGUEZ SUÁREZ, ROBERTO Y ALEJANDRO TERRAZAS MATA

2003 "Presencia de Huellas de Corte como Evidencia de Traumatismo Mortuorio en un Cráneo Agroalfarero del Oriente de Cuba", en *Estudios de Antropología Biológica*, México, no. XI, pp.1019-1035

- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO
1961 *Revalorización de la Historia de Cuba por los Congresos Nacionales de Historia*, segunda edición, Oficina del Historiador de La Habana, La Habana, 288 págs.
- ROUSE, IRVING BENJAMIN
1942 "Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba", New Haven, Yale University Publications in Anthropology, no.26, 184 págs.
1992 *The Tainos. Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*, Yale University Press, New Haven and London, 211 págs.
- SANOJA OBEDIENTE, MARIO
1979 "Una Respuesta del Dr. Mario Sanoja al Doctor Ernesto E. Tabío", en *Revista Revolución y Cultura*, no. 86, pp. 72-73
- SIEGEL, PETER
1989 "Site Structure, Demography, and Social Complexity in the Early Ceramic Age of the Caribbean", en *Early Ceramic Population Lifeways and Adaptive Strategies in the Caribbean*, Peter Siegel editor, BAR International Series 506, Oxford, pp. 193-245
- SILVA LEE, ALFONSO
1984 *Chipojos, Bayoyas y Camaleones*, Ed. Científico Técnica, La Habana, 84 págs.
- SILVA TABOADA, GILBERTO
1979 *Los Murciélagos de Cuba*, Ed. Academia, La Habana, 423 págs.
- TABÍO PALMA, ERNESTO
1978 "La Comunidad Primitiva ¿Uno o Varios Modos de Producción?", en *Revista Revolución y Cultura*, La Habana, no. 73, pp. 7-13.
1984 "Nueva Periodización para el Estudio de las Comunidades Aborígenes de Cuba", *Revista Islas*, no. 78, Universidad Central de Las Villas, pp. 37-51.
1989.- "Arqueología Agricultura Aborigen Antillana", Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 137 págs.
- TABÍO PALMA, ERNESTO Y ESTRELLA REY BETANCOURT
1979 "Prehistoria de Cuba", Ed. de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 234 págs.
- TABÍO PALMA, ERNESTO Y JOSÉ MANUEL GUARCH DELMONTE
1966 "Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba", Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 83 págs.
- TORRES ETAYO, DANIEL
2004 "La Arqueología Cubana en la Encrucijada: la Teoría o la Empiría", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.8, pp.2-7
2006a.-"La Micropografía como Procedimiento Observacional en Arqueología", *Tesis de Maestría*, Instituto Cubano de Antropología, inédita, 87 págs.
2006b "Arqueología en Revolución, ¿Revolución en Arqueología?", Ponencia presentada en el Encuentro Ameroibérico de Arqueología Social, inédita, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 24 agosto, México D.F.
- TORRES DANIEL, RAMÓN DACAL Y MAYA CAPABLANCA
2001 "Evaluación del Patrimonio Arqueológico Aborigen del Municipio Maisí, Guantánamo", Ponencia presentada en el V Congreso Internacional "Patrimonio Cultural: Contexto y Conservación", CENCREM, abril, inédita.
- TRINCADO FORTÁN, MARIA NELSA; NILECTA CASTELLANOS CASTELLANOS Y GLORIA SOSA MONTALVO
1973 "Arqueología de Sardinero", Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 133 págs.
- WILSON, SAMUEL
1990 *Hispaniola Caribbean Chiefdoms in the Age of Columbus*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 163 págs
- VALCÁRCEL ROJAS, ROBERTO
2000 "Seres de Barro. Un Espacio Simbólico Femenino", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, No.4, pp. 20-34
2002 "Banes Precolombino. La Ocupación Agrícola", Ediciones Holguín, 143 págs.
- VALCÁRCEL ROJAS, ROBERTO Y CÉSAR RODRÍGUEZ ARCE
2003 "Muerte, Desigualdad Social y Jefatura en Chorro de Maíta", en *Catauro, Revista Cubana de Antropología*, Fundación Fernando Ortiz, no.8, año 5, La Habana, pp. 112-124
- VARGAS ARENAS, IRAIDA
1990 "Arqueología, Ciencia y Sociedad", Ed. Abre Brecha, Caracas, 331 págs.
- VARONA, LUIS
1980 *Mamíferos de Cuba*, Ed. Gente Nueva, La Habana, 109 págs.
- VELOZ MAGGIOLO, MARCIO
1991 "Panorama Histórico del Caribe Precolombino", Banco Central de la República Dominicana, 262 págs.
- VELOZ MAGGIOLO, MARCIO Y ELPIDIO ORTEGA
1995 "Punta Cana y el Origen de la Agricultura en la Isla de Santo Domingo", en Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe, Editores Marcio Veloz y Angel Caba, Museo Regional de Altos de Chavón y Organización de Estados Americanos, Santo Domingo, pp.5-8
- VERGARA, RICARDO
1990 "Identificación del 'Tetí' de Baracoa", *Carta Informativa*, no. 4, época III, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- VERSTEEG, A. Y K. SCHINKEL
1992 "The Archaeology of St. Eustatius: The Golden Rock Site", Publication no.2, Historical Foundation St. Eustatius, y no. 130, Foundation for Scientific Research in the Caribbean Region, St. Eustatius, Antillas Holandesas.
- ULLOA HUNG, JORGE Y ROBERTO VALCÁRCEL
2002 *Cerámica Temprana en el Centro del Oriente de Cuba*, Viewgraph, Santo Domingo, 241 págs.

DANIEL TORRES ETAYO

Taínos:

mitos
y realidades
de un pueblo
sin rostro

Primera edición, 2006

Título Original	Táinos: mitos y realidades de un pueblo sin rostro
Autor	Daniel Alejandro Torres Etayo
Editor Jefe	Jorge Mondragón Sánchez
Edición Técnica	Laura M. Espinel
Diseño	Kedgar Volta y Laura M. Espinel

Para Editorial Asesor Pedagógico, S.A. de C.V.
Shakespeare 19- 601
Col. Anzures, 11590
México D.F.
e-mail serieditores@prodigy.net.mx

ISBN

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático, así como, la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A los habitantes de La Patana,
rincón privilegiado de nuestra patria

A la memoria inolvidable
de la Dra. Marta Arjona Pérez



Acantilados de Cajobabo,
costa sur de Guantánamo

Foto Tamara Gisbert



Mariposas (*Anartia jatrophae*),
Guantánamo
[Foto del autor]

PRÓLOGO

Es un privilegio y gran honor para mi, presentar la presente obra escrita por Daniel Torres Etayo.

Daniel y yo nos conocimos en el verano del 2003, cuando fui invitado para participar en la evaluación del programa de arqueología del CENCREM, un proceso financiado por la UNESCO. Ese viaje fue muy importante, no solo porque constituyó mi primera visita a la gran isla de Cuba, sino también porque me ofreció la oportunidad de conocer e intercambiar ideas con colegas cubanos. Estas discusiones incluyeron un gran número de inquietudes sobre problemas epistemológicos, metodológicos y teóricos en la arqueología de nuestros respectivos países. Fue aquí que me di cuenta que, a pesar de que la arqueología en cada isla del Caribe tiene su propia tradición, compartimos en gran medida muchas de las perspectivas y, por consiguiente, problemas.

Aunque he tenido la oportunidad de trabajar en publicaciones con varios arqueólogos cubanos como Gabino La Rosa Corzo, Lourdes Domínguez, Ramón Dacal, Jorge Ulloa, Pedro Godo y Roberto Valcárcel Rojas, no me considero experto en arqueología cubana. Así pues, el texto que presento a continuación lo hago desde la perspectiva de un arqueólogo caribeño. Desde esta perspectiva, creo que uno de los puntos más importantes de la presente obra no está en los detalles de los datos o la reconstrucción de la historia antigua, sino en el análisis crítico que presenta. De esta manera, considero que este libro forma parte de una nueva generación crítica de arqueólogos caribeños, la cual incluye a estudiosos como José Oliver, Peter Siegel, William Keegan, Samuel Wilson, Clenis Tavares Maria, Roberto Valcárcel Rojas, Jorge Ulloa, Reniel Rodríguez, Jaime Pagán y un servidor, entre otros. Estos arqueólogos han puesto en duda muchas de las premisas y asunciones no probadas que fundamentan posiciones teóricas e interpretaciones del registro arqueológico caribeño. Las limitaciones de estas premisas han obstaculizado el desarrollo de la disciplina y la oportunidad de llegar a un mejor entendimiento del comportamiento humano en el pasado.

Particularmente, en este corto ensayo me interesa abordar tres temas generales que, hasta cierto punto, son comunes en la arqueología de muchas de las islas y que son de índole epistemológica, metodológica y teórica: el paradigma de la posición normativa y positivista de la historia cultural, el problema de las unidades de análisis y el concepto de “lo Taíno”. Estos tres problemas están íntimamente ligados y, de hecho, los dos últimos son consecuencias que surgen del primero.

Probablemente uno de los problemas más grandes de la arqueología caribeña (y de muchas otras regiones del globo) es el énfasis que le damos a la reconstrucción de la historia cultural del área. Esto normalmente incluye la definición de culturas, áreas culturales, cronología y migración. Es importante apuntar que aunque tradicionalmente los trabajos de Irving Rouse son considerados como la máxima expresión de esta línea de pensamiento en el Caribe, él no fue el primero ni el único proponente. De hecho, la perspectiva de la historia cultural comenzó a estar de moda a principios del siglo XX y fue rápidamente adoptada por diversos académicos alrededor del mundo. Su popularidad en el Caribe se debió a una

combinación de factores, dos de los cuales son los importantes trabajos de Rouse y el rol de los aficionados en la arqueología de la región.

Aunque muchos de los conceptos desarrollados por la iniciativa de la historia cultural tienden a ser útiles para organizar algunos de nuestros conocimientos sobre poblaciones pasadas y presentes, éstos tienden a generalizar y a homogenizar, de una manera crasa, variadas culturas, sociedades e historias. Por lo tanto, al utilizar la cultura como la forma básica de análisis estamos asumiendo que todos los grupos sociales incluidos en esta categoría se comportan de igual manera y que pasan por procesos históricos idénticos. Esto ha limitado nuestra capacidad y habilidad para entender aspectos del comportamiento humano que normalmente operan a distintas escalas y niveles socio-culturales. De todos modos, es importante estudiar y entender como estos conceptos fueron definidos y usados ya que por tiempos han influenciado nuestras perspectivas, percepciones y premisas sobre los grupos sociales y culturales. De hecho, conciente o inconcientemente, las áreas culturales (y sus premisas y asunciones no fundamentadas) se han convertido en una parte integral de la epistemología de muchas investigaciones. Por décadas, estos conceptos han sido clave para el desarrollo del conocimiento con que contamos hoy en día, y que aún utilizamos como premisa y punto de partida en la elaboración de hipótesis de trabajo, dirigiendo nuestras preguntas y metodología de investigación; y en la creación de modelos sobre el comportamiento humano en el pasado. Por lo tanto, aún cuando el concepto de área cultural es rechazado, sus prejuicios y premisas han generado el conocimiento básico que utilizamos en muchos aspectos de nuestras investigaciones. Al parecer, este es también el caso de la arqueología cubana según lo comenta Daniel.

Uno de los mayores problemas del uso de unidades generales como la cultura es que éstas son consideradas unidades “naturales” que pueden ser utilizadas en todo tipo de estudios, independientemente del problema o el proceso socio-cultural que se está investigando. El investigador tiene que determinar el nivel y la unidad de análisis apropiado para el estudio de una forma consciente y por lo tanto, no podemos asumir que todos los procesos de interés (e.g., sistemas de subsistencia, desarrollos o cambios socio-políticos, etc.) ocurren únicamente en los altos niveles de la cultura. Muchos de estos procesos son determinados por unidades a niveles más bajos y en unidades más pequeñas. Este problema afecta el potencial analítico y explicativo de nuestras investigaciones, imposibilitando nuestra capacidad de explicar los procesos históricos por los que pasaron los grupos indígenas.

Es importante mencionar aquí que no estoy argumentando que el concepto de cultura no tiene ningún uso analítico. Como se mencionó anteriormente, las definiciones de culturas, áreas culturales y cronología son útiles para organizar los datos con que contamos. De hecho, estas definiciones son muchas veces el primer paso de toda investigación arqueológica en una región específica. Estas definiciones, por ejemplo, son las que nos ayudan a identificar y definir aspectos de esferas de interacción a larga y corta distancia, sistemas de creencias comunes y relaciones sociales y culturales a un nivel elevado. Mis consideraciones aquí están más dirigidas al uso de estas unidades de forma indiscriminada en todo tipo de investigación sin considerar qué nivel y escala de unidades sociales son las que estamos estudiando.

Todo esto nos trae al problema del ‘taíno’. Como bien explica Daniel en su ensayo, este término nunca fue utilizado por los conquistadores europeos como un sustantivo propio para nombrar a los indígenas de las islas. Tampoco hay evidencia que indique que fue utilizado por los propios indígenas como forma de identidad. Taíno es uno de esos conceptos desarrollados por los historiadores culturales y que, desgraciadamente, es asumido por muchos como un concepto “natural”.

Tradicionalmente se considera que la cultura taína ocupaba “homogéneamente” las áreas desde el este de Cuba hasta, por lo menos, las Islas Vírgenes. Es obvio que este término y concepto ha sido creado desde una perspectiva normativa y que ignora la gran variabilidad que existía en el período de contacto. Desafortunadamente, el uso, mal uso y abuso

de este término en la arqueología de las Antillas Mayores nos ha llevado a generalizaciones crasas sobre los habitantes originales de estas islas, lo que conlleva una serie de problemas epistemológicos en nuestro análisis. Específicamente, nos ha llevado a homogenizar las sociedades indígenas de todas estas islas hasta el punto de llegar a asumir que todas ellas pasaron por procesos históricos idénticos y que tenían exactamente el mismo patrón de asentamiento, organización política y social, creencias y prácticas religiosas, y otras prácticas culturales. Al hacer esto, ignoramos la gran cantidad de datos etnohistóricos y arqueológicos que demuestran una gran variabilidad en el archipiélago y, aún más, dentro de cada isla.

Al utilizar casi exclusivamente conceptos desarrollados por los historiadores culturales como unidades analíticas, la arqueología caribeña se ha olvidado de los individuos y grupos sociales que componían las poblaciones de las Antillas Mayores. Esto, en otras palabras, nos ha llevado de forma inconciente a “deshumanizar” a las sociedades indígenas a favor de unidades abstractas y sin rostro, como son el concepto de cultura y el de ‘taíno’. Es por esto que esfuerzos críticos, como el presente libro, son importantes para el desarrollo de la disciplina. Aunque no podamos decir que estamos completamente de acuerdo con todos los argumentos de esta obra, su importancia estriba en que promueve el debate sobre asuntos de suma importancia, y sobre todo, que nos ayuda a ponerle un rostro al indígena abstracto que tendemos a generalizar en nuestros escritos.

Dr. Antonio Curet Salim
Departamento de Antropología
The Field Museum, Chicago



Cerro de Yaguajay

[Foto del autor]

INTRODUCCIÓN

Cuando en octubre de 1492 el Almirante de la Mar Océana Cristóbal Colón arribó a las costas de Guanahaní, en el actual archipiélago de Las Bahamas, el mundo cambió para siempre.

El impacto primero y mayor de la invasión europea recayó en los aborígenes de las islas del Caribe Insular. En pocos años su número fue reducido a proporciones alarmantes. El drama de la llamada conquista y colonización alcanzaba proporciones genocidas recién iniciado el proceso.

A pesar de que todo indica que a la llegada de los europeos al territorio del Caribe Insular existían varios grupos culturales aborígenes, en el imaginario popular ha quedado la estampa del pueblo taíno como la representativa de esas sociedades. Mitos, leyendas e historias vinculan al desaparecido pueblo con nuestra realidad, y figuras heroicas como los caciques Hatuey, Guamá y Caonabo perviven en la memoria colectiva como ejemplos de rebeldía y resistencia. Su cultura ha vencido al conquistador por los intrincados laberintos del fenómeno sociológico, en la mixtura del criollo, y sobrevive en disímiles formas que seguramente van más allá del uso de algunos vocablos, el comer casabe y el fumar tabaco.

Lo que en el medio popular es una realidad sin problemas, paradójicamente en los medios científicos es todo lo contrario. Por extraño que parezca, en la actualidad no existe un acuerdo definitivo en cuanto a *qué es la cultura taína*, y por tanto, sus definiciones han seguido casi tantos caminos como islas tiene Las Antillas, de tal manera que lo que es taíno en La Española, pudiera no ser lo mismo en Puerto Rico, Las Bahamas o Cuba.

Durante mucho tiempo en nuestro país ha existido una relación de subordinación entre la arqueología de las sociedades tardías y los dictados de los documentos relativos a la Conquista. Si bien las *Crónicas de Indias* constituyen una imprescindible fuente de información sobre esas sociedades, muy frecuentemente se les utiliza como confirmación de lo encontrado arqueológicamente, aun cuando a veces contradice la letra de las crónicas. Esta extraña actitud de los arqueólogos nos ha llevado por el camino ingrato de la pasividad ante la búsqueda de explicaciones a los fenómenos sociales. Mas, del otro lado de esta ecuación existen los arqueólogos que, desde una pretendida objetividad de investigación se han concentrado tanto en el dato material, que toda explicación social parece igualmente superflua ante la diversidad de cacharros, tiestos o formas decorativas; lo cual ha provocado una gran cantidad de culturas, migraciones, y series cerámicas.

En el presente trabajo sostengo que no son los asuntos presupuestales ni instrumentales los que afectan más a nuestra ciencia, sino mayormente aquellos problemas relacionados con cuestiones de posición teórica. Esta circunstancia especial me ha animado a introducirme en este apasionante tema desde la postura de un arqueólogo social, más interesado en determinar los móviles teóricos que subyacen en la manera de actuar de los arqueólogos y sus metodologías, y cómo estas influyeron en la diversidad actual de definiciones. En este sentido, nuestro trabajo es un ensayo deconstructivo que busca contribuir al desmonte de

las construcciones arqueológicas que durante mucho tiempo se han mantenido sin cuestionar; y que la evidencia actual permite someter a crítica.

...

El libro incluye una panorámica sobre el medioambiente cubano que sirvió de escenario a la vida de nuestras comunidades indígenas agricultoras más tardías. Seguidamente se presenta, de manera sintética y general, las características que comparten todas ellas en sus realizaciones materiales. Para aquellos no versados en los temas arqueológicos nacionales, en el tercer capítulo he tratado de mostrar un resumen de los conceptos que se han manejado en torno a la llamada “cultura taína” desde el período inicial de los Cronistas de Indias hasta los estudios más actuales a los que tuve acceso. Por último, incluyo breves consideraciones sobre el destino de los pueblos indígenas cubanos, que la historiografía tradicional cubana declara como extintos de la faz de la isla durante el proceso de colonización temprana, y que, sin embargo, muchas líneas de evidencias parecen indicarnos otra realidad diferente.

La publicación de este texto ha servido, además, para reunir una serie de imágenes de piezas del arte aborígen cubano que son totalmente desconocidas al público en general, ya sea porque pertenecen a colecciones institucionales de acceso restringido o porque se encuentran en museos distantes de las capitales de provincia. De manera que el libro es también un tributo a esos anónimos artesanos de los cuales nunca conoceremos más que la magia e inteligencia legada en los materiales que trabajaron.

Desgraciadamente, el estado actual de las investigaciones en Cuba no permite llegar a conclusiones definitivas sobre muchos aspectos que sometemos a revisión, lo que puede resultar una decepción para muchos de los que leerán este libro; no obstante, siempre que me fue posible, traté de indicar sugerencias para viables soluciones. Por esto, deseo que mi trabajo sirva de motivación para quienes se embarquen en esta empresa, donde la única clave científica para acceder a la realidad es mantener la coherencia entre los aspectos ontológicos, epistemológicos y metodológicos, y por tanto, la más difícil meta a alcanzar.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a mis padres de quienes aprendí a ser marxista, equivalente en Cuba a ser tenaz y constante, único modo de enfrentarse a las dificultades y salir con decoro de ellas. A Alina Lomba por estar allí, siempre en el lugar más cercano.

Al Lic. Jorge Mondragón de Asesor Pedagógico S.A. por su interés y esfuerzo en poner a disposición del pueblo cubano este libro. A mi profesor Ramón Dacal Moure; a mi tutora la Dra. Estrella Rey Betancourt; a mi profesor y amigo Dr. Luis Felipe Bate, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México; al Dr. Luis Antonio Curet Salim, del Chicago Field Museum; al Dr. Ray Petty, de la Fundación Arqueológica de Tibes, Puerto Rico. Al profesor Dr. Roberto Rodríguez; al MSc. Jorge Ulloa y al MSc. Roberto Valcárcel.

A la colega MSc. Silvia Hernández. A la dirección del Centro Nacional de Restauración Conservación y Museología, y mis colegas MSc. Darwin Arduengo, Lic. Seegrit Laborí, Lic. Gustavo Valdés, Lic. Oscar Pereira, Tec. Tamara Gispert.

A mis compañeros del Grupo Juan Federico Esper, gracias a los cuales conocí La Patana por primera vez. Debo agradecer a Enrique Dalmau, Alejandro Medina, Alejandro Merino, Pedro de la Torre, Alejandro González y Rosibel Hidalgo. También a otros colegas de expedición: Téc. Jesús Otero, Lic. Ana Luisa Gazón, Lic. Lorenzo Morales, Téc. Néstor Gómez y al Lic. Ulises González.

Tengo deuda de gratitud además con los especialistas en fauna cubana precolombina Osvaldo Jiménez, MSc. Stephen Díaz y el Dr. Oscar Arredondo.

Especial agradecimiento por permitirme acceder a los fondos museográficos de sus respectivas instituciones le debo a: Dr. Armando Rangel del Museo Montané de la Universidad de La Habana, y al Lic. Gerardo Izquierdo del Instituto Cubano de Antropología.

En la provincia Guantánamo al Lic. Diego Bosch, Director del Centro Provincial de Patrimonio; al personal de los museos municipales de Maisí y San Antonio del Sur. En la provincia Granma al Lic. José Yero de Bayamo; la Lic. Ana Vivian Hernández del Museo Municipal de Campechuela; y a la especialista Teresa Domínguez del Museo Municipal de Niquero. En la provincia Holguín al MSc. Juan Carlos Osorio, Director del Museo de Sitio Chorro de Maíta; la Lic. Migdalia Palacios, Directora del Museo Indocubano Bani, en Banes; Lic. Elena Guarch del Departamento Centro Oriental de Arqueología; a la Lic. Teresa Ruíz del Museo Municipal de Gibara y a la Lic. Ileana Rodríguez del Museo Provincial de Holguín. En la provincia de Las Tunas a las técnicas Marizela Gisbert y Aylen Hernández del Museo Municipal de Puerto Padre. En la provincia de Ciego de Ávila al Lic. Héctor Izquierdo del Museo Municipal de Morón y al Lic. Adrián García del Museo Provincial.





Capítulo 1

La naturaleza



Fig. 1

Rana platanera
(*Osteopilus septentrionalis*)
Foto Luis M. Díaz

Fig. 1 Archipiélago Cubano
visto desde el espacio

*Cual un saurio de esmeralda tendido en un mar de azul turquesa,
Cuba sobresale entre las olas del Caribe.*
(Núñez 1982:47)

El archipiélago cubano constituye un rosario que reúne cerca de 4 195 islas, cayos y cayuelos, que se extienden a lo largo de la porción noroccidental del llamado Arco de las Antillas, y en la entrada del Golfo de México. El territorio ocupado hoy por la República de Cuba tiene fronteras marítimas con los territorios vecinos, que a veces llegan a permitir el contacto visual entre ellos. Tal es el caso de la Punta de Maisí, extremo oriental de Cuba, desde donde pueden observarse las elevaciones montañosas de la Mole de San Nicolás, en el territorio haitiano. En este caso, la distancia que nos separa de la República de Haití es de 77 *km*.

También es posible observar, desde el oriente, islas correspondientes a Las Bahamas, territorio ubicado al norte, del cual nos separan solo 22 *km* hasta Cayo Lobo, su punto más próximo. Por el sur oriental de Cuba, cruzando el Estrecho de Colón y a 140 *km*, se encuentra la isla de Jamaica, perteneciente también al grupo de las Antillas Mayores. Las distancias que nos separan del continente son más grandes, así, desde el Cabo de San Antonio en el extremo occidental, 210 *km* hacia el sureste, a través del Estrecho de Yucatán, se encuentra México; y a una distancia de 180 *km* hacia el norte, y a través del Estrecho de La Florida, se encuentra el territorio de los Estados Unidos.

La isla de Cuba es la más grande del archipiélago y de las Antillas, y posee una superficie total de 110 860 *km*². Su forma alargada y arqueada se orienta en el sentido este-oeste. Su largo mayor discurre entre la oriental Punta de Maisí y el occidental Cabo de San Antonio, alcanzando los 1250 *km*. La parte más ancha de la isla es de 191 *km* desde la Playa Tararacos en la oriental provincia de Camagüey, hasta Camarón Grande en la sureña provincia de Granma. Su parte más estrecha es de apenas 31 *km* desde la Ensenada del Río en la Bahía de Mariel, hasta la Ensenada de Majana en

la costa sur de La Habana. Se ha calculado el contorno de sus accidentadas costas, abundantes en bahías, ensenadas y caletas, en aproximadamente 5 746 *km*.

Cuba posee un relieve predominantemente llano, interrumpido por tres cadenas montañosas principales. En el occidente se encuentra la Cordillera de Guaniguanico, formada por las sierras de Los Órganos y del Rosario. Hacia el centro del país se levanta el Macizo de Guamuhaya; y por último, corriendo a lo largo del sur de oriente, se encuentran las elevaciones de la Sierra Maestra y Sagua Baracoa, cuyo Pico Turquino, de 1 972 *m* de altura, constituye la mayor elevación del país.

Grandes extensiones del archipiélago están constituidas por un substrato cársico, lo que ha provocado un desarrollo extraordinario de los fenómenos hipogeos como cavernas, cuevas y abrigos rocosos. Se calcula que el territorio carsificado es más del 60 % del total de la superficie. (Núñez 1984:245)

El sistema hidrológico cubano lo constituyen cerca de 200 ríos de mediana longitud, y una infinidad de pequeñas corrientes estacionales, cuyas vertientes están condicionadas por la forma alargada de la isla. El mayor río es el Cauto en la región centro-sur oriental con 370 *km* de longitud; pero el de mayor caudal es el Toa, que recorre 120 *km* a lo largo de la zona norte oriental.

Formando parte del archipiélago que rodea la isla se destacan cuatro grupos insulares fundamentales. Por la costa norte y de occidente a oriente tenemos Los Colorados, cuya extensión es aproximadamente de 220 *km* entre el Cabo San Antonio y la Punta Gobernadora; y Los Jardines del Rey o Sabana Camagüey, nuestro más largo grupo insular, con 470 *km* entre la Península de Hicacos y la Bahía de Nuevitás. Este grupo insular debe su nombre al Adelantado Diego Velázquez de Cuellar,

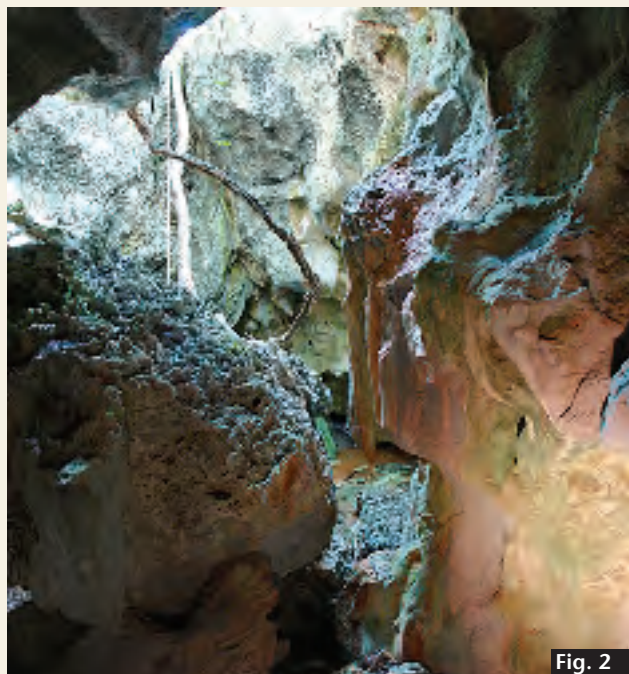


Fig. 2

quien lo bautizó en honor al Rey español durante el proceso de la conquista y colonización, en el siglo XVI.

Por la costa sur, de oriente a occidente, encontramos el grupo de los Jardines de la Reina, aproximadamente 360 km desde el Golfo de Guacanayabo hasta la Bahía de Casilda. Fue bautizado por el propio Almirante durante su Segundo Viaje en 1494 en honor a la Reina ibérica. De este paraje nos dejó la siguiente descripción:

Cuanto más andaba la costa abajo, tanto más espesas parecían infinitas islas bajas, unas todas de arena; otras de arboleda, y muchas que no sobreguaban nada; cuanto más estaban cerca de la isla de Cuba, más altas y más verdes y graciosas parecían. Eran de una legua y de dos y de tres y de cuatro; este día vido muchas, y el siguiente muchas más y más grandes, y

porque eran innumerables y no podía a cada una ponerle nombre, llamólas a todas juntas el Jardín de la Reina. (Las Casas 1995, tomo I: 387).

El cuarto grupo, conocido por Los Canarreos, incluye la Isla de la Juventud, segunda mayor isla del archipiélago, y se extiende 148 km por el sur-occidente cubano.

En este paisaje de cayerías del sur cubano, el 25 de junio de 1494, los marineros de la armada colombina contemplarían el maravilloso fenómeno del cambio de color de los fondos marinos:

[...] dieron en una mar manchada de verde y blanco, que parecía todo bajos, aunque había de hondo dos brazas; desde a siete leguas, dan consigo en otra mar muy blanca, que aún les pareciera ser toda cuajada; de allí a siete leguas, topan con otra prieta como tinta, en que había cinco brazas de fondo; por esta anduvo hasta que llegó a Cuba. Todas estas diferencias de mar eran a los marineros grande espanto, como cosas que nunca habían visto ni experimentado, y por tanto, en cada una temían ser perdidos y anegados. (Las Casas 1995, tomo I: 391)

Cuando el Almirante Cristóbal Colón y sus acompañantes llegaron por primera vez a las costas de Cuba, quedaron atónitos ante la naturaleza que se presentaba a sus ojos. Una combinación maravillosa de paisajes marinos y terrestres, aguas transparentes, playas interminables, serranías cubiertas de bosques que en algunos tramos llegaban a rozar el agua del mar y ríos que bajaban sus frescas corrientes a través de admirables valles. Toda esa experiencia visual, abrumadoramente nueva, es descrita con términos que nos transportan muchas veces a contextos míticos, como el hallazgo del Paraíso Terrenal; otras veces, nos dan a conocer un medio natural virgen y exuberante que el



Fig. 3

modo de vida occidental y la modernidad han hecho desaparecer para siempre.¹ Extinto el paraíso, tenemos al menos las crónicas del período de conquista y colonización para ilustrarnos la maravilla de este mundo perdido. Dejemos pues, a aquellos hombres, la ilustración de nuestra prístina naturaleza.

El Almirante Colón descubre Cuba el 28



Fig. 4

Fig. 2 Cueva de Nicomedes,
Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

Fig. 3 Imagen satelital de
Cayo Largo del Sur

Fig. 4 Cañón del río Yumurí,
Baracoa, Guantánamo

[Foto del autor]

de octubre de 1492, por la región nororiental, sus comentarios iniciales van enfilados a destacar la hermosura del paisaje, como relata en su *Diario de Navegación*:

Dice el Almirante que nunca cosa tan hermosa vido; lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y sus frutos, cada uno de su manera. Aves, muchas, y pajaritos que cantaban muy dulcemente; había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras: de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas. [...] la yerba era grande como en el Andalucía por Abril y Mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Dice que es aquella isla la mas hermosa que ojos hayan visto [...] (Fernández de Navarrete 1999: 37)

Es lógico que la flora cubana impresionara a los españoles, pues nuestro suelo posee una muy extraordinaria y variada que cuenta con más de 6 000 especies;² donde cerca del 50 % de las plantas superiores son endémicas. (Capote 1983:8) Este alto grado de endemismo es una de las características más sobresalientes de Cuba.

Según Las Casas, en los inicios de la ocupación europea nuestro territorio estaba cubierto casi por completo de árboles:

La dicha isla de Cuba es, como dije, muy montuosa, que cuasi se puede andar 300 leguas por debajo de árboles; éstos son diversos como los desta Española, y entre otros hay muy hermosos cedros, odoríferos y colorados, gruesos, como gruesos bueyes, de que hacían grandes canoas los indios, que cabían 50 y 70 hombres, para navegar por mar, y éstos era Cuba muy rica en su tiempo y abundante. Hay otros árboles de estoraque, los cuales no cognoscemos, mas que si nos ponemos en algún alto en las mañanas, es cosa maravillosa el olor tan suave que se siente. (Las Casas 1995, tomo I: 510)

Una de las plantas que llamó la atención de los conquistadores fue la palma, ya que su abundancia en la isla es extraordinaria. Según calculan los botánicos, pueden existir más de 70 especies nativas. Hasta tal punto es característica de nuestro país que la *Roystonea regia* o Palma Real de Cuba constituye el árbol nacional; y sabemos que es casi imposible imaginar un paisaje cubano sin palmas.

Tampoco escaparon a los ojos de los colonizadores otras importantes especies vegetales. Al desfilarse el domingo 25 de noviembre de 1492 por la costa nororiental, El Almirante, distinguiría los famosos pinares en la región de Moa [...] *dan voces los mozos grumetes diciendo que vian pinales. Miró por la sierra, y vídolos tan grandes y tan*

¹ Cuando contemplamos las cifras ofrecidas por nuestra Agencia de Medio Ambiente sobre cobertura vegetal, entendemos cuánto se ha perdido de ese Paraíso Terrenal: en 1492 se estima que la cobertura boscosa era del 95 %, en el año 2001, apenas poseíamos el 22,5 % (CITMA, 2001)

² Sin contar los helechos, hongos, algas y musgos, ni las especies introducidas. Si se tiene en cuenta este factor, la flora llega a más de 10 000 especies. (Capote 1983: 8)

Fig. 3

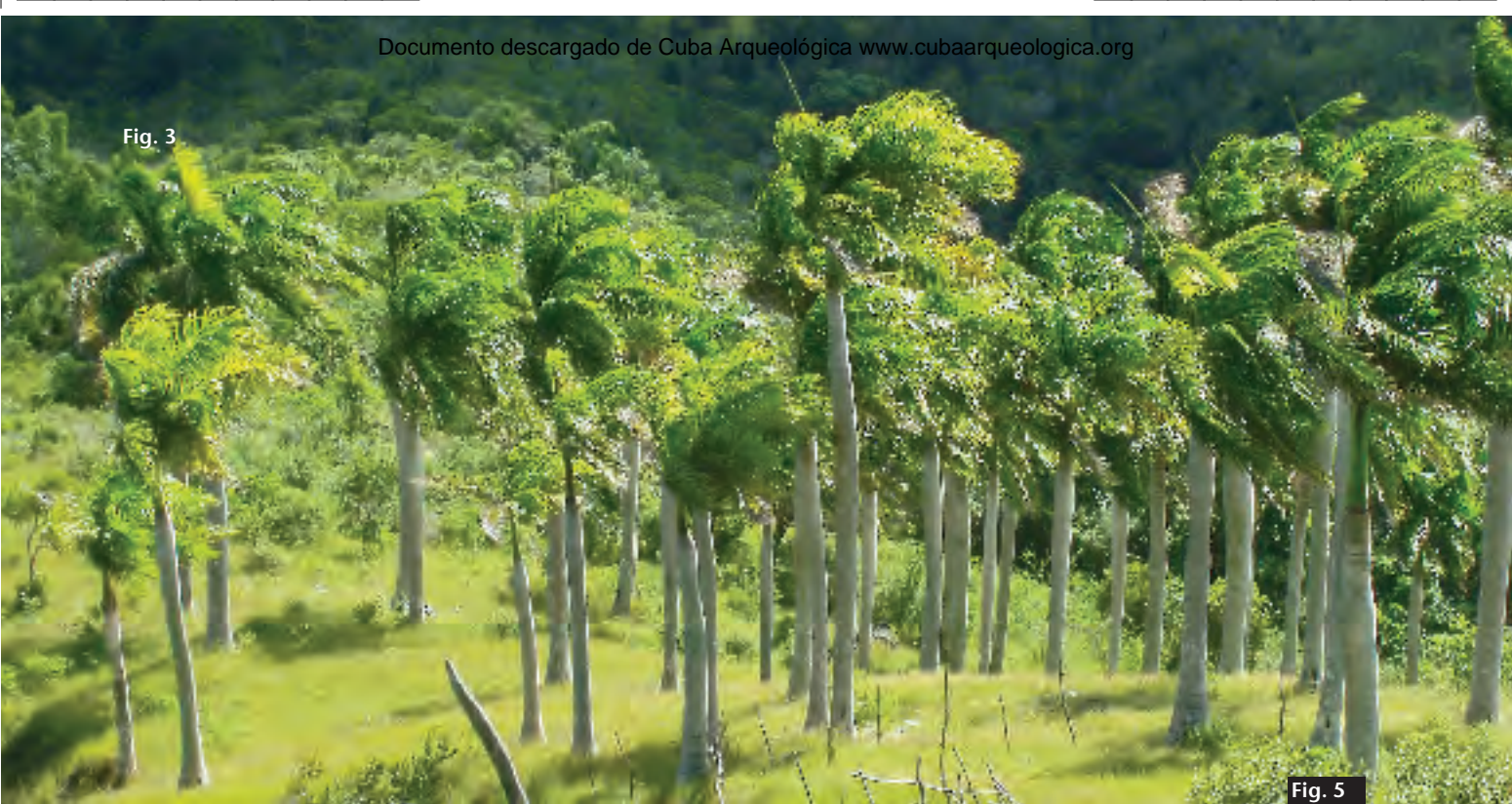


Fig. 5

maravillosos que no podía encarecer su altura y derechura, como husos gordos y delgados. [...] Las sierras, altísimas, de las cuales descendían muchas aguas lindísimas; y todas las sierras llenas de pinos, y por todo aquello diversísimas y hermosísimas florestas de árboles. (Fernández de Navarrete 1999: 59)

Según los estudios de anatomía vegetal que se han efectuado sobre piezas recuperadas de sitios arqueológicos, los especialistas han determinado que nuestros aborígenes hacían un amplio uso de los árboles maderables del país. Entre ellos se ha identificado al guayacán (*Guaiacum officinale* L.), la caoba (*Swietenia mahogani* Jacq.) y el jiquí (*Pera bumeliaefolia*).

Entre las plantas más útiles al hombre precolumbino estaba el algodón (*Gossypium barbadense* L.) y por eso fue objeto especial de descripción en los documentos iniciales de la conquista. Colón menciona que este crecía silvestre y en grandes cantidades por nuestros campos:

[...] y mucho algodón, el cual no siembran y nace por los montes, árboles grandes, y creo que en todo tiempo lo haya para coger, porque vi los cogujos abiertos y otros que se abrian, y flores todo en un árbol, y otras mil manera de frutas que no me es posible escribir, y todo debe ser cosa provechosa. (Fernández de Navarrete 1999: 44)

Por otra parte, una de las más importantes formaciones vegetales de Cuba son los manglares, cuyo verde follaje cubre el 4,8 % de la superficie del país. Por su extensión, los manglares cubanos ocupan el noveno lugar en el mundo y el primer lugar entre los países del Caribe. (CITMA, 2001)



Fig. 6



Fig. 7

La campiña cubana exhibe una gran cantidad de frutas indígenas que sirvieron de complemento alimenticio en la dieta aborigen, entre ellas la piña (*Ananas comosus* L. Merrill), la guayaba (*Psidium guajaba* L.), el caimito (*Chrysophyllum cainito* L.), el hicaco (*Chrysobalanus icaco* L.), la papaya (*Carica papaya* L.), el marañón (*Anacardium armentalis*), el

anón (*Annona squamosa* L.) y la guanábana (*Annona muricata* L.). Además de otras plantas que ofrecían frutos de cáscaras duras, aptas para la confección de contenedores, como la güira (*Crescentia cujete*) y las calabazas (*Cucurbita* sp.).

Algunas otras son descritas en los documentos: [...] hay unos árboles que dan una fruta que se llaman xaguas, la primera sílaba luenga, que son tan grandes como unos riñones de ternera, las cuales, quitadas del árbol, aunque no están maduras y aporreadas, y dejadas en un rincón de casa tres o cuatro días madurar, se hinchen todas de miel, y todo lo que tienen dentro, que es cierta carne, o no sé a que la compare, no es menos sabrosa, y podrá decir más que una pera muy enmelada y sazónada. [...] Hay en toda la isla de Cuba tantas de parras monteses y de uvas en ellas, que hay lugares donde en un tiro de ballesta en rededor, se podrían coger cien cargas y doscientas de uvas. (Las Casas 1995, tomo II: 510)

Sin duda, nuestros aborígenes introdujeron y cultivaron una gran diversidad de plantas comestibles. Entre ellas se destaca la yuca (*Manihot esculenta* Crantz), considerada como la base de la agricultura indígena, el boniato (*Ipomea batata* Lam.), el maíz (*Zea mays* L.), la malanga blanca (*Xanthosoma sagittaeifolium*) y el yerén (*Calathea allouys*). Otros cultivos fueron el maní (*Arachis hipogaea* L.), el ají (*Capsicum* sp.), y variados tipos de frijol. Dice Colón: “Estas tierras son muy fértiles; ellos las tienen llenas de mames, que son como zanahorias, que tienen sabor de castañas, y tienen faxones y fabas muy diversas de las nuestras [...]” (Fernández de Navarrete 1999:44)

El 6 de noviembre de 1492 los europeos topan con la planta indígena que trascendió, tal vez más que ninguna otra, las fronteras del mundo: el tabaco (*Nicotiana tabacum* L.). Veamos el relato de dos marineros enviados a reconocer el interior de Cuba:

Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaban a sus pueblos, mujeres y hombres, siempre los hombres con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel, de los que hacen los muchachos la pascua del Espíritu Santo, y encendida por una parte dél, por la otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo; con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como le nombraremos, llaman ellos tabacos. (Las Casas 1995, tomo I: 230)

Pero si la flora admiró a los europeos, no menos sucedió con la fauna de nuestro archipiélago. Caracterizada por la ausencia de animales peligrosos, como los grandes mamíferos carnívoros o las serpientes venenosas, la fauna cubana es de una benignidad destacable. Algunos cálculos sitúan en más de 10 000 las especies vivientes, de las cuales, una gran cantidad son endémicas. (Silva Lee 1984)

En relación con los demás órdenes zoológicos, los mamíferos terrestres están pobremente representados, correspondiendo más de la mitad a los quirópteros. Los murciélagos, aunque al parecer no tuvieron incidencia en la economía de subsistencia de nuestros primeros pobladores, sí formaron parte importante en sus mitos y creencias. Su abundancia es remarcable pues poseemos 27 especies vivas y 6 extintas. (Silva Taboada 1979)

Entre los mamíferos acuáticos destacan el manatí (*Trichechus manatus*) y las toninas (*Tursiops truncatus*). Colón sufre una decepción al topar con los manatíes, a quienes creyó sirenas, y anota en su diario: “Vido el Almirante el día pasado tres serenas, según dice, que salieron bien alto a la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, las cuales en alguna manera tenían forma de hombre en la cara [...]” (Las Casas 1995, tomo I: 300)

En cambio, Las Casas nos da una descripción mucho más terrenal, y comenta sobre la confusión de Colón al ver restos óseos de manatí en una playa de Cuba, durante su Primer Viaje: “Creía que debía haber vacas y otros ganados en ella, porque vido cabezas en hueso que parecieron de vaca; éstas debieron ser de manatí, un pescado muy grande, como grandes terneras, que tiene el cuero sin escama como el de la ballena y la cabeza cuasi como de vaca.” (Id.: 223)

En los tiempos de la conquista existía,



Fig. 8

Fig. 5 Palmar, Cerro de Yaguajay, Holguín

Foto Tamara Gispert

Fig. 6 Playa Varadero, Matanzas

[Foto del autor]

Fig. 7 Árbol de Yagruma

[Foto del autor]

Fig. 8 Frutos de Güira (*Crescentia cujete*)

[Foto del autor]

además, la foca tropical (*Monachus tropicalis*) que fue exterminada durante el período colonial.

Mas, el mamífero más representativo de la fauna cubana es la jutía, roedor perteneciente a la familia Capromyidae, que formó parte importante de la dieta aborígen. Los cronistas la describen como “conejos de las islas” y se sabe que existieron 7 especies vivientes en el archipiélago, siendo la jutía conga (*Capromys pilorides pilorides*) la más común.

También mencionan la existencia del almiquí (*Solenodon cubanus*), nuestro insectívoro endémico.

Por último, uno de los mamíferos más comunes y que despertó muchas polémicas fue el llamado perro mudo de nuestros aborígenes. Ya Colón lo cita varias veces durante su primer viaje: “Había perros, que jamás ladraron.” (Fernández de Navarrete 1999: 39); y “bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladraban”. (*Id.*: 47). De acuerdo a los especialistas, en realidad el perro mudo no es más que el perro doméstico (*Canis familiaris*) y fue introducido por nuestros aborígenes en su arribo al territorio cubano. (Varona 1980)

Entre los reptiles destacan los saurios, de los que nuestro país tiene una representación increíble de lagartos; más de 70 especies, distribuidas en 6 familias, (Silva Lee 1984:33) la inmensa mayoría

endémicas. Además, destaca la presencia de una sola iguana, siendo el resto camaleones, chipojos, lagartijas, bayoyas y lagartos.

De la iguana (*Cyclura nubila*), que llega a alcanzar una talla de 150 cm, y de su aspecto engañosamente feroz, Las Casas nos dejó esta deliciosa observación:

Esta sierpe, verdaderamente sierpe y cosa espantable, cuasi es de manera de cocodrilo o como un lagarto, salvo que tiene hacia la boca y narices más ahusada que lagarto. Tiene un cerro desde las narices hasta lo último de la cola, de espinas grandes, que la hacen terrible; es toda pintada como lagarto, aunque más verdes oscuras las pinturas. (Las Casas 1995 tomo I: 217)

Los cronistas describieron también al cocodrilo americano (*Crocodylus acutus*), único animal de nuestra fauna que puede representar un real peligro para el hombre, aun cuando, por suerte para él, se encuentra confinado a determinadas regiones.

[...] un río poderoso que los indios llamaban Cauto, de muy hermosa ribera, en el cual se crían infinitos cocodrilos, que abusivamente llamamos lagartos, de los mismos que cría el río Nilo, que suelen ser muy nombrados, o por ventura se crían en la mar y suben el río arriba, y los que pasan por este río es menester no descuidarse, mayormente si les toma la noche en la ribera dél, porque salen fuera del agua y andan por tierra, y se llevan el hombre que hallan durmiendo o descuidado arrastrando al agua, donde lo matan y comen, sin dejar dél nada, y al pasar el río suelen echar mano de los que van a pie y también de los caballos. [...] En todas estas islas cuatro, no hay ni ha habido destos cocodrilos, sino en la de Cuba, y en ella, sólo en el dicho río y a la banda austral [...] (Las Casas 1995, tomo II: 509)

El cocodrilo posiblemente debió ser considerado con mucho respeto, o al menos como tabú, ya que apenas se encuentran sus restos en los sitios agroceramistas, a pesar de que son una gran fuente grande de proteína.

De las serpientes, el majá de Santa María (*Epicrates angulifer*), nuestra boa, llamó la atención de los europeos: “Había y debe haber en aquella isla culebras admirables, gruesas como una gorda pier-



Fig. 9

Fig. 9 Vega de Tabaco (*Miscotiana tabacum*) en Viñales, Pinar del Río

Foto Tamara Gispert

Fig. 10



Fig. 10 Jutía Conga (*Cappromys pilorides*)

Foto Tamara Gispert

Fig. 11 Almiquí (*Solenodon cubanus*)

Foto Julio A. Genaro



Fig. 11

na de hombre, y muy grandes, todas de pintura pardas, muy torpes, que las pisaba el hombre, hechas roscas, y cuasi no lo sentían." (*Id.*:512)

También los quelonios cubanos estuvieron presentes en la dieta y en la mitología aborígen. Entre ellos se destacan la jicotea (*Pseudemys decussata* L.), la tortuga verde (*Chelonia mydas* L.) y la caguama (*Caretta caretta* L.). La explotación intensiva de las tortugas marinas comenzó desde el mismo momento de la conquista:

[...] por la banda o costa del Sur, como hay infinitas isletas, como dije llamarse Jardín de la Reina, y la mar hace mucho remanso entre ellas y la grande, críanse por allí tantas tortugas que no tienen número, cuya pesquería es admirable; las tortugas son tan grandes como una gran rodela, y aun como una adarga; pesa cada una, con la carne o pescado y manteca que tiene, comúnmente cuatro arrobas; que es un quintal. Es muy buena de comer y cosa muy sana; la manteca de ella es como enjundia de gallina, muy amarilla, que parece, derretida, como oro. Es buena para limpiar lepra y sarna y enfermedad semejante. [...] Desta manera se tomaban tantas tortugas, que a cada paso se podía hacer y se hacía una carnicería de tanta carne o lo que es, como se podría hacer de cien vacas [...] (Las Casas 1995, tomo II: 513)

Especial mención merecen las aves dentro de nuestra fauna, cuya composición exhibe 7 géneros, 25 especies y 60 subespecies endémicas, lo cual

también constituye un alto grado de exclusividad." (González 2002)

Los cronistas llamaron la atención sobre esta riqueza desde la misma llegada. Así, el Almirante se siente impresionado por la avifauna y expresa durante su Segundo Viaje por el sur de la isla: "[...] sobrevino una nubada de cuervos marinos, que cubrían la lumbre del sol; venían de hacia la mar y daban consigo en tierra de Cuba; lo mismo pasaban innumerables palomas y gaviotas, y de diversas especies, muchas aves." (Las Casas 1995, tomo I: 389)

El Padre Las Casas nos da el siguiente resumen: *Las aves que hay en aquella isla son muchas, como palomas y tórtolas y perdices naturales como las de España, pero son menores, y fuera de las pechugas, en lo demás tienen poca carne, y si no es en aquella isla, ni en esta Española, ni en otra destas islas, perdices no las hay. Lo mismo decimos de las grullas, que en sola Cuba se hallan, sino es en la tierra firme. [...] Hay inmensidad de muy graciosos papagayos muy verdes, y sólo tienen sobre el pico, en la frente, una poquita de pluma colorada, y en esto difieren de los desta isla Española, porque los desta aquello de sobre el pico es blanco o cuasi como pelado. [...] Hay unas aves que vuelan cuasi junto con el suelo, que los indios llaman biayas, la media sílaba luenga, que los indios corriendo las alcanzaban, y también con perros, si no me he olvidado, las cuales, cocidas, hacen el caldo como aza-*



Fig. 12

franado; son muy sabrosas y teníamos en lugar de faisanes. (Las Casas 1995, tomo II: 511-512)

Especial impresión causaron los flamencos (*Phoenicopterus ruber ruber*) con su plumaje rosado: Hay también otras aves que en ninguna parte destas Indias, islas ni tierra firme no se han hallado, a cuanto yo tengo entendido; éstas son unas aves de la misma forma y grandor de las grullas, las cuales al principio son blancas como una paloma bien blanca, y poco a poco se van haciendo coloradas, y al cabo ninguna pluma tienen que no sea muy colorada; cosa hermosa es de ver. [...] y es cosa de ver cuando se comienzan a colorar, que como siempre están 500 y 1.000 juntas, no parecen sino greyes de ovejas señaladas o almagradas; comúnmente no andan volando como las grullas, sino que siempre o casi siempre están en la mar, todas las zancas o piernas metidas en el agua salada, los pies en el suelo, que no les llegue a la pluma el agua, y esto es porque no se mantienen sino de la hierbas, o quizá de pescadillos que están dentro de la mar, y deben beber de la misma agua, porque los indios tomaban alguna dellas para tenerla en casa, el han de echar el caçabí o lo que les dan de comer en una vasija de agua, y en ella echalles un puño de sal. (Id.)

El grupo de las rapaces nocturnas encontró su lugar en las representaciones del arte aborigen cubano. Esto se debe seguramente a la belleza imponente de la ciguapa (*Asio stygius*), la blancura de la lechuza (*Tyto alba*), y los pequeños sijú platero (*Glaucidium situ*) y sijú cotunto (*Gymnoglaux laurencii*).

Los moluscos son otro grupo zoológico que en el archipiélago cubano tienen un alto grado de representación. Destacan entre ellos los grandes gasterópodos comestibles como el cobo (*Strombus gigas* L.), el quinconte (*Cassis tuberosa* L.) y el tritón (*Charonia*

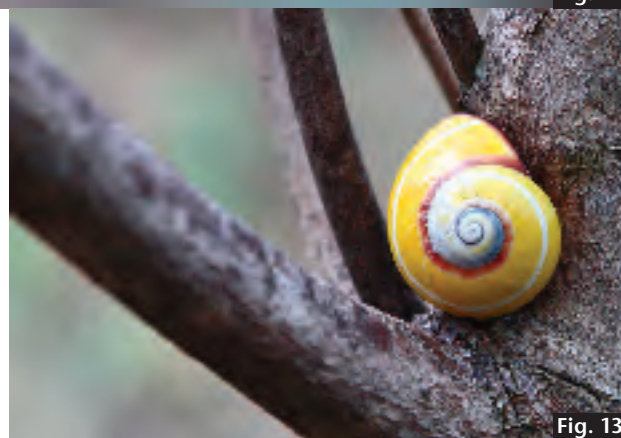


Fig. 13



Fig. 14

Fig. 12 y 13 Polimita (*Polymita picta*)

[Foto del autor]

Fig. 14 Polimita (*Polymita picta*)

Foto Tamara Gispert

Fig. 15 Mariposa (*Parides gundlachianus*)

[Foto del autor]

variegata Lam.). Otras especies marinas que fueron también ampliamente consumidas por nuestros aborígenes fueron la melongena (*Melongena melongena* L.), y la cigua (*Citarium pica*) de las cuales no solo sacaban alimento sino materias primas para su rica y variada artesanía e instrumental.

Entre los bivalvos marinos eran de particular importancia los ostiones (*Crassostrea rizophorae* Guild) y las bayas (*Isognomom alata* Gml.), asociados a los ecosistemas de manglar. Otra importante especie fue la codakia (*Codakia orbicularis* L.), de la cual extraían alimento y la utilizaban como raspador en las labores productivas relacionadas con el procesamiento de tubérculos.

Adornaban los bosques cubanos con sus vistosos colores los caracoles terrestres. El caso más conocido y llamativo es el de la polimita (*Polymita picta*), endémico de nuestro país, que exhibe combinaciones de colores tan brillantes que pueden ser consideradas verdaderas joyas malacológicas del mundo.

Algunos otros animales, de más modestas proporciones, constituyeron fuente de asombro para los primeros europeos. Los vistosos colores de los insectos, y su número, dejaron honda huella en aquellos hombres. Por ejemplo, solamente de mariposas diurnas se reportan en nuestro territorio cerca de 194 especies, muchas de ellas consideradas endémicas. (Alayo y Hernández 1987)

Desafortunadamente, tal vez nunca conoceremos la relación de nuestros aborígenes con estos animales, aunque alguna debió existir. En cambio, los conquistadores nos dejaron fantásticas descripciones como la que sigue, ocurrida durante el Segundo Viaje de Colón por los mares de nuestro sur: "Otro día vinieron a los navíos tan espesas las mariposas, que parecían espesar el aire; duraron

hasta la noche y las disipó un gran aguacero de agua." (Las Casas 1995, tomo I: 389)

No cabe duda que la riqueza pesquera de nuestro archipiélago es extremadamente amplia, y de sus numerosas especies nuestros aborígenes sacaron gran provecho, no solo para su alimentación, sino también para procurar materias primas útiles en la confección de sus herramientas y armas:

De pescado es aquella isla muy demasiadamente copiosa, y abundancia por ambas a dos costas o partes, lizas, mojarras de las de Castilla y sábalos muy grandes y agujas y otros muchos pescados; pero por la banda o costa del Sur, como hay infinitas isletas, como dije llamarse Jardín de la Reina, y la mar hace mucho remanso entre ellas y la grande, críanse por allí tantas tortugas que no tienen número, cuya pesquería es admirable. (Las Casas 1995, tomo II: 513)

Destacan entre nuestros peces por su valor nutricional y cantidad de biomasa, la cherna (*Epinephelus striatus*), el pargo (*Lutianus analis*), la rabirrubia (*Ocyurus chrysurus*) y la cubera (*Lutianus cyanopterus*). También los escualos forman parte importante en la regulación de nuestros ecosistemas marinos.

Toda esta rica y exuberante naturaleza sirvió de escenario a las sociedades indígenas cubanas. Su proceso de explotación fue un aprendizaje continuo para el hombre, y lo llevó al dominio de sus ciclos vitales, y al aprovechamiento intensivo y racional en su favor.

Cuando los europeos de la armada colombina pisaron nuestra tierra, ya el paisaje había sido domesticado hacía milenios. Ese mismo paisaje permitió que, una vez instaurado el sistema opresivo y cruel de la dominación colonial, sobrevivieran los últimos representantes de aquella cultura olvidada, refugiados en los más recónditos parajes.

Fig. 15







Capítulo 2

Las comunidades
tribales agroceramistas



Fig. 16

Ídolo de concha, Colección
Museo de Sitio Chorro de
Maíta, Holguín
[Foto del autor]

Fig. 16 Cráneo deformado,
Colección Museo Montané,
Universidad de La Habana
[Foto del autor]

LOS ANCESTROS TAÍNOS

La sociedad tribal agricultora en Las Antillas tuvo su origen en el continente sudamericano. A partir del 1 025 ANE¹ en el curso medio del río Orinoco, como resultado de los procesos de segmentación, y tal vez, de la presión ejercida por grupos de otros orígenes étnicos, una considerable corriente migratoria empujó a poblaciones aruacas desde el área conocida por Saladero hacia las zonas costeras y propició, eventualmente, en el 500 ANE, su salida al mar Caribe.

Estos grupos, identificados arqueológicamente con la serie cerámica *saladoide*, ya poseían el conocimiento del cultivo de la yuca amarga y toda una tradición de cultivos en la selva tropical. Por su parte, la cerámica *saladoide* se caracteriza por el uso de pigmentos blancos y anaranjados sobre rojo, en las paredes de las vasijas; siendo estas muy finas y de una excelente calidad.

A partir de el 500 ANE las poblaciones de la tradición *saladoide* entraban en las Antillas Menores moviéndose rápidamente de isla en isla hasta alcanzar, hacia el 400 ANE, Puerto Rico y el sur de La Española, donde por causas aún no del todo claras, se detiene el movimiento por más de 1 000 años. (Keegan 2000)

Otros investigadores también han planteado la posibilidad de migraciones de grupos no *saladoide*s. El descubrimiento en la década de 1970 en la isla de Vieques, Puerto Rico, de una serie de sitios poseedores de una cerámica peculiar y con fechados tempranos de alrededor del 350 ANE resulta una prueba bastante evidente. (Chanlatte y Narganes 1986) Según los arqueólogos, el sitio denominado La Hueca estaba relacionado con poblaciones portadoras de una tradición milena-

ria originaria de los Andes sudamericanos, cuyos elementos fundamentales estaban presentes para el 270 y el 320 DNE, en el río Guapo de la costa norte venezolana.

La cerámica *huecoide* se distingue por la ornamentación incisa rellena de pasta blanca, en ocasiones rosada, y el empleo de diseños entrecruzados realizados en seco antes de la cocción. Además, en los sitios está presente una delicada y abundante lapidaria con representaciones ornitomorfos y antropomorfos realizadas sobre piedras semipreciosas.

Este gradual proceso migratorio a través del medio insular caribeño va a provocar un cambio en los esquemas productivos de la selva tropical, transformándolos de manera radical. Es en La Española y Puerto Rico donde se va a producir la transformación total de estas primeras sociedades.

El investigador puertorriqueño Antonio Curet ha documentado, mediante la consideración de varias líneas de evidencia, este cambio esencial de la sociedad aborigen. El desarrollo de una nueva serie cerámica denominada *ostionoides*, a partir del 600 DNE, ha sido el indicador más evidente del desarrollo insular aruaco. Esta serie, considerada como de menor calidad y pobreza estética, ha sido relacionada por algunos autores como un retroceso social impuesto por las necesidades de adaptación al ambiente insular. No obstante, el trabajo de Curet ha evidenciado que es todo lo contrario, e importantes procesos de complejización social, económica y ritual se estaban dando en el seno de la sociedad. (Curet 1996:121)

A partir de los grupos *ostionoides* comienza la colonización extensiva de las Grandes Antillas y el

¹ Emplearemos en el texto la nomenclatura de ANE para señalar las fechas anteriores al año cero, es decir, "antes de nuestra era" y DNE equivalente a "de nuestra era", esto es, posterior al año cero. En el caso de AD se expresan los fechados radiocarbónicos calibrados.

establecimiento de sistemas productivos que generaron un rendimiento y efectividad superior.

El esquema normativo del investigador Irving Rouse, tradicionalmente manejado en la arqueología antillana² presupone que, a partir de la cerámica ostionioide, se desarrollaron las demás subseries cerámicas de la región. De esta manera, la costa norte de La Española se caracteriza por la existencia de cerámica ostionioide del 600 al 800 DNE; la cerámica de la subserie *meillacoide* surge en el centro y norte entre el 800 al 1200 DNE, y por último, aparece la subserie *chicoide* desde el 1 200 hasta el contacto europeo.

Sin embargo, los trabajos de Veloz Maggiolo en Punta Cana, al este de La Española, parecen cuestionar este esquema. (Veloz y Ortega 1995) La cerámica característica del sitio estudiado, con un fechado radiocarbónico entre el 340 y 830 DNE, presenta modelados e incisos que pudieran ser los precursores de la subserie *meillacoide-ostionioide*. Para explicar la presencia de esta cerámica en fechas tan tempranas, Maggiolo propone la ocurrencia de una migración de poblaciones diferentes desde el continente sudamericano.

Como una alternativa al modelo de desarrollo unilineal rousiano y a la nueva migración continental de Veloz Maggiolo, el norteamericano William Keegan ha planteado que la subserie *meillacoide* sería el resultado de la difusión de la tecnología cerámica entre los grupos no ceramistas antillanos de La Española. Este proceso de hibridación ya habría formalizado la subserie *meillacoide* para el 600 DNE entre los pueblos que ocupaban los valles centrales y la costa norte de la isla. (Keegan 2000:150) Lo cierto es que alrededor del 600 DNE pueblos que hacían cerámica de la subserie ostionioide se expandieron fuera de Puerto Rico y establecieron colonias en República Domi-



Fig. 18

nicana, Haití, Cuba, Turk y Caicos, y Las Bahamas. La rapidez con que se efectuó el desplazamiento sugiere asentamientos pequeños que en algunos casos interactuaron con los *meillacoide*. (*Id.*)

Durante el período ostionioide se van a producir todos los cambios trascendentales que posteriormente van a asumir las sociedades aborígenes agricultoras que encuentran los europeos del siglo XV. Se experimentan importantes cambios en las bases tecnológicas de la agricultura, con la introducción del cultivo en montones y los primeros experimentos de terraceo en los bordes de las pendientes. En general, el viejo patrón de la agricultura de selva tropical, o de roza y quema, será sustituido, aun cuando no se abandona completamente. Gracias a estas nuevas prácticas se obtuvieron importantes rendimientos agrícolas que permitieron la complejización de las estructuras sociales. Reflejo de ello, el espacio social cambia y se jerarquiza: los poblados se van a hacer más grandes y van a aparecer estructuras como las plazas ceremoniales. La comunidad incorpora una mayor ritualidad a su vida diaria y se desarrolla la artesanía de piedra en gran escala.

Todos estos antecedentes prepararon el camino para que, a partir del 1 200 DNE en la parte occidental de La Española, pueblos que practicaban la cerámica ostionioide se transformen y creen otro desarrollo regional, la subserie *chicoide*, que generalmente se asocia a los grupos taínos en el momento del descubrimiento.³ Su cerámica estaba caracterizada por el uso de decoraciones modeladas, incisas y punteadas, desapareciendo o siendo muy escaso el uso de la pintura roja. Sus diseños son muchas veces un laberinto de líneas, círculos, puntos y triángulos combinados de manera casi infinita.

Sin embargo, el asociar exclusivamente la cultura taína a las expresiones de la subserie cerámica *chicoide* trae aparejadas algunas dificultades. Una es que en ningún momento de la historia social an-



Fig. 17

² En el capítulo III dedicamos una reflexión a las deficiencias metodológicas de este esquema.

³ Además, en el capítulo III sometemos a debate el problema de la definición de lo taíno en nuestro país.

⁴ Para una discusión al respecto consultar: (Ulloa y Valcárcel 2002)

tillana las expresiones chicoides dominaron toda el área geográfica, por lo que, transferir esta equivalencia implicaría que lo que hallaron los europeos en Las Antillas Mayores no fue una “cultura taína”, sino al menos “varias de ellas”. Si aceptamos la equivalencia chicoide = taíno en todo caso, la cultura taína solo ocupó algunas zonas del ámbito insular.

Si esto es así, y otras expresiones culturales estaban conviviendo con lo chicoide en el momento del descubrimiento europeo, entonces esas otras expresiones culturales también serían de mucha importancia dentro de la historia antillana, por lo que el panorama de desarrollo lineal de la sociedad precolombina antillana es falso y la realidad es mucho más compleja. Por ejemplo, las sociedades meillacoides se mantuvieron vigentes hasta la conquista, y como evidencian los trabajos de Maggilo, jugaron un papel importantísimo en el mundo antiguo insular. (Veloz 1991)

Sea como fuere, lo cierto es que todos estos grupos humanos asimilaron las tradiciones anteriores y las recrearon en una síntesis extraordinaria que les permitió alcanzar complejos procesos de desarrollo que atestiguan la creatividad del hombre precolombino. Posteriormente, sobre estas sociedades se montaría toda la obra colonial en un



Fig. 17 Vasijas de tradición chicoide, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]

Fig. 18 Microcuentas de conchas, Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

Fig. 19 Vasijas de tradición meillacoides, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]



Fig. 19

grado mucho más importante de lo que hasta el día de hoy se ha considerado.

LAS SOCIEDADES TRIBALES AGRICULTORAS EN CUBA

Antes de continuar, debemos aclarar que estamos denominando comunidades tribales agricultoras en Cuba a aquellas que arribaron a nuestro territorio como resultado de procesos migratorios desde La Española, y posiblemente Puerto Rico, con los conocimientos del cultivo de plantas comestibles y la realización de cerámicas relacionadas con alguna de las subseries identificadas en la región. No consideramos la polémica acerca de la aparición, por invención o difusión, de la agricultura y la cerámica entre las sociedades de recolectores pescadores cazadores anteriores.⁴

La particular disposición de nuestro archipiélago tuvo una especial importancia en las estrategias migratorias de las comunidades aborígenes que se internaron en nuestro territorio. Una circunstancia especial los ayudaba: entre el extremo occidental de La Española y el oriental de Cuba existe contacto visual, esto ofrecía posibilidades muy seguras para los medios de navegación con que contaban. Así, para el siglo IX grupos de tradición ostionoides

parecen haber arribado por el sur del oriente, en la actual provincia de Santiago de Cuba.

Según las evidencias encontradas en los sitios El Paraíso (820 DNE) y en Playa Damajayabo (830 DNE), estos se han considerado como los puntos de arribo más tempranos de los agricultores tribales. No obstante, las nuevas técnicas y métodos de calibración de fechados radiocarbónicos permiten precisar un poco más estas fechas, y es muy posible que la entrada se haya producido, en el caso de Damajayabo, mucho antes, en el siglo VII (Cronología rectificada en la Tabla 1). Estos nuevos fechados indican una expansión en muy corto plazo de los elementos ostionoides, a partir de su surgimiento en el 600 AD.

También existen fechados tempranos para sitios de agricultores en la parte nororiental de Cuba que los relacionan con elementos de la subserie meillacoides. Las datas de estos sitios parecen indicar igualmente un rápido movimiento hacia Cuba de los mellacoides desde el norte de La Española

donde se habían establecido para el 775 y el 825 DNE. El sitio banense de Aguas Gordas, en sus estratos bajos, tiene fechados que lo ubican entre 782 AD y el 1252 AD.

Al parecer, estas poblaciones comenzaron un proceso de ocupación hacia el oeste de la isla a partir de su penetración en las costas orientales. Otras fechas tempranas se encuentran en los sitios Loma de Ochile (1 292 AD) en el oriente, El Convento (1 268 AD) en la zona central y el Morrillo, en la occidental (1 252 AD).

Además, expresiones de los grupos chicoides penetraron por el extremo oriental cubano en fe-

chas más tardías, aunque es difícil saber el momento de manera segura pues de ellos solo poseemos el fechado del sitio Laguna de Limones, en Maisí, de 1 310 DNE. Fechado que es problemático por la gran variación que presenta después de calibrado (1 050 AD hasta el 1 613 AD).

A la llegada de los conquistadores europeos, la población aborigen de Cuba tenía la mayor concentración en áreas de la zona oriental. La zona de Gibara-Mayarí-Banes-Holguín, los alrededores de Baracoa-Maisí, el Valle de Caujerí, la zona aleada a Cabo Cruz-Niquero-Manzanillo-Bayamo, y la porción oeste del Valle del Cauto, destacaron por su concentración de sitios agricultores. Hacia el occidente existían también importantes poblaciones ubicadas en el sur de las actuales provincias de Sancti Spíritus y Cienfuegos.

Tabla 1

Fechados radiocarbónicos calibrados de los sitios agricultores cubanos. Modificado de Pino (1995)

SITIO ARQUEOLÓGICO	MUNICIPIO / PROVINCIA	FECHADO C-14	CALIBRADO (2 GMA)	
Laguna de Limones	Maisí, Guantánamo	640 ± 120 BP	1310	1050 AD:1613 AD
Playa Damajayabo	Santiago de Cuba	1 120 ± 160 BP	830	639 AD:1222 AD
El Paraíso	Guamá, Santiago de Cuba	1 130 ± 150 BP	820	648 AD:1208 AD
El Guafe	Niquero, Granma	450 ± 35 BP	1 500	1410 AD:1610 AD
El Guafe	Niquero, Granma	690 ± 50 BP	1 260	1228 AD:1397 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	315 ± 45 BP	1 635	1464 AD:1654 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	375 ± 25 BP	1 575	1447 AD:1631 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	420 ± 45 BP	1 530	1418 AD:1631 AD
Ventas de Casanova	Contramaestre, Santiago de Cuba	475 ± 35 BP	1 475	1403 AD:1468 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	165 ± 60 BP	1 785	1651 AD:1894 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	485 ± 50 BP	1 465	1312 AD: 1614 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	575 ± 60 BP	1 375	1291 AD:1434 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	705 ± 65 BP	1 245	1212 AD:1404 AD
Aguas Gordas	Banes, Holguín	1 000 ± 105 BP	950	782 AD:1252 AD
Loma de La Campana	Banes, Holguín	490 ± 45 BP	1 460	1318 AD:1476 AD
Loma de La Campana	Banes, Holguín	505 ± 40 BP	1 445	1320 AD:1452 AD
Loma de La Campana	Banes, Holguín	600 ± 55 BP	1 350	1286 AD:1420 AD
Potrero del Mango	Rafael Freire, Holguín	810 ± 80 BP	1 140	1030 AD:1377 AD
Barajagua	Cueto, Holguín	590 ± 100 BP	1 360	1219 AD:1610 AD
Esterito	Banes, Holguín	500 ± 100 BP	1 450	1285 AD:1634 AD
Esterito	Banes, Holguín	550 ± 150 BP	1 400	1158 AD:1796 AD
Loma de La Forestal	Holguín	970 ± 100 BP	980	882 AD:1266 AD
Loma de Ochile	Holguín	620 ± 30 BP	1 330	1292 AD:1399 AD
Loma de Ochile	Holguín	660 ± 35 BP	1 290	1276 AD:1394 AD
Loma de Ochile	Holguín	690 ± 50 BP	1 260	1228 AD:1397 AD
Loma de Ochile	Holguín	770 ± 35 BP	1 180	1210 AD:1287 AD
Loma de Ochile	Holguín	880 ± 40 BP	1 070	1035 AD:1251 AD
El Convento	Cienfuegos	665 ± 50 BP	1 285	1268 AD:1400 AD
El Morrillo	Matanzas	590 ± 90 BP	1 360	1252 AD:1471 AD

EL HOMBRE AGRICULTOR

¿Cómo era el aspecto físico de nuestros aborígenes? Múltiples descripciones nos legaron los cronistas sobre este particular. Enfrentados a un mundo totalmente desconocido, algunos juzgan a los pobladores de las islas como salvajes incivilizados debido a su desnudez y hábitos. Veamos algunas de esas descripciones.

La primera es la que hace el Almirante a su llegada:

Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y tambien las mugeres, aunque no vide más de una, farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras; los cabellos, gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, é cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detras, que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de color de los canarios, ni negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solo los ojos, y dellos solo el nariz. [...] Ellos todos á una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos [...] (Fernández de Navarrete 1999:19)

El doctor Diego Álvarez Chanca, durante el segundo viaje de Colón, escribe al Cabildo de Sevilla una famosa relación donde incluye la siguiente descripción:

Toda esta gente, como dicho tengo, andan como nacieron, salvo las mugeres de esta isla traen cubiertas sus vergüenzas, dellas con ropa de algodón, que les ciñen las caderas; otras, con yerbas é fojas de árboles. Sus galas dellos é dellas es pintarse, unos de negro, otros de blanco é colorado, de tantos visajes que en verlos es bien cosa de reir; las cabezas rapadas en logares, é en logares con vedijas de tantas maneras que no se podria escribir. En conclusión, que todo lo que allá en nuestra España quieren hacer en la cabeza de un loco, acá el mejor dellos vos lo terná en mucha merced. (Id.:187)

El uso de la pintura corporal era un elemento necesario, pues, según el Padre Las Casas, además de razones estéticas, “[le usaban] por se defender del sol y porque con aquellas colores se les paraban las carnes muy tiesas y no se cansaban tan presto en los trabajos”. (Las Casas 1995, tomo I: 276) También la apariencia era un importante componente cuando iban a encuentros de carácter bélico.

El marinero saonés, Miguel de Cúneo, durante el segundo viaje colombino, nos precisa:

[...] los hombres de uno y otro sexo son de color aceituado, como los de Canarias; tienen la cabeza aplastada y la cara atartarada; son de pequeña estatura; por lo común, tienen muy poca barba y bellísimas piernas, y tienen la piel dura. Las mujeres tienen los senos muy redondos y duros. Bien hechos. Las cuales, por lo común, después de haber parido, llevan enseguida a los hijos al agua para lavarlos y para lavarse a sí mismas, ni se les arruga el vientre por causa del parto, sino que lo tienen siempre tieso, y así los senos. (Portuondo 1977: 37)

La observación de la forma de la cabeza que ofrece el marino Cúneo ha sido interpretada como la confirmación etnográfica de la práctica de la deformación craneal fronto-occipital tabular-oblicua que a nivel arqueológico exhiben los enterramientos humanos de estas sociedades. Esta práctica era común entre los agricultores ceramistas y se producía en los primeros años de vida, cuando los huesos craneales conservaban la movilidad. Mediante tablillas envueltas en algodón se ejercía presión sobre el cráneo de los niños hasta que este quedaba deformado. Esta característica a veces puede ser reconocida en algunas de sus creaciones artísticas.

En tanto, la cara “atartarada”, es decir, como de tártaros asiáticos, alude claramente a los rasgos mongoloides de las razas indígenas americanas.

Los estudios de antropología física han permitido acercarnos mucho más al aspecto de nuestros primitivos pobladores. En los estudios hechos en materiales óseos del cementerio Chorro de Maíta pertenecientes a 108 individuos, se pudo determinar que la estatura promedio de las mujeres era de 147,6 cm siendo la de los hombres de 158,6 cm. (Rodríguez Arce 2003: 86) Es curiosa la aparición de un verdadero “gigante” entre los enterramientos de este importante sitio: el esqueleto no. 25 poseía una estatura de 176 cm, y las huellas de fuertes inserciones musculares en los huesos denotan un carácter fornido y robusto en este singular individuo. (Guarch 1994:15)

Sin duda, el físico corporal era engalanado por diversos aditamentos. Colón señala “algunos dellos con penachos en la cabeza y otras plumas [...]”, (Fernández de Navarrete 1999:248) además, usaban aretes, collares, colgantes, y textiles elabora-



Fig. 20

dos en algodón y otras fibras, como más adelante mencionamos. El marino Miguel de Cúneo dice: “Fuimos entonces a tierra y les ofrecimos nuestras cosas, y entre otras, unos pendientes, los cuales aceptaron mejor que todas las demás, en seguida se los colgaron a las orejas y a la nariz; las cuales orejas y la nariz, o sea el tabique, todos, hombres y mujeres, los tienen agujereados para eso mismo.” (Portuondo 1977:45)

Algunas curiosas costumbres nos llegan por parte de los cronistas, por ejemplo la forma de saludarse, “[...] y les ponían las manos en la ca-

beza, que era señal de amistad y gran reverencia, y, cuando esto hacían, estaban todos temblando, hasta que los cristianos del todo les aseguraron.” (Las Casas 1995, tomo I: 259) También era común entre ellos la permanencia durante largos períodos de tiempo sentados en cuclillas.

Los cronistas, al parecer, reconocieron una uniformidad en cuanto al lenguaje hablado por las sociedades tribales agricultoras de Cuba. Supuestamente, este constituía una derivación de la gran familia lingüística aruaca continental y los lingüistas prefieren denominar a la variante antillana como aruaco insular. (Bernal 1991) Colón, por su parte, nota que: “No hay en todas estas islas diversidad alguna en la fisonomía, en las costumbres ó lengua, antes bien, todos se entienden recíprocamente [...]” (Fernández de Navarrete 1999:162) No obstante, en otro documento el Almirante reconoce: “[...] es verdad que como esta gente platican poco los de la una Isla con los de la otra, en las lenguas hay alguna diferencia entre ellos, según están más cerca ó más lejos [...]”. (Id.:197) En el próximo capítulo discutiremos cómo la homogeneidad cultural antillana es solo una ficción y que, a pesar de la evidencia lingüística general, sí existían otras convenientemente disimuladas por el conquistador.

EL ESPACIO HABITACIONAL ABORIGEN

Los poblados aborígenes se distribuían por todo el territorio, y aunque generalmente se ubicaban cercanos a cursos de agua, en algunas ocasiones el dominio del medio permitió ocupar terrenos secos como es el caso de las mesetas cársicas de Maisí, en el extremo oriental. En general, los poblados se distribuyen por casi todos los ambientes naturales encontrados en la isla. Son reportados sitios tanto en el sur semidesértico del oriente, como en los paisajes boscosos que rodean a Baracoa; en las zonas bajas al norte de la actual Ciego de Ávila; en los valles fértiles de Guantánamo y Holguín; así como, en los ambientes costeros del centrosur del país.

Las casas consistían en grandes construcciones de carácter comunal, de planta circular, denominadas *caneyes*. Colón se maravilla de estas construcciones y nos deja escrito, en su *Diario de Navegación* el 29 de octubre de 1492, a la altura de Gibara, no solo la descripción de las casas sino también de su ambiente:

Las casas diz que eran ya mas hermosas que las que habian visto, y creía que cuanto más se allegase á la tierra firme serian mejores. Eran hechas á manera de alfaneques, muy grandes, y parecian tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá, y dentro muy barridas y limpias, y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramas de palma muy hermosas. Hallaron muchas estatuas de figuras de mujeres, y muchas cabezas en manera de caratona muy bien labradas. No sé si esto tienen por hermosura o adoran en ellas. Había perros que jamás ladraron: había avecitas salvajes mansas por sus casas, había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar. (Fernández de Navarrete 1999: 38)

Más adelante, en Baracoa, va a ver: “[...] una casa hermosa, no muy grande, y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabria decir, y colgado al cielo della caracoles y otras cosas. Yo pensé que era templo [...] dijeron que no, y subió uno dellos arriba

y me daba todo cuanto allí habia, y dello tomé algo. (Id.: 68)

El proceso de construcción de las casas involucraba una labor colectiva de mucha importancia y movilizaba una gran cantidad de recursos en su construcción. El otro gran Cronista de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, nos legó una descripción del proceso:

Hincaban unos postes a la redonda de buena madera, y de la grosera (cada uno) conveniente, y en circuyto á quatro pasos a cinco passos el de un poste del otro, ó en el espacio que querían que óbviese de poste á poste: é sobre ellos, después de hincados en tierra, por encima de las cabezas, en lo alto pónenles sus soleras é sobre aquellas ponen en torno la vararon (que es la templadura para la cubierta); las cabezas ó grueso de las varas sobre las soleras que es dicho, é lo delgado para arriba, donde todas las puntas de varas se juntan é resumen en punta, á manera de pabellón. E sobre las varas ponen de través cañas, ó latas de palmo á palmo (ó menos), de dos en dos (ó sencillas), é sobre aquesto cubren de paja delgada é luenga: otros cubren con hojas de bihaos: otros con hojas de palma y también con otras cosas. En la baxe, en lugar de paredes desde la solera á tierra, de poste á poste, ponen cañas hincadas en tierra, someras é tan juntas, como los dedos de la mano juntos; é una á par de otra hacen pared, é atanlas bien con bexucos que son unas venas ó correas redondas que se crían revueltas a los árboles (y también colgando dellas) como la correhuela: Los quales bexucos son muy buena atadura, porque son flexibles é tasables, é no se pudren, é sirven de clavaçon e ligaçon en lugar de cuerdas y de clavos para atar un madero con otro é atar las cañas assi mismo. El buhio ó casa de tal manera fecho llamase caney. (Fernández de Oviedo 1853:163)

Respecto a la forma de las casas, el cronista Oviedo menciona, además del caney, la existencia de construcciones de planta rectangular o bohíos donde moraban personajes importantes de la tribu. Autores como Lovén cuestionan esta afirmación del cronista atribuyéndola a que Oviedo llegó a Las Antillas en fechas muy avanzadas de la colonización cuando ya la arquitectura indígena estaba influenciada por los criterios europeos. (Lovén 1935) La evidencia arqueológica tiende a confirmar esta suposición pues hasta la fecha no ha podido ser identificada una construcción rectangular correspondiente al momento precolombino. (Versteeg y Schinkel 1992)

Tradicionalmente se ha pensado que los montículos residuarios presentes en los sitios de sociedades agricultoras son el equivalente a las plantas

de las casas, pero el resultado de las últimas investigaciones en el área caribeña demuestra que esta visión no se puede seguir sosteniendo. La correcta delimitación de lo que constituye un basurero y de lo que es una superficie natural o un piso de ocupación, es un elemento metodológico obligatorio en el trabajo arqueológico para establecer la verdadera estructura del espacio social. (Siegel 1989)

Desgraciadamente, en nuestro país las metodologías y procedimientos de excavación empleados son inadecuados para dar solución a este interesante problema. En la última década, solamente el excepcional sitio Los Buchillones ha podido mostrar a través de sus evidencias, la conformación de una parte de un poblado aborigen.

En las jornadas de campo de 1998, el equipo investigador logró identificar muy bien la existencia de una casa de planta circular de unos 12 m de diámetro y gran parte de su ajuar. (Jardines y Calvera 1999) Estos hallazgos se han seguido sucediendo, y en la actualidad el sitio constituye una verdadera joya del patrimonio arqueológico antillano.

En relación a las dimensiones y capacidad de las viviendas aborígenes los cronistas difieren en sus escritos. Las Casas comunica que estas tenían entre 9 y 12 m de diámetro, y Anglería apunta un rango entre 26 y 32 m para las casas de la élite. Para el padre dominico en cada casa vivían entre 10 y 15 vecinos con sus esposas e hijos, mientras el fraile Pané reporta, para otro caso de élite, de 16 a 17 personas. (Curet 1992)

El investigador puertorriqueño Antonio Curet ha documentado cronológicamente un cambio en las dimensiones del espacio doméstico a través de los diferentes períodos de desarrollo cultural en Puerto Rico, donde las unidades domésticas parecen disminuir su tamaño desde las ocupaciones saladoides (300 DNE-600 DNE) hasta hacerse más pequeñas en las chicoides (1 200 DNE). Este autor sugiere que el proceso refleja el tránsito de



Fig. 21

Fig. 20 Postes sumergidos, Los Buchillones, Ciego de Ávila.

Fig. 21 Réplica de un caney, Chorro de Maíta, Holguín

Foto Tamara Gispert



Fig. 22

Fig. 22 Excavación y bandeja de madera del sitio Los Buchillones, Ciego de Ávila

[Foto del autor]

Fig. 23 Excavaciones en Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

familias extensas a familias nucleares, que a su vez se relaciona con cambios en el patrón de asentamiento, la dieta, los diseños cerámicos, el surgimiento de espacios públicos ceremoniales, y posiblemente, el establecimiento de formas cacicales de organización. (*Id.*)

Es perfectamente posible que también en el suelo cubano estos cambios se estuvieran dando; en el futuro la investigación arqueológica deberá proponerse su documentación.

La composición de las aldeas o *yucayeques* indígenas se revela en las crónicas como un elemento variable. En ocasiones se reportan conjuntos habitacionales de hasta 50 casas y 1 000 vecinos, tales como los que vieron Rodrigo de Jeréz y Luis de Torres en el interior de la isla durante el primer viaje de Colón; otras veces aparecen simples casas comunales dispersas en el espacio. A nivel arqueológico es perfectamente observable esta distribución. En el Valle de Caujerí encontramos el sitio de Guaibanó⁵ con cerca

de 1 000 metros continuos de residuarios arqueológicos, lo que denota la existencia de una gran población, en tanto, unos kilómetros más hacia el este, se reportan sitios como El Lindero con solo dos montículos residuarios de pequeñas proporciones en medio de una gran superficie de terreno no ocupado en tiempos precolombinos.

También se reporta en las crónicas la existencia de pequeños campamentos que eran destinados a la pesca o realización de otras actividades temporales: *Fueron y volvieron sin haber topado alguna gente ni casa, sino cabañuelas como ranchos, y lugares donde se habían hecho muchos fuegos, y los caminos muy anchos, indicios, en fin, de mucha gente; esto debía ser que venían a pescar a la mar, de sus poblaciones, y como duermen en el suelo andan desnudos siempre, hacen, cada dos o tres indios, un gran fuego y cenan y duermen alrededor de él.* (Las Casas 1995, tomo I: 256)

En Cuba existían, al parecer, algunos poblados con características palafíticas como es el caso de Carahate, “un pueblo que estaba en la ribera de la mar del Norte y dentro las casas sobre horcones en el agua [...]” (Las Casas 1995, tomo II: 541)

Un importante cambio observado en el espacio habitacional es el referido a la existencia de estructuras más complejas asociadas al desarrollo de rituales y ceremonias. Las conocidas plazas ceremoniales, presentes desde el siglo IX DNE en los sitios ostionoides de Puerto Rico y La Española, llegan a Cuba en fechas más tardías. El único fechado que puede ser asociado con relativa seguridad a estas manifestaciones en nuestro país es alrededor del 1 310 DNE en el sitio Laguna de Limones, vinculado a expresiones cerámicas chicoides por varios autores. (Tabío y Rey 1979; Guarch 1978) Hasta el momento, la existencia de las plazas ceremoniales ha estado circunscrita al extremo oriental de la isla, en el actual municipio de Maisí.

La primera conocida se ubica en el sitio de Pueblo Viejo, y fue reportada por Miguel Rodríguez Ferrer en 1847. Las restantes fueron dadas a conocer por el arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington entre 1915 y 1919, son: Monte Cristo, Laguna de Limones y San Lucas. En la actualidad solo se conservan las dos últimas, y la de Pueblo Viejo se encuentra en peligro de desaparición.

Las características de las plazas cubanas son únicas en el Caribe Insular. En Puerto Rico la delimitación de las plazas se efectuó mediante alineaciones de lajas rocosas en posición vertical, en

⁵ Este sitio está considerado como el de mayores dimensiones de la sociedad tribal agricultora en Cuba.

tanto, encontramos en La Española ese mismo método y además, el de su sustitución por pequeños muros o camellones de tierra apisonada. En Cuba las plazas reportadas exclusivamente se delimitaron por muros de tierra. Otra de sus características distintivas es su forma rectangular.

Por sus dimensiones, las plazas ceremoniales de Pueblo Viejo y Laguna de Limones pueden ser consideradas, de acuerdo con E. Ricardo Alegría, como las más grandes obras de tipo rectangular en todo el Caribe Insular. (Alegría 1983: 151) Aclaremos que esto ocurre si se consideran individualmente ya que existen sitios que presentan más de una plaza ceremonial, como el caso de Tibes en Puerto Rico, que presenta un total de 9 plazas. (Curet 2002)

Las dimensiones de las plazas de Pueblo Viejo, según Guarch, son de 250 m por 135 m y de Laguna de Limones es aproximadamente de 169 m por 87 m. (Guarch 1978; Torres 2006a)

No es posible, de acuerdo a los resultados de las últimas investigaciones, seguir negando la magnitud de estas primitivas obras arquitectónicas de Cuba, como Tabío y Rey plantearan: "los recintos ceremoniales cubanos se limitan a simples cercados térreos que apenas pueden compararse con las estructuras en piedra típicas de las otras Antillas Mayores". (Tabío y Rey 1979: 202) La evidencia es contundente al respecto.

Una observación efectuada por un campesino en el sitio Laguna de Limones, llevó a José Manuel Guarch a enunciar la hipótesis de que la plaza ceremonial del lugar funcionara como una obra de carácter hidráulico, que captaba agua pluvial y la direccionaba hacia una pequeña laguna ubicada unos metros al este de la antigua aldea. Esta posibilidad ha sido manejada en muchas bibliografías (Domínguez, Febles y Rives 1994; Tabío 1989; Moreira 1999) pero nunca demostrada. Investigaciones realizadas a partir del año 2001 en el sitio, demostraron que no existe una base sólida para atribuir un carácter de obra hidráulica a la plaza ceremonial de Laguna de Limones. Los modelos topográficos desarrollados demostraron que era innecesaria la realización de una obra de esas dimensiones para captar agua pluvial, cuando todo el entorno constituye una superficie de captación de mayores dimensiones. La abertura que se presenta en la esquina sureste de la plaza coincide con el declive interno de la superficie de la misma, y por tanto, debió ser la solución constructiva abori-

gen para evitar la acumulación de agua de lluvia y facilitar su evacuación del área ceremonial.

Tal vez, el aspecto más importante de las plazas ceremoniales cubanas es aquel que las relaciona con el desarrollo de fuertes procesos de complejización social y el establecimiento de relaciones mucho más sólidas de territorialidad tribal que deberán ser objeto de estudios futuros. A las plazas hay que entenderlas en su escala regional y no como entidades separadas del espacio físico y social del que fueron producto. No obstante, esta sigue constituyendo una manifestación exclusiva del extremo oriental cubano.

Otros espacios que pudieron tener la misma significación en el marco de la complejización de la sociedad tribal agricultora fue la existencia de áreas funerarias extensas localizadas. Entre ellas, la más importante parece ser el cementerio de Chorro de Maíta en la región indígena de Banes, provincia de Holguín. En este sitio, a pesar de existir numerosas cavernas, parece haberse efectuado un uso reiterado del espacio como cementerio al aire libre por más de 400 años. (Valcárcel y Rodríguez 2003) Las investigaciones han identificado posibles procesos de diferenciación social inferidos a partir de las diferencias existentes en la parafernalia acompañante de los entierros.

Sin dudas, todas estas características del uso del espacio socialmente transformado estarían condicionadas por los diversos ritmos alcanzados en el desarrollo de las fuerzas productivas y el incremento de la productividad del trabajo. Sobre una base productiva perfectamente engranada al ambiente,



Fig. 23

gracias a un proceso centenario de aprendizaje, se erigió el desarrollo de las sociedades tribales que ter-

minó por generar formas sociales, que apenas hoy empezamos a comprender en toda su magnitud.

LAS BASES PRODUCTIVAS AGRÍCOLAS DE LA SOCIEDAD TRIBAL

Las sociedades tribales agricultoras en Cuba, como en el resto del Caribe Insular, basaron su economía en el complejo de la yuca amarga (*Manihot esculenta* Crantz), aunque para nada quiere esto decir que solamente dependieran de este cultivo para su subsistencia, tal y como a veces se entiende en algunos textos. En realidad, estas sociedades habían aprendido a desarrollar un concepto productivo que hoy se equipararía con el de "seguridad alimentaria", a través de la combinación de cultivos diversos y de diferentes ciclos con otras actividades como la caza, la recolección y la pesca, esta última de evidente importancia en un ambiente insular como el cubano.

Como bien notó el doctor Chanca durante el segundo viaje colombino:

El mantenimiento suyo es pan hecho de raíces de una yerba que es entre árbol é yerba, é el age, de que ya tengo dicho que es como nabos, que es muy buen mantenimiento; tienen por especia, por lo adobar, una especia que se llama agí, con la cual comen también el pescado, como aves cuando las pueden haber, que hay infinitas de muchas maneras. Tienes otrosí unos granos como avellanas, muy buenos de comer. Comen cuantas culebras é lagartos é arañas é gusanos se hallan por el suelo; así, que me parece es mayor su bestialidad que ninguna bestia del mundo. (Fernández de Navarrete 1999:188)

Acerca de nuestro país el Padre Bartolomé de Las Casas expresó: "Allende de todo lo dicho, cuanto al pan caçabí, hallamos aquella isla llena de aquellas sus labranzas, y nunca se ha hallado tierra en estas Indias, que en abundancia de comida y de las cosas necesarias le hiciese ventaja." (Las Casas 1995 tomo II: 513)

Entre las técnicas de cultivo empleadas se encontraban: a) la roza y quema, b) la siembra en jagüeyes, o cultivo en las oquedades cársicas, c) el montón agrícola, d) las acequias, o uso de canales de riego, e) el cultivo de várzea, o márgenes de inundación de ríos, y f) las terrazas de cultivo. Hasta el momento, las tres primeras técnicas han sido identificadas en nuestro país, siendo el caso de las terrazas un tema de investigación actual.

El complejo de la yuca amarga involucraba una serie de procesos de trabajo determinado, a través de los cuales la comunidad aborigen se relacionaba con el medio y entre sí. En la cumbre de las técnicas agrícolas aborígenes se encontraba el sistema de cultivo en montones, una innovación antillana que sustituía al ancestral sistema de roza de selva tropical, y era compatible con el nuevo ambiente insular donde los suelos no tenían el mismo ritmo de degradación.

El conuco o campo de cultivo era preparado erigiendo unos montones de tierra "y esto es alzar de la tierra que cavan cuatro palmos en alto y doce pies en cuadro" (Las Casas 1995, tomo II: 250)

En opinión de los agrónomos, este sistema permitía una penetración del agua y del aire más profunda, evita la erosión y compactación del suelo, y concentra los nutrientes, independientemente de que los agricultores precolombinos fertilizaban los montones con restos orgánicos.

Por esto, una vez plantados los esquejes de yuca en los montones, se debían desyerbar al menos dos veces dentro del primer año, hasta que las plantas de yuca cobraran la fuerza suficiente. Los conucos tenían además la función de ser un almacén vivo de los productos agrarios, y este es un hecho que



Fig. 24

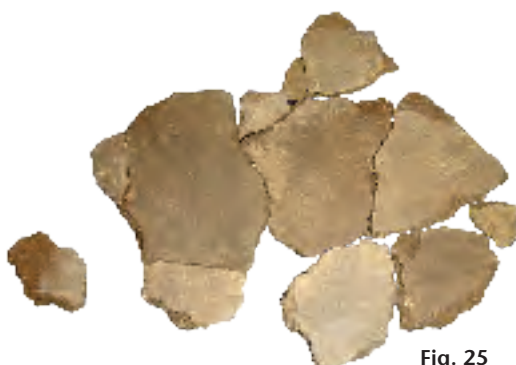


Fig. 25

Fig. 24 Burén hallado en el sitio El Yayal, Colección Museo Provincial de Holguín

[Foto del autor]

Fig. 25 Fragmentos de burén recuperados en Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

permitía disponer de una gran cantidad de alimento como reserva y medio de intercambio. La cosecha estaba lista a los 12 meses de plantada, aunque era ideal al año y medio, pudiendo estar bajo tierra hasta los 3 años sin afectarse.

Según los datos documentales, las plantaciones de montones a veces alcanzaban cifras elevadísimas. El Adelantado Diego Velázquez, menciona que había hecho trabajar a los indígenas de la provincia de Maisí, en la conformación y siembra de 4 000 y 50 000 montones agrícolas. (Pichardo Viñals 1965: 75)

El historiador Francisco Moscoso en su detallado estudio sobre la agricultura aborígen, (Moscoso 1999) ha estimado la existencia evidente de un excedente en la producción de yuca partiendo de las cifras dadas por los cronistas. Su cálculo arroja que se podían obtener hasta 2 arrobas mensuales de yuca por habitante, lo que satisfacía grandemente la demanda social.

Según este autor, se cultivaban: “[...] seis géneros de yuca, que distinguían por las hojas u otros rasgos de las plantas, la calidad de su fruto y la productividad. [...] La existencia de variedades significa que ha habido experimentación y cuidadosa experiencia de cultivo.” (Pichardo Viñals 1965: 107)

El destino final para el cultivo de la yuca era la elaboración del pan de casabe, elemento fundamental de la dieta aborígen. El proceso era muy laborioso e incluía las siguientes fases y medios de trabajo:

1. Se cosechan los tubérculos después del año de sembrado, utilizando palos cavadores o coas.
2. Se trasladan los tubérculos hasta lugares especializados de la aldea en cestas o montones atados con cuerdas.
3. Se raspa la corteza hasta eliminarla con el uso de conchas de bivalvos.
4. Se rayan los tubérculos en los rayadores o guayos.



Fig. 26



Fig. 26 Asa sonajero

Foto Tamara Gispert

Fig. 27 Hacha petaloide

enmangada, Los Buchillones, Ciego de Ávila

[Foto del autor]

5. Se pone a reposar la rayadura de yuca en recipientes cubiertos con hojas por 24 horas.

6. Se exprime la rayadura en grandes mangas hechas de fibras vegetales, llamadas cibucán, a las que se aplicaba un peso; de esta forma era extraído el jugo venenoso de la yuca amarga.

7. Se coce la harina de yuca en grandes tortas de barro cocido o burenes durante 15 minutos por cada lado.

8. Se secan las tortas de casabe por tres horas al sol.

9. Se almacenan y/o consumen.

Como podemos observar, en todo el proceso intervenían una cantidad considerable de instrumentos y medios de trabajo. Este complejo productivo es reconocido arqueológicamente por la presencia de los fragmentos de burén en los sitios arqueológicos, ya que por las condiciones ambientales tropicales, el resto de los elementos orgánicos participantes en el proceso tienden a desaparecer del registro. La aparición de burenes con profundos diseños incisos en su superficie de cocción ha llevado a pensar en la confección de tortas de casabe con características especiales para ser consumidas por las élites tribales.

Recientes investigaciones han esclarecido un poco más la fase de cocido de la torta de casabe sobre el burén. Comúnmente, y tal como se hace en la actualidad, se piensa que el burén era colocado sobre las llamas de un fogón y en la superficie opuesta se producía la cocción; sin embargo, el estudio de una muestra de más de 200 fragmentos de burenes de casi todo el país, arrojó como resultado que era poco probable que la operación se efectuara de esa manera. La razón fundamental es que el grosor del instrumento no permitiría una conducción del calor eficiente. Los investigadores no encontraron restos de carbón en la parte inferior de los burenes, donde directamente se recibían las llamas del fuego, y por el contrario, en el 70 % de los fragmentos estudiados de la superficie de cocción, sí existían restos. (Juoravleva y La Rosa 2003:77) La conclusión del trabajo es que posiblemente nuestros aborígenes calentaban prime-



Fig. 27

ramente la superficie alisada del burén al fuego y luego lo volteaban para cocinar la torta del casabe utilizando el calor residual.

Como dijimos al principio, si bien la tecnología del cultivo de la yuca amarga fue de primordial importancia para la sociedad tribal antillana, la producción no se limitaba a este cultivo, sino que la explotación de los recursos era realizada de una forma balanceada.

Otros importantes cultígenos como el boniato (*Ipomoea batatas*) y la malanga (*Xanthosoma sagittaeifolium*) eran también sembrados con la técnica del montón agrícola. Según las fuentes documentales, el boniato se cosechaba entre 3 y 5 meses después de su siembra, y de él existían cinco variedades llamadas *aniguamar*, *atibiuneix*, *guaraca*, *guacaraica* y *guanagax*. (Moscoso 1999: 111)

Algunos recursos vegetales no eran precisamente cultivados sino que crecían silvestres en el territorio cercano a los poblados. Tal es el caso de las zamias (*Zamia sp.*), cuyo nombre aborígen es *guáyiga*, y que abunda en el oriente del país. Una considerable fuente de nutrientes se obtenía a través del procesamiento de la masa de su tubérculo: [...] *elaboraban unos bollos redondos 'tan grandes como una bola', que tostaban al sol de uno a tres días, para luego obtener un pan de tortillas cocinadas en los burenes. Según Las Casas, los bollos de masa blanca 'se hinchan de gusanos como si fuese carne podrida (quedan como de color morado)', y las frien en 'cazuelas de barro que tienen ya sobre una piedras' [...] los gusanos quedan ahí fritos (Id.)*

También el cultivo del maní (*Arachis hypogaea* L.) era fuente segura de proteínas. Este cultivo ha sido identificado arqueológicamente en el sitio Birama,

ubicado en la región centro sur de Cuba. (Delgado, Angelbello y Silva 2000)

Entre las gramíneas la más importante fue el maíz (*Zea mays*). Aunque no tuvo el preponderante papel que jugó en el continente, no cabe duda de que fue cultivado y consumido en las islas antillanas. Este cultivo requería mucho más esfuerzo y preparación, por lo que su grano era muypreciado.

Ante la escasa aparición de evidencias a nivel arqueológico, autores como Newsom y Deegan han planteado la posibilidad de que su consumo fuera restringido a individuos de élite y tal vez, a contextos rituales. (Lee A. Newsom y Kathleen Deegan 1994: 215)

No obstante, al parecer esta falta de información responde más bien a la ineficiencia de los métodos empleados hasta ahora en la recuperación de evidencias. Los estudios conducidos por el doctor Roberto Rodríguez de la Universidad de La Habana, y el doctor Jaime Pagán de Puerto Rico han desarrollado una nueva técnica para la recuperación de microscópicos gránulos de almidón, presentes en los intersticios de los implementos aborígenes. Gracias a este nuevo procedimiento se ha podido identificar la existencia de maíz en materiales relacionados con sitios agricultores de nuestro país. (Rodríguez y Pagán 2004) Además, se ha determinado la existencia de frijoles (*Phaseolus vulgaris*) y de otros tubérculos; todos estos cultivos complementados por una gran cantidad de frutales que la naturaleza cubana brindaba pródigamente en sus bosques, como mencionamos en el primer capítulo.

Antes de proseguir conviene agregar un comentario sobre la importancia que se ha otorgado al burén como indicador de la agricultura de la yuca, uno de los mitos que se han sostenido y repetido por mucho tiempo en la literatura arqueológica. De esta manera, la aparición del burén en un sitio arqueológico es indicador automático del cultivo de la yuca, y su disminución indica abandono de prácticas agrícolas. Por ejemplo, el arqueólogo Ernesto Tabío durante sus investigaciones en el sitio Laguna de Limones en la década de 1960, observó una disminución del número de fragmentos de burenes en las excavaciones, lo que le remitió directamente a proponer una disminución de la producción agrícola en general y una orientación hacia los recursos de la recolección y pesca marinas. Posteriormente precisó más esta idea:

La zona de Maisí se caracteriza porque sus factores ecológicos terrestres no son los más apropiados para

Fig. 28 Buril lítico, Patana
Abajo, Maisí, Guantánamo
[Foto del autor]



un rápido desarrollo de poblados aborígenes, pues se trata de zonas de poca feracidad con presencia de plantas xerófi-

las. Con escasa posibilidad de alimentación por vía de la producción recolectora y aún menos por medio de las actividades agrícolas. [...] En aquella época no nos dimos cuenta, a pesar de las evidencias de los restos alimentarios basados en la 'cosecha del mar', de la correcta explicación de lo que allí veíamos. Es decir, es muy probable que allí los aborígenes habían utilizado el sistema de roza atenuado. (Tabío 1989:67)

Esta opinión la han asumido otros investigadores. (Guarch 1978; Domínguez, Febles y Rives 1994) Sin embargo, los últimos estudios en el sitio de Laguna de Limones no parecen coincidir. Primeramente, no creo que sea correcto el argumento de que el medio fuera tan adverso a la ocupación humana; mas bien este criterio corresponde a una situación moderna de un típico caso de desertificación en un paisaje eminentemente cársico. Si nos atenemos al censo arqueológico realizado hasta el 2001, existen más de 90 sitios arqueológicos en el área de los cuales 29 son de habitación, lo que confirma que en realidad no fue pequeña la población precolombina en el área. (Torres, Dacal y Capablanca 2001)

La explicación de la técnica de cultivo de roza atenuada con recolección marina como alternativa adaptativa inmediata al arribo de poblaciones migrantes desde La Española, tampoco se sostiene. Las migraciones no eran un proceso inmediato masivo, sino que se efectuaba por pasos, precisamente para asegurar la subsistencia en el nuevo medio. (Curet 2005) La presencia de complejos espaciales con plazas ceremoniales no indica una relación "adaptativa a nuevos ambientes" sino una permanencia y fijación a la tierra de carácter prolongado.

En nuestra opinión, no se le debe dar la significación tradicional a la disminución del número de burenes en el caso de Laguna de Limones, y en general al área extrema oriental, como disminución de la práctica productiva agrícola a favor de la recolección marina, pues varias causas pueden estar influyendo en este fenómeno. Como ha demostrado la arqueología, los complejos tecnológicos de subsistencia agrícola pudieron estar basados en otros procedimientos de elaboración de alimentos que no necesariamente requerían del burén. Otra explicación plausible pudiera estar en el nivel de la organización social de la producción

Fig. 29 Ídolos ornitomorfos de conchas, Colección Museo Indocubano Baní, Holguín
Foto Tamara Gispert



donde aldeas de élite o principales, como la que parece haber existido en este lugar, estuvieran recibiendo productos de otras aldeas satélites, según evidencia la disposición espacial de los sitios.

La evidencia arqueológica es contraria a la consideración de que el burén fuera exclusivamente ligado al proceso productivo del casabe a partir de la yuca amarga. Las mencionadas investigaciones sobre almidones precolombinos han identificado en la superficie de burenes de Laguna de Limones gránulos de varias especies cultivadas que incluyen al maíz, al boniato, la malanga, los frijoles y la guáyiga. En un fragmento de burén proveniente del sitio agricultor Macambo II en el sur de Guantánamo, tampoco se encontró evidencias de yuca, y sí aparecieron de la malanga, el maíz, el boniato y algunas leguminosas. (Rodríguez y Pagan 2004) Lo paradójico es que, tanto Laguna de Limones como Macambo II, están asociados a comunidades tribales agricultoras de las más desarrolladas del país.

Por otra parte, la identificación de ácidos grasos relacionados con plantas y animales (posibles palmáceas y pescados) en las superficies de cocción de burenes han indicado su multifuncionalidad en los procesos de preparación de alimentos,

(Jouravleva y González 2000) no observados por los cronistas de la conquista.

Dada la evidencia, el burén fue un instrumento participante en varias actividades de la producción de alimentos, como la preparación de masas a partir de macerados o ralladuras de diversos tubérculos y granos, o la cocción directa de otros productos como pescados, semillas y posiblemente carnes. Su uso ya no puede vincularse necesariamente al llamado "complejo de la yuca amarga".

En la siguiente tabla encontramos la relación de especies identificadas por los europeos en los complejos agrícolas que practicaban las sociedades tribales agricultoras de Las Antillas.

Hasta qué punto el hombre con su trabajo transformó el entorno mediante la producción agrícola es posible observarlo a través de la impre-

sión de los primeros conquistadores en los alrededores de Baracoa:

[...] á la parte del Sur un singularísimo puerto, y de la parte del Sueste unas tierras hermosas á maravilla, así como una vega montuosa dentro en estas montañas, y parecían grandes humos y grandes poblaciones en ella, y las tierras muy labradas;[...] vieron cuatro mancebos questaban cavando en sus heredades [...] Anduvieron diz que mucho camino. Vieron muchas poblaciones y tierra fértilísima, y toda labrada, y grandes riveras de agua [...] Subió una montaña arriba, y después hallóla toda llana y sembrada de muchas cosas de la tierra, y calabazas, que era gloria vella; y en medio della estaba una gran población. (Fernández de Navarrete 1999)

ACTIVIDADES PRODUCTIVAS COMPLEMENTARIAS DE LA AGRICULTURA

La caza constituyó una de las más importantes actividades complementarias a la economía agrícola de las sociedades tribales cubanas. Sin embargo, las características de la fauna de nuestro archipiélago, donde la ausencia de grandes mamíferos

Tabla 2

Relación de especies mencionadas por los cronistas que formaban parte de los cultivos aborígenes a la llegada de los europeos a Las Antillas. (Modificado de Moscoso 1999)

ARUACO	ESPAÑOL	CLASIFICACIÓN BOTÁNICA
Yuca amarga	Yuca/mandioca	Manihot sculenta Carntz
Batata	Batata	Ipomea batatas
Ahe	Aje	Ipomea batatas
Yautía y Diahutía	Yautía	Xanthosoma sagittifolium Schott
Yerán	Lirén	Calathea allouia
Axí	Ají	Capsicum frutescens L.
¿?	Frijoles/habichuelas	Phaseolus sp..
Guayaga	Guáyiga	Zamia sp.
Maní	Cacahuete	Arachis hypogaea L.
Maíz	Maíz	Zea mays L.
Auyama	Calabaza	Curcubita moschata
Niame	Ñame	Discorea alata?
Ymocona/boniata	Yuca dulce	Manihot manihot (L) Cockerell
¿?	Cañacoro	Canna edulis
¿?	Ararú	Maranta sp.
Mapey	Ñame indio	Discorea trifida
Yanta	¿?	¿?
Yahubia	¿?	¿?
¿?	Avellanas	¿?
Guáyaro	Ñame gulembo	Rajania cordata
Iraca	Yerba comestible	¿?
Marunguey	Marunguey	Zamia sp.
Zazaveio	¿?	¿?
Cavallos	¿?	¿?
¿?	Fabas/habas	¿?



Fig. 30

Fig. 30 Hachas petaloideas de Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

Fig. 31 Hacha de Holguín

[Foto del autor]

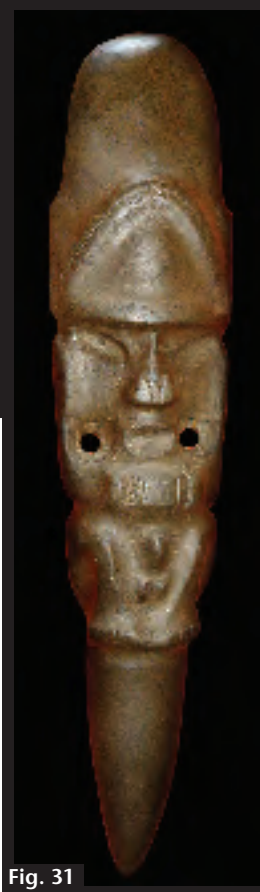


Fig. 31

es tan notoria como la abundancia de otros grupos zoológicos (por ejemplo las aves), imprimen al proceso cualidades que muchas veces no son fáciles de detectar en el registro arqueológico. Es decir, solamente podemos hacer inferencias a partir de los restos de consumo subsistencial, pues los procedimientos empleados muchas veces involucraban instrumentos y estrategias que no sobreviven o no son posibles de ver en el registro arqueológico.

Un ejemplo de esto es la siguiente descripción que nos dejó el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo sobre la caza de los ánsares migratorios en Cuba:

[...] en el tomar de las ánsares bravas, sabrá vuestra majestad que al tiempo del paso de estas aves, pasan por aquellas islas muy grandes bandas de ellas, y son muy hermosas, porque son todas y los pechos y vientre blanco, y alrededor de los ojos unas verrugas redondas y coloradas, que parecen muy verdaderos y finos corales, las cuales se juntan en el lagrimal y asimismo en el cabo del ojo, hacia el cuello, y de allí descienden por medio del pescuezo [...] Estas ánsares en mucha cantidad se asientan a par de unas grandes lagunas que en aquellas islas hay, y los indios que por allí cerca viven echan allí unas calabazas vacías y redondas, que se andan por encima del agua, y el viento las lleva de unas partes a otras, y las trae hasta las orillas, y las ánsares al principio se escandalizan y levantan, y se apartan de allí, mirando las calabazas; pero como ven que no les hacen mal, poco a poco piérdense el miedo, y de día en día, domesticándose con las calabazas, descúidanse tanto, que se atreven a subir muchas de las dichas ánsares encima de ellas, y así se andan de una parte y a otra, según el aire las mueve; de forma que ya cuando ya el indio conoce que las dichas ánsares están muy aseguradas y domesticadas de la vista y movimiento y uso de las calabazas, pónense una de ellas en la cabeza hasta los hombros, y todo lo demás va debajo del agua y por un agujero pequeño mira adonde están las ánsares, y pónese junto a ellas, y luego alguna salta

encima, y como él lo siente, apártase muy paso, si quiere, nadando, sin ser entendido no sentido de la que lleva sobre sí ni de otra; porque ha de creer vuestra majestad que en caso de nadar tienen la mayor habilidad los indios, que se puede pensar; y cuando está algo desviado de las otras ánsares, y le parece que es tiempo, saca la mano y áselo por las piernas y mé-tela debajo del agua, y ahógala y pónesela en la cinta, y torna de la misma manera a tomar otra y otras; y de esta forma y arte toman los dichos indios mucha cantidad de ellas. (Fernández de Oviedo 1975: 27)

Según las fuentes documentales, el concepto de “caza” que hemos empleado muchas veces es difícil de diferenciar del de “captura”. El Padre Las Casas nos ilustra sobre el empleo de otras estrategias de asedio similares en la caza de los papagayos:

Hay inmensidad de muy graciosos papagayos muy verdes, y sólo tienen sobre el pico, en la frente, una poquita de pluma colorada, [...] Tomaban los indios por esta manera cuantos querían sin que uno se les fuese: subíase un niño de diez o quince años en un árbol con un papagayo vivo; poníase sobre la cabeza un poco de hierba o paja, y en tocando con la mano en la cabeza del papagayo, da luego voces como quejándose; luego todos los papagayos que andan en el aire, que son innumerables, en oyendo al papagayo atado, se vienen, sin quedar ninguno, y asiéntanse en el árbol; el muchacho tiene una varilla muy delgada con un hilo delgado, y al cabo hecho un lazo, y poco a poco echa el lazo al pescuezo de cada papagayo, porque no se asombra de la varilla, antes piensa que es cosa del mimo árbol, y tira y tuércele la cabeza y échalo abajo, y así hace a todos lo que quiere [...] (Las Casas 1995, tomo II: 512)

En el caso de los mamíferos cubanos, las jutías (*Capromys sp.*), y posiblemente del almíquí (*Solenodon cubanus*), las estrategias de caza podían variar desde el empleo de flechas, garrotes o la simple captura a mano. Esta última la hemos visto emplear en la actualidad por nuestros campesinos. Colón documenta un procedimiento ingenioso en La Española para la captura del *guaminiquinaje*, posiblemente una especie de jutía: “[...] los indios eran inclinados y se holgaban de poner fuego a los herbazales [...] porque entre la hierba se criaban los conejos desta isla, que nombraban hutías, [...] y eran sin número, y, con quemar las cabanas, mataban todos los que querían [...]” (Las Casas 1995, tomo I: 268)

Un importante auxiliar en la caza era el perro mudo que tanto llamó la atención de los conquistadores. Las Casas señala su uso en la cacería de las biayas,⁶ aves que vuelan junto al suelo, y de los guaminiquinajes.

Una especie que también fue objeto de caza fue el manatí (*Trichechus manatus*) que por el volumen de biomasa que aporta debe haber sido muy apreciado. Sus restos aparecen muy frecuentemente en sitios arqueológicos de agricultores, y su importancia dentro de la vida aborígen va más allá de su aporte proteínico, pues sus huesos fuertes y grandes sirvieron para la elaboración de objetos rituales típicos de la cultura aborígen como las espátulas vómicas y diversas esculturas.

Sin duda, el uso de trampas fue también frecuente, y así parece desprenderse de la lectura de algunas crónicas. Estas debieron estar muy relacionadas con procesos de domesticación existentes entre nuestras poblaciones aborígenes. Oviedo menciona que:

[...] hay en la dicha isla de Cuba una manera de perdices que son pequeñas, y son cuasi de especie de tórtolas en la pluma, pero muy mejores en el sabor, y tómanse en grandísimo número; y traídas vivas a casa y bravas, en tres o cuatro días andan tan domésticas como si nacieran, y engordan en mucha manera; y sin duda es un manjar muy delicado en el sabor, y que yo le tengo por

mejor que las perdices de España [...] (Fernández de Oviedo 1975:23)

Pose, Sampedro y Celaya, en un estudio sobre estructuras microscópicas óseas de restos de jutías, han documentado la posible existencia de procesos de domesticación en estos roedores entre las sociedades agroalfareras tardías. (Pose, Sampedro y Celaya 1989)

Acorde con el ambiente insular, la pesca fue otro fundamental complemento de la economía doméstica aborígen, los cronistas comentan diversas técnicas y maneras de obtener pescado.

Algunas veces, la prodigalidad natural ni siquiera hacía necesario el empleo de los avíos de pesca, como en el caso de las sardinas: “[...] vienen a sus temporadas infinitos cardumes de sardinas, huyendo de los peces mayores que las persiguen, y con tanta velocidad, que saltan en la playa dos o tres pasos infinitas, y así no tienen más trabajos de cogellas [...]” (Las Casas 1995, tomo II: 291)

En otras ocasiones el ingenio humano asombra por su dominio de la naturaleza, “hacen un seto de hojas de palma en sus canoas, desde la proa hasta la popa, medio por medio, de altura de tres codos, y paséanse los indios por el río, golpeando con los remos en el borde de la canoa, y la sardina, con temor que no sea otro pescado que anda por comella, salta, por salvar la canoa, y topa en el seto



Fig. 32 Guayo aborígen, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana [Foto del autor]

⁶ El especialista Osvaldo Jiménez ha propuesto que la Biaya o Bambiaya es la especie ya extinta *Nesotrochis picapicensis*.

y cae dentro, y con esta industria tomaban cuanto querían.” (*Id.*)

El uso de trampas para peces o nasas, también está documentado en la pesca del tetí, identificado por Vergara como una especie de guavina (*Electris pisonis* Gmelin.) (Vergara 1990) en la zona de Baracoa: “Tienen otra manera de pescar otros unos pececitos tan menudos como unos fideos que se hacen en Castilla, y en esta isla llamaban tití, la última lengua. Estos acuden cada luna por sus temporadas a la costa, [...] y allí los atajan los indios con unas esterillas o muy menudas redes, y toman cuantos quieren [...]” (Las Casas 1995 tomo II: 291)

Tal vez, la mayor curiosidad la haya despertado la llamada pesca con guaicán o pez rémora (*Echeneis naucrates*), que muchas veces aparece en las crónicas iniciales de nuestro país, relacionado con la captura de quelonios:

[...] toman unos peces que se llaman revesos, que los mayores serán como una sardina, los cuales tienen en la barriga una aspereza, con la cual, dondequiera que se pegan, primero que se despeguen los hacen pedazos; estos ataban de la cola un hilo delgado, luego de ciento y doscientas brazas, y vase el pece cuasi por encima del agua o poco más bajo, y en llegando que llega adonde están las tortugas en el agua, pégansele en la concha baja, y tiran del cordel y traen una tortuga que pesa cuatro o cinco arrobas, y, en fin, allí se queda el pece pegado, si, como dije, no le despedazan [...]”. (Las Casas 1995, tomo I: 388)

En los estudios realizados para comprobar este procedimiento de pesca o captura, resultó que no era tan sencillo como lo relatan las fuentes documentales. Al parecer este se relacionaba más con utilizar las condicionantes de los ciclos reproductivos de los quelonios y peces por el hombre, quien desde la canoa los guiaba hábilmente hacia la orilla para hacer presa de ellos, ya que está demostrado que demasiada fuerza sobre el guaicán termina por romper su cola haciendo inefectivo su agarre. (Córdova 1995)

Importantes estrategias de almacenamiento de los recursos de la fauna viva, a través del empleo de corrales en las costas litorales y los tibaracones de los ríos, permitía a estas comunidades disponer de considerables cantidades de proteína animal en muy poco tiempo. Los corrales son ampliamente documentados en las costas cubanas para la cría y conservación de peces y quelonios. En la Bahía de Jagua se reporta que había:

[...] abundancia de lizas, porque no podrá encarecerse la multitud que dellas hay en este puerto. Tenían



Fig. 33 Gubias de conchas, Colección Museo de Sitio Chorro de Maíta, Holguín [Foto del autor]

los indios corrales dellas, como el puerto es tan quieto, donde contenían millones dellas, no menos ciertas que si las tuvieran dentro de sus casas, en un estanque o alberca; en su mano era sacar muchas o pocas, según querían. Los corrales eran de cañas juntas unas con otras, hincadas en el cieno que tiene allí la mar, como sea, según dije tan quieta, que no puede salir una ni ninguna dellas, y son tan grandes cuanto quieren hacerlos, aunque lleguen a un tiro de piedra. (Las Casas 1995, tomo II: 340)

Posiblemente la cría en corrales también incluía a los crustáceos como la langosta (*Panulirus argus*) y la jaiba (*Callinectes sapidus* Rathbun), y en tierra al cangrejo (*Cardisoma guanhumii* Latreille y *Gecarcinus ruricola* Linn.) cuyos restos aparecen tan abundantemente en nuestros sitios arqueológicos.

La recolección también era muy importante en la dieta aborígen. Las evidencias arqueológicas demuestran que fue ampliamente ejercida sobre los moluscos marinos y terrestres. Ya Colón reportaba cómo los indígenas que traía en su embarcación durante su primer viaje “[...] pescaban caracoles muy grandes que en aquellos mares hay [...]”. (Fernández de Navarrete 1995: 53) En otros casos las pruebas arqueológicas no perduraron, aunque es lógico pensar que obtuvieron abundantes alimentos, por ejemplo, de los huevos de quelonios y aves que existen en el país. Las actividades de recolección incluían además a los copiosos productos vegetales que ofrecían nuestros bosques.

Todas las actividades de la economía agrícola aborígen se potenciaban mediante el uso de técnicas de conservación de alimentos. Ya mencionamos el caso de los “almacenes vivos” que constituían los montones agrícolas y los corrales. También procesos de conservación de alimentos permitían almacenarlos por largos períodos de tiempo. Por

ejemplo, en el caso del tetí, la crónica menciona que “[se] envuelven en unas hojas de árboles, de la manera que los boticarios hacen los confites en papeles; ponénlos en el fuego y así se asan como si fuesen en horno cocidos, y los guardan mucho tiempo para sus comidas, mayormente para cuando andan camino.” (Las Casas 1995, tomo II: 291)

En el sur del extremo oriental de Cuba durante el segundo viaje de Colón, Miguel de Cúneo describe haber visto en tierra un grupo de indígenas que faenaban en la costa:

[...] de 15 a 20 cántaras de pescados cocidos y de 50 a 60 serpientes vivas, atadas con sogas como gatos maimones. Hablamos con ellos y les preguntamos por qué razón cocían tantos pescados. Nos contestaron que así se podían conservar, y que de otro modo no se podría, porque querían mandarlos a sus caseríos, cinco, seis y diez leguas distantes. (Portuondo 1977:44)

INSTRUMENTOS PARA LA PRODUCCIÓN

Toda la economía aborígen era realizada con el uso de instrumentos de baja complejidad tecnológica pero alta eficiencia en el medio natural en que se desenvolvía. Entre los fundamentales se encontraban las hachas de piedra pulimentadas, o hachas petaloideas, que constituyen un verdadero monumento a la tenacidad, paciencia y maestría del hombre prehispánico. Estas hachas eran realizadas en distintos tipos de piedra característicos por su dureza como la peridotita, la hornblendita y la diorita, entre otras. (Herrera 1964) Las piezas elaboradas en estas piedras alcanzaban un admirable pulimento y una simetría muy próxima a la perfección. Eran engastadas en astiles de madera, de los cuales la arqueología ha podido recuperar algunos ejemplares en el sitio de Los Buchillones. Esta era la pieza fundamental en el desmonte para la preparación de los conucos de siembra, aunque seguramente algunos tipos eran empleados como armas en las contiendas bélicas.

En algunas ocasiones los ejemplares tienen solo el borde de la pala pulimentado, por lo que se han denominado “hachas de trabajo”, pero la mayoría se distinguen por su perfecto acabado en todo el cuerpo. También han aparecido algunos ejemplares que resultan problemáticos en su explicación y que por su pequeñísimo tamaño pudieran haber funcionado como instrumentos para trabajos muy específicos o simplemente como juguetes.

Una variación en el cuerpo del hacha en el sentido longitudinal produce el buril, otro instrumento directamente relacionado con el trabajo artesanal de las maderas. El marino Miguel de Cúneo menciona en su famosa carta de 1494 que “sus cuchillos son piedras que cortan como verdaderos cuchillos, y les hacen su mango, y con ellos cortan y trabajan [...]”. (Portuondo 1977:39)

El otro instrumento elemental en la producción agrícola lo constituye el palo cavador o coa, realizado en maderas más o menos duras, a las cuales se les aguzaba uno de los extremos y se endurecía al fuego. La coa cumplía la función de punzar el terreno en la siembra de granos como el maíz, pero también en removerlo para la formación de los montones y la extracción de los tubérculos.

El burén o pieza circular de cerámica también se encontraba entre los instrumentos más importantes. Sobre él ya mencionamos que se realizaban una serie de operaciones de cocción de alimentos.



Fases de elaboración

Junto al burén eran empleadas otros tipos de vasijas de cerámica para contener los productos y líquidos procesados.

El guayo o rayador de tubérculos unía la explotación de la madera con la piedra. El mismo se construía encajando pequeñas esquirlas filosas de piedra en una tabla de madera. Algunos ejemplares se conservan en los museos nacionales.

Nuestros agricultores tribales también incorporaron la gubia de concha a su instrumental. Este objeto, uno de los distintivos de las culturas recolectoras pescadoras del mundo prehispánico cubano, fue usado ampliamente en los trabajos sobre maderas, y es posible que fueran también usados como instrumentos cavadores una vez engastados en un mango. El uso de las gubias de concha es uno de los ejemplos más evidentes de los procesos de transculturación que ocurrieron entre las sociedades de recolectores pescadores y los migrantes agricultores tribales en nuestro suelo.

De las fibras vegetales eran confeccionados distintos tipos de contenedores, esteras, cernidores y la famosa manga para exprimir el jugo venenoso de la yuca amarga o cibucán. Las huellas del entramado de las esteras aborígenes han quedado conservadas en algunas piezas de cerámica. Las fibras

se emplearon en la fabricación de cordeles para la pesca, la confección de nasas y diversas trampas empleadas en la caza.

Además, empleaban avíos tradicionales de pesca como redes, nasas y anzuelos, “hacen muy buenas y grandes redes y anzuelos de hueso y conchas de tortugas [...]” (Las Casas 1995, tomo II: 291) De las redes aparecen en los sitios arqueológicos las pesas hechas a partir de guijarros naturales, a los que le practicaban dos muescas laterales para mejor sujeción.

La canoa, en su carácter complejo de ser medio de trabajo y transporte al mismo tiempo, y por su participación en los procesos productivos y de intercambio, fue de importancia esencial en la vida aborígen. Existen descripciones importantes de las canoas cubanas como la siguiente aportada por el Almirante Colón:

Subió por el río arriba y halló unos brazos de río y rodeado el puerto halló a la boca del río estaban unas arboledas muy graciosas como una muy deleitable huerta, y allí halló una almadía o canoa hecha de un madero grande como una fusta de doce bancos, muy hermosa, varada debajo de una atarazana ó ramada hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podían hacer daño [...] (Fernández de Navarrete 1999: 61)

Olivas talladas: joyas cubanas

Las olivas talladas constituyen uno de los objetos más distintivos de la cultura aborígen en Cuba. Estas miniaturas eran empleadas en el acompañamiento de los bailes rituales o areítos, y sostenidas a través de cordeles en los brazos y tobillos, las hacían chocar entre sí para producir un sonido fuerte y a la vez melodioso que realizaba la significación del baile.

Existen muchas tipologías de olivas talladas; unas veces el artesano simplemente se limitaba a practicar un corte transversal en el extremo distal para poder introducir el cordel de fijación; otras, este corte transversal era ensanchado

por una perforación en sentido vertical; y en algunos casos, el tallado se limitaba a la realización de simples motivos geométricos. También optaban por dejar o retirar la parte del ápice pues, cuando esta se retiraba, el sonido se hacía más potente.

Las más delicadas olivas eran aquellas que incluían el tallado de rostros antropomorfos en la superficie de la concha. Estas diminutas tallas cumplen con los cánones del arte indígena antillano: siempre son representados los ojos y la boca con dientes; nunca los ojos, ni las orejas se perforan; y son desproporcionados en relación con el rostro.



Colección Museo Indocubano Baní



Colección Museo Montané

No cabe duda de que la economía aborígen de las sociedades tribales agricultoras poseía una diversidad bastante amplia, totalmente acorde con el ambiente insular y que era el resultado de varios siglos de aprendizaje. Este desarrollo en ocasiones parece haber permitido, en ciertas regiones, la existencia de un importante plusproducto que fue canalizado hacia otras esferas

del consumo social, ya sea hacia el intercambio o los rituales.

Sin embargo, la consecuencia más relevante de todo este proceso fue que se crearan las bases de un incipiente proceso de diferenciación social y que los productores directos fueron marginados por una serie de estamentos nuevos que fueron acaparando el poder suficiente para enajenar la producción.

Con estas nuevas condiciones surgiría un tipo especial de productores dedicados a las artesanías que alcanzaron, dentro de la sociedad agricultora tribal antillana, los más altos vuelos en la talla de materiales como la concha, la piedra y la madera.



Colección Museo Indocubano Baní



Fondos Instituto Cubano de Antropología

De la concha a la vida: nacimiento de un ídolo

Hábiles artesanos indígenas llegaron a alcanzar gran dominio en el trabajo sobre las conchas. Delicadas creaciones abarcan una amplia gama de adornos personales como aretes, microcuentas, idolillos portables, y otras realizaciones como ídolos, caratonas y diferentes piezas para ser incrustadas en ídolos mayores de piedra y madera.

El proceso de confección de las creaciones en concha primero pasaba por la selección de la materia prima. Era empleado preferentemente el cobo (*Strombus gigas* L.), además de otras especies de concha amplia como el tritón (*Charonia variegata*), el quinconte (*Cassis madagascariensis*), la cigua (*Citarium pica*) y hasta las diminutas olivas (*Olivas reticularis*).

Por su parte, el cobo ofrecía grandes porciones de material de diferentes dimensiones. Del gran labio se podían obtener porciones rectangulares, mientras que las espinas más grandes eran aprovechadas como preformas para la talla de rostros antropo y zoomorfos. La columela era una preforma apta para la confección de las cuentas e ídolos tubulares tan característicos del arte aborígen.

En algunos casos se puede observar, en las evidencias del proceso de confección de ídolos, la huella del instrumental aborígen: cortes rectos, burilados, perforaciones bicónicas y cónicas, bruñido y pulimentación.



Colección Museo Indocubano Baní

ARTESANOS DE LA NATURALEZA

Las artesanías de los indígenas cubanos alcanzaron una maestría extraordinaria en algunos de los materiales que les ofrecía la naturaleza. Si bien en La Española y Puerto Rico, donde la sociedad tribal alcanzó gran desarrollo, se observan objetos muy característicos como el trigonolito, o piedra tricúspide y los aros líticos, en Cuba ambos son

inexistentes. Pero por el contrario, las olivas sonoras bellamente talladas de nuestro país, no son muy comunes en esas islas y parecen ser características propias de la cultura aborígen cubana. Otras creaciones de los artesanos indígenas como la cerámica, son compartidas por las poblaciones antillanas y sirven como un identificador a escala regional.

La laboriosidad y el ingenio de las poblaciones precolombinas asombraba a los europeos a su llegada: “Todas estas gentes destas islas que fasta agora se han visto no poseen fierro ninguno. Tienen muchas herramientas, ansi como hachas é azuelas que es maravilla cómo sin fierro se pueden hacer.” (Las Casas 1995, tomo II: 188)

No hay duda de que las cualidades más importantes del artesano indígena eran la paciencia y la constancia, gracias a las cuales lograba doblegar la tenacidad de materias primas escogidas para plasmar su arte. Muchas veces el hombre actual, tan sujeto a los imperativos temporales condicionantes de la vida moderna, no comprende estas dos premisas de la producción aborigen y por eso le resulta difícil entender la capacidad creativa del mundo precolombino. Algunas creaciones requirieron la inversión de una gran cantidad de tiempo e incluso la participación de varios artesanos.

Las herramientas de que disponían los artesanos precolombinos eran muy simples, algunas ya las mencionamos como el hacha petaloide, los buriles y la gubia de concha para los trabajos en madera.

Para cortar trozos de concha y hueso estos hombres recurrían al siguiente método:

[...] córtanlos con unos hilos de cierta especie de cáñamo que hay en estas Indias, que en esta Española llamaban cabuya, y otra más delicada, nequén, de la manera que los que hacen cuentas cortan con una sierra de hierro delgada los huesos; y no hay hierro que de aquella manera no corten. (Las Casas 1995, tomo II: 291)

La efectividad de estas simples “sierras” era realizada mediante la aplicación de abrasivos como la arena, una vez humedecidas las cuerdas. Nosotros hemos experimentado el corte de conchas mediante esta técnica utilizando fibras de jagüey (*Ficus sp.*) obteniendo cortes muy delgados. En las preformas de concha encontradas en los sitios arqueológicos a veces es perfectamente observable el empleo de este tipo de técnica. En el caso de la concha, procedimientos como la sumersión en agua por períodos prolongados de tiempo antes del trabajo, hacían la labor de corte y tallado más eficiente.

El uso de cortes por cordel solo es efectivo cuando se realizan secciones en línea recta, por lo que hemos supuesto que para las curvas, tan frecuentes en las obras aborígenes, el artesano debía recurrir a otras técnicas. Entre estas, hemos sugerido el burilado con herramientas de sílex o pedernal y el empleo de sencillos taladros mediante los que se

Fig. 34 Ídolo femenino de madera, es uno de las pocas representaciones femeninas encontradas en el Caribe, Los Buchillones, Ciego de Ávila
[Foto del autor]





Fig. 35 Figurina de cerámica, Ventas de Casanova, Holguín

lograban pequeñas y sucesivas perforaciones que preparaban la forma curva.

Las perfectas perforaciones longitudinales y transversales que exhiben algunos objetos de cuarzo y de concha, requieren velocidades más elevadas que las que proporciona el movimiento de las manos. Es por ello que a pesar de que no se mencionan en las crónicas, el uso de taladros es muy probable en las artesanías aborígenes. Sus tipos pudieron haber sido desde una simple punta de pedernal engastada, hasta taladros mucho más complejos y eficientes como los de arco y tal vez, de vaivén. Debemos pensar que la eficiencia del instrumento era también una prioridad del artesano, pues le permitía acortar los tiempos de producción, y sobre todo, preservar la mano de obra del cansancio.

El herramental del artesano aborigen también contaba con una gran variedad de percutores realizados a partir de guijarros naturales, perforadores de sílex o pedernal, y cepillos de piedra tallada. Un importante papel en el trabajo de la madera debió haber tenido el uso de escofinas obtenidas a partir de corales (*Madrepora cervicornis*) cuya aparición en los residuarios arqueológicos es muy frecuente.

Para el trabajo con fibras textiles, disponían de sencillos telares y una dotación de diferentes agujas y leznas realizadas en espinas de pescados o de las lebisas y rayas.

El acabado de las superficies se lograba mediante la aplicación de diversas técnicas que pudieron ir desde la aplicación de abrasión con arena hasta el empleo de frotación con pieles y textiles, y tal vez, la aplicación de sustancias grasas de origen vegetal o animal. La aparición de pulidores de piedra realizados a partir de hachas partidas es frecuente en los sitios, así como, el empleo de materiales tintóreos minerales como la hematita y la limonita, y otros de origen vegetal como la bija (*Bixa orellana*) le ofrecían al artesano indígena diversas gamas de colores.

A continuación analizaremos algunas de las materias primas en las que eran confeccionadas las artesanías:

CONCHA

Existe una impresionante variedad de objetos elaborados en este material. La mayoría de las veces eran utilizados los grandes labios que presentan los caracoles del género *Strombus*, los que se desprendían mediante percusión y rotura. Posteriormente, mediante el debaste y el corte, se les daba una preforma a partir de la cual eran creadas las obras, y cuya terminación requería del pulido. Otras conchas de moluscos como las olivas (*Oliva reticularis*) fueron talladas de una manera característica por los artesanos cubanos.

Destacan por la maestría en que fueron realizadas las llamadas microcuentas de concha cuyos ejemplares llegan a medir hasta los 2,7 mm de diámetro y 0,6 mm de grosor. Sus caras pueden ser planas, o presentar diseños, y a veces se presentaban formas de huso y de carretel, que requerían mayor trabajo.

Entre los adornos más comunes están las pequeñas piezas tabulares que fueron usadas por docenas para la confección de bellos collares. Eran obtenidos a partir de las espinas del cobo (*Strombus gigas*) distintos tipos de colgantes, así como aretes a partir de la columela. Los idolillos de concha también eran característicos dada su fuerza expresiva. Mas, las llamadas caratonas fueron las piezas más mencionadas en las crónicas y en su confección intervinieron muchas técnicas; generalmente eran empleadas en relación con textiles, lo que se infiere por su serie de perforaciones laterales.

En Cuba se han encontrado además algunos ejemplares de espátulas vómicas creadas sobre conchas y utilizadas en los ritos de purificación indígena.

PIEDRA

Llama la atención la maestría de los artesanos en el trabajo de piedras tenaces y duras. Son impresionantes los llamados idolillos por su delicada factura y en algunas ocasiones, la dureza del material en que fueron tallados. Sus dimensiones llegan a ser de escasos centímetros y es característica su postura acucillada y la representación de costillas y del ombligo. Algunas veces presentan perforaciones rectas en el sentido longitudinal y transversal y es posible que en estas perforaciones se introdujeran plumas u otros materiales para aumentar el contenido estético.

También se realizaban cuentas de distintos tipos y tamaños en material pétreo, que los aborígenes denominaban *cibas*, y que según los cronistas apreciaban mucho. En el sitio de Chorro de Maíta se han llegado a encontrar microcuentas de cuarcita de 1,5 mm de diámetro y 1 mm de grosor. Así mismo es conocida una amplia gama de tipos de *majadores* usados en las actividades cotidianas y otros a los que se atribuye un carácter ceremonial.

Los ídolos realizados en piedra alcanzan proporciones y peso considerables, como el llamado "Ídolo de Bayamo", una pieza conservada en el Museo Montané de la Universidad de La Habana, encontrada en el siglo XIX.

MADERA

La madera, por su poca preservación en el registro arqueológico bajo condiciones tropicales, ha sido escasa en nuestras colecciones arqueológicas. Sin embargo, su uso debió haber sido de primer orden en nuestra región. Recién empezamos a comprender el papel que jugó en la artesanía aborígena a partir de los espectaculares hallazgos del sitio arqueológico Los Buchillones en la costa norte de Ciego de Ávila, con más de 2 000 piezas.

A partir de la amplia gama de maderas existentes en la isla se confeccionaron diversos objetos. Destacan entre ellos bandejas y recipientes de



Fig. 36

Fig. 36 y 37 Fragmentos de espátulas vómicas, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]

distintos tamaños, remos y diversos instrumentos musicales, así como, numerosas cuentas.

La escultura en madera alcanzó un gran desarrollo. Es famoso el denominado "Ídolo del Tabaco" considerada la escultura de mayor tamaño que se conserva en Las Antillas, la cual se puede admirar en la colección del Museo Montané de la Universidad de La Habana. También son famosos los asientos o *duhos*, que se describen en las crónicas como artefactos para el uso de las élites indígenas: "Hicieron asentar al Almirante en una silla, con su espaldar, baja, de las que ellos usaban, que son muy lindas y bruñidas y relucientes, como si fuesen azabaja, que ellos llamaban duhos." (Las Casas 1995, tomo I: 286)

Este peculiar asiento era confeccionado a partir de una sola pieza de madera, usualmente de guayacán (*Guaiaicum officinale*) o caoba (*Swietenia mahogany*). En Cuba existen ejemplares de respaldar alto y corto; y a veces presentan diseños esculpidos de tipo zoomorfo con incrustaciones de concha, hueso y posiblemente oro, en ojos, boca y orejas.

Como ya mencionamos, estos asientos eran piezas de mucho valor y estaban relacionados con las ceremonias rituales de la sociedad aborígena. Su uso era prerrogativa del cacique y del behique o shamán tribal. Los cronistas reportan que los mismos sirvieron en ocasiones, para "sentar" a los ce-míes de la comunidad. (Ostapkowicz 1997: 64) Tal vez esa sea la razón por la que han aparecido algu-



Fig. 37

nos de pequeño tamaño, imposibles de ser usados por los adultos, como uno de los recuperados en Los Buchillones.

De madera también eran confeccionadas la mayoría de las armas que conocemos por las crónicas como las azagayas, los arcos y las flechas. Es conocida también la *macana*, un arma de efectos terribles, que fue descrita por Las Casas de la siguiente manera: “[...] y unas como espadas, de forma de una paleta hasta el cabo, y del cabo hasta la empuñadura se viene sangostando, no aguda de los cabos, sino chata; éstas son de palma, porque las palmas no tienen pencas como las de acá, sino lisas o rasas, y son tan duras y pesadas, que de

hueso y cuasi de acero no pueden ser más: llámanlas macanas.” (Las Casas 1995, tomo I: 388)



Pájaro de oro, Chorro de Maíta



Metalurgia aborigen: *guanín versus turey*

La metalurgia aborigen fue de carácter elemental, lo que le permitió trabajar los metales preciosos en forma de láminas que eran obtenidas a partir de la unión por percusión de granos recogidos en las arenas auríferas de los ríos. La técnica de la aleación era desconocida para ellos. Según Cristóbal Colón, el oro era nombrado como *nucay*. También se le denominaba *caona*. El Padre Las Casas menciona otra palabra, el *guanín*, “que era cierta especie de oro bajo, [...] que es algo morado, el cual cognocen por el olor y estímanlo mucho”. (Las Casas 1995, tomo I: 304) En realidad el *guanín* constituye una mezcla de oro, plata y cobre.

Nuestros aborígenes desarrollaron una técnica

ingeniosa para reconocer las pepitas. Según relatan los cronistas, en la llamada isla de Babeque: “la gente della coge el oro con candelas de noche en la playa, y después con un martillo diz que hacían vergas dello”. (Fernández 1999: 48)

Cuando Diego Velázquez realiza su Carta de Relación sobre la conquista de Cuba, en 1514, relata el testimonio de dos mujeres que permanecieron prisioneras en el territorio de un cacique en La Habana y varias veces habían visto “á los indios de la dicha provincia estar á la orilla de un rio donde se ivan á labar, tener encima de unas piedras grandes algunos granos de oro, y con otras piedras, dándoles encima, les hacian *guanines*”. (Pichardo Viñals 1965:76)

Mediante el procedimiento de percusión eran obtenidas láminas de distinto grosor, que a veces alcanzaban gran tamaño. Las mismas eran utilizadas como chapas para ser incrustadas en sus artesanías de madera, concha, hueso, piedra y tejidos; o bien eran convertidas en colgantes para las orejas y la nariz. En algunos lugares de La Española los conquistadores describen la existencia de “*coronas*” de ese material entre los caciques.

En nuestro país son muy escasas las evidencias arqueológicas de metales preciosos conservadas. La mayoría son pequeñas láminas en forma de pendiente, y algunas preparadas para ser incrustadas. No obstante, las excavaciones del cementerio en Chorro de

TEXTILES

Los textiles son mencionados abundantemente en las crónicas ya sea en forma de tejidos, como en forma de ovillos grandes de algodón. Durante el segundo viaje, el Almirante Colón visita en las Antillas Menores “[...] unas casas que estaban cerca por allí cerca, en las cuales hallaron mucho algodón hilado y por hilar, y una manera nueva de telares en que lo tejían [...]”. (Las Casas 1995, tomo I: 354) No cabe duda de que existía una actividad artesanal importante en torno a las confecciones textiles.

Se reporta su uso en forma de pequeños faldellines exclusivos de las mujeres mayores, en cinturones que se colocaban los personajes importantes de la tribu, así como, en la manufactura de hamacas. Usualmente servían de soporte para la colocación de arreglos de cuentas y otras piezas de distintos tipos de materiales. Una de estas piezas, recuperada del enterramiento no. 25 del cementerio en Chorro de Maíta ha conservado la impronta del textil que servía de soporte a un adorno de metal.

Aunque apenas ha sobrevivido en el registro arqueológico, debieron existir bellos ejemplares de

ídolos realizados en tejidos de algodón. Uno procedente de La Española se ha conservado en la colección del Museo de Antropología y Etnografía de Torino, en Italia. Estos ídolos tejidos sorprenden por su realismo y tamaño. El mencionado alcanza los 75 cm de altura e incluye un cráneo humano en el área de la cabeza.

Es posible también que algunos ídolos hayan tenido piezas de hilos atadas alrededor de las piernas, tal y como se reportan que usaban hombres y mujeres en las pantorrillas.

HUESO

A pesar de que los grandes mamíferos terrestres son escasos, los marinos existentes en Cuba sí fueron capaces de proveer de importantes y masivas piezas de materia prima para la confección de distintos tipos de artefactos. Se destaca entre todos, el manatí (*Trichechus manatus*) dado que sus costillas son robustas y largas, empleadas preferentemente en la confección de espátulas vómicas. También existen varios idolillos confeccionados con este material.



Fig. 38 Espátula vómica, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana [Foto del autor]

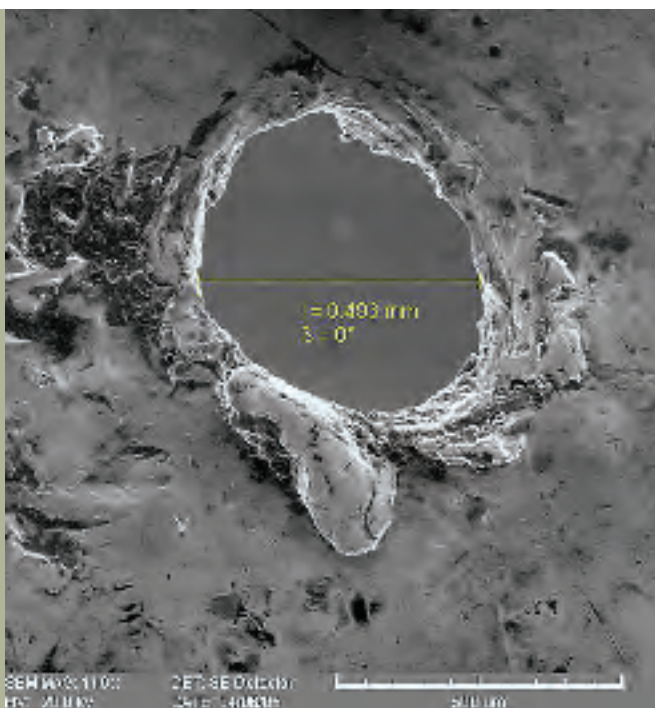
METALES

El trabajo con los metales se limitó a su uso en forma de láminas confeccionadas a partir de pepitas, pues se desconocía la técnica de la fundición. *Estas plastas de oro no eran fundidas ni hechas de muchos granos, porque los indios desta isla no tenían industria de fundir, sino de granos de oro que hallaban, majándolos entre dos piedras, y así los ensanchaban, por manera que siendo grandes las plastas, eran extendidas y ensanchadas de granos o piezas que en los ríos hallaban.* (Las Casas 1995, tomo I: 288)

No obstante, las obras de los artesanos indígenas eran remarcables por su creatividad. En las

Maíta han puesto al descubierto una importante colección de piezas metálicas, que nos deja pistas sobre las cadenas de intercambio que se establecieron en el mundo precolombino, ya que algunas de estas piezas son de un claro carácter continental.

La causa de esta ausencia no debe encontrarse solamente en la inmensa codicia del conquistador, sino en el propio funcionamiento de semejantes piezas dentro de la sociedad aborígen. Lo que parece desprenderse de los documentos históricos es que estos objetos eran altamente considerados por las élites, de ahí que su circulación se mantuviera en la sociedad viva una vez fallecido su portador, pasando de cacique a cacique en forma de redistribución. Es por eso que no se encuentran en el registro arqueológico con facilidad y fueron muy



accesibles al conquistador europeo.

Paradójicamente, para nuestros aborígenes el latón tenía mucho más valor que el oro, circunstancia que fue aprovechada ventajosamente por los conquistadores para realizar

intercambios muy desiguales. La palabra aborígen que designaba al latón era turey. (Oliver 2000: 198) Es en estos intercambios donde se reflejaba la confrontación entre dos mundos erigidos desde bases completamente diferentes.





Fig. 39 Dujo de Santa Fé, confeccionado en madera de Guayacán. Colección Museo Montané, Universidad de La Habana

[Foto del autor]



CERÁMICA

colecciones de nuestro país se conservan pocas piezas de oro y las mismas se limitan a simples pendientes en forma periforme o algunos ligeramente triangulares y a pedazos de láminas cuyo destino era la incrustación.

En estudio conducido por el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología sobre un pendiente encontrado en el sitio arqueológico Toma de Agua, municipio La Sierpe de Sancti Spíritus, se determinó que este presentaba el oro como componente fundamental (94.39%) y una cantidad menor de plata (5.6%). Así mismo, visto mediante el microscopio electrónico de barrido se pudieron observar las dos láminas que fueron unidas por percusión para crear el pendiente.

Existen algunos objetos en Cuba que indudablemente tienen un origen continental. Tal es el caso del ídolo encontrado en una finca del barrio de Yaguajay en Banes y el encontrado en el cementerio de Chorro de Maíta también en Banes. En este sitio se reporta el hallazgo de un cascabel de clara tipología continental. La presencia de estos objetos elaborados con técnicas de fundición, desconocidas por nuestros aborígenes, denotan la existencia de relaciones de intercambio de largo alcance.

Por la abundante presencia en los contextos arqueológicos, y las posibilidades de plasmación de concepciones estéticas, la cerámica constituye una de las más destacadas artesanías indígenas. El proceso tecnológico que involucraba la confección de cerámica requería de conocimientos especializados por parte de sus creadores. En nuestro país han sido reconocidas las dos grandes subseries de La Española, la meillacoide y la chicoide, aunque ninguna de las dos se da en un carácter puro, sino que los objetos reflejan una mezcla de ambos. Falta estudiar si este proceso de mestizaje se produjo en suelo cubano o fue importado.

Sin embargo, fue producida una amplia gama de vasijas y recipientes contenedores, entre las que se singularizan las de forma navicular, y en algunas ocasiones se produjeron formas exóticas como la vasija cuadrada de Banes .

El elemento decorativo más importante de las cerámicas cubanas es el asa modelada e incisa que ostentaban las vasijas, donde el creador indígena hacía gala de sus dotes. Estas asas contienen representaciones antropo y zoomorfas de una gran expresividad. Llegaron a hacerse asas que producían un sonido apagado mediante la introducción de pequeñas piezas de barro o piedrecitas en su cuerpo hueco, conocidas como “asas sonajeras”.

Un recipiente poco común en Cuba lo son las postizas o botellas para líquidos, de las cuales solo se conservan unos pocos fragmentos, y que por el contrario, son muy comunes en La Española.

Pero no solo la cerámica sirvió para la confección de vasijas y diversos tipos de contenedores, además, se confeccionaron una serie de piezas como sellos o

pintaderas que intervenían en la decoración personal, y amuletos. De especial interés son las llamadas figurinas de barro relacionadas por algunos autores con cultos a la fertilidad. (Dacal 1972)

Usualmente la cerámica se ha considerado una actividad relacionada con el ámbito femenino. (Valcárcel 2000) Sin embargo, un interesante tema de investigación que queda pendiente es la determinación de si las creaciones de altos valores estéticos relacionadas con la esfera de lo ritual-ceremonial, y que reproducen los cánones estéticos de otras manifestaciones artesanales, fueron realizados por las mujeres o por artesanos hombres. En las fuentes documentales, las escasas referencias a los procesos creativos relacionados con lo ritual están vinculadas a lo masculino a través de la figura de caciques y behiques.

Una importante consideración sobre la cerámica es que ha servido como indicador para las concepciones teóricas de toda una escuela arqueológica (el normativismo norteamericano, por ejemplo) debido a su carácter extremadamente dinámico. A tal punto, que a veces es el único elemento que parece alejarse del canon estético aborigen en nuestro país, presente por igual en las realizaciones en madera, piedra, concha o hueso.

OTROS MATERIALES

La existencia de otros materiales con los cuales se confeccionaron las artesanías indígenas se derivan de las fuentes documentales y de hallazgos realizados excepcionalmente. Por ejemplo, dada la riqueza ornitológica de nuestro país, seguramente las plumas serían empleadas en diferentes tipos de adornos tanto corporales como complementarios de otros artefactos. También se empleaban algunos tipos de resinas vegetales que pudieron ser moldeadas, endurecidas y pulidas para obtener cuentas y orejeras.

Las fibras vegetales sirvieron para la confección de diferentes tipos de contenedores y no hay ninguna razón para no pensar que fueran hechas

combinando diferentes colores para lograr complicados diseños, tan característicos en otros materiales como la cerámica.

Otro de los materiales empleados en la elaboración de cuentas fue el coral y las perlas, según indican los ejemplares encontrados en el sitio Chorro de Maíta.

Todas estas materias primas que hemos mencionado se combinaban en las manos indígenas para producir una serie de objetos de complicada factura en la que intervenían varios artesanos y procesos de trabajo. Es esta una de las razones por la que podemos plantear que en ocasiones la producción artesanal se podría haber desligado de la producción básica agrícola, y haya sido posible el surgimiento de individuos especializados en este tipo de trabajo. Pongamos un par de ejemplos de los regalos que envió el cacique Guacanagarí de la Española a Colón durante los primeros tiempos del descubrimiento: "Trajeron al Almirante una gran carátula, que tenía unos grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y en otras partes, la cual le dio con otras joyas de oro, y el mismo rey se las puso al Almirante en la cabeza y al pescuezo [...]" (Las Casas 1995, tomo I: 282)

Según relata el Padre dominico Las Casas, en otra ocasión:

Envióle con aquel su criado y embajador un cinto que en lugar de bolsa traía una carátula, que tenía dos orejas grandes de oro de martillo y la lengua y la nariz; este cinto era de pedrería muy menuda, como aljófar, hecha de huesos de pescado, blanca y entrepuestas algunas coloradas, a manera de labores, tan cosidas en hilo de algodón y por tan lindo artificio, que por la parte del hilo y el revés del cinto parecían muy lindas labores, aunque todas blancas, que era placer verlas, como si se hubiera tejido en un bastidor y por el modo que labran las cenefas de las casullas en Castilla los brosladores, y eran tan duro y tan fuerte, que sin duda creo que no le pudiera pasar, o con dificultad, un arcabuz; tenía cuatro dedos en ancho, de la manera que se solían usar en Castilla por los reyes y grandes señores los cintos labrados en bastidor o tejidos de oro, e yo alcancé a ver algunos dellos. (Id.: 272)

LA SOCIEDAD TRIBAL AGRICULTORA

Hacer una caracterización global de la sociedad tribal agricultora de Cuba no es una tarea fácil. Diversos obstáculos impiden una correcta valoración de las informaciones producidas tanto por los cronistas e historiadores como por los arqueólogos.

Las fuentes documentales disponibles e investigadas, relativas al período temprano de la presencia europea en nuestro país, son aun insuficientes y escasas para enfrentar procesos de explicación de la sociedad tribal indígena. Otro aspecto a tener



Fig. 40 Trigonolitos de República Dominicana

en cuenta es que los métodos empleados en la ocupación ibérica de Cuba, ya habían sido ensayados con amplitud en La Española, por lo que el mismo proceso de ocupación y anulación de las estructuras indígenas, una vez sobrepasada la fase de “estudio colonial”, fue muy rápido y violento.

Por otra parte, las peculiaridades del proceso de conquista y colonización europeo en Las Antillas conformó una producción bibliográfica que se limitó fundamentalmente a las vivencias ocurridas en La Española y Puerto Rico, de ahí que ha sido una práctica general extrapolar las observaciones etnográficas al resto de las islas. Debería esperarse que estas dificultades metodológicas pudieran ser salvadas mediante los aportes de la arqueología, pero desgraciadamente los estudios arqueológicos, salvo raras excepciones, (Domínguez 1991; Valcárcel 2002) no se han podido conducir satisfactoriamente a una escala regional, en aquellos lugares de mayores montos demográficos indígenas del país.

Otra dificultad derivada de lo que hasta ahora se ha podido investigar es que las diferentes comunas indígenas no habían alcanzado el mismo nivel de complejidad social hacia el momento de la colonización europea. Esta es una situación identificada por Wilson para el territorio de La Española considerado hasta la actualidad como modelo de existencia de complejas estructuras sociales como el cacicazgo. (Wilson 1990)

CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA SOCIEDAD TRIBAL AGRICULTORA

Como hemos visto hasta aquí, las comunidades indígenas asentadas en Cuba durante la época del

llamado descubrimiento, habían sido el resultado de un larguísimo proceso de desarrollo socioeconómico, cuyas raíces parten del área continental sudamericana.

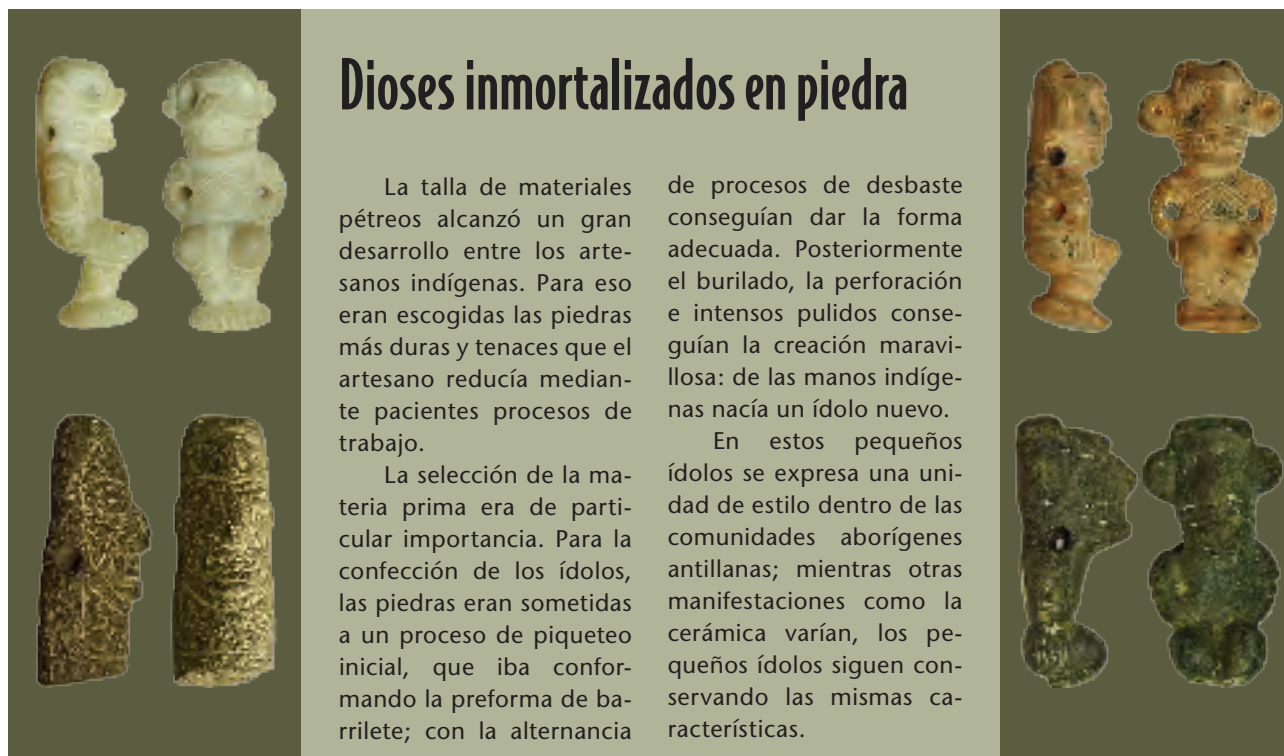
Estas sociedades, representantes de la Formación Económico Social Tribal, habían alcanzado un control racional sobre los medios naturales de producción a través del dominio de los ciclos reproductivos de especies vegetales y animales. Pero este paso de avance requirió de un cambio en la misma estructura del proceso productivo social, pues para garantizar la continuidad del mismo, había que asegurar la propiedad sobre el medio fundamental de producción: la tierra. En este sentido, la revolución tribal provoca que la propiedad, mantenida aún bajo una forma colectiva, cambie su contenido esencial en relación con la Formación Económico Social Pretribal que le precedió.⁷ La comuna ahora, en tanto colectivo humano, ejerce la propiedad sobre la tierra, como medio de distinción y defensa ante las otras comunidades. La apropiación de la naturaleza no solo es una consecuencia de la producción sino una condición de la misma. (Bate 1998:86)

Es posible reconocer en las fuentes documentales las diferentes divisiones territoriales que se establecían entre los grupos indígenas de nuestro país donde los cronistas reconocen la existencia de “provincias indias” como *Mayzí*, *Cueyba*, *Macaca*, *Bayatiquirí*, *Bani*, *Baraxagua*, *Camagüey*, etc.

Otras de las características derivadas del establecimiento de la propiedad colectiva sobre el objeto natural de producción es que se requiere de un aumento demográfico como vía para garantizar el aumento de la productividad media del trabajo. A su

⁷ En el caso de la Formación Económico Social Pretribal los contenidos de la propiedad solamente se establecen sobre la fuerza de trabajo y los instrumentos de producción. (Bate 1998: 83)

⁸ El mismo concepto de cacicazgo posee diferentes definiciones, y llega incluso a ser rechazado por algunos autores como Drenan y Uribe quienes encuentran que “[...] el concepto de cacicazgo es útil tan solo para una descripción tosca y la organización de la información. No es, sin embargo, una herramienta analítica penetrante para buscar el entendimiento de las sociedades que así son descritas”. (Drenan y Uribe 1987: xviii)



Dioses inmortalizados en piedra

La talla de materiales pétreos alcanzó un gran desarrollo entre los artesanos indígenas. Para eso eran escogidas las piedras más duras y tenaces que el artesano reducía mediante pacientes procesos de trabajo.

La selección de la materia prima era de particular importancia. Para la confección de los ídolos, las piedras eran sometidas a un proceso de piqueteo inicial, que iba conformando la preforma de barrilete; con la alternancia

de procesos de desbaste conseguían dar la forma adecuada. Posteriormente el burilado, la perforación e intensos pulidos conseguían la creación maravillosa: de las manos indígenas nacía un ídolo nuevo.

En estos pequeños ídolos se expresa una unidad de estilo dentro de las comunidades aborígenes antillanas; mientras otras manifestaciones como la cerámica varían, los pequeños ídolos siguen conservando las mismas características.

vez, este incremento poblacional necesita de la creación de nexos de parentesco intercomunales que toman la forma de relaciones familiares, que muchas veces abarcan territorios extensos. Las relaciones tribales básicamente son un mecanismo efectivo de regulación de las fuerzas productivas a nivel regional, y constituyen en realidad, la traducción en lo social de las relaciones básicas de producción.

El mantenimiento de estas relaciones parentales a nivel de conciencia social, constituye uno de los contenidos esenciales de las superestructuras, las que van a estar encaminadas a mantener la cohesión social a través de lo simbólico en manifestaciones como la mitología, los cultos rituales, las expresiones artísticas, estéticas, y otras.

Como plantea Bate:

[...] la estructura tribal funcionando en sus instancias de representación y en distintos niveles, según la magnitud o naturaleza de los problemas a resolver, cumple algunas actividades institucionales que se han hecho necesarias. Por lo pronto organiza la defensa bélica de la propiedad comunal –cuando es requerida– y se encarga de las relaciones diplomáticas o de intercambio con otras comunidades; pero además, administra el funcionamiento de una economía algo más compleja y de mayores proporciones que la de una sociedad cazadora-recolectora (rotación de tierras, distribución de agua, intercambio, etc.) y se ocupa de zanjar eventuales problemas internos, de la administración de justicia y demás asuntos similares. (Bate 1998: 87)

Pero también la sociedad tribal adquiere formas acordes con la magnitud del desarrollo de sus fuerzas productivas y la particularidad de sus modos de vida. En general, en nuestro país se puede reconocer la existencia de dos fases que denominamos la fase comunal o no jerarquizada y la fase cacical o jerarquizada.

Las comunidades aborígenes tribales de nuestro país mayormente se encontraban en la primera fase, pero también en algunas de ellas se estaban produciendo intensos procesos de diferenciación bajo formas cacicales.

La arqueología antillana ha aceptado la identificación de las primeras formas de comunidad tribal jerarquizada en las sociedades ostionoides de La Española para el año 1 200 DNE. (Veloz 1991) Sin embargo, en Cuba tradicionalmente ha sido entendido que en la sociedad indígena no se produjeron procesos de complejización suficientes como para dar origen a los cacicazgos típicos reportados para La Española y Puerto Rico. Tal vez la razón sea que el concepto de complejidad social que hemos estado usando, formalizado en la categoría de cacicazgo, parta de la mezcla de diferentes teorías sociales, muchas veces no compatibles.⁸ (Moreira 2003; Valcárcel 2002; Domínguez 1991)

Para nosotros, la naturaleza transicional de la figura del cacicazgo hace mucho más complicada su definición. En ella se agudizan las contradicciones implícitas de la organización tribal, esto es, la



Fig. 41 Fragmentos de espátulas vómicas, Colección Museo Indocubano Baní

participación colectiva en las decisiones sobre la disposición de los elementos fundamentales del proceso productivo, dada la forma colectiva de propiedad sobre los objetos naturales de producción, y la existencia de una cada vez más compleja estructura jerarquizada que administra la disposición y distribución de esos recursos y de la fuerza laboral. Hacia el exterior de la tribu, el equilibrio de las relaciones intercomunales en el territorio, que se mantiene gracias a un sistema de intercambios adecuado y a una capacidad defensiva colectiva, también tiene un límite que puede ser sobrepasado a favor de las comunidades más fuertes y mejor organizadas en su interior. (Bate op.cit: 88)

Para el caso caribeño, la arqueóloga venezolana Iraida Vargas ha descrito el proceso de la manera siguiente:

[...] las relaciones interaldeas se convierten en verdaderamente políticas. La especialización del trabajo social, en algunas o en una aldea de las aldeas, unido también a la disolución en ésta de los vínculos parentales intraaldea (excepto en las unidades domésticas) y su reemplazo por lazos políticos y de rango entre los distintos linajes de la aldea, lleva hacia el surgimiento de una localidad dominante en lo político, lo religioso y lo económico. Las relaciones de reciprocidad inter e intraaldea, dentro del territorio tribal, se convierten en relaciones de subordinación, las cuales se expresan a través del tributo que se debía rendir a la localidad principal y al cacique o jefe principal, quien podría ser al mismo tiempo jefe militar único o sacerdote, o jefe político, militar y religioso, dentro de una 'clase' de pequeños señores subordinados que cumplían funciones similares en sus respectivas localidades. (Vargas 1990:113)

Una consecuencia importante de este proceso es la aparición de productores especializados no solo en la manufactura de bienes simbólicos para las élites, sino también en el gerenciamiento de los fondos de tiempo de la producción y otras clases de servicios. Se fortalecen las redes de intercambio de materias primas exóticas destinadas a esas producciones que en las manos de los artesanos van a servir para legitimar el status de poder de ciertos linajes.

Como reflejo de estos procesos de diferenciación social en la superestructura se va a gestar un uso ideológico de rituales y tradiciones que busca legitimar o justificar el estado de cosas mediante el

⁹ Efectivamente coincido con el argumento de que las clases son un resultado histórico de las relaciones desiguales y de explotación en el seno de la sociedad humana y no una condición para su surgimiento.

cual se perpetúa la permanencia de los linajes que detentan el poder. Es en esta fase donde surgen los primeros mecanismos de explotación social que luego, en las sociedades clasistas, van a permitir el surgimiento de las clases sociales.

Al respecto, la opinión de Vargas radica en que: “[en el Caribe Insular la fase jerárquica tribal] no parece haber propiciado el surgimiento de una división social del trabajo, de naturaleza tal, que implicase la aparición de las clases sociales y, en consecuencia, la transformación de los plusproductos en excedentes.” (Vargas 1990: 115)

Pero este aspecto ha sido cuestionado por Moscoso quien estima que sí existieron procesos que llevaron a la conformación de incipientes clases sociales como producto de las relaciones de explotación que se establecieron al interior de la formación tribal. (Moscoso 1989; 1999) Yo comparto la apreciación de este autor, aunque con la reserva de que no fue un proceso que se pueda generalizar a todas Las Antillas.⁹

Como demuestra la arqueología, en algunas zonas de Las Antillas Mayores y en el momento del arribo europeo en la sociedad tribal agrícola, se estaban produciendo profundos procesos de transformación y desigualdad social. En ese sentido, el yucayeque aborígen no era una cándida y prístina forma igualitaria social, sino que ya había conocido formas de desigualdad que propiciaban la explotación de unos grupos por otros cuyo desarrollo fue trastocado radicalmente por una forma mucho más violenta y desarrollada de explotación: la aportada por los colonizadores.

Solo en este marco de desintegración incipiente de las estructuras tribales y de sus relaciones de reciprocidad, es que pueden entenderse pasajes como el ocurrido con la supuesta revuelta de los indígenas del cacicazgo de Bayamo ante Pánfilo de Narváez y su posterior regreso al no ser “aceptados” por los del Camagüey. En mi opinión, se ha seguido al pie de la letra lo planteado en la crónica del Padre Las Casas:

La causa de la vuelta a su provincia y meterse en manos de sus enemigos los españoles, fue que los vecinos de la provincia de Camagüey no los pudieron sufrir, como eran mucha gente, para dalles de comer de sus bastimentos; y la razón es, porque aunque en todas estas Indias sean abundantísimas de comida, nunca los indios y vecinos de cada provincia tienen, porque no lo procuran tener, más de lo que para sí en sus casas han menester, y aquello tienen y tenían

tan cierto, por los ordinarios buenos temporales, que no tienen miedo de que les ha de fallecer. (Las Casas 1995, tomo II: 532)

Como se ha visto en numerosas ocasiones, la apreciación de los españoles era distorsionada respecto a los detalles de la vida social aborígen. En este caso, el rechazo del Camagüey se pudiera explicar alternativamente como el reflejo de los procesos de ruptura de lazos tribales, pues no debemos olvidar que los indígenas de Bayamo tuvieron una actitud inicial colaboradora ante los conquistadores, y por tanto, contraria a los intereses tribales. Debemos recordar que, en otras ocasiones, comunas enfrentadas a los conquistadores no fueron rechazadas por sus similares, como es el caso del cacique Hatuey.

Otras figuras del período de contacto indohispánico, los llamados “indios de guerra”, parecen

Fig. 42 Ídolo de Bayamo, Colección Museo Montané, Universidad de La Habana [Foto del autor]



confirmar este proceso incipiente de descomposición de la sociedad tribal. Estos eran miembros de algunas tribus que eran empleados por los españoles en las guerras y escaramuzas sostenidas contra el resto de los indígenas. En Cuba hay varios ejemplos de ellos, e incluso de indios de guerra flecheros traídos de Jamaica para servir a las huestes de Narváez en la colonización de la isla.

La sociedad aborígen tenía una diferenciación marcada en cuya cima se encontraba el cacique o jefe del clan o linaje. La gradación o magnitud de su mandato podía abarcar el ámbito de la aldea o llegar a la región. Son evidentes las muestras de distinción que le rinden los miembros de la tribu a este personaje que se diferenciaba incluso por los adornos que portaba y los alimentos que ingería. Algunos nombres de caciques cubanos fueron recogidos por los cronistas como Guamá, Manatiguahuraguana, Caracamisa, Yaguacayex, y Habaguanex.

Por debajo de los caciques en el orden social se encontraban los llamados *nitaynos* quienes fueron identificados por los cronistas como los consejeros o nobles subordinados, cuya función era la de auxiliar al cacique en los asuntos relativos al mantenimiento de los límites tribales, la distribución de los bienes y de la fuerza de trabajo.

En la base de la escala social estaban los *naborías* o comuneros sobre quienes recaía el peso fundamental de la producción de subsistencia. Es claro su papel subordinado por lo que en ocasiones se les relacionaba con formas de esclavitud, pero esta visión es del todo inadecuada, ya que más bien la existencia de los naborías es el remanente de la formas de reciprocidad de la fase no jerarquizada de la formación tribal, en cuanto a la cooperación en el trabajo a escala intra y extra aldeana; formas que posteriormente serían corrompidas por los procesos cacicales y transformadas en obligación institucionalizada.

Ya hemos visto cómo la elevación de la productividad media del trabajo pudo haber fomentado la existencia de ciertos trabajadores especializados en el campo de la producción de bienes suntuarios y de prestigio. La arqueología ha documentado la existencia de una gran producción artesanal que nos hace preguntar ¿hacia dónde iba destinado el consumo de los bienes producidos?

En el Caribe precolombino continental se reportan grandes producciones de objetos que eran posteriormente consumidos en las ceremonias funerarias, (Vargas 1990) sin embargo, en el caso

cubano no parece haber sido así, pues, con excepción de algunos sitios muy definidos, como en Chorro de Maíta, el consumo de artesanías en contextos funerarios es mínimo y los enterramientos carecen de gran parafernalia funeral. Otra opción parece haber sido su uso por parte de las élites y los personajes importantes, aunque los cronistas son parcos en sus observaciones al respecto sobre Cuba.

Existe una fuerte probabilidad de que fueran utilizados como medios de intercambio a nivel regional. Esto le daría sentido a que en sitios arqueológicos como el mencionado Chorro de Maíta y algunos otros de Maisí, existan evidencias de especialización en artefactos como cuentas de cuarzo y



Fig. 43 Ídolos de piedra, Fondos del Instituto Cubano de Antropología



concha, y seguramente otras producciones que no sobreviven en el registro arqueológico.

La existencia de contextos de almacén está perfectamente clara en las fuentes documentales. Es famoso el caso de los almacenes que poseía la cacica Anacaona de La Española:

Allí tenía esta señora una casa llena de mil cosas de algodón, de sillas y muchas vasijas y cosas de servicio de casa, hechas de madera, maravillosamente labradas, y era este lugar y casa como su recámara. Presentó esta señora a D. Bartolomé muchas sillas, las más hermosas, que eran todas negras y bruñidas como si fueran azavaja; de todas las otras cosas para servicio de mesa [y naguas de algodón (que eran como faldillas que traían las mujeres desde la cinta hasta media pierna, tejidas y con labores del mismo algodón) blanco a maravilla] cuantas quiso llevar y que más le agradaban. Dióle cuatro ovillos de algodón hilado que apenas un hombre podía uno levantar [...] (Las Casas 1995, tomo I: 447)

En Cuba también existieron este tipo de contextos. Los marinos enviados por Cristóbal Colón a reconocer el interior de la isla durante el primer

viaje, dijeron que hallaron “Algodón infinito, sembrado, cogido y hilado, y también tejido o obrado; dijeron que habían visto en una sola casa más de quinientas arrobas, y que se podía haber cada año cuatro mil quintales.” (*Id.*: 231)

La producción para el intercambio sería también una de las explicaciones de la aparición de objetos de procedencia continental en sitios de nuestro país.

Por último, se reporta la existencia de un pequeño sector social que logró una gran importancia en la estructura social: el *behique* o *shamán*. Este no solo limitaba su actuación a lo curativo sino que además era conductor de muchas de las ceremonias y rituales efectuadas por la comuna. Es interesante la explicación de la preponderancia que alcanzó en la sociedad aborigen por cuanto no era un sector directamente ligado al proceso de producción comunal. Su poder también fue utilizado, y en las últimas fases de la forma jerárquica, monopolizado por los caciques, quienes concentraron en sí las funciones rituales y ceremoniales.

ALGUNOS ELEMENTOS DE LA SUPERESTRUCTURA ABORIGEN

La superestructura dentro de la formación tribal va encaminada a fortalecer los procesos de integración ideológica de sus miembros a través de diferentes mecanismos, donde juegan un papel importante las creencias mágico-religiosas.

Es verdaderamente poco y confuso lo que conocemos de las manifestaciones mítico religiosas de nuestras comunidades. Ha sido privilegiada como fuente primaria la obra del fraile Ramón Pané, pero creemos que no puede ser traspolada literalmente a Cuba por muchas razones. (Pané 1990) Primeramente porque la mitología recogida en la famosa obra de Pané, no se corresponde con los grupos culturales que se encuentran en nuestro país, y por lo tanto, no hay ninguna seguridad de que la misma fuera compartida en términos generales.

Sí creo que debió haber existido un fondo mitológico étnico común, que los procesos de jerarquización cacical fueron dividiendo progresivamente

en la competencia por la preponderancia. La narración de Pané se da precisamente en un contexto quisqueyano de este tipo y por tanto, algunos de los personajes mitológicos que menciona, pueden ser particulares de algunos cacicazgos y no necesariamente de otros.¹⁰

Uno de los ejemplos más llamativos para Cuba es el de *Yucahú Bagua Maorocoti*, o Dios Supremo de la Yuca, asociado en el contexto de Las Antillas Mayores a los famosos trigonolitos. Si este era el principal dios de estas sociedades ¿por qué en nuestro país no aparece ningún ejemplar de este artefacto, aun cuando sabemos que la yuca era una importante base subsistencial? Las razones son obvias, o en nuestro país esta deidad tenía una representación diferente, o simplemente no era considerada en la misma medida que lo era en La Española y Puerto Rico. Un caso semejante ha sido reportado por Celaya y Godo para el llamado *Boi-*

¹⁰ Es por eso que no vemos lógica en el esfuerzo de algunos autores cubanos como Fernández y González por identificar en el arte rupestre de Cuba a personajes de contextos tan claramente particulares como lo es el ídolo Corocote. (Fernández y González 2001)

nayel o “llora lluvias” (Celaya y Godo 2000) que no encuentra un referente arqueológico en la cerámica, de acuerdo a las características que le otorga el relato de Pané.

No obstante, a nivel arqueológico se puede establecer una relación bastante segura entre el arte aborigen y el culto a la muerte. De esta manera es característica del arte indígena la representación de rostros antropomorfos de grandes ojos con cuencas vacías y expresiones fantasmagóricas, acompañados a veces por representación de costillas y otras partes del esqueleto que recuerdan a espectros o cadáveres. El Padre Las Casas señala que “comúnmente todos los indios destas Indias tienen opinión de las almas no morir, mayormente aquellos de Cuba [...]” (Las Casas 1995, tomo I: 392)

Las prácticas funerarias son tan diversas entre las sociedades tribales agricultoras de nuestro país que es difícil establecer un patrón para su caracterización. Desde el mismo inicio del descubrimiento, Colón y sus hombres se asombran de la convivencia con estas prácticas en la vida cotidiana: “Hallaron también los marineros en una casa una cabeza de hombre dentro de un cestillo, cubierto con otro cestillo, y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra

en otra población. Creyó el Almirante que debía ser algunos principales del linaje, porque aquellas casas eran de manera que se acogen en ellas mucha gente en una sola, y deben ser parientes descendientes de uno solo.” (Fernández de Navarrete 1999: 65)

Los enterramientos humanos eran practicados en dos formas fundamentales, los llamados primarios y los secundarios. En los primeros el cadáver era depositado o enterrado directamente en el suelo y ahí permanecía sin alteración posterior. Se han reportado casos en que los cuerpos eran lanzados a través de claraboyas o entradas de cavernas, y también en los que se lapidaba el recinto en que eran depositados los restos. Ejemplos de ambos casos se encuentran en la región de La Patana, en Maisí, provincia Guantánamo, y en sitios de Cabo Cruz, provincia de Granma. En otras ocasiones, los enterramientos se hacían en áreas perimetrales de la propia aldea, como sucede en el sitio San Lucas de Maisí.

Los entierros secundarios involucraban un proceso de descomposición del cadáver y después el retiro de ciertos huesos, generalmente el cráneo y los huesos largos, para ser reenterrados o depositados en otros soportes. Este parece ser el caso

El mundo en la cerámica: animales modelados



La cerámica ha sido uno de los medios más usados por las sociedades precolumbinas americanas para plasmar el mundo que les rodeaba. Famosas son las cerámicas peruanas de las culturas nazca y moche, donde prácticamente no quedó vivencia humana que no fuera representada; otro tanto ocurrió con las cerámicas mexicas de la región mesoamericana. Así, gracias a los delicados dedos alfareros, cobran vida personajes reales e imaginarios, animales y plantas, que en ocasiones alcanzan un sorprendente realismo.

La cerámica entra en Las Antillas a partir de las migraciones de comunida-

des procedentes de la parte nororiental de Venezuela, a partir del 200 ANE, y en poco tiempo se extienden por todo el arco antillano y llegan a Puerto Rico. A partir del siglo V DNE, surgen en el territorio de La Española las dos subseries cerámicas que van a dominar hasta el arribo de los europeos. La primera es denominada meillacoide y se establece alrededor del año 800 DNE en la zona norte y central de la isla. Posteriormente, hacia el 1200 DNE, surge la subserie chicoide, la más característica de nuestra región y la que se ha asociado a los llamados taínos de la época del descubrimiento americano. A partir de ese momen-

to se produjeron procesos de migración al resto de las islas, donde las cerámicas se mezclan entre sí para dar lugar a desarrollos locales. Es un problema todavía no resuelto si a nuestro país llegaron las dos tradiciones alfareras ya mezcladas, o si la unión se produjo en Cuba. Lo cierto es que no existen cerámicas chicoideas puras en nuestra isla.

La subserie meillacoide se distingue porque sus artesanos aplicaban una tecnología que dejaba la superficie de las vasijas áspera, además del uso de los trabajos aplicados tanto en las asas como en las paredes. Destacan decorativamente los punteados

de los vistos por los hombres de Colón en la costa norte de Cuba.

Procesos complejos como el desollado han sido reportados por Rodríguez y Terrazas en un cráneo agroalfarero de Maisí, donde la evidencia demostró huellas de corte y raspado mientras se conservaban los tejidos blandos. (Rodríguez y Terrazas 2003)

No podemos descartar tampoco la ocurrencia de procesos que por su naturaleza no dejan su huella en el registro como el del abandono en determinados lugares boscosos o su lanzamiento a corrientes de agua o al mar.

Como manifestaciones artísticas destacadas existieron los bailes llamados *areitos*, y la música, ambos íntimamente ligados a las ceremonias y rituales mágico-religiosos. Las Casas dice que:

[...] comenzaron a bailar y a cantar, hasta que todos quedaron cansados, porque así era su costumbre, de bailar hasta cansarse, y duraban en los bailes y cantos desde que anochece, toda la noche, hasta que venía la claridad, y todos sus bailes eran al son de las voces, como en esta isla, y que estuviesen 500 y 1.000 juntos, mujeres



y las incisiones hechas, de manera que los bordes parecen mellados o realizados con descuido.

Por otra parte, la cerámica chicoide se singulariza por el interés de sus alfareros en las asas modeladas-incisas, y la incisión como forma decorativa, llevada hasta tal punto que a veces forma complicados motivos que le han ganado el calificativo de "barroco antillano". Su diseño más común es el óvalo dividido por un segmento a manera de grano de café.

Las sociedades agroceramistas de Las Antillas,

si bien no alcanzaron los altos vuelos de las grandes civilizaciones continentales, tampoco dejaron de plasmar su mundo en las realizaciones cerámicas. Las hábiles manos aborígenes supieron dar forma al barro para crear esos otros seres que formaban parte del universo. La técnica del modelado, expresada primordialmente en las asas, va a permitir la representación estilizada de seres fantásticos, haciendo imposible de distinguir su naturaleza humana o animal. No obstante, a veces, el realismo con que lograron



Fig. 44 Rodillera, adorno confeccionado en metal y textil, recuperado en el enterramiento no. 25, Sitio Chorro de Maíta

y hombres, no salían uno de otro con los pies ni con las manos, y con todos los meneos de sus cuerpos, un cabello del compás; hacían los bailes de los de Cuba a los desta isla gran ventaja en ser los cantos a los oídos muy más suaves. (Las Casas 1995, tomo II: 508)

Respecto al arte rupestre existen importantes manifestaciones realizadas sobre las formaciones secundarias de las cavernas en muchas partes del país. Se destacan las esculturas o petroglifos de la Caverna de La Patana, en Maisí y el Guafe en Cabo Cruz. También se reportan importantes pictografías en la Cueva de Pichardo, Sierra de Cubitas, en la provincia de Camagüey.

su expresión artística, nos permite reconocer algunos de los integrantes de la fauna precolombina.

Aquí un perro con la cola graciosamente arqueada; allá una rana que parece salir del líquido que contiene la vasija; una jutía que parece ir en busca de su alimento; una ciguapa que mira solemnemente desde el borde; una oruga que trepa en una rama para convertirse en crisálida; una levisa que se escurre por el fondo marino, un delfín que salta sobre las olas; todas, realizaciones de la imaginación y destreza de las manos alfareras que nos legaron en el barro cocido, un pequeño cuadro de ese mundo perdido.





Fig. 45

Excavación en Cueva
de Nicomedes, Patana Abajo,
Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

Fig. 45 Ídolo de concha,
Colección Museo
Indocubano Baní

*Es posible que todos estemos atribuyéndole
un significado étnico incorrecto a 'taíno'.
Puede ser que, al igual que los macorijes y ciguayos,
tuvieran un nombre tribal definido.*
(Moscoso, 1986:293)

Durante mucho tiempo la arqueología caribeña ha usado ampliamente el término 'taíno' para identificar a las sociedades tribales más desarrolladas, encontradas por los europeos en el momento de la conquista. Sin embargo, cuando penetramos en el profuso mundo de las investigaciones realizadas, descubrimos que "lo taíno" se refiere a fenómenos distintos, dependiendo del autor, las evidencias manejadas y el país. Hasta el día de hoy, el concepto de "cultura taína" ha buscado, salvo raras excepciones, presentar un artificial panorama

homogéneo atribuible a todos estos grupos aborígenes que poblaban las Grandes Antillas.

El dilatado camino recorrido para encontrar una definición para la cultura (o las culturas) agrocera-mistas que ocuparon el suelo cubano, aun no ha llegado a su fin. Diferentes posiciones se han presentado a lo largo del tiempo, intentaremos muy brevemente hacer un recuento de cómo ha ido evolucionando la denominación de "lo taíno" a lo largo de la historia de las investigaciones arqueológicas en nuestro país.

CRONISTAS Y TAÍNOS

La primera mención que conocemos del término 'taíno' se produjo durante los hechos del segundo viaje de descubrimiento emprendido por Cristóbal Colón en 1493. Contrariamente a lo que la mayoría de las personas podrían imaginar, la referencia no se encuentra en ninguno de los documentos conocidos que generó el Almirante durante sus viajes. Más aún, tampoco está en ninguna de las obras de los más grandes Cronistas de Indias: el Padre Bartolomé de las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo. Cabría esperar que al menos en los documentos relativos a la conquista de Cuba, como las *Cartas de Relación* del Adelantado Diego Velázquez, aparezcan de alguna manera, pero allí también brillan por su ausencia nuestros taínos.

En realidad, las dos únicas menciones que se han encontrado proceden de documentos que son breves relaciones de los sucesos relacionados con ese segundo viaje. El primero de ellos es una carta

del doctor sevillano Diego Álvarez Chanca, quien fuera médico de la armada colombina; el segundo corresponde a las *Décadas* del cronista Pedro Mártir, que como sabemos, nunca puso pie en América. Pero, en esencia, ¿qué se dice en los referidos documentos?

La Carta del doctor Chanca, dirigida al Cabildo de Sevilla en 1494,¹ nos relata el siguiente pasaje ocurrido en noviembre de 1493, en la isla Guadalupe, perteneciente a las Antillas Menores:

Este día primero que allí descendimos andaban por la playa junto con el agua muchos hombres é mujeres mirando la flota, é maravillándose de cosa tan nueva, é llegándose alguna barca á tierra á hablar con ellos, diciéndolos tayno tayno, que quiere decir bueno, esperaban en tanto que no salian del agua, junto con él moran, de manera que cuando ellos querian se podian salvar: en conclusión, que de los hombres ninguno se pudo tomar por fuerza ni por grado, salvo dos que se

¹ Aun cuando en la fecha original del documento el dato del mes se encuentra vacío, y se dice 1493, Fernández Navarrete aclara que por los hechos relatados, el mismo debió ser escrito a fines de enero de 1494. (Fernández de Navarrete 1999:190)

aseguraron é después los trajeron por fuerza allí. Se tomaron mas de 20 mugeres de las cativas, y de su grado se venian otras naturales de la isla, que fueron salteadas y tomadas por la fuerza. (Fernández de Navarrete 1999: 171)

Por su parte, Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas* relata, pero esta vez más claramente, el empleo de la denominación como característica entre un grupo de aborígenes en La Española durante el segundo viaje: “[...] al acercarse les salió al encuentro un hombre de arrugada frente y altiva mirada, acompañado de otros cientos, los cuales armados todos con arcos, saetas agudas y lanzas se presentaron como en actitud amenazadora; gritaron que eran *taynos*, ó sea *nobles*, no *caníbales*”. (Mártir 1944: 23)

Lo que podemos deducir de ambos relatos es que taíno equivalía a “bueno”, una característica que, al parecer, reclamaban para sí algunos grupos al enfrentarse a los europeos.² Su objetivo básico era establecer una diferenciación respecto a otros grupos indígenas habitantes de las Antillas Menores a los cuales se les atribuía fama de ser guerreros belicosos y caníbales, y que hoy se conocen como *caribes*.

Sin embargo, ha sido entendido largamente en la literatura histórica, que la palabra ‘taíno’ es equivalente a una denominación étnica. Para nosotros es verdaderamente sospechosa la ausencia del pretendido etnónimo en el resto de los documentos de la conquista.

Como se desprende de los relatos mostrados, en realidad se trataba de un calificativo usado en una situación muy particular, pero claramente no era la palabra empleada como indicador étnico, por lo que ‘taíno’, en su acepción de etnónimo, nació de un malentendido idiomático; y por lo tanto, en el sentido etnográfico se puede considerar como un exónimo impuesto, no por los Cronistas, quienes en verdad apenas lo usaron, sino por los historiadores y arqueólogos de épocas posteriores.

Aunque en la actualidad la mayoría de los investigadores consideran que los aborígenes antillanos referidos en los documentos pertenecen al tronco aruaco sudamericano, el nombre verdadero con el que se autodenominaban como etnia desapareció en el tiempo.

Viendo esta perspectiva, es preciso preguntarnos, ¿estaban los conquistadores en capacidad de

diferenciar etnias entre los indígenas antillanos? Lo que se desprende del análisis de las *Crónicas de Indias* es que en un principio, sí podían diferenciar a los grupos.

En el caso mencionado de Diego Álvarez Chanca, se declara que existían características físicas que permitían diferenciar a unos de otros:

De allí conocimos cuales eran Caribes de las mugeres e cuáles no, porque las Caribes traian en las piernas en cada una dos argollas tejidas de algodón, la una junto con la rodilla, la otra junto con los tobillos, de manera que las hacen las pantorrillas grandes, é de los sobredichos logares muy ceñidas, que esto me parece que tienen ellos por cosa gentil; ansí, que por esta diferencia conocemos los unos de los otros. (Fernández de Navarrete 1999: 172)

Y en otro lado anota:

La diferencia desto á los otros indios en el hábito es que los de Caribe tienen el cabello muy largo; los otros son tresquilados é fechas cien mil diferencias en las cabezas de cruces, é de otras pinturas en diversas maneras, cada uno como se le antoja, lo cual se hacen con cañas agudas. (Id.:175)

Sin embargo, en otra de las fuentes documentales del segundo viaje de Colón, de invaluable utilidad como lo es la carta del marino saonés Miguel de Cúneo, escrita entre el 15 y el 28 de octubre de 1495, esta diferencia parece borrarse:

Los Caníbales y dichos Indios, aunque son numerosísimos y tienen un territorio inmenso y muy distante y por ellos mal frecuentado, indefectiblemente tienen todos un lenguaje solo y viven todos de acuerdo con las mismas costumbres, y parecen al verlos una nación sola, excepto que los Caníbales son hombres más feroces y más inteligentes que dichos indios. (Portuondo 1977: 38)

Independientemente de la contradicción presente en la cita, muy frecuente en general dentro de las *Crónicas de Indias*, obsérvese cómo, curiosamente, la denominación de las partes es, por un lado “Caníbales” y por el otro “Indios”, y no se denomina a estos últimos como “taínos”. Esta dicotomía canibal/indio, planteada por Cúneo, aparece por lo menos dos veces más, a lo largo de su relación.

Por supuesto, en este específico caso de comparación con los caribes, otra característica terrible para los europeos se mostraba, y era la antropofagia que se les atribuía.

² El lingüista José Juan Arrom precisa que la raíz aruaca ‘tai’, significa noble, bueno, no belicoso; y ‘no’ es signo de plural, de tal manera taíno sería “nosotros somos buenos, somos nobles, somos amistosos.” (Arrom 1983)

La costumbre desta gente de Caribes es bestial [...] Dicen también estas mugeres que estos usan de una crueldad que parece cosa increíble: que los hijos que en ellas han se los comen, que solamente crían los que han en sus mugeres naturales. Los hombres que pueden haber, lo que son vivos llévanse los á sus casas para hacer carnicería dellos, los que han muerto, luego se los comen. (Fernández de Navarrete 1999: 173)

No obstante, tampoco esta era exclusiva de los clásicos caribes, sino que en la crónica se deja entrever que grupos no caribes, que habitaban la isla de Borinquen, en ocasiones podían practicarla con sus enemigos.

Esta isla es muy hermosa y muy fértil á parecer; á esta vienen los de Caribe á conquistar, de la cual llevaban mucha gente; estos no tienen fustas ningunas nin saben andar por mar; pero, según dicen estos Caribes que tomamos, usan arcos como ellos, é si por caso cuando los vienen á saltar los puede prender, también se los comen, como los de Caribe a ellos. (Id.:176)

Como vemos, los cronistas nos van acercando al mundo del descubrimiento a través de sus diversos puntos de vista, a veces, en franca contradicción unos con otros, pero sin duda son impresionantes fuentes a la hora de tratar de entender el mundo desaparecido de las sociedades indígenas antillanas. Si bien es relativamente claro que existía una gran diferencia entre los habitantes de las Antillas Menores (caribes) y los de las Antillas Mayores, hecho en el que coinciden todos los cronistas, ¿es posible establecer alguna diferencia entre las poblaciones que se encontraban en estas últimas?, ¿eran tan homogéneas? Existen razones para sospechar de la supuesta homogeneidad del mundo precolombino antillano.

Una lectura detallada de los documentos nos revela un panorama un tanto diferente. Es claro, por ejemplo, que el Padre Bartolomé de Las Casas, nos permite identificar en el territorio de La Española, al menos otros dos grupos culturales que claramente se diferenciaban de la población denominada "natural". Tales eran los *macoriges* y los *ciguayos*.

En su monumental *Historia de las Indias*, al transcribir y comentar el primer viaje de Colón a su paso por la costa norte de La Española menciona que: *[...] hallaron ciertos hombres con sus arcos y flechas, [...] el cual dice que era muy disforme cuanto al gesto; tenía todo el gesto tiznado de carbón, [...] traía este todos los cabellos muy largos, cogidos y atados atrás y puestos en una redcilla de plumas de papagayos, y desnudo en cueros, como los otros. [...] Aquí no llaman caona al oro como en la primera parte desta isla, ni*

nozay como en la isleta de Guanahaní o Sant Salvador, sino tuob. Es aquí de saber que un gran pedazo desta costa, bien más de 25 ó 30 leguas, y 15 buenas y aun 20 de ancho hasta las sierras que hacen desta parte del Norte la gran vega inclusive, era poblada de una gente que se llamaban mazoriges, y otras cyguayos, y que tenían diversas lenguas de la universal de toda la isla. (Las Casas 1995, tomo I: 303)

En otro pasaje de su libro, las diferencias resaltan aun más cuando describe que:

Nombráramos el Macorix de Abajo, a diferencia de otro Macorix de Arriba, que era la gente de que estaba poblada la cordillera de las sierras que cercaban la Vega por la parte del Norte, y vertían las aguas en la misma provincia del Macorix de Abajo; decíase Macorix en la lengua de los indios más universal de la isla, cuasi como lengua extraña y bárbara, porque la universal era más pulida y regular o clara. (Id.: 429)

Por su parte, los ciguayos y su cacique Mayo-banex protagonizaron una de las más enconadas luchas con los colonizadores europeos, cuando la conquista mostró su rostro de violencia y desenfreno. De ellos, el fraile dominico nos dice:

Aquel rey e señor de las dichas sierras e tierras hasta la dicha mar, tenía por nombre Mayobanex. [...] Este era señor de gran número de gente que habitaba toda aquella serranía, que llamaban ciguayos, cuasi nazarenos como entre los judíos, porque nunca se cortaban o pelaban pelo alguno de sus cabellos, y así traían las cabelleras crecidas hasta la cinta, y más debajo de sus cuerpos. [...] Estos ciguayos eran muy esforzados. (Ibid.:458)

Pero esta distinción entre "naturales", ciguayos y macoriges, no era exclusiva de La Española. También es posible encontrar la mención a otro grupo: el de los *lucayos*, habitantes del actual archipiélago de Las Bahamas. Las Casas establece la diferencia entre estos grupos y los de Cuba al comentar un pasaje que leyó en la obra de Pedro Mártir:

Y en cuanto a lo que dice más que eran 400 islas, metió en aquel número las islas del Jardín de la Reina y del Jardín del Rey, que son unas rengleras de islas pequeñas que están a la costa del Sur y del Norte, pegadas con la isla de Cuba, y aunque las gentes de que estaban pobladas aquellas isletas de los Jardines eran de aquella simplicidad y bondad natural que las de los Lucayos, pero no acostumbramos llamar las isletas de los Jardines Lucayo [...] (Las Casas 1995, tomo II: 352).

Como es claro, existían diferentes grupos humanos perfectamente identificables por parte del conquistador europeo, ya sea atendiendo a sus características físicas como la forma en la que lle-

vaban el cabello y el color de la piel; ya sea atendiendo a su lengua, e incluso al lugar geográfico en que vivían. Sin embargo, en los mismos Cronistas se observa una lucha por tratar de homogeneizar esta diversidad cultural. Las causas pueden estar relacionadas con la necesaria síntesis que debían poner en sus obras, o la incompreensión de un nuevo mundo totalmente diferente que se regía por una cosmovisión que nada tenía que ver con la europea, o por razones netamente colonialistas que exigían la negación de la existencia del “otro”.

Lo cierto es que, por muchas razones, los grupos humanos y su diversidad fueron borrados del panorama cultural a través de una homogeneización que tuvo importantes repercusiones en los siglos posteriores. Lo que sí nos parece más cierto es que ‘taíno’ no era la palabra adecuada para nombrar a ninguno de ellos, entonces ¿cómo este término llegó a denominar a una cultura?

Tal vez la explicación vaya por la vía de la semántica aruaca del término ‘taíno’, en su acepción de “bueno, no belicoso”. En las obras de los cronistas se hacía un frecuente y especial énfasis, verdadero o falso, en el carácter pacífico y simple de las poblaciones indígenas, su ausencia de maldad y su carencia de armas; solo que los investigadores pasan por alto muchas veces que todas estas declaraciones se hicieron en el marco de diferentes contextos. Primero los propios aborígenes se distinguieron de los pobladores caribes; después los españoles los distinguieron a ellos, comparándolos con la violenta cultura europea de que eran portadores.

Basten dos ejemplos de cada contexto, de los muchos que se pueden encontrar en las *Crónicas*. Sobre el carácter pacífico y poco belicoso de nuestros primigenios pobladores, dice Colón en su primer *Diario de Navegación*, el martes 27 de noviembre de 1492, a la altura de Baracoa en la costa nororiental de Cuba:

Viniendo así por la costa a la parte del Sueste del dicho postrero río halló una grande población, la mayor que

hasta hoy haya hallado, y vide venir infinita gente a la ribera de la mar dando grandes voces, todos desnudos con sus azagayas en la mano. Deseó hablar con ellos y amainó las velas, y surgió y envió las barcas de la nao y de la carabela por manera ordenados que no hiciesen daño alguno a los indios ni los recibiesen, mandando que les diesen algunas cosillas de aquellos rescates. Los indios hicieron ademanes de no los dejar saltar a tierra y resistillos. Y viendo que las barcas se allegaban más a tierra, y que no les habían miedo, se apartaron de la mar. (Fernández de Navarrete 1999:62)

No nos parece esta una reacción de seres cobardes, de hecho, este pasaje se considera el primer acto de confrontación entre americanos y europeos en el Nuevo Mundo. Por supuesto, si comparamos esta actitud con la de los europeos que venían con un bagaje guerrerista que alcanzaba siglos de duración en el continente, cualquier comparación resulta en desventaja para nuestros aborígenes.

En cuanto a las armas, creo que, efectivamente, Colón y sus seguidores observaban la carencia de estas entre los aborígenes, pero solo comparándolas con la parafernalia bélica de que eran portadores ellos; y no obstante, llegado el momento, siempre tomaron sus precauciones en relación a ellas como se observa en este otro pasaje:

Visto que no tenían oro ni otra cosa preciosa [...] y que toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo; [...] tan cobardes y medrosos son que ni traen armas salvo unas varas, y en el cabo dellas un palillo agudo tostado. [...] Dice que las varas se las quitó todas con buena maña, resgatándose de manera que todas las dieron. (Fernández de Navarrete 1999: 67)

Ni tan mansos ni tan carentes de armas. Al parecer los historiadores, ante la ausencia de un nombre étnico para estos grupos, asumieron acríticamente la característica de ser “buenos”, y el término disponible en los documentos para ello era ‘taíno’, ya que “indio” o “naturales” verdaderamente eran poco atractivos. Así comenzó el mito de la homogeneidad aborígen taína en las Antillas Mayores.

HISTORIADORES, ARQUEÓLOGOS Y, OTRA VEZ, TAÍNOS

Debido a las condiciones de prohibición de la difusión de libros de historia americana en las posesiones españolas de América, las *Crónicas de Indias* fueron escasamente conocidas en estas latitudes hasta el siglo XIX. El texto del diario de Colón; la inmensa obra del Padre Bartolomé de Las

Casas; y posteriormente la de Gonzalo Fernández de Oviedo; así como las *Cartas de Relación* de Diego Velázquez y otros documentos, constituyeron las fuentes por excelencia para el estudio de la historia temprana del colonialismo en Cuba. Sin embargo, por una tradición positivista de investigación y de-

sarrollo de la ciencia europea, estas fuentes fueron consideradas como evidencia inobjetable de toda la realidad.

Es al Padre dominico Bartolomé de Las Casas, con su obra escrita, a quien debemos la primera caracterización de las culturas aborígenes que habitaron nuestro archipiélago, cuando definió tres grupos culturales fundamentales. En su *Historia de las Indias*, al referirse a Cuba, menciona que:

Después pasaron desta isla Española alguna gente, mayormente después que los españoles comenzaron a fatigar y a oprimir los vecinos naturales desta, y, llegados en aquella, o por grado o por fuerza en ella habitaron, y sojuzgaron por ventura los naturales della, que, como dije arriba, llamábanse ciboneyes, la penúltima luenga, y, según entonces creímos, no había cincuenta años que los desta hobiesen pasado a aquella isla. Finalmente, la gente que hallamos en ella era poco más o menos como la de ésta, excepto la de los dichos ciboneyes, que, como dije, muy modesta y simplísima. (Las Casas 1995, tomo II: 514)

Por otra parte, en su *Memorial Sobre Remedios de Indias*, el padre dominico expresa:

[...] unos indios que están dentro en Cuba, en una provincia al cabo della, los cuales son como salvages, que en ninguna cosa tratan con los de la isla, ni tienen casa, sino que están en cuevas de continuo, si no es cuando salen á pescar; llámanse Guanahatabeyes, otros hay que se llaman Zibuneyes, que los indios de la misma isla tienen por sirvientes [...] (Las Casas en Pichardo 1965: 63)

De estos textos se deriva la interesante conclusión de que el Padre Las Casas, en ninguno de sus documentos se refiere a los pueblos agroceramistas tardíos como 'taínos', sino que los considera "naturales" de La Española, o simplemente "indios de la isla". En tanto, la actitud con los *ciboneyes* y los *guanahatabeyes* es diferente y los menciona casi como etnónimos.

Lo cierto es que, contrariamente a lo que se piensa, tampoco encontramos en las obras iniciales de la conquista relacionadas con Cuba, la denominación de 'taíno' para referirse al habitante agroalfarero tardío común de nuestra tierra. No lo encontramos en Oviedo, el Cronista Mayor del Rey, ni tampoco en Diego Velázquez, el Adelantado de Cuba; este último, con una incidencia directa en la ocupación europea de la isla. Nuevamente encontramos la palabra 'indio', de manera que, al parecer, la primera denominación se la debemos a una generalización totalmente artificial introducida por los historiadores al leer las *Crónicas* y los

documentos relacionados con el proceso de la conquista y colonización.

Debido al casi absoluto desinterés por los temas antropológicos de nuestros intelectuales en épocas tempranas de la Colonia, las referencias de los cronistas van a ser las únicas pruebas válidas en relación con las sociedades indígenas. De manera que la ciencia en Cuba tendrá pacientemente que "esperarse hasta casi finalizado el siglo XVIII y particularmente el siglo XIX para que los vestigios materiales de los primigenios habitantes de Cuba, puestos al descubierto a través de la arqueología, específicamente por los trabajos de campo efectuados por Miguel Rodríguez Ferrer, seduzcan a los investigadores". (Hernández 2002)

Varias instituciones se encargarían de llevar las ideas antropológicas y arqueológicas que se encontraban en boga por Europa al seno de la sociedad culta cubana; estas instituciones pioneras fueron la Sociedad Económica de Amigos del País fundada en 1793 y más tardíamente, la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana creada en 1861 y la Sociedad Antropológica de Cuba en 1877. Es así como, en las obras producidas por los grandes sabios cubanos, van a aparecer las concepciones y terminologías de carácter evolucionista, como es el esquema cronológico de las Edades establecidas para el continente europeo y aplicadas a los materiales cubanos.

Durante este siglo se comienzan por primera vez los trabajos arqueológicos en el país, a partir de la obra del sabio español Don Miguel Rodríguez Ferrer, quien inicia sus trabajos en 1847. Su obra quedó plasmada en dos gruesos tomos publicados en Madrid, 29 años más tarde de comenzados sus estudios en Cuba, o sea, en el año 1876.

Sin embargo, en este autor todavía no existe un criterio formado acerca de los primeros habitantes de Cuba en cuanto a grupo cultural se refiere, a pesar de que, como se deja entrever en su texto, conocía algunas de las obras fundamentales de la conquista y colonización. De esta manera, al discutir sobre el hallazgo de la plaza ceremonial de Pueblo Viejo, en la Punta de Maisí, se asoman los tintes difusionistas al atribuir su construcción a descendientes de los *mound builders* del Valle del Mississippi en los Estados Unidos.

Sin embargo, en su estudio posterior sobre los hallazgos de cráneos deformados en la Cueva del Indio, próxima a Pueblo Viejo, este autor plantea que: "De ser caribe pertenecerían a la banda primitiva y quizás fueran los constructores de Pueblo

Viejo y de los ídolos de piedra, banda que desaparecería antes de la conquista [...]” (Rodríguez Ferrer 1876: 184)

Estas afirmaciones de Ferrer dieron origen a una de las polémicas de antropología física más interesantes y largas del siglo XIX en Cuba, relativas a la identidad física de los grupos caribes y su presencia en el país. No obstante, al estudiar otros materiales colectados durante sus exploraciones, denomina genéricamente a los antiguos habitantes como ciboneyes.

Las dos figuras descolantes en los estudios antropológicos y arqueológicos cubanos durante el siglo XIX fueron los doctores Carlos de la Torre y Huerta y Luis Montané Dardé. Estos sabios, gracias a las facilidades otorgadas por la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales y la Sociedad Antropológica de Cuba para la realización de expediciones a la región oriental, fueron capaces de establecer las bases para dar seguimiento a los problemas que había planteado Rodríguez Ferrer y desarrollar otros de igual importancia.

Don Carlos de la Torre realiza su más famosa expedición antropológica en 1890 a la zona de Baracoa y Maisí, con el objetivo de estudiar una plaga que afectaba a los cocoteros, y a la vez, coleccionar ejemplares de reliquias aborígenes de las que frecuentemente se tenían noticias. El sabio cubano ofreció un excelente resumen de su labor en conferencia dictada en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales. Como dato curioso podemos mencionar que en esa ocasión fue acompañado por el patriota cubano Fermín Valdés Domínguez, quien produjera una excelente crónica sobre el viaje, para un periódico de Santiago de Cuba, gracias a la cual hemos podido conocer más detalles de esta expedición. (Rivero de la Calle 1980)

Acerca de los materiales colectados, en especial, de los cráneos deformados de la Cueva del Indio, anteriormente visitada por Rodríguez Ferrer, De la Torre concluye que:

[...] resulta de un modo bastante evidente, la existencia de una colonia ó de un grupo caribe en la extremidad oriental de nuestra Isla, quizás en una época anterior á la conquista, ya que los cronistas de aquellos días no nos hablan de una manera precisa de la existencia de los caribes en Cuba, y sí en la Antillas menores, Puerto Rico y Santo Domingo. (De la Torre 1890: 340)

Pero más adelante, siguiendo al pie de la letra los documentos, plantea que “[...] pudiera ocurrirse, en vista de la frecuencia del tipo en

las localidades exploradas, que pertenezcan estos restos á la raza siboneya, autóctona de estas islas, pero sus caracteres físicos eran distintos, según los historiadores [...]” (*Id.*)

De esta manera, asumía que los primeros habitantes de la isla eran los siboneyes, declaración que mantuvo durante toda su obra. A esto debemos agregar que planteó la migración de oriente a occidente de los aborígenes cubanos y la valiosa deducción de que la uniformidad de los ídolos de piedra indicaba una identidad de creencias religiosas entre los antillanos. (Hernández 2002)

Un año después, es decir, en 1891, una nueva expedición se produce, esta vez protagonizada por el ilustre profesor Don Luis Montané y Dardé de la Universidad de La Habana, al que acompañaba, igualmente, Fermín Valdés Domínguez. Como anteriormente había hecho, este último publicó la crónica del viaje en el periódico *El Triunfo* de Santiago de Cuba el 7 de octubre de 1891. (Rivero de la Calle 1980)

Si bien la labor del Doctor Montané no se centró en los grupos agroceramistas, su influencia se hizo sentir muy fuertemente en el esclarecimiento del grupo no ceramista, sobre todo, a partir de sus trabajos en la Cueva del Purial, en la zona central de la isla. Este sitio fue excavado en 1888, 1904 y 1906, y produjo un conjunto de evidencias que tuvieron una gran trascendencia en los ámbitos científicos. Anecdóticamente, el hallazgo de los restos de una mandíbula humana encontrada en los estratos más bajos, sirvió para que el sabio argentino Florentino Ameghino estableciera el *homo cubensis* ante el Congreso de Buenos Aires en 1911. (Dacal 1980: 13) De esta manera, la labor de Montané contribuyó a establecer la idea de la existencia de dos grupos diferentes, uno arcaico y otro más reciente.

A partir de 1895, los imperativos independentistas de los cubanos frenan en seco las realizaciones de la ciencia antropológica. La guerra definitiva estalla en 1895, pero las aspiraciones de liberación nacional son frustradas después de la muerte de sus principales líderes. La traición y el oportunismo intervencionista norteamericano dan al traste con los planteamientos del Partido Revolucionario Cubano de José Martí y las ansias libertarias de los patriotas.

El resurgimiento de las actividades arqueológicas viene acompañado, esta vez, de los representantes del nuevo imperialismo cultural norteamericano, que con la intervención inician

el nuevo siglo XX e introducen en el panorama científico nacional las perspectivas de la Escuela Histórico Cultural de Franz Boas. Esta importante personalidad de la antropología mundial establecía la escuela que más influencia ejerciera en el continente, dentro de la arqueología, en su época.

Debemos mencionar, antes de pasar a la obra de los arqueólogos norteamericanos, los esfuerzos de los cubanos en lo referido a estos temas. En 1901, por coordinación de la Junta de Educación, se publica el *Manual de Historia de Cuba para Maestros*, dirigido por Carlos de la Torre. En esta obra, que se mantuvo vigente hasta 1911, se dedica un capítulo a los aborígenes de Cuba donde De la Torre expone, junto a las referencias clásicas de los Cronistas de Indias, las propias experiencias de Montané, y de él mismo, en las investigaciones realizadas en el siglo pasado. Vuelve el sabio cubano a reiterar, desconociendo a los autores que él mismo cita, el criterio de la existencia de una colonia caribe en el extremo oriental de la isla, a quienes debieron pertenecer los cráneos deformados encontrados por Ferrer. Por otra parte: "Otro de sus desaciertos en este trabajo fue la deformación de la realidad de los nativos a la llegada de los españoles, en el sentido que nombró genéricamente siboney a toda evidencia aborígen en suelo cubano". (Hernández 2002)

La otra figura destacada dentro de los estudios arqueológicos cubanos, fue el Ingeniero José Antonio Cosculluela y Barreda, quien gracias a intensos trabajos de campo relacionados con su profesión en la Ciénaga de Zapata, entró en contacto con importantes sitios arqueológicos de la zona. De esta experiencia nació, y se desarrolló, un interés en los aborígenes cubanos que convirtieron al ingeniero Cosculluela en uno de los estudiosos más destacados de nuestro pasado. Su obra *Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata* es, como bien plantea la historiadora Silvia Hernández, un "punto de enlace entre las obras de los autores cubanos de los siglos XIX y XX". (Hernández 2002)

El ingeniero, devenido arqueólogo, en su escrito más famoso realiza una profusa disertación sobre los posibles orígenes y procedencia de los diferentes grupos sociales que habitaron la isla en tiempos precolombinos, haciendo uso de las *Crónicas*, pero también de la obra de importantes etnólogos. De hecho, Cosculluela estimaba que: "Sólo los estudios comparativos en este caso pueden dar luz, sobre sucesos completamente borrados en la mente de los pueblos que se sucedieron y que no

constan en las relaciones de los cronistas antiguos más veraces." (Cosculluela 1965:106)

Concluyendo, el ingeniero cree reconocer, sobre la base de los hallazgos arqueológicos, la presencia de tres agrupaciones culturales diferentes en Cuba: los occidentales guanahatabeyes; los aruacos antillanos originarios, que ocupaban la región central; y los taínos orientales. (*Id.*: 127)

Curiosamente reconoce además que los camagüeyanos tenían una procedencia casi caribe, aunque se "amoldaron bastante a los moldes Taínos." (*Ibid.*) Años después, en su discurso ante la Sociedad de Historia Natural Felipe Poey, en 1922, el investigador rectificará y reconocerá la existencia de ciboneyes y taínos, y negará la existencia de la influencia caribe en la mayor de Las Antillas. Sin dudas, este cambio se vio influenciado por la obra de los arqueólogos norteamericanos que ya habían comenzado sus trabajos en la isla.

Como planteamos, con el inicio del siglo XX y enmarcados en la coyuntura social creada por el fin de la Guerra Independentista y la intervención estadounidense, llegan a nuestro suelo varios investigadores de ese país que marcarían una pauta en la arqueología de Cuba.

El primero de ellos, Steward Culin, viene en el año 1901 encabezando una expedición del Free Museum of Science and Art de la Universidad de Pennsylvania. Sus trabajos fueron realizados en la zona oriental de nuestro país, visitando la construcción térrea de Pueblo Viejo, en Maisí.

Sigue a Culin, el Doctor Jesse Walter Fewkes, quien realizó una breve visita a Cuba en 1904. Su objetivo era comprobar, a la luz de las evidencias presentes en el país, la existencia de dos culturas: una "alta" y otra "baja", en los momentos del descubrimiento europeo.

Para Fewkes, la cultura taína era la cultura de las Grandes Antillas. Y para probar esta identidad cultural entre los indígenas agricultores, a nivel arqueológico, establece por primera vez la semejanza de la obra térrea de Pueblo Viejo con las "plazas de baile" aborígenes halladas en Haití y Puerto Rico, al declarar: "Although this enclosure has been described by several writers, no one has yet called attention to its resemblance to the dance inclosures of the neighboring islands." (*Id.*: 592)

El próximo arqueólogo que nos visita es Theodore de Booy, importante personalidad de la arqueología caribeña, pero que en nuestro país solo realizó estudios de campo de limitadas proporciones en la región extrema oriental sobre residuarios

de los grupos agricultores. La importancia del trabajo de Booy radica en que despertó el interés del Museo del Indio Americano, Heye Foundation, para la realización de expediciones a nuestro suelo.

El designado para esa misión fue Mark Raymond Harrington, figura muy controvertida en nuestro país, pues inicia el episodio más evidente de saqueo del patrimonio arqueológico por parte del naciente imperialismo norteamericano; pero a la vez, fue un meticuloso y profesional investigador, quien dejó una importante obra escrita que hoy constituye un clásico para las investigaciones arqueológicas de Cuba. En todo caso, debemos juzgar a esta importante personalidad en el marco de la época que le tocó vivir.

Harrington visitó, exploró y excavó diversas zonas de nuestro país en dos ocasiones, en 1915 y en 1919. Sus mayores trabajos se desarrollaron en la zona extrema oriental, donde reportó más de 41 sitios. Debemos destacar, como un mérito de este investigador, el haber basado sus conclusiones en los hechos arqueológicos que había podido comprobar durante sus excavaciones. De esta manera, por ejemplo, demuestra que la práctica de deformación craneal, que sirviera para alimentar la polémica decimonónica sobre la existencia de los caribes en Cuba, correspondía a restos que podían ser asociados con toda seguridad a la cultura taína.

Los resultados de su labor fueron compilados en la obra *Cuba Before Columbus*, aparecida en 1921. Es Harrington quien va a introducir por vez primera la idea de una cultura, que si bien conocía la cerámica y la agricultura, debía ser considerada como un grado de desarrollo inferior a la taína, y para la cual emplea el término de *subtaína*. Esta cultura tenía las características de los que hasta ahora habían sido considerados ciboneyes.

Los elementos determinantes de su clasificación de la cultura taína eran: la presencia de cercados térreos o plazas ceremoniales, la manufactura de la cerámica, el uso de las hachas petaloides, la presencia de petroglifos y cuevas ceremoniales, el cultivo de la yuca y el maíz, y las delicadas artesanías realizadas en concha, hueso, madera y piedra. (Harrington 1935: 227)

Para nuestro país, con la conclusión de los trabajos de Harrington y la publicación de su obra, comienza todo un movimiento intelectual entre los investigadores cubanos, que se extiende desde la década del 30 a la del 50 del siglo XX, y que muchos han llamado la "Época Dorada" de la ar-

queología cubana. Se caracteriza este período por la realización de unas 150 exploraciones y excavaciones, la creación de al menos cinco agrupaciones de aficionados que realizan importantes aportes a la ciencia, y una abundante bibliografía que incluye más de 451 títulos. (Roig 1961: 39)

Especial momento de esta etapa lo es la creación de la Comisión Nacional de Arqueología por el Decreto Presidencial no. 3057 del 9 de agosto de 1937, hecho que daba por primera vez en la historia de la disciplina, un reconocimiento gubernamental, y un presupuesto simbólico para la realización de sus actividades. Esta institución luego sufrió cambios al convertirse, en 1941, en la Junta Nacional de Arqueología (1941-1942) y, un año después, en la Junta Nacional de Arqueología y Etnología (1942-1963). Su órgano de divulgación científica, la *Revista de Arqueología y Etnología*, fue la vía donde se publicaron los principales trabajos de los más destacados investigadores de la época.

El año 1935 va a ser muy importante para los estudios arqueológicos en Cuba desde el punto de vista bibliográfico. En este año, nuestro sabio Fernando Ortiz publica la traducción de la obra de Mark Raymond Harrington (Harrington 1935) en su Colección de Libros Cubanos, junto a su extenso trabajo *Historia de la Arqueología Indocubana* (Ortiz 1935); dos importantísimos aportes a los estudios arqueológicos cubanos. De la segunda de estas se ha dicho que es "la más completa historia de la arqueología en Cuba" producida hasta ese momento. (Dacal 2006: 91)

El otro suceso bibliográfico importante es la publicación ampliada y traducida al inglés de la obra de Sven Lovén de 1924, *Origins of the Tainan Culture, West Indies* que va a influir considerablemente en los criterios identificatorios de esa cultura en el Caribe.

En 1942, mientras el mundo era estremecido por los cañonazos de la Segunda Guerra Mundial, arriban a Cuba dos arqueólogos norteamericanos enviados por la Universidad de Yale, que van a producir un importante cambio en los sistemas clasificatorios de las culturas aborígenes. Los doctores Irving Benjamín Rouse y Cornelius Osgood realizan sus trabajos en la zona oriental y occidental respectivamente. Los resultados de ese trabajo van a servir para establecer en nuestro país, una sistemática normativa que ya había usado el primero para sus estudios en Haití; y se dieron a conocer en su importante obra *Archaeology of the Manibon Hills, Cuba*. (Rouse 1942)

A partir de los resultados obtenidos en sus excavaciones de Banes, Maisí y Puerto, y teniendo en cuenta los trabajos de Osgood en el residuario de Cayo Redondo, Bahía de Guadiana, Rouse establece un esquema clasificatorio que divide a la cultura ciboney en dos aspectos: el Guayabo Blanco más antiguo, y el Cayo Redondo más tardío.

Por otra parte, divide a la cultura taína en dos, al establecer, tomando el término de Harrington, al subtaíno como anterior y portador de un desarrollo inferior, y al taíno como el más desarrollado, y confinado exclusivamente a la parte extrema oriental del país.

Para el doctor Rouse, el subtaíno equivalía en Cuba a la "cultura Baní", estudiada con más profundidad por él en la zona de Banes, en tanto que el taíno se equiparaba con la "cultura Pueblo Viejo", en alusión a este importante sitio del extremo oriental de la isla, que visitó y excavó muy someramente.

Es, a partir de ese momento, que van a aparecer dos líneas de pensamiento³ respecto al problema de la definición de la cultura taína, no solo en nuestro país sino también en todo el Caribe Insular. La primera se puede denominar "Etnohistórica", pues va a privilegiar los documentos del proceso de conquista y colonización en conjunción con los avances de la Etnología, en especial, haciendo uso de la llamada "Etnología Comparada". Entre sus representantes más destacados están los arqueólogos cubanos Felipe Pichardo Moya, René Herrera Fritot, Manuel Rivero de la Calle y Ramón Dacal Moure.

La segunda línea, que pudiéramos denominar "Particularista", va a privilegiar los resultados de los análisis propios de la arqueología, en especial, de sus sistemas taxonómicos para la cerámica por sobre la documentación histórica. Esta línea tiene un profundo trasfondo positivista, enraizado en la Escuela Antropológica Particularista Histórica de Franz Boaz, que tuvo una de sus traducciones en la Escuela Normativa Norteamericana. Su representante más destacado en el Caribe fue el doctor Irving Rouse, aunque fue compartida en general por los norteamericanos que trabajaron en Cuba y por algunos cubanos, como Ernesto Tabío Palma y Felipe Martínez Arango.

En general, vamos a ver a través del desarrollo de las investigaciones arqueológicas en Cuba, una lucha entre ambas posturas sin que hasta el mo-

mento se haya podido argumentar de manera convincente una u otra. La opción parece haber sido, a veces, abandonar o posponer el objetivo de dar solución a este interesante y necesario problema de nuestra ciencia, al desviar la atención a problemas y clasificaciones de corte generalizador que son insuficientes para explicar las sociedades concretas con que se encuentra el arqueólogo en su trabajo de campo.

Un año después de la publicación de la importante obra de Irving Rouse, el eminente etnólogo Fernando Ortiz realiza una nueva revisión de las clasificaciones culturales de nuestros aborígenes. En esencia, su atención se centra en la precisión etnográfica de la cultura menos desarrollada; pero podemos apreciar una mezcla bastante confusa de criterios, tal vez influida por las nuevas posturas introducidas por los representantes de Yale, que él ya conocía. Su clasificación contempla para Cuba cuatro culturas diferenciadas: "1ª, Cultura primera o aborígen, la de Guayabo Blanco o Auanabey; 2ª, Cultura segunda, la de Cayo Arredondo o Guanajatabey; 3ª, Cultura tercera, la de Baní y otros depósitos o Ciboney; y 4ª, Cultura cuarta, la de Pueblo Nuevo [sic] o Taína." (Ortiz 1943: 137)

A pesar de la gran autoridad que representaba Fernando Ortiz en la intelectualidad cubana, esta clasificación no tuvo mayor trascendencia entre los investigadores, debido acaso a las grandes dificultades introducidas al tratar de unir inseguras evidencias etnográficas con la taxonomía rousiana.

Una actitud diferente se va a manifestar en otro de los más importantes arqueólogos cubanos, el doctor Felipe Pichardo Moya, quien al poner "el dedo en la llaga" sobre los criterios metodológicos del norteamericano, en especial, sobre la definición de lo que para él es "cultura", inicia una línea crítica que va a marcar a la ciencia nacional.

En su conocida obra *Costa, Caverna y Meseta* de 1945, Pichardo cuestiona duramente los presupuestos de Rouse al expresar:

Quizás el previo acuerdo sobre el significado de la palabra cultura sea indispensable para justificar las conclusiones a que llega Rouse en relación con la indoeuropeología cubana, ya que él, quizás más devoto de técnicas, metodologías y estadísticas, y creyente en sus resultados y deducciones de lo que fuere conveniente, dándoles un valor esencial intrínseco que posiblemente no tengan en definitiva, y con un criterio objetivo en

³ El destacado arqueólogo Roberto Valcárcel les denomina "enfoques homogeneizadores o diferenciadores" a estas líneas, atendiendo a la unificación de las culturas o a su fragmentación. (Valcárcel 2002:22)

demasia, parece otorgar excesiva importancia, para fundar sobre ello sus clasificaciones culturales, a detalles, a veces de simple técnica lítica o alfarera, que no trascienden al uso ni al simbolismo de los artefactos, y por tanto nada distinto acusan sobre la vida material o espiritual de quienes los usaran; y en cambio no se fija, para aquellas mismas clasificaciones, en la existencia de objetos de evidente simbolismo, ni en la de características funerales y de habitación en realidad atañen al contenido esencial de una cultura. (Pichardo 1990:8)

Respecto al manejo de las *Crónicas* que hace el norteamericano, y siendo él mismo un seguidor del argumento etnohistórico, nota Pichardo que existe una incongruencia evidente ante la comparación entre textos y hechos arqueológicos: *Los subtaínos se quedan sin identificación histórica. No son los siboneyes del Padre Las Casas, ni los que este llama indios venidos de La Española cincuenta años antes de la colonización, que eran la más de la gente de que estaba poblada Cuba, puesto que estos invasores son para ambos únicamente los traídos del extremo este.* (*Ibid.*: 10)

Su conclusión es igualmente tajante para con Rouse:

Pero en verdad, Rouse no establece diferencias sustanciales entre taínos y subtaínos de Cuba, como no puede establecerlas entre los concordantes grupos Carrier y Meillac de Haití; y nos permitimos creer que ni histórica ni arqueológicamente puede propiamente hablarse en este caso de dos distintas indoculturas cubanas. Los que Rouse llama taínos y subtaínos, en Cuba, son unos mismos indios, de un mismo origen, aunque puedan haber venido a la Isla en diferentes inmigraciones, y aunque unos conservaran, y otros no, el contacto con el país de procedencia; y la cultura de ambos debió ser la misma, ya que el material arqueológico clasificado como de unos y otros nada distinto acusa respecto al contenido material y espiritual que entraña una cultura. (*Ibid.*)

La dura crítica de Pichardo Moya, excesiva en algunos de sus puntos,⁴ estaba enfilada a denotar un problema aun no resuelto para la arqueología cubana, y es el de la falta de definición para un concepto tan importante como el de cultura arqueológica. En este punto, desgraciadamente, tampoco pudo dar argumentos sólidos más allá

En el reino de Coaybay: Chorro de Maíta

Según relata Pané los aborígenes de La Española creían “[...] que hay un lugar al que van los muertos que se llama Coaybay”. (Pané 1990:34) Tal parece ser el caso del cementerio aborígen del sitio Chorro de Maíta, en Banes, provincia de Holguín. Las importantes excavaciones que se han realizado en este contexto de excepcional importancia nacional, fundamentalmente a partir de la década de 1980 por parte del arqueólogo José M. Guarch y posteriormente, por Roberto Valcárcel, han arrojado importantes pistas sobre las prácticas funerarias entre los grupos de agricultores tribales de esa región. Además de brindar una admirable colección

de objetos indígenas de alto valor como pequeños ídolos de oro, orejeras de resina vegetal, cuentas de perla, coral y oro, algunos de los cuales evidencian un intercambio con redes que llegaban a las zonas continentales.

Sobresale la cantidad de esqueletos encontrados, un total de 108 al presente, que constituyen una muestra de invaluable valor antropológico. Las formas de enterramiento son tan diversas que lo único que parece ser constante es el propio espacio, y es de particular importancia el hecho de haber localizado un cráneo de un individuo europeo en el cementerio indio.

Según los últimos fechados radiocarbónicos (el

sitio posee un fechado de alrededor del 1544 AP), el lugar parece estar más relacionado con el período de contacto indohispánico; lo que corrobora la presencia de algunos artefactos de origen occidental como latón, agujetas y cerámica mayólica, así como, algunos individuos enterrados en la típica posición extendida, más la ausencia de deformación craneal.

Para la preservación del lugar se ha decidido la construcción del Museo de Sitio que actúa como una instalación al servicio de la educación en la comunidad local, para la protección del patrimonio arqueológico de Yaguajay o Cerro de los Muertos.

⁴ Pichardo planteaba que el doctor Irving Rouse no pudo hallar diferencias entre las cerámicas carrier y meillac, en Haití. Por otra parte, le daba la misma importancia a los estudios de Elena Cosculluela sobre la cerámica aborígen, que a los del norteamericano.

de su crítica. No obstante, en su obra se destaca, tal vez más que en cualquier otro arqueólogo de la época, los trazos de un pensamiento independiente de los cánones establecidos por las escuelas norteamericanas. Su consideración amplia del medioambiente como escenario diferenciador de nuestras sociedades –evidenciado en el propio título de su obra–, va a introducir las concepciones ambientalistas en el panorama teórico de nuestros estudios arqueológicos. De esta manera, y como conclusión, para Pichardo no es posible establecer la dicotomía taíno/subtaíno en nuestro país.

Posteriormente, en 1946, otro destacado arqueólogo cubano, el doctor René Herrera Fritot publica el resultado de sus trabajos en el sitio aborigen dominicano de La Caleta en coautoría con el coronel Charles Leroy. (Herrera y Leroy, 1946) Herrera sigue la línea crítica a los trabajos de Irving Rouse que ya había manifestado Pichardo Moya. Sobre la importancia otorgada a la cerámica como indicador cultural, dice:

Estudiada en detalle se nos presenta con variaciones locales, casi tantas como asientos tuvieron estos in-

dígenas, y esta mutación, correspondiente principalmente al predominio de uno o varios tipos distintos para cada yacimiento, se acentúa más cuanto mayor sea la distancia de los poblados en el tiempo y el terreno; pero en todos los casos quedan abundantes elementos para reconocer entre ellos su pertenencia a un tronco común, a un solo grupo cultural, cuya pretendida desmembración solo puede traer la confusión (como ya está ocurriendo) en los estudios arqueológicos antillanos. (Id.: 48)

Herrera Fritot también hace una fuerte defensa en torno a la “unidad de la cultura taína”, aunque se queda, al igual que Pichardo, sin expresar claramente un criterio de definición para lo que se entendería por cultura. Sin embargo, atacando los métodos puramente estadísticos en los estudios arqueológicos, menciona un argumento de suma importancia, y que no había sido considerado hasta ese momento:

[...] si aceptáramos el ‘método’ de la disección metódica en cada yacimiento, objeto por objeto y detalle por detalle de una determinada serie, con miras a establecer un grupo cultural o una cultura, en cuanto al



predominio de un tipo de ornamentación, por ejemplo, nos mostrará una diferencia que resaltaría considerablemente en tabulaciones o estadísticas del material colectado (estadísticas de gran valor local, pero sin uno positivo cuando siendo así le damos aplicación general), podríamos establecer solo en Cuba, más de seis culturas con alfarería hasta ahora [...] Pueblo Viejo en Baracoa, Potrero del Mango en Banes, Santa María 2 en Puerto Padre, El Yayal en Holguín, el de Manzanillo en Oriente, Cantabria en Cienfuegos. (Ibid.: 51)

Luego de este argumento que atacaba en su mismo terreno la diferenciación de estilos cerámicos al método del rousiano, para Herrera era absurdo seguir manteniendo el esquema de clasificación. Los argumentos de Herrera Fritot se centraron, como hemos visto, en la crítica a la utilización exclusiva de la cerámica como indicador definitivo de una cultura, y agrega pintorescamente en este caso, una mención a la costumbre funeraria de enterrar con vasijas cubriendo el rostro o la cabeza. Resumiendo, este autor acepta las diferencias en los indicadores arqueológicos –especialmente la cerámica–, como “particularidades” de una misma cultura, debidas a su grado de aislamiento geográfico o a su diferente cronología.

No obstante, en obras posteriores, como veremos más adelante, Herrera parece ceder en su postura frente al esquema rousiano, y va a admitir algunos de sus planteamientos, aunque siempre trata de usar una nomenclatura independiente, que al final no deja de ser equivalente.

En el año 1950, entre los días del 12 al 16 de septiembre, se produce un hecho muy importante en la arqueología nacional: la ciudad de La Habana acoge a un connotado grupo de profesionales reunidos bajo la convocatoria de la Primera Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe.

Durante las sesiones de trabajo de la Mesa Redonda se da un nuevo vuelco a la clasificación de las culturas aborígenes, no solo de Cuba sino también del Caribe. En esa ocasión el doctor Herrera Fritot propone la creación de los llamados Complejos I, II y III. En los dos primeros incluía a los grupos más primitivos, indicando por ejemplo, que entre ellos existía una variación equivalente a un origen étnico diferenciado. Los grupos agricultores desarrollados caerían en el llamado Complejo III, permaneciendo la postura que concedía unidad cultural a los llamados anteriormente subtaínos y taínos.

La propuesta de Herrera, aunque aparentemente tuvo buena acogida, y su clasificación fue aprobada para la región mediante acuerdo de los partici-

pantes, no trascendió en la disciplina. Su carácter, demasiado general, impedía la explicación de fenómenos particulares que cada vez con más frecuencia iban encontrando las investigaciones de campo; además, la extensión de las concepciones de la escuela rousiana por toda nuestra área geográfica fue un fuerte obstáculo para su implementación.

En el año 1956 ve la luz el último trabajo de Felipe Pichardo Moya, *Los Aborígenes de las Antillas*. En esta nueva obra de síntesis el autor reitera el criterio de la unidad cultural de lo taíno, y la define como: *La cultura agrícola y neolítica de los aruacos, originariamente sudamericanos, establecidos y evolucionados en la Grandes Antillas, común a estas islas en la época del descubrimiento colombino. Comprende la que algunos llaman subtaína o pretaína, ya que para quien escribe ambas son una misma, y acepta estos últimos términos tan solo para significar con cualquiera de ellos una posible relativa cronología entre establecimientos igualmente taínos.* (Pichardo 1956:7)

Por otra parte, el normativismo norteamericano también va a tener eco en los marcos universitarios de Santiago de Cuba; y en la Universidad de Oriente el doctor Felipe Martínez Arango, va a ser un seguidor de esta tendencia, y en ella va a formar a una buena parte de sus alumnos durante la década del 50. El incansable profesor santiaguero va a hacer una modificación formal del esquema de Rouse, y va a renombrar como Taíno I y Taíno II a los grupos agroceramistas. Como bien han explicado tres de sus alumnas: “Entiéndase, desde luego, al subtaíno y al taíno I como equivalente a la cultura ‘Bani’ (Cuba) o ‘Meillac’ (Haití); y al Taíno propiamente dicho, o taíno II, como cultura de ‘Pueblo Viejo’ (Cuba) o ‘Carrier’, de la serie ‘Chicoide’ (Haití).” (Trincado et al. 1973:82)

La década del 50 del siglo XX, marca indeleblemente a nuestra sociedad con dos hechos que se ubican en diametral importancia. A partir de 1952, se va a producir una profunda convulsión social en Cuba, a raíz del golpe de Estado dado por el general Fulgencio Batista. Con este violento hecho, se instauró en Cuba un régimen que acentuó la dependencia de la isla del capital norteamericano, así como, el desarrollo de la corrupción, el vicio y el atraso cultural. En este período, la represión política va a cobrar la vida de miles de personas opuestas al régimen batistiano. Sin embargo, las crecientes contradicciones sociales van a ir abriendo el camino para el más trascendental hecho de nuestra historia. El Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro, aglutinando en sí a lo

mejor del movimiento revolucionario, va a conducir las ansias libertarias hasta el camino final de la Revolución, y en 1959 el tirano Batista abandona el país.

De ese gran proceso catalizador que fue la Revolución Cubana, emerge una nueva base para la realización de investigaciones arqueológicas. Algunos de los intelectuales destacados de la disciplina optan por abandonar el país, otros, habían participado activamente en el proceso revolucionario como combatientes en el Ejército Rebelde o en la lucha clandestina. Tal es el caso de Ramón Dacal y de la propia Doctora Estrella Rey; en tanto otros, como Ernesto Tabío, regresan de una prolongada estancia en el exterior.

A partir de la década del '60 se van a establecer definitivamente las bases para el surgimiento de una nueva ciencia arqueológica. En 1962 la recién creada Sección de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba, se da a la tarea de organizar la actividad investigativa, uniendo los esfuerzos de los centros universitarios, labor que continúa hasta 1966 en que se funda el Departamento de Antropología. Posteriormente, "los cursos especializados van a promover, por primera vez en Cuba, arqueólogos y especialistas capaces de efectuar su trabajo con una mejor base teórica y técnica." (Guarch 1987:12)

Sin embargo, el fantasma del normativismo va a rondar una vez más, e incluso uno de sus críticos más agudos, va a resultar seducido por él. En su excelente tratado sobre las hachas antillanas, el doctor Herrera Fritot, quien en esa época era asesor del naciente Departamento de Antropología, nuevamente intenta proponer otra periodización de las culturas aborígenes, (Herrera, 1964) pero esta vez sucumbe a la tentación rousiana de la diferenciación a través de los estilos cerámicos. Tomando como base los famosos cuadros cronológicos de Irving Rouse, Herrera realiza modificaciones para incluir el estilo cerámico de Cantabria.

En la columna de la región central de Cuba, que en el cuadro de Rouse aparece como un período cerámico único, el estilo Baní (Sub-Taíno), nosotros agregamos el estilo Cantabria, más antiguo que el Baní, tanto por su situación geográfica, la más occidental para asentamientos cerámicos comprobados en la Isla, como para la propia facie de los yacimientos. (Id.: 18)

No obstante, es consecuente con su línea independiente y propone la nueva clasificación: *Así, básicamente tenemos dos grandes períodos: el no cerámico, y el cerámico [...] El período cerámico, con sus numerosos estilos, que fue señalado en una visión*

de conjunto como el Complejo III, y comprendía al Ignéri (Fewkes, Sven Lovén, etc.), al Sub-Taíno y al Taíno (Rouse), ahora, con la adición del estilo Cantabria, se subdivide en cuatro sub-períodos, que acorde a sus positivas correlaciones y para facilitar los estudios como el presente, proponemos denominar en una secuencia progresiva de tiempo: Pre-Taíno (fase cultura Ignéri), Taíno temprano (fase o estilo Cantabria descubierto últimamente), Taíno medio (Sub-Taíno de Rouse), y Taíno tardío (Taíno de Rouse, producto final de la evolución cultural antillana [...]) (Ibid.: 29)

Un acontecimiento extraordinario se produce con la obra *Prehistoria de Cuba* de Ernesto Tabío y la doctora Estrella Rey publicada en 1966. De especial importancia es el hecho de que por vez primera se va a introducir en el horizonte teórico de las investigaciones arqueológicas, no solo cubana, sino también continental, la perspectiva marxista. (Bate 1998: 18)

En un breve plazo, la obra se convierte en un clásico de la arqueología cubana, no solo por el uso de la nueva perspectiva de análisis marxista que pretendía alcanzar una explicación objetiva de la sociedad aborigen al unir, los datos arqueológicos a cargo de Ernesto Tabío, y los paleoetnográficos a cargo de la doctora Estrella Rey, sino porque compilaba la información existente hasta ese momento. Sin embargo, los objetivos propuestos no pudieron ser cumplidos, la unión de los argumentos arqueológicos y paleoetnográficos no pudo efectuarse satisfactoriamente, pues ambos partían de concepciones teóricas bien diferentes. Estrella Rey aplicó un análisis marxista acorde con los criterios manejados en la época que debía ser alimentado por evidencias arqueológicas observadas bajo esa perspectiva, pero la realidad fue que Tabío escogió el viejo y trillado camino, tantas veces criticado por los cubanos, del normativismo rousiano.

En cuanto al tema que nos interesa tratar, paradójicamente, Tabío revive el esquema norteamericano:

[...] desde 1940, el doctor Irving Rouse, especialista en culturas antillanas, ha establecido una diferencia cronológica y cultural entre las comunidades de Cuba que practicaban la agricultura y elaboraban la cerámica. Así, las ha dividido en dos grandes grupos: subtaíno y taíno. Este punto de vista lo aceptamos nosotros y lo venimos aplicando, desde 1962, en nuestras labores investigativas. (Tabío y Rey: 118)

En el desarrollo del libro *Prehistoria de Cuba*, a veces encontramos, como reflejo de su pecado original de emplear dos bases teóricas diferentes, in-

congruencias al analizar la posible diferenciación entre taíno y subtaíno como la siguiente: “En sentido general es difícil por ahora establecer rasgos diferenciales en cuanto al ajuar del taíno y del subtaíno. Pero no es así, en relación con la cerámica usada por estos dos grupos indocubanos, pues los especialistas en ceramografía sí han podido determinarlos.” (*Id.*: 190)

Es evidente que al no detectar diferencias esenciales a nivel etnográfico, e incluso arqueológico, los autores prefieren optar por el esquema de Rouse para forzar la diferencia.

Tabío y Rey emplearon un total de 28 parámetros para comparar a nuestras culturas aborígenes. En el caso de la comparación taíno/subtaíno, se emplearon 13 parámetros arqueológicos y 15 etnográficos. Entre los primeros, solo en tres se encontraron diferencias en cuanto a sitios ceremoniales, ajuar material cerámico y cronología. Entre los segundos, las diferencias se encontraron únicamente en tres aspectos relacionados con las viviendas, manifestaciones de la superestructura y costumbres funerarias. En resumen, existe una variación entre ambas culturas en el 21% de las características analizadas, compartiendo en cambio el 79% de las mismas. (Ver Tabla 1)

Tabla 1

Esquema básico de las comunidades primitivas de Cuba, modificado de Tabío y Guarch (1966).

NIVEL DE DESARROLLO		GRUPO CULTURAL	CRONOLOGÍA
AGRICULTORES CERAMISTAS	ARUACOS	TAÍNO	1450 – 1 520 de N.E.
		SUBTAÍNO	800 – 1 570 de N.E.
AGRICULTURA INCIPIENTE ? CERAMISTAS		MAYARÍ	800 – 1 100 de N.E.
RECOLECTORES CAZADORES NO-CERAMISTAS	CIBONEYES	CAYO REDONDO	1 – 1 650 de N.E.
		GUAYABO BLANCO	1 000 A.N.E. – 1 000 de N.E.

Debemos notar que esta obra, a pesar de haber constituido en su época, y aun hoy, un texto básico para los estudios arqueológicos, no ha resistido al paso del tiempo ni a la acumulación de evidencias arqueológicas. El pendiente asunto de la definición cultural de lo taíno continúa sin solución, pues ninguno de los dos autores pudieron aportar pruebas que esclarecieran el asunto, más allá de

mencionar las diferencias en la cerámica, algo que ya había hecho Rouse 24 años antes.

No obstante, debemos juzgar a la obra en el momento que se produjo, una época de intensos cambios en la sociedad cubana, y hasta cierto punto el eclecticismo que se observa en el libro es la plasmación de las propias contradicciones de un naciente proceso de construcción socialista y su reflejo en la ciencia nacional.

Junto a la publicación de *Prehistoria en Cuba*, aparece otro trabajo de Tabío, esta vez en coautoría con el joven investigador José Manuel Guarch del Monte. La obra *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*, editada en 1966, va a centrar su atención sobre un particular contexto arqueológico que poseía características muy interesantes. Tal parecía que se mezclaban los elementos más tardíos de los grupos recolectores cazadores con los más tempranos de los agricultores ceramistas. Este es un trabajo enmarcado totalmente en la concepción normativa de la arqueología, de la cual es más bien un ejercicio de aplicación a las evidencias del sitio de Mayarí.

En su parte final Tabío y Guarch establecen un esquema básico para la comunidad primitiva en Cuba teniendo en cuenta “consideraciones de tipo socio-económico, cultural y cronológico” (Tabío y Guarch 1966: 79) (Ver Tabla 1)

Es necesario apuntar algunas cuestiones de este nuevo esquema. En primer lugar, los arqueólogos

dan un carácter étnico al término de ‘ciboneyes’ cuando lo equiparan a ‘aruaco’ en el caso de los grupos recolectores cazadores no-ceramistas, lo que evidentemente no tiene basamento etnológico. En segundo lugar, y como se observa, el rango cronológico del grupo cultural taíno va solamente desde 1 450 hasta el 1 520 DNE; en tanto que para el subtaíno este va desde el 800 hasta el 1 570 DNE.

No nos dicen cuál es el argumento para establecer esa cronología, pero la fecha más temprana del taíno se acerca mucho a lo planteado por el Padre Las Casas, quien estimaba que habían llegado unos 50 años antes que los conquistadores a Cuba.

Pero si bien en los trabajos generados por el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias, la línea normativa predomina, fuera de él, en la Universidad de La Habana la línea de Pichardo Moya sobrevivía en la obra de otra de nuestras grandes figuras, el doctor Manuel Rivero de la Calle, quien para ese entonces fungía como curador del Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana.

En el mismo año de la publicación de *Prehistoria de Cuba* se da a conocer su obra *Las Culturas Aborígenes de Cuba*. (Rivero de la Calle 1966) En sus argumentos definitorios, Rivero de la Calle mantiene la perspectiva etnohistórica y desconoce la dicotomía taíno/subtaíno, al agrupar bajo la misma denominación de "Grupo Ceramista Taíno" a ambos conceptos; y solo concibe posibles diferencias observadas en términos de cronología, es decir, de ocupación más temprana o más tardía de los grupos aruacos agricultores.

En la década de 1970 se va a producir la obra más importante de nuestra historiografía arqueológica dedicada al tema de la cultura taína. El arqueólogo José Manuel Guarch del Monte, sin duda uno de nuestros más destacados investigadores, publica en 1978 su libro *El Taíno de Cuba*. Dicho libro fue el producto de su tesis doctoral en el Instituto de Etnografía Miklujo Maklai de la Academia de Ciencias de la extinta Unión Soviética, y en él se concretaban los resultados de trabajos de campo desarrollados entre los años 1972 y 1974.

Como su título lo indica, Guarch se proponía ofrecer un estudio monográfico del grupo cultural taíno, tal y como se presentaba en Cuba. Esta caracterización, sin embargo, no rindió los frutos esperados en cuanto a una definición, y en la práctica, se convirtió en una relación más o menos exhaustiva de sitios, tipos de evidencia y reconstrucciones que se acercaban mucho a la óptica del particularismo cultural, pero con lenguaje marxista. Veamos cuales eran los planteamientos fundamentales de Guarch.

Primeramente nuestro arqueólogo realiza una importante demarcación:

[...] entendemos por Taínos, a los aborígenes agricultores, ceramistas, aparentemente de origen aruaco, que habitaron el extremo más oriental de Cuba; desde el

poblado de Moa al Norte hasta la bahía de Guantánamo al Sur, como límite occidental, y la punta de Quemado como límite oriental. (Guarch 1978: 8)

Lo que no explica este autor es el por qué se establece este límite, ni cuáles son las razones por las que lo hace, y acto seguido advierte:

[...] debe tenerse en cuenta que los conquistadores no distinguieron en cuanto al grado de desarrollo de las comunidades de uno u otro lugar, diferencias que confirman las evidencias materiales que proporcionan los estudios arqueológicos. Nos sucede igual en el caso de los Sub-Taínos y los Taínos, donde las crónicas no dejan entrever diferencias de ningún tipo y las evidencias materiales sólo muestran **tenués cambios estilísticos** en algunos elementos de la vida material. (Id.:8)

Es muy precaria la dicotomía taíno/subtaíno en Guarch, y según sus propias palabras, difícil de aceptar, o mejor, de demostrar. Otro problema surge cuando nos atenemos a la muestra utilizada por el autor en el estudio: "En total presentaremos 18 sitios de habitación diseminados en el área de estudio. De ellos 13 son poblados y 5 paraderos". (Ibid.: 44) Sin embargo, todos corresponden a la porción sur del área estudiada, de manera que no se podía sostener la frontera "taína" por el norte hasta Moa, al menos en los estudios presentados.

La fuente preferida de diferenciación cultural de los arqueólogos en el Caribe Insular ha sido, sin duda, la cerámica, sobre todo bajo el paradigma del culturalismo normativo. En este sentido, tampoco con el libro *Taíno de Cuba* se puede llegar a conclusiones convincentes. Su autor, luego de conducir un estudio de cerámicas consideradas subtaínas y compararlas con las procedentes de su área de estudio, declara que: "La mayoría de los rasgos tipológicos de la cerámica taína son comunes a ésta y a la cerámica sub-taína en un 86 % y sólo el 14 % de esos rasgos están restringidos a la cerámica taína". (Ibid.:101)

No entraremos a discutir las características de la muestra escogida para los estudios cerámicos, aunque influyó bastante en los resultados, sino que intentaremos señalar cómo se pretende establecer una diferenciación drástica en base a un elemento tan móvil, como lo es la cerámica, además de la diferencia porcentual tan baja que presenta. ¿Qué otros argumentos encuentra este autor en su investigación?

[En] la mayoría de los sitios de población taínos, los residuarios presentan posiciones que los acercan a la línea recta. [...] De una forma u otra, debe entenderse

que los residuarios tuvieron una relación íntima con la vivienda, y en el caso de los Taínos ellos muestran el referido alineamiento, lo que no se presenta por igual en los sitios de habitación sub-taínos, ya que en éstos los residuarios se ubican por lo general cubriendo un área circular. (Ibid.: 158)

Pero, tampoco la orientación de los residuarios en forma lineal es extensible a todos los sitios de la considerada zona taína estudiada por Guarch. Por ejemplo, los sitios de María Teresa I y II, presentan residuarios en patrón circular, y lo mismo puede decirse del sitio San Lucas. (Guarch 1978) Todos ellos, casos estudiados en el libro.

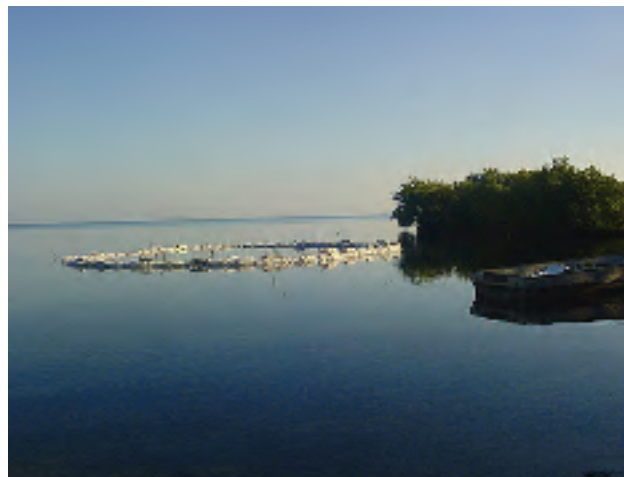
El grado de ceremonialismo superior de las comunidades taínas, último elemento que había sido señalado por autores anteriores, no es compartido por Guarch, quien afirma que:

Los aruacos habitantes de Cuba mostraban una gran similitud en su desarrollo cultural. Otros autores han señalado ciertas diferencias en cuanto al énfasis en el ceremonialismo de los Taínos, pero nosotros no hemos hallado pruebas suficientes de ello, sino más bien lo que pudiéramos considerar como diferentes modalidades. (Id.:173)

El resultado del trabajo es solo una útil compilación de información acerca de sitios arqueológicos del sur de la provincia de Guantánamo (Maisí y Valle de Caujerí), así como, un inventario de evidencias de acuerdo a sus materiales. La reconstrucción se realizó siguiendo un patrón analítico general establecido ya en *Prehistoria de Cuba*, (Tabío y Rey 1966) cuyas inferencias son mayormente “calzadas” con las crónicas, pero cuyas metas de explicación no consiguieron caracterizar a la cultura taína como una entidad particular concreta, contribuyendo a perpetuar el mito de la cultura taína en nuestro país, ya que a pesar del título de la obra, no encontró su autor argumentos sólidos para proceder a diferenciarla de la cultura “subtaína”. Ante todo, las causas se deben a un problema teórico de concepción de la investigación, las cuales serán analizadas en el último epígrafe de este capítulo.

LOS OCHENTA Y EL CAMBIO “PARADIGMÁTICO”

Comenzada la década de 1980, la arqueología cubana se enfrenta a un cambio de paradigma en lo referido a las periodizaciones de nuestra historia aborígen. Sin embargo, a pesar de que el argumento usado oficialmente desde el Comité del Problema



Proceso de Excavación



Extracción de un poste de vivienda aborígen
Foto Pedro Cruz Ramírez

Los Buchillones: un tesoro sumergido

A partir de las dos últimas décadas del siglo XX, y hasta la actualidad, se han venido realizando excavaciones en el sitio arqueológico Los Buchillones, ubicado en el norte de la actual provincia de Ciego de Ávila, en el centro de Cuba. Los resultados fueron sorprendentes para los arqueólogos al encontrarse los restos de una aldea de la cultura agroalfarera cuya principal característica era la conservación excepcional de elementos de origen orgánico como maderas y fibras vegetales. Gracias al fango anóxico y a componentes químicos relacionados con el azufre, presentes en el substrato, los agentes biológicos del deterioro fueron atenuados y los materiales lograron sobrevivir el paso de los años. Tales hallazgos daban la oportunidad, por primera vez en el Caribe Antillano, de asomarnos al mundo aborígen a través de materiales portadores de expresiones artísticas y utilitarias sin precedentes.

Antes de proceder a la intervención arqueológica, los investigadores tuvieron que vencer una gran dificultad: una parte del sitio se encontraba sumergida en las aguas someras que bañan la costa fangosa de la región. Un método, no utilizado antes en el país, fue diseñado por los investigadores del Centro de Investigaciones de Ecosistemas Costeros, Cuba, dirigidos por el doctor Jorge Calvera y el doctor David Pendergast del Museo Real de Ontario, Canadá, a car-

go del proyecto. Se conformó un dique circular de sacos de arena cubiertos con polietileno, y después se evacuó el agua del interior con bombas de achique. Una vez retirada el agua, los arqueólogos pudieron comenzar las excavaciones del fondo fangoso.

Poco a poco fueron apareciendo las estructuras correspondientes a viviendas aborígenes, en tal estado de conservación, que fue posible detectar además de los postes, los restos de las techumbres de hojas de palma. Estos contextos, preservados cual cápsulas de tiempo, contenían los elementos de la vida cotidiana de sus antiguos pobladores. De esta manera, fueron recuperados artefactos como bandejas, bastones, armas, empuñaduras de hachas petaloides, vasijas, ídolos, duhos, canoas y otros que no han sido aun identificados. Un estudio minucioso de los objetos demostró la utilización de plantas como el guayacán (*Guaiacum* sp.), la caoba (*Swietenia mahogani*), el ébano (*Diospyros* sp.), el jiquí (*Pera bumeliaefolia*), el yaití (*Gymnanthes lucida*) y el manglesillo (*Bonetia cubensis*).

Las excavaciones realizadas hasta el día de hoy incluyen en su inventario más de un millar de piezas de madera, de ellas 254 de valor museable, muchas más que el total de las piezas que son conservadas en colecciones de ese mismo tipo en toda el área de Las Antillas. Los importantes hallazgos de este sitio han permitido conocer detalles de los procesos de producción, relacionados con el trabajo sobre la madera, efectuados por nuestros aborígenes. Además, ha aportado importantes pistas desde el punto de vista estético y estilístico en el arte aborígen.

Con más de 24 dataciones radiocarbónicas (C-14), Los Buchillones es el sitio mejor estudiado del país. Las determinaciones cronológicas ubican los materiales del sitio entre el 1220 DNE y el 1690 DNE, lo que agrega un sorprendente marco temporal de varios siglos de ocupación de la aldea, incluso hasta bien entrado el siglo XVII, y abre nuevas perspectivas para la interpretación de la supervivencia aborígen en lugares marginales del proceso de conquista y colonización europea.



Fundamental para la Arqueología,⁵ se relacionaba con los indudables avances de nuestra ciencia en la acumulación de datos empíricos, (Guarch 1990:6) cuando se analiza en perspectiva este cambio, no puede pasarse por alto otro hecho, en el que vemos una estrecha relación con el cambio desde Cuba.

Como es conocido, el movimiento de la Arqueología Social Latinoamericana surgió a partir de finales de los años 60 del siglo XX, y se consolidó como posición compartida en los 70, debido a una preocupación de intelectuales de izquierda que habían abrazado el materialismo dialéctico e histórico como vía para la explicación de los procesos sociales en el continente; y también, como una alternativa teórica en el campo específico de la disciplina a la corriente norteamericana de la Nueva Arqueología.

Este movimiento, que reunió a destacados investigadores de Perú, Chile, México, Venezuela y República Dominicana, comenzó a producir una visión diferente, alternativa, y que trataba de ser apegada a los principios marxista de explicación.⁶ Sus primeras producciones bibliográficas, sin embargo, reflejaban concepciones teóricas poco maduras.

La crítica desproporcionada realizada por el doctor Ernesto Tabío en 1978 a las obras de Mario Sanoja, Iraida Vargas y Marcio Veloz Maggiolo, en las páginas de la revista *Revolución y Cultura*, y posteriormente la amarga contestata de Sanoja en 1979, en la misma publicación, marcaron un hito en las relaciones de los arqueólogos cubanos con la corriente marxista de la arqueología latinoamericana.

Si bien las argumentaciones de Tabío señalaban con toda razón una corrupción en el uso de categorías fundamentales del marxismo como el "modo de producción", las mismas contrastaban grandemente con las tesis de base de los investigadores mencionados. Las de ellos venían avaladas por decenas de excavaciones donde se ilustraba una realidad empírica hasta entonces desconocida y no cuestionada; las de nuestra parte venían desde el *Manual de Filosofía* de los soviéticos Rosenthal e Iudin.

El abismo que se abrió en torno a estas diferencias teóricas, alejó de manera injustificada a los arqueólogos cubanos del desarrollo de la arqueología marxista latinoamericana. Pero si efectivamente se produjo la separación, una de las consecuencias más importantes fue que los arqueólogos cubanos

no pudieron seguir sosteniendo el esquema normativo que hasta ese momento había estado detrás de sus investigaciones. De manera que no solo fue la acumulación de evidencia empírica lo que disparó el cambio. Este es un aspecto del desarrollo de la arqueología que debe ser más estudiado.

Lo cierto es que para el año 1983, Tabío estaba planteando que la "necesidad de formular una periodización cultural más adecuada era para los arqueólogos cubanos urgente e inaplazable; todos nuestros colegas así lo afirmaban", (Tabío 1984: 37) y daba paso a una propuesta que establecía fundamentalmente tres etapas de desarrollo económico, la Preagroalfarera, la Protoagrícola y la Agroalfarera, cada una respectivamente subdividida en diferentes fases.

Como parte de todo este cambio paradigmático, nuestros "taínos" ya no serían individualizados, y como el énfasis estaba puesto ahora en las condiciones económicas de producción, la cultura era dejada a un lado. Su existencia se reduciría a la clasificación de "agroalfareros", donde lo taíno y lo subtaíno, no se pueden diferenciar.

A partir de este momento se va a generalizar una especie de movimiento pendular en las intenciones teóricas de los arqueólogos cubanos. De ser particularistas culturalistas y usar ampliamente materiales como la cerámica o la lítica para llegar a explicaciones culturales, ahora el interés es dirigido a los procesos económicos generales, que si bien son la base de la explicación social, de ninguna manera pueden dar cuenta de los fenómenos singulares y concretos que constituyen el objeto de conocimiento empírico de los arqueólogos. La cultura, que antes se había usado como categoría implícita equivalente a inventarios de rasgos, desaparecería de nuestras publicaciones como categoría explicativa, y por tanto, en el tema específico que tratamos, nuestros taínos quedan sin rostro, una vez más.

En 1986, los profesores de la Universidad de La Habana, Ramón Dacal y Manuel Rivero de la Calle, publican su obra *Arqueología Aborigen de Cuba*, y a pesar de que en obras anteriores se habían apegado a los criterios etnohistóricos, en la línea de Pichardo Moya, esta vez, van a aceptar el esquema de Tabío.

Es José Manuel Guarch, quien va a tratar de dar una solución al problema de la excesiva generali-

⁵ Este Comité funcionaba en el seno del Instituto de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, y era presidido por el doctor Ernesto Tabío Palma.

⁶ En este caso, hay una diferencia tácita entre interpretación y explicación del objeto de estudio de la ciencia social, pues entendemos que la explicación remite directamente a leyes y la interpretación es un acto subjetivo en ciencia.

zación del esquema de Ernesto Tabío, sin caer en la trampa normativa de Rouse. Es por eso que a partir de mediados de la década de 1980, va a comenzar a trabajar en una nueva periodización, a la que llamó "estructura". Las primeras versiones van a ser dadas a conocer en los cursos de formación de la Escuela Nacional de Espeleología en 1986, y finalmente aparece publicada en 1990, como *Estructura para las Comunidades Aborígenes de Cuba*. (Guarch 1990) En esta nueva periodización se partía de una base económica que dividía nuestras comunidades aborígenes en dos etapas, la de economía de apropiación y la de economía de producción, un esquema que había sido usado ampliamente por el etnólogo soviético Yuri Bromley. (Bromley 1986) A su vez, ambas etapas se subdividían en fases, variantes culturales, y por último, períodos cronológicos. (Ver Tabla 2)

Tabla 2

Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba, modificado de Guarch (1990)

ETAPA	FASES Y DESARROLLO	VARIANTE CULTURAL	PERÍODOS, AÑOS A.P.
ECONOMÍA PRODUCTORA: (Comunidad gentilicia desarrollada) Agricultura, pesca, caza, recolección y captura	AGRICULTORES	III. Maisí	700 - 500
		Bayamo	850 - 500
		II. Cunagua	900 - 500
		Jagua	900 - 500
		Baní	1 000 - 500
		I. Damajayabo	1 120 - 500
ECONOMÍA DE APROPIACIÓN (Comunidad gentilicia primitiva) Pesca, caza, recolección, captura, cultivo incipiente de plantas	PROTOAGRICULTORES	II. Mayarí	1 500 - 700?
		I. Canímar	3 000 - 1 500
	PESCADORES-RECOLECTORES	I. Guanahacabibes	3 300 - 500
		II. Guacanayabo	3 500 - 900
		CAZADORES	I. Seboruco

Como indicamos, el esfuerzo por no perder las particularidades del registro arqueológico a nivel concreto, le hizo concebir la utilización de la categoría "variante cultural" que debía dar cuenta de estas particularidades. Este es un loable esfuerzo, sin embargo, la pobre definición de la categoría atentó contra sus pretensiones explicativas. En relación con nuestro tema de estudio, Guarch define las variantes culturales "Baní" y "Maisí", no obstante, las diferencias entre ellas, una vez más, se reducen a la ubicación geográfica, la cronología y a los viejos conocidos criterios normativistas basados en la cerámica:

Los artefactos de la superestructura se mantienen en sentido general muy similar a los de las otras variantes

de Agricultores, no así la cerámica, donde se aprecia una mejor técnica de elaboración y en un 2,5 %, decoraciones diferenciadas y mucho más elaboradas de las que se muestran en las anteriores, tratándose de dos series distintas. (Guarch 1990:69)

A pesar de que, como habíamos planteado antes, tal vez este era un esfuerzo por parte de la arqueología cubana para no perder una categoría de análisis que le permitiera buscar explicaciones a niveles más bajos de inferencia, o sea, a nivel de objeto empírico de conocimiento con los que trabaja el investigador, la estructura de Guarch tuvo dificultades para trascender. El mismo año de su publicación, fue dejada de lado en los trabajos de confección del Censo Arqueológico Nacional, una obra científica colectiva de indudable mérito. Los argumentos empleados por sus ejecutores fueron que:

La utilización, en el censo, de las variantes como segmentos secuenciales, no satisfaría el carácter complejo de la variación cultural. Con la terminología de paleo, meso y neolítico se intenta abordar desprejuiciadamente también las regularidades en el ámbito de

las culturas arqueológicas en tanto a esos problemas de variación, con el fin de unificar criterios en torno a los aspectos de valor más perenne en la estructura, como especificidad arqueológica en el marco regional. (Rives 1990)

Sin embargo, nunca nos aclararon los autores del Censo, de qué manera unas categorías tan generales como "paleo, meso y neolítico" iban a dar mejor cuenta de la "variabilidad cultural" que se evidenciaba después de la encomiable labor que había significado la realización de trabajos de campo y acumulación de datos para el censo nacional de sitios arqueológicos. Una vez más, los investigadores renunciaban al estudio de la singularidad de la cultura, a cambio de aspectos pretendidamente

universales en la base económica. Nuestros taínos se volvían a perder de vista, esta vez, en el amplio y profundo mar del neolítico.

Con esta visión es que se efectúa la edición más actualizada de nuestra historia patria desde el Instituto de Historia de Cuba en 1994. En ella se introducía, dentro del tomo 1, un capítulo inicial dedicado a las sociedades aborígenes. A pesar, por supuesto, de que no es una obra dedicada específicamente al tema arqueológico, sino que buscaba dar una panorámica de nuestra historia temprana, ni siquiera encontramos una mención del término 'taíno' en sus páginas. Todo se encuentra enmarcado en la "Etapa de la economía productora de las comunidades neolíticas". (Domínguez, Febles y Rives 1994:28)

No obstante, un año después, cuando se presentan los resultados del resumen de la obra investigadora de nuestros arqueólogos, en forma de CD-ROM, la estructura de José Manuel Guarch es la escogida para organizar el conocimiento. Aunque con mucha más información y mayor nivel de análisis, la denominada "Variante cultural Maisí", sigue sin ser explicada más allá de los criterios tradicionalmente empleados, en tanto que nuestros aborígenes asomaban graciosamente la cabeza desde la portada del disco compacto que, al menos, lleva su nombre. (CEDISAC 1995)

En 1996, dando un nuevo giro desde su última publicación, Dacal y Rivero, en su obra *Art and Archaeology of Pre-Columbian Cuba*, retoman nuevamente el esquema etnohistórico y reconocen la existencia de los taínos, sin establecer distinción alguna y sí una identidad común a todos los grupos agricultores ceramistas. De esta manera, distribuyen lo taíno a casi todo lo largo del

territorio cubano, desde la punta de Maisí hasta las proximidades de Matanzas. (Dacal y Rivero 1996: 21)

A partir de la década de 1990, y hasta la actualidad, no se puede decir que hemos tenido más claridad en cuanto al problema de la definición de la cultura taína en nuestro país. Indistintamente –de acuerdo al autor– los enfoques etnohistóricos y particularistas van a aparecer, pero una fuerte tendencia generalizadora en los últimos años viene a cancelar las investigaciones sobre el tema en particular. Es necesario realizar entonces un análisis de las causas de este fenómeno que terminará por privarnos de dar solución a uno de los asuntos más importantes a escala nacional, sin haber comenzado la investigación. La existencia de la cultura taína no dependerá de su negación o afirmación, de acuerdo a un criterio de autoridad personal o institucional, sino a partir de las formulaciones científicas que seamos capaces de poner a prueba, cosa que hasta el momento actual no se ha realizado explícitamente.

Como planteamos, la cuestión esencial de esta gran problemática es de tipo teórico y hasta que la misma no se solucione nunca podremos crear una imagen de aquellos pueblos que sufrieron el primer embate del colonialismo en América. Si bien parece ya imposible dejar de usar el término 'taíno' como identificador cultural, aun cuando vimos que es a todas luces una construcción histórica, y dada además su extensión en los ámbitos populares y académicos nacionales y regionales, no vemos otra opción que ocuparnos del problema como científicos sociales para llegar a conclusiones válidas sobre su existencia. A continuación, exponemos algunas ideas que pudieran guiarnos en la búsqueda de una solución.

ALGUNAS CUESTIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DE LA CULTURA TAÍNA EN CUBA

Para empezar, estimo que el imprescindible análisis que requiere la solución de la problemática sobre la existencia y definición de la cultura taína, sin duda comienza con el rechazo a cualquier intento de explicación que parta de las bases de la escuela normativa. La misma ha demostrado ser altamente incoherente en sus postulados y a pesar de haber contribuido a establecer toda una tradición de investigación en la región caribeña insular a partir de los trabajos de Irving Rouse, no

es adecuada a los propósitos explicativos que debe perseguir la arqueología como ciencia.

Sin embargo, las últimas investigaciones vienen a confirmar que el panorama real de la cultura caribeña precolombina es mucho más complicado que el ofrecido en los famosos cuadros cronológicos, casi matemáticos, en los que el normativismo pretende ubicar un desarrollo social lineal. Los arqueólogos están de acuerdo en que a partir de ahora, las indagaciones deben ser conducidas por

otros caminos, y las líneas de evidencia arqueológica deben ser utilizadas de manera mucho más integrada y creativa. (Curet 2005, 2006; Delpuech y Hofman 2004; Keegan 2000)

Si son visibles estas incoherencias del normativismo, ¿por qué el esquema rousiano ha prevalecido durante tanto tiempo?

En nuestra opinión, una de las causas se relaciona directamente con las condiciones sociológicas, externas a la disciplina misma, en las que se ha desarrollado la arqueología antillana. En la práctica, ha existido una imposición casi total de los modelos teóricos de la academia norteamericana, apoyados por la disponibilidad de mayores recursos económicos para el desarrollo de las investigaciones en su generalidad acciones prohibitivas para las economías nacionales de la región. Esta circunstancia, como una manifestación de imperialismo científico, ha marcado y sigue marcando todo el desarrollo de la ciencia en la región, y aun hoy, las investigaciones son realizadas, en su mayoría, con financiamientos y equipamientos externos; desde que la actividad arqueológica no se considera en términos económicos una esfera rentable.

Relacionado con lo anterior está la visión esquemática, de sustrato filosófico positivista, que regula la posición teórica en la arqueología regional, donde parece ser más importante la recolección y clasificación de datos que la labor teórica de fundamentar explicaciones causales referidas a leyes del desarrollo social. En sentido general, la región ha sido más usuaria de teorías sociales que generadora de las mismas. (Gándara 2003)

Como hemos visto, en Cuba el esquema rousiano también tuvo una gran influencia, y esta influencia fue fuerte aun después del triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Esta extraña circunstancia pudiera deberse a la marcada falta de interés por parte de los arqueólogos cubanos en la definición de un concepto como el de cultura arqueológica, que llevó a algunos influyentes investigadores a adoptar acriticamente las posiciones rousianas.

Por otra parte, el distanciamiento de la academia cubana de las posiciones de la llamada Arqueología Social Latinoamericana y de una sólida postura marxista, favoreció el mantenimiento de la disciplina en lugares próximos a Rouse, desde que es precisamente la ASL⁷ la que ha sometido a

una revisión crítica del esquema rousiano a partir de un sistema tricategorial que incluye la dimensión de la cultura como elemento central.⁸

El poco interés de los investigadores cubanos por correlacionar el resultado de sus investigaciones con las producidas en el resto de nuestra área geográfica, ha conducido a una especie de aislamiento, real o imaginario, donde los argumentos arqueológicos cubanos se han movido, en algunas ocasiones, con una absoluta independencia, aun en franca contradicción con los resultados antillanos. También circunstancias de tipo económico, que afectaron fuertemente a la disciplina desde la década de 1990, han impedido la realización sistemática de estudios de alcance regional donde la base empírica pueda sistematizarse en busca de regularidades territoriales, aunque sostenemos que, en este caso, se trata más bien de una cuestión teórica de partida que debe ser corroborada con la práctica.

Veamos como ejemplo hasta qué punto una concepción teórica puede condicionar la práctica arqueológica. Es un error metodológico importante haber privilegiado el trabajo llevado a cabo por Rouse en la década de 1940, por encima de las evidencias que muchos autores cubanos han mostrado. De esta manera, al analizar el trabajo del norteamericano podemos comprobar que la única área que estudió, eso sí, intensamente, fue la de Yaguajay-Banes, en la actual provincia de Holguín, y desde este único trabajo se extrapoló toda una subserie cerámica para la mayor parte de Cuba, la subtaína. ¿Qué hubiera pasado si Rouse hubiera estudiado con la misma profundidad las cerámicas de Cabo Cruz y el sur de la actual provincia de Cienfuegos, a todas luces diferentes?, ¿acaso tendríamos hoy una o más subseries cerámicas para completar nuestro esquema cuadrulado de “culturas arqueológicas”?

Dadas estas dificultades, creo que no hay mejor opción en el panorama teórico de la disciplina que la posición desarrollada por la llamada Arqueología Social Latinoamericana.

Para la gnoseología marxista, la misma que sostiene la posición teórica referida, existe una prioridad epistémica de la ontología respecto a la lógica. (Gándara 1992a; Bate, 1998) Puesto de otra forma, el conocimiento científico exige que debe-

⁷ Arqueología Social Latinoamericana.

⁸ En este caso compartimos las posiciones de Luis Felipe Bate (1978, 1998) y discrepamos con las de Lumbreras (2005) que propone abandonar el término por su carácter burgués, lo que equivale a perder batalla antes de presentarla.

mos tener primero alguna idea de lo que queremos conocer, para poder desarrollar los procedimientos válidos, su observación y su descubrimiento o reconocimiento.

Esta visión del proceso general de la investigación arqueológica conlleva a la teorización sobre tres niveles particulares de la existencia de procesos reales, que a la vez constituye la solución a tres problemas ontológicos fundamentales, a saber: a) el materialismo histórico, o teoría sustantiva de los procesos sociohistóricos; b) la historia de los contextos arqueológicos; y c) la historia real de la producción de la información. (Bate, 1998:49)

Siendo el materialismo histórico dialéctico la base teórica fundamental de las investigaciones llevadas a cabo en el país, sobre todo, a partir de 1959, conviene detenernos a pensar cómo ha sido su manejo por parte de los arqueólogos cubanos y cuáles son sus consecuencias.

Hasta el momento, lo que parece derivarse de la producción bibliográfica cubana es que nuestros investigadores no han sido muy dedicados a las cuestiones de tipo teórico sustantivo, más bien, como en el caso regional, han sido usuarios de teorías, en especial del marxismo, desgraciadamente en su versión menos desarrollada. (Torres, 2004)

Aún así, el gran poder explicativo del marxismo sirvió para dar una vía alternativa al entendimiento de los procesos sociales que ocurrieron en Cuba en tiempos precolombinos. El avance fue notable, pero insuficiente. Las investigaciones se incrementaron como nunca antes, la ciencia fue dotada de recursos y personal especializado, pero un obstáculo mucho más grande que los de índole material frenaba el desarrollo: la teoría marxista empleada era considerada como un cuerpo armónico, incontrastable, dado y terminado.⁹ De esta manera, se privó al marxismo de una de sus esencias: el carácter dialéctico; y por tanto, se cortó el camino para su desarrollo.

Surgía un problema adicional, relacionado con la teoría social marxista disponible hasta la década de 1970, que no daba suficiente cuenta del objeto

empírico de conocimiento de los arqueólogos, por lo que las explicaciones específicas no podían ser logradas, dado el carácter demasiado general de las categorías empleadas.¹⁰ Así, los arqueólogos cubanos se vieron constreñidos a identificar “modos de producción”, “formación económico social”, “fuerzas productivas”, “relaciones de producción”, etc. Esta situación llevó a que, en un momento dado, toda la labor se hiciera casi innecesaria, pues desde la teoría manejada todas las sociedades precolombinas caían en el mismo rubro de “Formación Económico Social de la Comunidad Primitiva” y dentro del “Modo de Producción de la Comunidad Primitiva”, ¿para qué excavar entonces?

Una de las consecuencias más evidentes de esta manera poco creativa de entender las cuestiones teóricas y el propio marxismo, es el escaso interés de los arqueólogos en desarrollar programas de investigación relacionados con la teoría, además de favorecer la concentración de los investigadores en los aspectos prácticos y metodológicos de la investigación. Esto los acercó demasiado a los presupuestos de la postura Histórico Cultural que dirigió su interés fundamental al establecimiento de cronologías e historias particulares, entendiendo que Cuba constituye un caso aislado dentro del área.

El resultado final, sin generalizar demasiado, consiste en investigaciones poco coherentes traducidas en el empleo de un lenguaje marxista general pero con resultados que se enmarcan muy bien, en las típicas producciones historicistas.

Sin embargo, a partir de la década de 1990, se fue tomando conciencia de que los esquemas de trabajo normativo no conducían a nada, y el énfasis se puso en esquemas de explicación marxistas generalizadores; solo que la teoría usada, como señalamos, no estaba en condiciones de dar respuesta a aspectos particulares de investigación al no existir categorías adecuadas de análisis. Esto se puede observar muy bien en la inexistencia de una adecuada definición para “cultura arqueológica”, donde el consenso implícito es más adecuado que la propia definición lógica de la misma.¹¹ En

⁹ Para entender mejor este hecho es necesario considerar las circunstancias sociológicas en las que se desarrolló la ciencia nacional, en las que sin duda, factores políticos e ideológicos ejercieron una gran influencia. Debe recordarse el hecho de un desarrollo científico marcado por un proceso revolucionario en enfrentamiento hostil con el imperialismo norteamericano desde 1960.

¹⁰ Esta dificultad ha sido superada paulatinamente por la arqueología marxista desde la década de los 80 del siglo XX, a partir de las Reuniones de Oaxtepec, México, donde se han generado una serie de categorías analíticas que han terminado por enriquecer al propio marxismo y que aun se desconocen en Cuba.

¹¹ Es necesario aclarar que esta situación no es privativa de la arqueología en Cuba. Pensamos que tampoco los historiadores tienen un concepto explícito de cultura para trabajar.

otras palabras, todos tenemos una idea de lo que es cultura, pero pocos podemos expresarla en términos conceptuales de definición. Dada esta ausencia conceptual es perfectamente lógico que se abandonara la idea de definir términos tales como “cultura taína”, y se favoreciera el trabajo con categorías más generales.

En otros trabajos (Torres 2004; 2006b) he sostenido que la solución más adecuada al caso cubano es la adopción de los importantes desarrollos teóricos explicativos de la arqueología marxista. Para la misma, la cultura constituye una categoría central de análisis que nos permite acceder, de acuerdo a un principio dialéctico de concatenación, a las causalidades esenciales del movimiento social residente en la Formación Económico Social. Como instancia intermedia entre los aspectos fenoménicos singulares representados por la cultura, y los esenciales generales representados en la Formación Económico Social, se ha conceptualizado la categoría de “Modo de Vida”, la misma que daría cuenta de la particularidad en el enfrentamiento y resolución de las contradicciones del desarrollo social en la sociedad concreta estudiada por el arqueólogo. Sin embargo, los componentes de este sistema tricatégorial de análisis no deben verse como simples partes separadas, sino como dimensiones de una misma realidad que es esencialmente compleja, y por tanto, no reducible a esquemas sencillos de explicación.¹²

Solamente al admitir el carácter complejo de la cultura como forma fenoménica y singular de las contradicciones esenciales de cualquier sociedad, y lo que es más importante, al buscar las causalidades a ese nivel esencial, es decir, refiriéndolas a aspectos objetivos de la realidad, estaremos en condiciones de poder definir la existencia real y la explicación de la cultura taína en Cuba y en nuestra área geográfica.

Por supuesto, antes debemos subsanar algunos aspectos metodológicos que han sido descuidados en las investigaciones cubanas. Tomemos como ejemplo el único estudio verdaderamente abarcador que se ha realizado sobre el grupo taíno en Cuba. Me refiero a las investigaciones que llevó a cabo José Manuel Guarch, durante la década de 60 y principios del 70, en el extremo oriental de Cuba.

Metodológicamente la investigación respondía a cánones empíricos normativistas, como se analizó anteriormente. Siendo así, era necesaria la observación en términos de región, la misma que fue establecida, como vimos, en el triángulo formado por la ciudad de Guantánamo al oeste, la Punta de Maisí al este y el poblado de Moa al norte. Sin embargo, al parecer, la muestra escogida por el arqueólogo tenía más problemas de los que pudiéramos pensar.

De acuerdo con Guarch, los datos se basan en un total de 18 sitios, divididos en 13 de habitación y 5 paraderos. Los mismos, corresponden solamente a las zonas de la Punta de Maisí y al Valle de Caujerí, de manera que una importante zona al norte queda fuera del estudio.

Si profundizamos más, encontramos que realmente las excavaciones de nuestro arqueólogo se concentraron en solo 7 de los 18 sitios, lo que representa un 38,8 % del total de la muestra. Mas, si analizamos la superficie excavada contra el total disponible en cada uno de esos sitios, el panorama cambia abruptamente. Las inferencias de la investigación se han hecho claramente a partir de una muestra deficiente en términos estadísticos. (Ver Tabla 3) Esta es una de las causas por la que Guarch tuvo dificultades al tratar de comprender la evolución cultural¹³ en el área bajo estudio y expresa:

La composición del ajuar de cada sitio es muy homogénea, especialmente la cerámica no sugiere cambios graduales producidos por préstamo. Las diferencias se observan de sitio a sitio, como si cada uno de ellos tuviera sus propias características, en una gradación creciente o decreciente de elementos Meillac o Carrier. (Guarch 1978:129)

Por otra parte, un importante sesgo se introduce en la muestra pues las excavaciones fueron realizadas mayormente en los sitios que presentan características excepcionales dentro de la región, como es el caso de plazas ceremoniales (Pueblo Viejo, Laguna de Limones y San Lucas) o grandes magnitudes (Guaibanó), por lo que la significación de los datos obtenidos deben tener un grado elevado de diferenciación con los sitios más comunes. En este último caso, el muestreo debió tener en cuenta que la distribución del espacio es un elemento muy importante en la conformación de la organización de estas sociedades, tal y como se ha

¹² Consideramos incorrecto el análisis que han hecho de la posición autores como Keegan y Rodríguez al pretender reducirla a un esquema que opera en igualdad de condiciones lógicas con el normativo. (Keegan y Rodríguez 2004)

¹³ Explicada a través de los cambios en la cerámica.

demostrado en otras regiones de nuestra área geográfica. (Curet 1992; 2005)

Lo peor de esta circunstancia es que el conocimiento que se tenía en la época en que Guarch llevó a cabo sus trabajos ha sido superado en las décadas posteriores; no obstante, las generalizaciones han seguido arrastrando las inferencias del estudio inicial. Por ejemplo, se mantienen en la caracterización de la Variante Cultural Maisí de 1990, y después de haberse llevado a cabo el Censo Arqueológico Nacional, se siguen empleando los mismos datos en el CD-ROM *Taíno* de 1995.

Una última cuestión debe ser superada en los próximos años, y es que, aunque nos parezca increíble, la definición de toda una región cultural,

de una variante cultural o de una cultura, como se le ha llamado indistintamente, se ha basado en un único fechado radiocarbónico. El mismo fue realizado en materiales del sitio Laguna de Limones, y ubica el sitio en el 1310 DNE (640 ± 120 AP). Pero al calibrar este fechado, el diapasón se abre y las fechas alcanzan un rango que va desde el 1050 AD al 1613 AD. Ambos límites se separan demasiado para una consideración adecuada de los procesos migratorios.

Algo interesante se evidencia en este fechado, puesto que no existe en la cerámica de Laguna de Limones un componente chicoide puro, sino más bien, una mezcla entre este y lo meillacoide, ¿cuán temprano se produjo esta mezcla en La Española?, ¿es acaso un proceso generado en Cuba? Es evidente que necesitamos muchos más fechados como garantía de que nuestras inferencias de tipo social tengan un apoyo cronológico sólido, algo que ya no podemos seguir dejando a la tipología cerámica.

Tabla 3

Composición de la muestra de estudio de Guarch (1978) para la definición del taíno en Cuba.

NO.	SITIO	INTERVENCIÓN	ÁREA TOTAL	ÁREA EXCAVADA	% EXCAVADO DEL TOTAL
1	La Caridad	No excavado	---	---	---
2	Finca Sitges	No excavado	---	---	---
3	Mesa de Buena Vista	No excavado	---	---	---
4	Monte Cristo	No excavado	---	---	---
5	Cantillo	No excavado	---	---	---
6	La Patana	No excavado	---	---	---
7	San Lucas	1964, 1965, 1968	13 300 m ²	28.48 m ²	0.21 %
8	Laguna de Limones	1964	33 834 m ²	68 m ²	0.20 %
9	Pueblo Viejo	1968	33 750 m ²	7.05 m ²	0.02 %
10	María Teresa I	1968	12 000 m ²	0.90 m ²	0.007 %
11	María Teresa II	Recogida de superficie	3 696 m ²	---	---
12	Boca del Cedro	Cala de prueba	11 543 m ²	DND	DND
13	Guaibán	DND	400 000 m ²	9 m ²	0.002 %
14	Paradero río Ovando	No excavado	----	---	---
15	Paradero Poblado de Maisí	Cala de prueba	---	---	---
16	Paradero del Corajo	Cateos infértiles	---	--	---
17	Paradero Cueva del Pueblo	No excavado	---	---	---
18	Paradero Cueva Caletita	No excavado	---	---	---

DND: Datos no disponibles

Fig. 46 Ídolo del Tabaco
Colección Museo Montané,
Universidad de La
Habana

[Foto del autor]





A close-up, profile view of a young girl's face, showing her dark hair styled in braids. She is looking downwards and to the left. The background is dark, and the lighting highlights her skin and hair texture.

Capítulo 4

La supervivencia
aborigen en Cuba



Fig. 47

Joven descendiente
de aborigen, Patana Arriba,
Maisí, Guantánamo
[Foto del autor]

Fig. 47 Pictografía Cueva de
Pichardo, Sierra de Cubitas,
Camagüey

Una tradición historiográfica de larga data ha obligado pensar en la desaparición de la cultura indígena. Esta actitud, expresada en la mayoría de los libros de historia de nuestro país, nos aleja de la condición curiosa e indagadora que debe caracterizar a la investigación y propicia el desinterés por la tarea de “rastrear” el hilo de la cultura indígena en el conglomerado cultural de nuestra nación.

Las causas de ese distanciamiento entre el cubano actual y el habitante primigenio son disímiles. Una de ellas es la permanencia de un pensamiento colonialista que divide la historia del país en *un antes* y *un después* de los hispanos, rompiendo de manera artificial el proceso histórico real, y por tanto, negando cualquier aporte de la cultura indígena a la conformación de la nacionalidad cubana. Otra causa es el exceso de confianza en la letra de las fuentes documentales del gobierno colonial y sus representantes, los cuales respondían a intereses de una clase nada interesada en la supervivencia del aborígen bajo el régimen colonial, ya que este era uno de los fundamentales cuestionadores de los derechos de propiedad sobre el suelo cubano. Mientras más rápido desaparecieran, por la vía que fuera, mejor. En otro sentido, la obra del padre Bartolomé de Las Casas con sus argumentaciones humanistas en defensa de los indígenas frente a los desmanes colonialistas, contribuyó a exagerar la magnitud y proporción de la destrucción de las poblaciones precolombinas.

Para comprender lo que pudo haber aportado la sociedad tribal agricultora a la cultura cubana actual hay que tomar en cuenta las condiciones en las que esa cultura (o culturas, según vimos en el capítulo anterior) se vincularon al elemento europeo primariamente, y después al africano. No cabe duda de que las condiciones fueron ab-

solutamente desventajosas y violentas para nuestros indígenas, pero los mecanismos de la cultura muchas veces son refractarios de los cambios rápidos en la base económica y permanecen como elemento de conservación y reafirmación identitaria por mucho tiempo.

La ocupación europea llegó a Cuba con todos los métodos ensayados después de más de una década de experiencia en La Española, por lo que en nuestro suelo los conquistadores no perdieron mucho tiempo, ni se caracterizaron por sutilezas; la espada, el fuego y la cruz, cumplieron eficientemente con la tarea de desmontar la organización de las sociedades aborígenes y someterlas a un solo y supremo objetivo: la obtención rápida de ganancias a través del trabajo forzado en los lavaderos de oro.

Pero si bien la destrucción de la organización tribal bajo estas condiciones significó un verdadero genocidio para los indígenas, no podemos pensar que la cultura como manifestación fenoménica de las relaciones esenciales a nivel de formación económico-social desapareciera totalmente. Siempre hubo alternativas a disposición de los miembros de la tribu: acatar las imposiciones colonialistas y morir debido a las condiciones inhumanas de trabajo forzado, hambre y enfermedades; morir por rebelarse abiertamente contra esa opresión y tratar de aislarse como grupo; o aceptar la mezcla bajo las condiciones de subordinación al español, como mecanismo de supervivencia cultural. Todas ellas, en menor o mayor grado, fueron empleadas.

Desgraciadamente, a gran parte de la población aborígen no le quedó más remedio que optar por la primera de las alternativas, y esa es la causa por la que se refiere la desaparición de la cultura indígena en general.

La violencia como mecanismo de sometimiento fue ejercida sin piedad. En los anales de nuestra historia, salvada para la posteridad por el padre dominico Bartolomé de Las Casas, quedó la memoria de uno de los actos de barbarie colonialista más oprobiosos de la ocupación española en Cuba. Hablamos de la carnicería perpetrada por los hombres de Pánfilo de Narváez en el pueblo indio de Caonao; la misma se puede explicar no solo por el choque ocurrido entre dos sistemas de valores totalmente diferentes, sino además, al tener en cuenta la catadura moral de la mayoría de los europeos que participaron en estas jornadas.

[...] el día que los españoles llegaron al pueblo, en la mañana paráronse a almorzar en un arroyo seco, aunque algunos charquillos tenían agua, el cual estaba lleno de piedras amoladeras, y antojóseles a todos de afilar en ellas sus espadas; y acabado su almuerzo, danse a andar su camino del Caonao. [...] Llegaron al pueblo de Caonao a hora de vísperas, donde halló mucha gente que tenía aparejada mucha comida del pan çaçabí e de mucho pescado, porque tenían junto un gran río y también cerca la mar. Estaban en una plazuela obra de 2.000 indios, todos sentados en cocillitas, porque así lo tienen todos de costumbre, mirando las yeguas pasmados. Había junto un gran bohío o casa grande, donde estaban más de otros 500 metidos, amedrentados, que no osaban salir; [...] súbitamente sacó un español su espada, en quien se creyó que se le revistió el diablo, y luego todos ciento sus espadas, y comienzan a desbarriagar y acuchillar y matar de aquellas ovejas y corderos, hombres y mujeres, y niños y viejos, que estaban sentados, descuidados, mirando las yeguas y los españoles, pasmados, y dentro de dos credos no queda hombre vivo de todos cuanto allí estaban. Entran en la gran casa, que junto estaba, porque a la puerta della esto pasaba, y comienzan lo mismo a matar a cuchilladas y estocadas cuantos allí hallaron, que iba el arroyo de la sangre como si hobieran muerto muchas vacas; algunos de los indios que allí pudieron darse priesa, subieron por las varas y el enmaderamiento de la casa en lo alto, y así escaparon. (Las Casas 1995, tomo II: 535)

Narváez que observaba impasible desde su yegua la matanza que hacían sus hombres se dirige con gran cinismo al clérigo que trataba de impedir que la locura colectiva siguiera y le dice: “¿Qué parece a vuestra merced destos nuestros españoles, qué han hecho? Respondió el clérigo, viendo ante sí tantos hechos pedazos, de caso tan cruel muy turbado: Que os ofrezco a vos y a ellos al diablo.” (*Id.*: 536)

La Matanza de Caonao pasó a la historia como muestra de la brutalidad colonizadora hacia las so-

ciudades aborígenes; pero si bien esa terrible cara de la violencia fue un común denominador en la actuación de los conquistadores, existieron otros mecanismos no menos efectivos en el proceso de anulación de la cultura aborigen.

La denominación de ‘indio’ fue uno de esos mecanismos psicológicos. Bajo este término se borraban de un plumazo las posibles diferencias que a veces se percibe en los primeros escritos del proceso de conquista. A la muerte y el exterminio físico de grandes masas de nuestros primeros pobladores, se suma su muerte psicológica, que negó la supervivencia identitaria de una cultura.

Pero esa sociedad aborigen no siempre contempló pasivamente la obra exterminadora de los colonizadores, y en muchas ocasiones se rebeló, cobrando cuantiosas vidas entre los conquistadores. Como ha documentado el historiador Jorge Ibarra las rebeliones indígenas se continuaron hasta 1543 y prosiguieron unos años más. En carta del factor Hernando de Castro de 1543, se expresa que:

[...] no ha habido uno en que no haya habido necesidad de hechar sisa para pacificar y conquistar indios cimarrones o bravos. Cada año se van a los montes y salen en Navidad, que es tiempo de seca, y quemar haciendas matando españoles e indios mansos y robándole mujeres. Ahora que escribo están alzados. (Hernando de Castro en Ibarra 1979: 28)

En los primeros tiempos de la colonización imperó una forma velada de explotación, efectuada bajo la figura de la encomienda. De acuerdo con la misma, los grupos aborígenes eran “encomendados” a un español, quien supuestamente debía velar por su instrucción en la fe católica y a la vez hacerlos trabajar en los lavaderos de oro y en las estancias.

Este sistema de explotación aprovechaba la forma tradicional de cooperación tribal no solo por las características de la economía de los primeros tiempos sino también porque de esa forma se suplía la escasez de instrumentos europeos, aprovechando el instrumental aportado por los indígenas, el cual estaba adaptado a las condiciones tropicales de producción. Bajo la encomienda, el sistema de trabajo indígena perdió su cualidad intrínseca, pues el conquistador, organizando masivamente la labor bajo la férula española, se encargaba de distribuir, de modo bien desigual, el producto del trabajo de las masas aborígenes explotadas. Solo así se podría extraer el poco oro que daban los lavaderos y sembrar los conucos para la producción de casabe. (Rey 1970)

Durante los primeros años de la colonia esta forma velada de esclavitud indígena, juega un papel de primer orden en la economía, a causa de que los colonos no tenían ningún interés en fomentar una economía enfilada hacia el ulterior sostenimiento, sino hacia el enriquecimiento rápido, para garantizar así un retorno exitoso a España.

Esta forma de trabajo generaba una contradicción insalvable entre los intereses de los primeros colonos y los de la Corona española, más interesada en proteger la mano de obra india para el futuro, mantener una buena fachada cristiana y sobre todo, limitar el poder que podían detentar los europeos venidos a América.

En el marco de esas contradicciones se realizaron varios esfuerzos para la protección de los indígenas que partieron de la labor humanista de religiosos acaudillados por el padre Las Casas. El conocido Plan de la Experiencia, propuesto por fray Pedro Mexía de Trillo de La Española contemplaba, entre otras cosas, la constitución de colonias agrícolas en las que los aborígenes, dirigidos por religiosos, se ocuparían de diversos cultivos cuyos dividendos serían repartidos entre la Corona y la comuna.

Sin embargo, gracias al sudor de las grandes masas indígenas y su explotación forzada, la riqueza generada le permitió a los estamentos dirigentes de los colonos, la oposición e incluso el aplazamiento del cumplimiento de esas disposiciones reales; el Plan de la Experiencia nunca fue aplicado. En otros casos, el cumplimiento se aplazaba hasta el máximo posible, como sucedió con las llamadas Leyes Nuevas, promulgadas por la Corona en 1542 donde se abolía el derecho a la encomienda y se ordenaba que los indígenas fueran considerados "vasallos libres". En realidad, ante la presión de los hateros ricos y algunos fun-

cionarios, esta disposición real solo se pudo aplicar, en 1553, es decir, con once años de retraso.

Para ese momento, un grupo humano nuevo, los negros africanos, aumentaban su presencia en Cuba para alimentar con su cuota de sudor y sufrimiento a la maquinaria colonialista. Ese contingente vendría a reemplazar la masa aborigen en la producción y terminaría por influir en la conformación de la nación cubana, pero eso es historia conocida.

En el otro lado de la sociedad colonial:

Los indocubanos, reducidos a menos de 10 % de la fuerza laboral, seguían desapareciendo. En la segunda mitad del siglo XVI se revitalizaron los fracasados 'planes de experiencia' y los 'pueblos de indios'. Algunos documentos de archivo de la segunda mitad del siglo XVI hacen referencias a los indocubanos como personal de servicio y patentizan la presencia de su cultura en algunos objetos [...] Se refieren probablemente a la etapa de convivencia más cercana y estable, quizás doméstica, susceptible de aportar directamente elementos culturales de ese tipo. (Rey 2003: 89)

Pensamos que esa presencia va más allá del contexto doméstico, y que a partir del siglo XVI la supervivencia indígena se va a refugiar y preservar en dos grandes espacios. El primero serían los llamados "pueblos de indios" como Guanabacoa, y en mayor medida, El Caney y Jiguaní, en el oriente. El segundo espacio, menos estudiado y más abundante, es el de las poblaciones reclusas en los lugares más recónditos de la geografía nacional, ejemplo de ellas las ubicadas en Yateras, Valle de San Andrés, Yara y Majayara, entre otras del extremo oriental. Debemos pensar que la ocupación hispana del territorio cubano nunca fue total durante el siglo XVI, de hecho todavía en el XIX, amplias zonas de la agreste geografía oriental y occidental permanecían despobladas. Esos escenarios



Fig. 48



Fig. 49

Fig. 48 Botón de concha, El Catuco, Gibara, Holguín

[Foto del autor]

Fig. 49 Cuenta de mayólica, Chorro de Maíta, Holguín

[Foto del autor]



Fig. 50



Fig. 51

Fig. 50 Jarra de transculturación, Colección Museo Municipal de Maisí, Guantánamo

[Foto del autor]

Fig. 51 Cáliz, Colección Museo Municipal de San Antonio del Sur, Guantánamo

[Foto del autor]

marginales fueron precisamente los que acogieron a la mayoría de los supervivientes de la cultura indígena.¹ Es por eso que creemos totalmente correcto el razonamiento de nuestro destacado historiador Julio Le Riverend, cuando plantea que:

Quizás algún día debamos convenir en que la desaparición del indio como elemento de trabajo es más bien un hecho económico que una total extinción humana, y que lo que se extinguió antes de 1540 fueron los placeres y yacimientos auríferos de rendimiento alto, compensatorios de su poca productividad de trabajo. (Le Riverend 1992: 27)

Como ya planteamos, la cultura suele ser un factor muy dinámico que garantiza la supervivencia en medios adversos de disímiles maneras; y por su parte, en los sitios arqueológicos cubanos aparece la evidencia de intensos procesos de intercambio cultural.

Seguramente la creación artesanal desarrollada por los especialistas nativos sufrió el primer y más violento impacto al cambiar las condiciones de su producción. Las bellas decoraciones y representaciones de ídolos en los bienes de prestigio fueron consideradas como el reflejo de prácticas paganas e idolatrías contrarias a la imposición de la fe religiosa católica. Un caso de este empobrecimiento ha sido bien documentado por García Arévalo para la producción de cerámica doméstica en La Española. (Arévalo 1978) El trabajo creador que fue capaz de dar vida a destacadas obras de arte con valor de uso dentro de la tribu, ahora era obligado a poner los conocimientos en función de la producción de

valores de cambio, en una economía orientada a propósitos totalmente diferentes.

Si bien esto produjo un empobrecimiento drástico y rápido de los cánones estéticos de los elementos de la cultura material indígena, en nuestros sitios arqueológicos, también está la evidencia del aprovechamiento e incorporación de elementos europeos en la vida social aborigen.

Formas en las vasijas de cerámica claramente copiadas de los colonizadores pero realizadas con técnicas aborígenes muestran la simbiosis de ambas culturas, donde los ceramistas indígenas plasmaron la decoración típica chicoide: el óvalo o el rectángulo con un segmento de recta inscrito, a manera de grano de café. Otras veces, la cerámica se limitaba a la imitación de la forma europea.

Se han encontrado cuentas realizadas en pedazos de mayólica, botones y elementos metálicos como las agujetas, componentes de las ropas del conquistador que al parecer fueron incorporados a las indígenas; y especial atención merece la aparición de un hacha petaloide confeccionada en hierro, en el sitio El Yayal, en la provincia de Holguín.

Pero no solo esos procesos de transculturación se dieron de lo europeo a lo aborigen, sino también al revés. En los primeros tiempos de la colonia los conquistadores se vieron obligados a incorporar los alimentos indígenas a su dieta, y seguramente los conocimientos para la producción de los mismos. De esta forma también necesitaron incorporar sus instrumentos y artefactos, la hamaca para dormir, las canoas para desplazarse, y hasta los humos del

¹ La arqueología ha corroborado esta supervivencia demostrando que, incluso para fechas muy tardías del siglo XVII, todavía estaban vigentes aldeas con una producción artesanal típica, como parecen evidenciar los fechados de 1 655 AD del sitio arqueológico Los Buchillones, en un remoto paraje de la costa norte avileña. (Pendergast et al. 2003)



Fig. 52



Fig. 53

Fig. 52 Vasija de transcul-
turación, Colección Museo
Provincial de Holguín

[Foto del autor]

Fig. 53 Vasija de transcul-
turación, Colección Museo
Indocubano Baní, Holguín

[Foto del autor]

tabaco para fumar. Además de que el conquistador no podía entender el espacio cubano sin recurrir a la lengua del aruaco, todavía en la actualidad pudiera parecer increíble la cantidad enorme de topónimos indígenas que usamos en nuestra geografía y las palabras que empleamos en el habla diaria.

Algunas veces se llegó a casos tan extremos en que el europeo adoptó por completo la cultura indígena como este que nos menciona Las Casas, acerca de un compatriota perdido en la provincia india de La Habana:

[...] el español ya cuasi no sabía hablar nuestra lengua, sino en la de los indios y hacía con la boca y con las manos todos los meneos que los indios acostumbraban, en lo cual no poca risa a los españoles causaba.

Creo que se entendía dél que había tres o cuatro años que allí estaba; y después, algunos días andados, daba larga relación de las cosas que por él habían pasado. (Las Casas 1995, tomo II: 544)

Otra característica de la ocupación española en América fue que los colonizadores no tuvieron ningún reparo en mezclarse sexualmente con la población nativa, lo que garantizó de manera muy temprana el surgimiento de mestizos de ambas razas² y el consecuente intercambio cultural. De hecho, uno de los mecanismos de dominación más ensayados en La Española fue el casamiento con hijas de caciques, para de esta forma controlar sus posesiones. Por supuesto, este mestizaje dejó siempre al indígena en posición de inferioridad.

LOS PUEBLOS DE INDIOS

Uno de los espacios en que se conservó y posteriormente fue transformada la cultura indígena de Cuba fue el de los llamados “pueblos de indios”. Su origen se remonta a los primeros esfuerzos por parte de la Corona española por asegurar de manera legal la sujeción y explotación indígena; para al mismo tiempo revestirla de un carácter más humano.

La primera de las conocidas Leyes de Burgos dictadas en 1512, indicaba la eliminación de las tradicionales aldeas indias y su reconstrucción en las proximidades de los asentamientos europeos, con el fin de garantizar su adoctrinamiento en la fe católica. (Pichardo Viñals 1984: 32) No obstante, las au-

toridades españolas al considerar que las sociedades indígenas practicaban el pecado de la “ociosidad”, no eliminaron el sistema de encomiendas.

La reconcentración forzosa de los aborígenes tuvo lugares destacados en el pueblo de Guanabacoa, próximo a La Habana, y en El Caney de Santiago de Cuba. Otro importante asentamiento indígena se gestaría a inicios del siglo XVIII en la zona de Jiguaní, próxima a Bayamo, cuando el indio Miguel Rodríguez consiguió la creación de un corral de puercos cuyo objetivo era: “recoger en un pueblo a los indios, que se hallaban dispersos en la inmensa comarca de Bayamo; después de mucho luchar, logró fundar la Comunidad de Indios de Jiguaní

² Constrasta esta característica con la ocupación inglesa en Norteamérica donde los prejuicios religiosos evitaron la mezcla racial entre pobladores originarios y colonizadores



Fig. 54

amparada por las reales provisiones de 1703 y 1710 de la real audiencia de Santo Domingo.” (*Id.*: 59)

Cuando se dictan las Leyes Nuevas, y se ponen en práctica en Cuba, en 1553, ya la situación de los indígenas se había transformado bastante. En los pueblos indios se dio un proceso de transculturación intenso que incluyó la transformación radical del modo de vida aborígen. A la comunidad aborígen concentrada no le quedó más remedio que entrar en la vía de la asimilación de los modos europeos para sobrevivir. Tuvo que sortear los obstáculos de un régimen de gobierno que ejercía una fuerte discriminación racial, política y económica sobre ellos, pero a la vez y paradójicamente, como grupo étnico contó con algunos privilegios únicos en el conjunto de las leyes españolas. De ellas aprendieron a valerse para defender las pocas prerrogativas que les quedaban.

Pero los escasos privilegios que le otorgaban las leyes españolas poco a poco se fueron acortando ante la codicia de los nuevos hacendados y sus intereses geófagos. Las tierras que les fueron concedidas pronto entraron en litigio y ante la inoperancia y complicidad de las autoridades coloniales



Fig. 55

Fig. 54 Familia Mosqueda, Patana Arriba, Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

Fig. 55 Vivienda campesina de Patana Arriba, Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

el despojo de las mismas se produjo cada vez con mayor fuerza.

Nuestro arqueólogo e historiador Felipe Pichardo Moya ha documentado muy bien el proceso de degradación y pérdida de los pueblos indios a lo

largo del siglo XVIII y XIX, incluso un abuelo suyo participó como abogado en los litigios relativos a la posesión de tierras en el pueblo de El Caney. (Pichardo Moya 1945)

En los fondos del Archivo Nacional de Cuba existen varios documentos que demuestran el proceso destructivo de los pueblos indios, como la carta del 22 de febrero de 1778 en que el Cabildo y Regimiento del pueblo de Jiguaní se queja de las vejaciones a sus vecinos y la usurpación de tierras por los de Bayazo.³ A los indígenas solo les quedó trasladarse una vez más hacia los lugares más apartados, o sumirse en el mestizaje que terminó por hacer casi inteligible su huella cultural.

El tiro de gracia a los derechos aborígenes se lo da la Real Orden del 24 de abril de 1820 que planteaba la abolición de las mitas y repartimientos de indios, e igualaba a todos los súbditos de la Corona en los territorios de Ultramar. Meses más tarde, el 11 de enero de 1821, las cortes eliminan la figura legal de Protector de Indios porque: “siendo por la Constitución españoles todos los hombres libres nacidos y avecindados en territorio español, sin distinción alguna, no solo han salido los indios del estado de minoridad á que antes estaban sujetos, sino que deben ser igualados en todo lo demás á los españoles de ambos hemisferios, y por lo mismo no debe subsistir el citado empleo de Protector de Indios”.⁴ Se despejaba de esta manera el camino a los intereses de los sectores detentadores del poder y reales dueños de la economía colonial.

No obstante, según los documentos existentes, durante varios años más, e infructuosamente, se continuaron las peleas por la vía legal entre los descendientes de indígenas y las autoridades coloniales. En junio de 1846, todavía se emite una Real Orden aclarando que la protectoría de indios de Tiguabos “o cualesquiera otras que ecsistan ó hayan ecsistido en la Isla de Cuba” se consideraba extinguida en virtud de una Real Orden anterior, fechada del 20 de abril de 1844.⁵

La incorporación de los pueblos de indios a la dinámica social colonial bajo la supuesta “igualdad” de condiciones no pasó de ser letra muerta. Nuevamente el éxodo hacia lugares cada vez más intrincados se convirtió en opción, y perdido su carácter de confinamiento, los elementos europeos y africanos penetran vía mestizaje en el seno de

ellos y transforman lo poco que iba quedando de la cultura aborígen. Es por eso que a partir de la segunda mitad del siglo XIX se hace cada vez más difícil encontrar rastro indígena.

Para 1890 cuando Don Carlos de la Torre y Huerta realiza una visita de interés antropológico al poblado indio de El Caney, queda consernado pues:

[...] pensábamos encontrar un pueblo de indios, ó descendientes de ellos, y hallamos una población á la moderna que desde hace unos 50 años viene sirviendo de punto de temporada á Cuba, y entre los descendientes de la raza Siboneya⁶ apenas conserva algunos rasgos el viejo José Almenares y la familia Montoya, emparentada con la anterior, y de cuyos antepasados existen partidas de bautismo en el libro más antiguo de la Parroquia de aquel pueblo que se remonta al año de 1690. (De La Torre 1890: 327)

Como observa el sabio cubano, ya para esa fecha el poblado había quedado abierto a la población en general y servía como lugar de recreo a los habitantes de la cercana Santiago de Cuba. En cambio, De la Torre encuentra rastros de descendientes de aborígenes en lugares mucho más apartados:

[...] pero en donde pudimos observar en más abundancia los caracteres de la raza india fue en los partidos de Yara y Majayara en la jurisdicción de Baracoa; allí viven diseminados en familias, sin formar pueblo y en un estado verdaderamente primitivo, como pudimos observar en unos ranchos próximos á la casa de uno de los guardias que nos acompañaba, de apellido Gainza, que llevaba argollas de oro en las orejas y nos dijo ser él también descendiente de Indio. El color de estos individuos es tostado, el cabello muy lacio y negro, barba muy poco poblada, de baja estatura [...]. (Id.)

El único objeto de la cultura material que se encuentra relacionado con la cultura material indígena en El Caney, es el guayo, “que hacen hoy allí perfectamente idénticos á los que usaban los indios para rayar la yuca con que hacían casabe [...]. Consisten dichos guayos en una tabla rectangular muy gruesa, terminada por dos mangos ó agarraderas y en una de sus caras están clavadas infinidad de piedrecitas durísimas y puntiagudas.” (*Ibid.*: 328)

Resulta un interesante tema de investigación para el futuro el determinar si las poblaciones que sobrevivieron en estado de asilamiento geográfi-

³ Archivo Nacional de Cuba, Fondo Reales Cédulas y Órdenes, Legajo 14, no.970.

⁴ *Id.*, Legajo 62, no. 21.

⁵ *Ibid.*, Legajo 156, no. 556.

⁶ De la Torre, como vimos en el capítulo anterior, consideraba que los pobladores de la “raza ciboney” eran la cultura

co se formaron a partir del desgajamiento de los tradicionales pueblos de indios como Jiguaní, El Caney o Tiguabos, o si fueron núcleos ancestral-

mente separados del proceso de la conquista. Lo más probable es que el proceso se haya dado de las dos formas, e incluso en su combinación.

LOS ABORÍGENES Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA

Un episodio poco conocido de los descendientes de indígenas en nuestro país es su relación con los movimientos independentistas del siglo XIX. Habría de esperarse que un grupo social preterido y discriminado como el aborígen se opusiera abiertamente al gobierno colonial y se incorporara a la causa de los patriotas. Sin embargo, la actitud de los descendientes de indígenas cubanos tenía ritmo y espacio propio.

Algunos de esos descendientes sí participaron en la corriente de los ideales independentistas. En 1864, el artista norteamericano Walter Goodman visita la isla y después de un percance con las autoridades coloniales españolas pasa una noche en la prisión del Morro de Santiago de Cuba, donde conoce a un indio que le asombra por sus planteamientos independentistas:

Comparte conmigo la celda un indio cubano cuya condición se manifiesta por el pelo lacio y negro, la nariz afinada y el cutis color agitanado. Por supuesto, no lleva sombrero de pluma, cuentas de colores o cuero, ni está tatuado. Aparte de la cara y las manos sucias, tiene la apariencia de hombre civilizado. Lo arrestaron por sospechas. Desde hace muchos meses vienen aplazándole el juicio y no sabe de qué se le acusa ni por qué habrán de juzgarle. No cuenta con amigos que se interesen por él ni doblones para convencer a las autoridades de que es inocente. El pobre diablo siente miedo de que las cosas le vayan muy mal. Se expresa con elocuencia de tribuno sobre los temas de la esclavitud y del mal gobierno de España, acalorándose en su disertación. Me advierte con mucho ahinco que aunque hable el español y sufre el gobierno de España, no es más español que un inglés o un norteamericano. Declara que entre esas dos nacionalidades existe algo de común, pero que entre un cubano y un español se abre un abismo. (Goodman 1965:79)

Por el contrario, en el polo opuesto de la situación revolucionaria creada a partir de 1868 se encontraban la mayoría de los descendientes de aborígenes en la intrincada zona de Yateras. En este caso, los pobladores de las familias Rojas y Ramírez sirvieron como exploradores y rastreadores a las fuerzas militares colonialistas en contra de los patriotas cubanos. Las causas para tal unión

de intereses todavía son poco estudiadas pero seguramente pasaban por la promesa de respeto a las pocas propiedades que habían podido mantener en sus manos a cambio de prestar favores al poder colonial.

Esta situación se mantuvo hasta 1895, cuando se inicia la última Guerra Independentista organizada por José Martí. Los famosos "Indios de Garrido", pobladores de Caridad de Los Indios reclutados por el teniente Pedro Garrido Romero vuelven a servir en las filas españolas, y a ejercer una presión considerable sobre las fuerzas patrióticas. A mediados de abril, el General Flor Crombet es muerto por uno de los indios de Garrido, y los hermanos José y Antonio Maceo caen en su emboscada y apenas logran salir con vida.

Nuestro Apóstol en su *Diario de Campo* deja constancia de la persecución que ejerció tras de sí la fuerza indohispana y anota el día 22 de abril: "A Luis, que vino al anochecer, le llegó carta de su mujer: que los exploradores, -y su propio hermano es uno de ellos-, van citados por Garrido, el teniente ladrón, a juntársele a La Caridad, y ojea a todo Caujerí; que en Vega grande y los Quemados y en muchos otros pasos nos tienen puestas emboscadas." (Martí 1985: 19) Días más adelante la presión aumenta: "Se siente el peligro. Desde Palenque nos van siguiendo de cerca las huellas. Por aquí pueden caer los indios de Garrido." (*Id.*: 25)

Martí comprendía, casi antes de su trágico final en Dos Ríos que era una necesidad para la extensión de la guerra independentista al oriente de Guantánamo, el tratar de reclutar a los pobladores indios de Yateras y alejarlos del mando español. Sus dotes de exploradores natos y guerrilleros los convertían en una fuerza letal para la Revolución en aquella zona. La misión fue encargada a los hermanos Maceo. La forma en que se realizó el reclutamiento ha sido desconocida por mucho tiempo, pero el investigador José Barreiro en una curiosa indagación nos muestra cuán cercana en los finales del siglo XIX se encontraba aun la cultura aborígen en las concepciones de estos pobladores. (Barreiro 2004)

La labor de unir a los indios de Yateras se le encargó a los insignes jefes patriotas Pedro Agustín

Pérez, Silverio Guerra Tellez y a una mujer, Cristina Pérez Pérez. Además de ser una patriota activa, Cristina era una comadrona y espiritista casada con uno de los caciques menores de Yateras de nombre Ramón Ramírez Suárez quien también era simpatizante de la causa cubana. Garantizada por esta vía la entrada en la zona de Yateras, Cristina comenzó una labor de captación entre los jefes de familias de la zona. Su prestigio como comadrona y sus dotes en las ceremonias espiritistas, en las que entraba en trance y comunicaba con los antiguos cemíes indígenas, le allanaron el camino entre estos pobladores. Es a finales de abril y principios de mayo cuando logra convencer a tres de jefes de familia para incorporarse a las fuerzas independentistas, no obstante, los otros se mantenían contrarios a la decisión y llegaron a amenazar de muerte a la patriota. Es en este momento que se produce un acto de singular importancia. Convocada por el cacique principal de Yateras, la patriota decide celebrar una ceremonia a la que debían sumarse todos los jefes de familia, y en la que los antiguos espíritus indios serían consultados acerca de la decisión a tomar.

La ceremonia se llevó a cabo en la noche del 13 de mayo de 1895. Durante el trance en el que habló a través de su boca el espíritu de un gran cacique, se hizo una exhortación a la unión de todos los pobladores indios de Yateras a las fuerzas de Antonio Maceo para de esa manera concluir la lucha por la redención de su país. Terminada la ceremonia, los jefes se retiraron a deliberar con su gente. Al amanecer del día siguiente, los Indios de Yateras se incorporaban en masa a las filas del Ejército Libertador bajo las órdenes del Titán de Bronce, donde prestaron servicio destacado hasta 1898 cuando la contienda bélica fue terminada por la intervención norteamericana.

La fuerza guerrillera de los descendientes indígenas de Yateras fue organizada con el nombre simbólico de Regimiento Hatuey, y sus combatientes tomaron parte destacada en el importante combate de Sao del Indio, el 13 de agosto 1895 donde perecieron 327 españoles y cerca de 14 cubanos, muchos de ellos, indios de Yateras.

La significación de esta ceremonia, y sus resultados posteriores indican el grado de importancia que todavía tenían las creencias animistas entre los descendientes de nuestros indígenas, cuando decisiones tan trascendentales tenían que ser consultadas a los seres del inframundo. Dos importantes conclusiones se desprenden de la narración de Barreiro. (*Id.*)



Fig. 56 Camino Patana Arriba,

Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

La primera es que todavía esas decisiones eran consultadas en el nivel colectivo de la comunidad; la segunda y más importante, es que ya no debían ser consideraciones de tipo material como la retención del privilegio de posesión de tierras las que movieron a estos pobladores al incorporarse a las líneas independentistas, sino otras de origen ético moral respaldadas por los designios de sus ancestros. La conciencia revolucionadora de la sociedad a través de la independencia, definitivamente les llegaba 400 años después del inicio de su exterminio como pueblo, por la vía más conservada y menos visible de su cultura: las creencias de tipo religioso.

La frustración de los ideales independentistas por la oportunista intervención norteamericana y la pérdida de los principales líderes revolucionarios dieron al traste con la Guerra de Independencia. Sus resultados fueron decepcionantes para la mayoría de los combatientes del Ejército Libertador. En esas circunstancias las poblaciones de descendientes indígenas ya no podían contar con el respaldo de un gobierno revolucionario y por tanto exacerbaban sus condiciones de aislamiento. Nuevamente la vieja fórmula del confinamiento era aplicada para garantizar la retención de la po-

sesión de sus tierras. Mecanismos como la endogamia fueron ampliamente utilizados además de una estructura tradicional basada en la autoridad casi absoluta de los mayores, una especie de “gerontocracia”, que garantizaba el mantenimiento del orden al interior de la comunidad.

De esa manera se mantuvieron durante la mayor parte del siglo XX hasta que en 1959, con el triunfo definitivo de la Revolución Cubana, y el cambio radical de las estructuras sociales se rompe el estado de autoconfinamiento. Las poblaciones

descendientes de aborígenes cubanos entraron de esa manera en otra dinámica social, que eliminó radicalmente sus condiciones de atraso económico, aislamiento y discriminación racial, pero que tampoco entendió muy bien su carácter único como grupo social⁷ más allá de sus evidentes fenotipos raciales. (Rivero de la Calle 1978)

Lo expuesto hasta aquí forma parte de lo que se conoce sobre la más estudiada de las comunidades de pobladores descendientes en Cuba, pero, ¿qué sucedió en otros asentamientos dispersos?

LA COMUNIDAD DE LA PATANA, MEMORIA EN LA LENGUA

El problema de la supervivencia de la cultura aborígen cubana va más allá de los estudios de Antropología Física, y de la escasa cultura material conservada. Hasta que no se tome conciencia de ello, no alcanzará la debida importancia dentro de nuestra cultura nacional. Como ya vimos, importantes formas de religiosidad todavía se relacionan con esa parte de nuestra nacionalidad, pero otras no menos importantes y poco visibles persisten. Mucho de la historia, las creencias, los valores y saberes de estos pueblos aún se conservan; transmitidos a través de la oralidad de generación en generación.

Cuando en 1992 comenzamos a trabajar en la comunidad de La Patana, entendimos que este era uno de esos rincones de nuestro suelo donde se había refugiado la cultura indígena. Aun cuando estaba claro que estos pobladores no son aborígenes, sino descendientes de los mismos, la raíz indiana acude en vivísima presencia al hurgar en los testimonios orales de los más viejos.

Este pequeño lugar de la geografía cubana está situado en la porción este del municipio de Maisí, específicamente a unos 5 km al noroeste de la Punta de Quemado, extremo oriental de la Isla, en la provincia de Guantánamo.

La primera mención que se conoce en la literatura científica sobre este lugar la hace el sabio cubano Don Carlos de la Torre y Huerta, quien en la crónica de un viaje de estudios naturalistas

realizado a la región de Baracoa y Maisí apuntó: “Satisfecho de los resultados de mi excursión [...] resolví volverme a Baracoa a pesar de los deseos vivísimos que sentía de visitar las cuevas de La Patana y Ovando, de las que me contaron prodigios los guías [...]” (De la Torre, 1890)



Fig. 57 Fotografía de Cecilio
Mosqueda tomada por
Harrington en 1919

⁷ Tampoco se pueden pedir peras al olmo. La Revolución como acontecimiento violento y estremecedor de toda la sociedad cubana tuvo ante sí, desde un inicio, retos enormes de carácter tan vital como garantizar su supervivencia a través de la unión de todos los grupos sociales que componen la nacionalidad. Esa tarea debía hacerse con cuadros que muchas veces no existían, y si a esto sumamos las concepciones comunes de la “desaparición y exterminio de la cultura india”, la singularidad de estas poblaciones caía en un segundo plano. Lo que puede ser imperdonable para los científicos sociales cubanos actuales, es que una vez tomada conciencia de este fenómeno, no dediquemos tiempo a su estudio.

Es necesario destacar como, desde aquellos tiempos, las cuevas de La Patana son elemento esencial de identidad y así lo comprobamos en la oralidad de los habitantes. En busca de las mismas vendrá también, a mediados del año de 1919, el arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington, y es él quien nos ha dejado la primera y única descripción de aquel que los pobladores señalan como fundador, Narciso Mosqueda. Dice el científico: "Primeramente visitamos al señor Mosqueda padre, [...] anciano español casado con mujer de origen indio y que vivía con sus hijos e hijas y las familias de estos, en un verdadero pequeño pueblo formado por bohíos techados de palma, cada uno ocupado por uno de los descendientes de la anciana pareja". (Harrington, 1935)

Y aquí es mostrado el elemento que más firmemente identifica al patanero: la raíz india que viene por Carmen, la esposa de Narciso. Esa será la constante en su discurso oral referente a la historia local. De esta forma se ha ido construyendo una versión fantástica acerca de la aparición de la misma en la escena familiar, o bien, se ha dado otra versión más realista: que provienen del poblado de Yara, cercano a Baracoa, donde también ha sido señalada la presencia de descendientes de aborígenes.

Toda la Historia en La Patana es construida alrededor del tema aborigen y cuando faltan referencias vivas, se echa mano a la gran cantidad de sitios arqueológicos existentes en los alrededores para lograr dar la debida consistencia a esa historia que en definitiva, es la historia de la familia Mosqueda, fruto del mestizaje indio y español.

Otro de los pilares de la identidad es la naturaleza apartada y el proverbial aislamiento del poblado. Y Harrington no deja de notarlo cuando dice: "Los Mosqueda no poseían caballos o mulas, pues la mayor parte de lo que producían era para el consumo propio y solo vendían miel y cera, que llevaban al mercado a mano, y por esta razón jamás habían sentido la necesidad de abrir un camino." (Id.)

Un último y decisivo rasgo de la identidad patanera es el peculiar sentido del tiempo, fruto a su vez, del aislamiento geográfico del lugar. Se vive en un lugar donde la referencia temporal es ofrecida por los sentidos, por el movimiento del Sol y la Luna, y a largo plazo, por la tradición oral. Así, los marcos temporales se dilatan o se contraen en un juego de maravillosa flexibilidad. Frases frecuentes como: "de eso no hace mucho" o "eso fue hace 15

o 20 años", son usadas como mecanismo de afirmación de la historia relatada y de facilitación al forastero incrédulo. Y no puede ser de otra manera en un lugar donde, después de 14 años de trabajo, aun no hemos visto un reloj.

Los testimonios que presentamos a continuación constituyen la visión popular de la historia cubana, en especial referida a este lugar *sui generis* del país, heredero de una rica, genial y maravillosa tradición oral.

Hemos tratado por todos los medios de mantener una grafía fiel al peculiar coloquio de los pataneros, en aras de lograr la mejor comprensión de esta lengua que se desencadena volando libre de ataduras, sorteando los escollos del tiempo, para crear con la maravilla de la palabra, una historia personal, familiar y colectiva, pero de íntima significación local. Es la historia que resume las vivencias de generaciones enteras y da, por encima de cualquier manual, sentido a los avatares del hombre en estos parajes. Es la historia del alma, la cara de la identidad, la voz del pueblo.

Por ser estos testimonios orales patrimonio común de toda la familia Mosqueda, hemos preferido exponerlos con cierto carácter impersonal para lograr la continuidad del relato.

Bueno, la familia de nosotros completa era india. Sembraban maíz, boniato, calabaza, y la yuca, esencialmente pa' hacer casabe y guardarlo por temporadas. El mismo papá mío era indio ; le gustaba mucho comer asado, si se iba a comer un boniato lo asaba. Yo aprendí a comer yuca asada con él. Cojo la yuca y la entierro en la candela y eso es lo más maravilloso del mundo. Entonces mi papá era indio totalmente y aprendió de sus padres, como era indio de raíz, le nacía hacer casabe pa' él comer, ¿sabe como é?, y él nos enseñó a nosotros con un burén a hacer los montonzones de tortas de casabe que guardábamos en un saco blanquito y limpio.

Carmen, mi bisabuela, también era como mi papá. Todo lo que se iba a comer de vianda, lo asaba. Y usted la veía con el pelo así negrito, trigueña oscura y el pelo que le daba a la cintura y bajita. Ella llegaba a su casa y lo veía a usted un poco mal y entonces empezaba a hacerle remedio, y esto y lo otro, y al poco rato estaba usted parao...

Cuentan que cuando los españoles llegaron a Cuba, venían todos hambreados y faltos de mujeres de tanto tiempo que llevaban en el mar, porque de España aquí hay que andar cantidad. Como su primer deseo era quitarse el hambre y en Baracoa los indios no los dejaron desembarcar porque no los querían y les cayeron a piedras y flechazos, tuvieron que seguir su cami-

no bordeando la costa en busca de otro pueblo. En los barcos traían algunos indios prisioneros de guías y por eso estaban un poco confiados en su camino. Ya casi sin fuerzas, vieron en la Punta una hileritas de humo que eran los fuegos de los vivaqueos de los indios allí en sus pueblos. Cuando los indios de los barcos vieron aquello, pegaron a saltar y a gritar diciendo: “¡Ahí sí!, ¡ahí sí!”, y los españoles creyeron que los indios decían: “¡Maisí!, ¡Maisí!” y desde ese tiempo todos lo dicen así, Maisí, siguiendo a los españoles que no entendieron a los indios...

Aquí, en ese paredón hay una cueva muy importante, que es por donde vive Luis Delvín y que mira de frente al mar. Un día mi abuelo Sixto y el difunto Benito andaban por ese lugar en unas operaciones y llegan a la cueva. Mi abuelo vió unas hojas de yaya en el piso y dijo: “Benito, hágame el favor que me parece que aquí hay un muerto”. “Bueno vamos a ver”, le dice él. Y llegaron y le hicieron así con la mano... “¡Si esto es una india con su hijita!” Dicen que no tenían más de 15 días de muertas. Parece que los indios habían llegado al borde del farallón, habían escarbado y le habían puesto hojas de yaya. Ella se acurrucó primero con los pies pa’ la costa y la cabeza pa’ la tierra, y entonces se puso la niña entre los brazos, sacó las manos y ella misma se tiró las hojas de yaya. Eso no fue hace mucho tiempo, dicen que aun conservaba los mechones de pelo negrito...

Otro lugar importante es la costa. Allí se encuentran las ollas de barro y muchas otras cosas de los indios. Todo eso lo hay allí, y especialmente usted ve las piedras donde ellos se sentaban y trabajaban, y donde usted encuentra un hoyito que está tapado con una piedra, puede buscar, que eso tiene algo abajo. ¡Eso es un cueverío ahí! Ese es el Pesquero de La Yuraguana. Dicen los viejos, que allí existe un muñeco de oro, hecho por los indios, que está en una cueva de esas mirando al mar y que recibe los primeros rayos del sol cuando amanece. Es del tamaño de un niño chiquito y muchos han gastado el tiempo en buscarlo, pero es que los indios supieron esconderlo muy bien...

En ese mismo Pesquero de La Yuraguana, nosotros nos encontrábamos un día en un desmonte pues teníamos un plan que cumplir que nos fijaba la Forestal. El monte es bravo en esa parte y como teníamos mucho trabajo, la brigada se quedaba metida en el monte, y hacíamos vivaqueos con hamacas y comida que llevábamos traída de casa. Una noche, después de haber estado todo el día rompiendo una trocha, me acuesto en la hamaca, que yo la había puesto un poco lejos de las demás y me quedé como atontao en un momentico, cuando de pronto, de dentro del monte sale un ruidito como de un



Fig. 58

Fig. 58 Cemí de la Caverna de La Patana fotografiado por Harrington en 1919

Fig. 59 Resto de la estalagmita aserrada donde se encontraba el Cemí

Foto Tamara Gispert

animal, pero pa’ que vea como son las cosas, no moví ni un dedo, ni avisé a nadie, porque aquello era como un sueño. Miré pa’ ver de donde salía el ruidito y del monte salió una india encuera en pelotas, ¡pero una india!, con un pelo negro por las caderas y linda como ninguna hembra por aquí. Aquella india se acercó a la hamaca y yo no atinaba qué decirle; cuando estaba cerquita me dijo: “Mañana cuando te levantes, coge derecho por la trocha. Al final hay un guayacán muy grande, allí te voy a dejar una cosa”. Cuando yo oí hablar a la india, caí en cuenta de que era una aparición y le hago la seña de la cruz, diciéndole: “¡Aléjate Satanás, déjame tranquilo!”, y la india se echó a correr pa’ dentro del monte tirando unas rizotadas como alma que lleva el Diablo. Yo no supe después qué fue lo que pasó; por la mañana empecé a sentir como si una voz me llamara pa’ dentro del monte, era una cosa increíble por la fuerza que me estaba jalando. Le digo a la gente que iba a hacer una necesidad y me metí en la trocha, cuando llegué al final me dije: “¡Pero qué bobera es esta de aparecidos ni nada que no exista!”

pero en ese momento sentí un frío en el espinazo, me dí vuelta y con estos ojos ví un papá guayacán. Me pongo a buscar y cuando miré pa' una ramita, ¡allí estaban unas caritas y una olla de barro de los indios! Esas cosas yo las regalé en Baracoa. La india me las había dado. Después de eso yo he estado otras veces en La Yuraguana, cuando vamos a pescar a la costa y he visto restos de cacharros y caritas en el suelo; pues allí es donde los indios tenían sus vivaqueos mayores...

La cuevas de La Patana han sido muy estudiadas por los científicos de La Habana y hasta de los Estados Unidos, como el Harrington ese. Yo no le conocí porque todavía no había nacido pero mi tío Chabarre, que así le decían a Cecilio, y que sí era jovencito, ese sí lo conoció. Él le cargó el fusil y lo valió en lo que pudo, por eso me dicen que allá en La Habana, hay unos cuantos libros en los que está Cecilio retratao. También trabajó con Harrington, mi otro tío Fermín, que era arriero. Harrington vino también detrás de las cosas de los indios, ¡ese se llevó la riqueza de los indios! Eso fue lo que hizo. En la Cueva Caliente, que también le dicen de los Bichos o de La Patana, hay unos cabezos de piedra ahí, cortados con un trozador. Esos eran los muñecos que los indios pintaban en la misma piedra, y los americanos vinieron y los cortaron, y en mulo se los llevaron pa' su país. Pero esa historia pasó así: ese americano llegó a la Tinta de Jauco, donde hizo escalada. Cecilio se enteró por voces y le hizo la visita pa' hacerle una conquista y que visitara su casa. Cecilio lo cautivó y lo llevó a la Cueva de La Patana, y en la



Fig. 59

cueva cuando vió la riqueza de los indios, el americano regresó a Estados Unidos y volvió con sus preparaciones. Llegó nuevamente a casa de Cecilio y se trasladó a donde vive ahora Marcelino, y puso su casa de campaña. Allí trajo un trozador especializado pa' cortar. Fueron allá, cortaron los muñecos tallados en dos pedazos y los montaron encima del mulo de Fermín y él los sacó de La Patana. Pero cuando el mulo llegó a Sabana, se murió, hasta ahí aguantó. La carga era mucha y mucho el camino. Harrington tuvo entonces que pagarle el mulo muerto a Fermín. Pero el americano ese se metía cueva por cueva, y lo que se llevó de los indios fue mucho...

Otra vez, pero más reciente, descubrieron una cueva con la boca tapiada con piedras, y dentro habían los restos de esqueletos quemados de los indios, pues ellos se encerraban allí pa' escapar de los españoles y se pegaban candela ellos mismos. Por eso es que se hallan así, los huesos chamuscaos y en tanta cantidad en estos farallones...

Aquí no hace mucho vino a casa un indio, indio, indio. Ellos tienen más separación entre los dientes y una cabeza más distinta a la de nosotros. Tienen la frente muy pendiente, lanzá y ñata pa' atrás. Y de eso puede hacer unos 18 o 20 años. El pelo negrito, lacio que hacían así y se los partían en dos; entonces se ponían caracoles así en la trenza y esas cosas, pero maravilla, cosa hermosa. Ese que vino a casa tenía la oreja abierta, tenía arete. Y las mujeres, usté veía que eran bajitas pero estaban duras, que se veía que papeaban bien...

En los últimos años que entraron los españoles aquí, en ese entonces no había trillo ni nada, ellos vivían silvestres ahí. Cuando llegaron los españoles que los iban a matar, se subían en el Cañón del Yumurí, en ese picote de ahí, y se tiraban pa' abajo, pa' el río y se mataban. Por eso el río se llama Yumurí, que es casi, "yo morí", porque como se tiraban de tan alto todos morían. Y tenían que tirarse porque el español los cazaba a tiro nada más.

En todo momento la tristeza la dejaron aquí los españoles. Los indios trabajaban y ellos con el látigo, ¿sabe como é?, eso fue un crimen, acabaron con los indios, sino aquí, en Guantánamo mismo, hay un lugar que se llama Caridad de los Indios, todavía no hace 10 o 15 años, ese territorio era indio. Allí no podía ir ningún blanco enamora, porque le daban candela. Allí las mujeres que habían eran pa' ellos. De aquí fue un hermano de Yiti que se llama Ubenildo, y se enamoró en Caridad de los Indios, y ¿quiere saber?, se llevó a una india, ¡pero una india! y lo agarraron los indios y ¡le dieron una pulía!, que lo pusieron a millón. Allí no había quien se metiera... nada más que ellos. Y de eso, hace poco.



Fig. 60 Virginia Mosqueda,
Patana Arriba, Maisí,
Guantánamo
Foto Tamara Gispert

Hasta que un día Narciso mandó a que se pusieran unos guineos maduros en un claro y se comieran unos cuantos; después se retiraron y dejaron un racimo allí. Se pusieron en guardia, ocultos dentro del monte. Al rato sintieron que había alguien en los guineos y rompieron a correr y lo que atraparon fue, ¡una india! Eso era lo que los vigilaba, eran los indios que todavía quedaban por aquí. Y bueno a esa india la enseñaron a hablar y Narciso la hizo su esposa y le pusieron Carmen. Claro, hay gente que no cree en esta versión y dicen que Narciso ya traía a Carmen desde Yara donde se habían casado. Pero yo pienso que sea cual fuere la historia, la familia Mosqueda surgió así en La Patana, de un español con una india...

Ellos le pusieron el nombre al lugar porque aquí abundaban las matas de patana, que son grandes y con unas espigas amarillosas, de ahí el nombre de La

Bueno que por favor, acabaron con los indios, se acabó todo. Si quedan ya están mezclados, pero indios, indios, ya no quedan. Esas son generaciones que se siguieron; y como quiera se tienen que ir acabando, tarde o temprano se van menoscabando, y llegó el momento en que ellos desaparecieron, igual que cuando nos llegue el tiempo de nosotros desaparecer. Con la continuación de los años fueron muriendo los que quedaron... pero mi papá era más indio que otra cosa...

Después de los indios, Narciso Mosqueda fue el primer cacique de La Patana. Era español con los ojos azules, de pelo castaño. Cuentan sus rivales que Narciso vino aquí porque venía huyendo del barrio de Yara, en la desembocadura del río Miel, donde había cometido algunas fechorías. Otros dicen que él, lo que no quería participar en la Guerra del 68 y se convirtió en desertor del Ejército Español. El caso es que vino con un hermano de por la Jalda del Macho, en Vertientes. Se internó en La Patana por primera vez, empezando a abrir campos y trasladando desde Vertientes algunos frutos menores. Así caminando por la zona, sentían que algo los vigilaba desde el monte, pero aquello se huía nada más que ellos intentaban averiguar qué era.

Patana. Aquí quedó encerrada la familia, entre estos montes, y no salían a nada pa' que a los jóvenes no los fueran a coger pa' prestar servicio al gobierno español. Yo creo que en eso influyó Carmen, mi bisabuela, pues como los españoles habían hecho tanto daño a los indios, ella no quería verlos ni en pintura; aunque Narciso también era, al parecer, un hombre justo, honrado pero recio. Y esa educación dió sus frutos porque aquí, en la familia también tuvimos mambises...

Cuando la Guerra del 95, los españoles radicados en Sabana y Pueblo Viejo, trataban de abrirse paso hacia Gran Tierra, pero la guerra entre España y Cuba se había puesto "al rojo", y ellos haciendo cuerpos de voluntarios, arrastraron a nativos y mestizos hacia los rincones más recónditos y difíciles de andar.

Ya los españoles estaban haciendo un puente, que allí están los cimientos, en la parte más estrecha del río Maya, en la tercera terraza, pa' trasladarse con animales y medios; pero ya en la margen Sur, hacia la Mesa de La Papaya, habían insurrectos. Los hijos de Narciso miembros del Ejército Libertador eran Víctor y Aquilino. A Víctor lo mataron en un combate cuando se trasladaba a llevar un mensaje, en la vuelta de Pueblo

Viejo, y Aquilino sí sobrevivió y murió de viejo como veterano de la Guerra.

Aquí cuentan los viejos que otro hijo de Narciso, Cecilio, como a los 16 años fue a Vertientes a un mandado de su padre y la tropa española lo hizo prisionero. Lo llevaron al cuartel que tenían en Sabana y lo mandaron a sentar en el patio de atrás que no estaba tan vigilado. Apenas se sentó, salió escurridizo y la emprendió a correr y no paró hasta La Patana de donde no salió más hasta que la guerra se acabó...

Cuando el viejo Narciso se murió, el cacicazgo lo heredó su hijo Sixto, aunque las tierras se las repartieron entre él, Fermín y Cecilio; y fíjese que ellos eran más hermanos, pero Narciso solo les dió las tierras a esos tres. ¡Ese viejo era del diablo! Sixto fue el que cambió todo esto después que Harrington se fue. Como el americano ya había abierto un camino, vaya, una trocha hacia Gran Tierra, Sixto aprovechó y lo hizo más grande, y con Fermín el arriero, introdujeron en estas tierras, primero el guineo que aquí se daba bien y después cuando ese comercio decayó, sembraron café que es lo que se dá ahora. Pero aún así, La Patana siempre fue un monte aislado, lleno de cosas raras de este mundo y del más allá, como los aparecidos y las luces que salían de noche representando a las almas en pena...

Pero lo más grande aquí en todos los tiempos, fue la llamada Vosió de Ovando. Oiga, eso hacía correr 18, 20 hombres, lo que fuera. ¡Allí no había valoroso que se resistiera! Eso usted salía, de aquí pa' la costa, o bien pa' la Cueva de los Bichos y cuando estaba en la base del farallón pa' buscar agua en la cueva, le hacían así una tremenda bulla: "¡Hey!, ¿quién é?, ¡justé no tiene agua aquí!, ¡pa' fuera!, ¡pa' fuera!", y tenía que salir pa' fuera si no era hombre de verdad, ¿sabe como é?...

Otras veces cuando los hombres iban a matar palomas, en la Mesa del Mar, que tiene unos charrascales de mucha semilla que las palomas torcazas vienen a comer. Entonces usted llegaba y sentía una voz que le decía: "¡Oye!, ¡fíjate!, en el hilacho donde estás tú se va a posar una paloma", ¡y ahí está la paloma! ¡Eso no tenía piedad en la Historia! Entonces la Vosió le decía: "¡Y fíjate lo que va pa' allá!". Y en el paredón se sentía un viento fuerte de torbellino, y vuelta, y vuelta y vuelta; oiga había que tenerlo bien puesto pa' resistir aquello. Y cuando no, le decía: "¡Pa' donde estás tú voy yo!", y ahí viene aquel temporal de viento, y había que darle duro a los pies porque te traía hasta La Patana, echándole una clase de gritos, ahí junto contigo...

Una vez Eloy Mosqueda, mi papá, venía de envuelta de Ovando y cuando eso, allí en un picote arriba del farallón, siente una voz de mujer que decía: "¡Ay, ay, ay!". Los que venían con él, que eran Periche y el di-

funto Benito, le dicen: "Eloy, esa es la Vosió". Entonces mi papá dijo: "Así que la Vosió, ¡ven que te voy a coger...!". Vaya, que le dijo que la iba a forzar, ¿sabe como é? Se lo dijo y como por dos o tres veces. Y oiga, ¡que mal le cayó a la Vosió eso!

Eloy cayó con una gravedad, ¡pero con una gravedad!, y no había médico que le encontrara remedio, y él grave, muriéndose, virando los ojos y boqueando. Y todo el mundo aclamando por los espiritistas, y al final vino uno, Pedro Macequío, de Casimba. Entonces viene y le dice a mi papá: "¡Hay compadre cará!, dígame una cosa, ¿qué fue lo que le pasó allá, cuando usted venía de Ovando?". Y mi papá no le dijo nada. "Sí, sí, dígame, no tenga pena decirme". Eloy no tuvo más remedio que contarle y Macequío le dijo: "¡Ah, usted ve!, eso es pa' que usted no le conteste así a una mujer; yo le voy a quitar eso pero, ¡vaya a ver otro día que hace usted, que no lo ha matado porque es verdad que no lo necesita todavía!". Le hizo unas oraciones y felizmente lo curó... Pero esa Vosió era algo terrible, tenía a la gente correteando el día completo, asustándolos. De eso hace ya unos 25 o 30 años. Después de la Revolución, todavía asustaba, pero cuando llegó el maestro, se fue alejando y alejando hasta que no volvió ha aparecérselo a nadie más. Ahora usted puede dormir por ahí, que no oye nada. Puede oír algo, pero seguro que es un jíbaro...

Fig. 61 Niña de Patana Arriba,

Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert





Terrazas de La Patana,
Maisí, Guantánamo

Foto Tamara Gispert

EPÍLOGO

Los rápidos y radicales procesos de transformación sociocultural llevados a cabo por el proceso social cubano en las zonas rurales en estos últimos 50 años, han cambiado totalmente la fisonomía y vida campesinas; y esto sin duda ha influido en los mecanismos de identidad cultural y de tradición oral como sostén de la misma. La alfabetización, el cese del aislamiento secular, el acceso a bienes y servicios nuevos, el acercamiento a manifestaciones culturales hasta el momento desconocidas, entre otras, marcan este nuevo período. Nuevos valores son incorporados a la identidad, y otros ya viejos son desechados. Las comunidades antes aisladas salen al “mundo exterior” donde captan “otras realidades”; la lengua cede paso al texto omnipresente y algunas tradiciones se pierden o se transforman.

En este marco nacional cobran especial interés las investigaciones sobre la supervivencia de la cultura indígena en este tipo de poblaciones, pues las mismas son las receptoras más “puras” de ese legado y se encuentran amenazadas de desaparecer o ser transformadas por el implacable brazo de la modernidad. Hablando en términos culturales, ellas son genuinas representantes de un período que ha pasado como huérfano en nuestras historias generales.

La tarea que tienen por delante historiadores, arqueólogos y antropólogos es ardua. Desde la historia es necesario indagar aun más en la documentación del proceso de conformación de las reservaciones indígenas y su pérdida ante los mecanismos de poder colonial. Otro aspecto es dilucidar el proceso de formación de núcleos marginales de pobladores descendientes de indígenas y su inserción en las economías regionales.

A los arqueólogos les corresponde, antes que nada, la adopción de un concepto explícito de cultura arqueológica que les permita trabajar, describir y explicar de manera coherente la diversidad social que presentó nuestro país en tiempos precolombinos. La refinación de los métodos y procedimientos de investigación en campo y gabinete es impostergable. La disciplina tiene mucho que aportar a los estudios de los procesos de transculturación de los indígenas con el resto de los grupos sociales componentes de la actual nación cubana.

La oralidad parece ser uno de los últimos reductos de la cultura aborígen en Cuba. Por su carácter efímero y frágil debe ser investigada, registrada y difundida para su preservación, tal vez este sea el mayor reto para los antropólogos en relación con el tema que he tratado en la obra. Como planteó Joel James:

En términos culturales, nada se pierde. Lo a veces considerado perdido no son más que expresiones en espera de ser registradas, de aspectos del mundo que aguardan ser vueltos a sentir, porque todo lo que pueda constituir material de la cultura ha tenido que ser previamente objeto de ocupación humana. Toda huella que haya dejado el hombre en la tierra, está en la tierra, lo que quizás aún nuestros ojos no se hayan detenido en ella. ¿Puede haberse extinguido la población autóctona a lazo, sangre y candela, sin dejar un rastro –un sollozo, un alarido, una maldición al cielo– en nuestra memoria como pueblo? (James 1988)

BIBLIOGRAFÍA

- ALAYO, PASTOR Y LUIS R. HERNÁNDEZ
1987 *Atlas de las Mariposas Diurnas de Cuba. (Lepidoptera: Rhopalocera)*, Ed. Científico Técnica, La Habana, 148 págs.
- ALEGRÍA, E. RICARDO
1983 *Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies*, Yale University Publications in Anthropology no.79, New Haven, 185 págs.
- ARROM, JOSÉ JUAN
1983 "La Lengua de los Taínos: Aportes Lingüísticos al Conocimiento de su Cosmovisión", en *La Cultura Taína*, Biblioteca del V Centenario, Madrid, 185 págs.
- BARREIRO, JOSÉ
2004 "Beyond the Myth of Extinction: The Hatuey Regiment", en KACIKE: The Journal of Caribbean Amerindian History and Anthropology (on-line), <http://www.kacike.org/Barreiro.html>, 22 de abril de 2006
- BATE PETERSEN, LUIS FELIPE
1978 *Sociedad, Formación Económico Social y Cultura*, Ediciones de Cultura Popular, México, 209 págs.
1998 *El proceso de Investigación en Arqueología*, Ed. Crítica, Barcelona, España, 278 págs.
- BERNAL VALDÉS, SERGIO
1991 *Las Lenguas Indígenas de América y el Español de Cuba*, Ed. Academia, t. 1, La Habana, 353 págs.
- BROMLEY, YURI
1986 *Etnografía Teórica*, Ed. Nauka, Moscú, 287 págs.
- CAPOTE LLANO, SALVADOR
1983 *Mi Tesoro es Cuba. Joyas de la Ciencia y la Naturaleza*, Ed. Científico Técnica, La Habana, 157 págs.
- CHANLATTE BAIK, LUIS E IVONNE NARGANES STORDE
1986 *Proceso de Desarrollo de los Primeros Pobladores de Puerto Rico y Las Antillas*, San Juan, Puerto Rico
- CEDISAC
1995 *CD-ROM Taíno*, Centro de Antropología, La Habana.
- CELAYA, MIRIAM Y PEDRO P. GODO
2000 "Llora-lluvia: Expresiones Mítico-Artísticas en la Alfarrería Aborígen", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.4, pp.70-84
- CITMA
2001 "Situación Ambiental Cubana, 2001", Agencia de Medio Ambiente, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medioambiente, La Habana, 56 págs.
- CÓRDOVA ARMENTEROS, PABLO
1995 "Pesca Indocubana De Guaicanes, Guacanes, Bubacanes y de Corrales se trata", Ed. Academia, La Habana, 12 págs.
- COSCULLUELA Y BARREDA, JOSÉ ANTONIO
1965 *Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata, Memorias de un Ingeniero*, Comisión Nacional de la UNESCO, La Habana, 331 págs.
- CURET SALIM, ANTONIO
1992 "House Structure and Cultural Change in the Caribbean: Three Case Studies from Puerto Rico", en *Latin American Antiquity*, vol. 3, no.2, pp.160-174
1996 "Ideology, Chiefly Power, and Material Culture: an Example from the Greater Antilles", en *Latin American Antiquity*, vol.7, no.2, pp.114-131
- 2002 "Catálogo del Centro Ceremonial Indígena de Tibes", Fundación Puertorriqueña de las Humanidades y National Endowment for the Humanities, Ponce, 47 págs.
- 2003 "Issues on the Diversity and Emergence of Middle-Range Societies of the Ancient Caribbean: A Critique", en *Journal of Archaeological Research*, vol. 11, no. 1, pp. 1- 42
- 2005 "Caribbean Paleodemography. Population, Cultura History, and Sociopolitical Processes in Ancient Puerto Rico", The University of Alabama Press, 271 págs.
- 2006 "Las Crónicas en la Arqueología de Puerto Rico y del Caribe", en *Caribbean Studies*, vol. 34, no. 1, pp. 163-199
- DACAL MOURE, RAMÓN
1972 "Notas sobre las Figurinas Araucas de la Prehistoria Cubana", en *Revista de la Universidad de la Habana*, La Habana, no. 196-197, pp. 85-116
1980 "De los Ciboneyes del Padre Las Casas a los Ciboneyes de 1966", *Revista de la Universidad de la Habana*, La Habana, no. 211, pp. 6-41
2006 *Historiografía Arqueológica de Cuba*, Ed. Asesor Pedagógico S.A., México, 119 págs.
- DACAL MOURE, RAMÓN Y MANUEL RIVERO DE LA CALLE
1986 *Arqueología Aborígen de Cuba*, Ed. Gente Nueva, La Habana, 174 págs.
1996 *Art and Archaeology of Pre-Columbian Cuba*, University of Pittsburg Press, Pittsburg, USA, 134 págs.
- DE LA TORRE Y HUERTA, CARLOS
1890 "Conferencia Científica", *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. 27, La Habana, pp. 325-343
- DELGADO LEONEL, SILVIA ANGELBELLO Y SANTIAGO SILVA
2000 "Primer Reporte de Semillas Quemadas de Maní en el Residuario Birama", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.4, pp. 40-44
- DELPUECH, ANDRÉ Y CORINNE L. HOFMAN
2004 *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean, Paris Monographs in American Archaeology 14*, BAR International Series 1273, Archaeopress, Oxford, 329 págs.
- DOMÍNGUEZ, LOURDES
1991 *Arqueología del Centro-Sur de Cuba*, Ed. Academia, La Habana, 102 págs.
- DOMÍNGUEZ, LOURDES; JORGE FEBLES Y ALEXIS RIVES
1994 "Las Comunidades Aborígenes de Cuba", en *Historia de Cuba, La Colonia Evolución Socioeconómica y Formación Nacional de los Orígenes hasta 1867*, cap. 1, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política, La Habana, pp.5-57
- DRENNAN, ROBERT Y CARLOS URIBE
1987 *Chiefdoms in the Americas*, University Press of America, 390 págs.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, MARTÍN
1999 *Viajes de Cristóbal Colón, Viajes Clásicos*, Espasa Calpe, Madrid, 286 págs.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO
1853 *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid, t. I, 531 págs.

- 1975 *Sumario de la Natural Historia de la Indias*, Colección Fabio Lozano y Lozano, Santa Fé de Bogotá.
- FERNÁNDEZ ORTEGA, RACSO Y JOSÉ GONZÁLEZ TENDERO
2001 *El Enigma de los Petroglifos Aborígenes de Cuba y el Caribe Insular*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 96 págs.
- FEWKES, JESSE WALTER
1904 "Prehistoric Culture of Cuba", en *American Anthropologist*, vol. 6, no. 5, pp.585-598
- GÁNDARA VÁSQUEZ, MANUEL
1992a "El Análisis de Posiciones Teóricas: Aplicaciones a la Arqueología Social", en *Boletín de Antropología Americana*, no. 27, julio, México, pp. 5-20.
2003 "La Adopción de Teorías en Antropología y Arqueología Latinoamericanas", en Unay Runa, *Revista de Ciencias Sociales*, Instituto Cultural Runa, no.6, pp.15-18
- GARCÍA ARÉVALO, MANUEL
1978 "Influencias de la Dieta Indo-hispánica en la Cerámica Taína", en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo, año 7, no. 9, pp.15-30
- GONZÁLEZ ALONSO, HIRAM
2002 *Aves de Cuba*, Instituto de Ecología y Sistemática, UPC Print, Vaasa, Finlandia, 161 págs.
- GOODMAN, WALTER
1965 *Un Artista en Cuba*, Colección Viajeros, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 308 págs.
- GUARCH DELMONTE, JOSÉ M.
1978 *El Taíno de Cuba. Ensayo de Reconstrucción Etno-histórica*, Instituto de Ciencias Sociales, Dirección de Publicaciones Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 263 págs.
1987 *Arqueología de Cuba. Métodos y Sistemas*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 103 págs.
1990 *Estructura para las Comunidades Aborígenes de Cuba*, Colección de la Ciudad, Ediciones Holguín, 78 págs.
1994 "Yaguajay Yucayeque Turey", Ediciones Holguín y Publicigraf, Holguín, 44 págs.
- HARRINGTON, MARK RAYMOND.
1935 *Cuba Antes de Colón*, traducción de Adrián del Valle y Fernando Ortiz, Colección de Libros Cubanos, vol. XXXII, t. 1, Cultural S.A., 290 págs.
- HERRERA FRITOT, RENÉ
1964 *Estudio de las Hachas Antillanas. Creación de Índices Axiales para los Petaloides*, Departamento de Antropología, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias, La Habana, 146 págs.
- HERRERA FRITOT, RENÉ Y CHARLES LEROY YOUMANS
1946 *La Caleta: Joya Arqueológica Antillana*, Ed. Siglo XX, La Habana, 160 págs.
- HERNÁNDEZ GODOY, SILVIA
2002 "Los Estudios Arqueológicos y la Historiografía Aborigen de Cuba (1847-1922)", Tesis de Maestría, Universidad de La Habana, inédita
- IBARRA, JORGE
1979 "Las Grandes Sublevaciones Indias desde 1520 hasta 1540, y la Abolición de las Encomiendas", en *Aproximaciones a Clío*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, pp. 3-38
- JAMES FIGAROLA, JOEL
1988 *En las Raíces del Árbol*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 118 págs.
- JARDINES MACÍA, JUAN Y JORGE CALVERA
1999 "Estructura de Viviendas Aborígenes en Los Buchillo-nes", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.3, pp. 44-52
- JIMÉNEZ PÉREZ, REINALDO, SANTIAGO SILVA GARCÍA Y ORLANDO ÁLVAREZ DE LA PAZ
2004 "Elementos Superestructurales Aborígenes en el Sitio Toma de Agua", en *Revista de Historia y Patrimonio Siga la Marcha*, Sancti Spiritus, pp. 44-46
- JIMÉNEZ VÁZQUEZ, OSVALDO
1997 "La Biaya o Bambiaya de los Indocubanos", en *Revista El Pitirre*, vol. 10, no. 3, pp. 96-97
- JUORAVLEVA, IRINA Y NOEMÍ GONZÁLEZ
2000 "Las Variaciones Climáticas y la Reutilización del Espacio Habitacional a través de la Alfarería Aborigen", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, No. 4, pp. 35-39
- JUORAVLEVA, IRINA Y GABINO DE LA ROSA
2003 "La Tecnología del Burén y la Elaboración Final del Casabe", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.7, pp. 86-92
- KEEGAN, WILLIAM
2000 "West Indian Archaeology, 3: Ceramic Age", *Journal of Archaeological Research*, no. 4, pp. 265-294
- KEEGAN, WILLIAM Y RENIEL RODRÍGUEZ RAMOS
2004.- "Sin Rodeos", en *Revista El Caribe Arqueológico*, no. 8, Santiago de Cuba, pp. 8-13
- LAS CASAS, BARTOLOMÉ
1995 *Historia de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, Cuarta Reimpresión, 3 t., México D.F.
- LE RIVEREND BRUSONE, JULIO
1992 *Problemas de la Formación Agraria de Cuba Siglos XVI-XVII*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 296 págs.
- LOVÉN, SVEN
1935 "Origins of the Taínan Culture, West Indies", 2da. edición, Göteborg, 696 págs.
- LUMBRERAS, LUIS GUILLERMO
2005 *Arqueología y Sociedad*, Enrique González y Carlos del Águila Editores, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 320 págs.
- MARTÍ PÉREZ, JOSÉ
1985 *Diario de Campaña*, Edición facsimilar, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 110 págs.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, PEDRO
1944 *Décadas del Nuevo Mundo*, Colección de Fuentes para la Historia de América, década I, libro II, cap. V, Bajel, Buenos Aires.
- MOREIRA DE LIMA, LILLIÁN
1999 *La Sociedad Comunitaria de Cuba*, Ed. Félix Varela, La Habana, 201 págs.
2003 "¿Hubo Cacicazgos en la Mayor de Las Antillas?", en *Revista Catauro, Revista Cubana de Antropología*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, año 5, no.8, pp. 144-158

MOSCOSO, FRANCISCO

1986 *Tribu y Clases en el Caribe Antiguo*, Serie Científica, no. 23, Universidad Central del Este, vol. LXIII, San Pedro de Macorís, República Dominicana, 518 págs.

1999 *Sociedad y Economía de los Taínos*, Ed. Edil, Puerto Rico, 147 págs.

NEWSOM, LEE A. Y KATHLEEN DRAGAN

1994 "Zea mays in the West Indies: The Archaeological and Early Historic Record." en *Corn and Culture in the Prehistoric New World*, editado por S. Johannessen y C. A. Hastorf. Boulder, Westview Press., pp. 203-218

NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO

1982 *Cuba: La Naturaleza y el Hombre. El Archipiélago*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 691 págs.

1984 *Cuevas y Carso*, Editora Militar, La Habana, 431 págs.

ORTIZ FERNÁNDEZ, FERNANDO

1935 *Historia de la Arqueología Indocubana*, Ed. Cultural S.A., La Habana.

1943 *Las Cuatro Culturas Indias de Cuba*, Biblioteca de Estudios Cubanos, vol. 1, La Habana, 176 págs.

OSTAPKOWICZ, JOANNA M.

1997 "To Be Seated with 'Great Courtesy and Veneration': Contextual Aspects of the Taíno Duho", en *Taíno Pre-Columbian Art and Culture from the Caribbean*, The Monacelli Press y Museo del Barrio, New York, pp. 42- 67

PANÉ, RAMÓN

1990 *Relación Acerca de las Antigüedades de los Indios*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 148 págs.

PENDERGAST, DAVID.; JORGE CALVERA; JUAN JARDINES, ELIZABETH GRAHAM Y ODALYS BRITO

2003 "Construcciones de Madera en el Mar. Los Buchillones, Cuba." en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.7, pp.24-32

PETERSEN, JAMES B., CORINNE L. HOFMAN Y ANTONIO CURET

2004 "Time and Culture: Chronology and Taxonomy in the Eastern Caribbean and the Guianas", en *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*, Paris Monographs in American Archaeology 14, BAR International Series 1273, Archaeopress, Oxford, pp.17-32

PICHARDO MOYA, FELIPE

1945 "Los Indios de Cuba en sus Tiempos Históricos", Imprenta Ed. Siglo XX, La Habana.

1956 *Los Aborígenes de Las Antillas*, Fondo de Cultura Económica, México, 140 págs.

1990 *Caverna, Costa y Meseta. Interpretación de Arqueología Indocubana*, (reedición), Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 152 págs.

PICHARDO VIÑALS, HORTENSIA

1965 *Documentos para la Historia de Cuba. (Época Colonial)*, Editora del Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 467 págs.

1984 *Las Ordenanzas Antiguas Para los Indios. Las Leyes de Burgos. 1512*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 107 págs.

PINO, MILTON

1995 "Actualización de Fechados Radiocarbónicos de Sitios Arqueológicos de Cuba hasta Diciembre de 1993", Departamento de Arqueología, Ed. Academia, La Habana.

PORTUONDO, FERNANDO

1977 *El Segundo Viaje de Descubrimiento*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 108 págs.

POSE, JUAN, RICARDO SANPEDRO Y MIRIAM CELAYA

1989 "Contribución al Estudio de la Domesticación de Roedores en la Época Prehispánica mediante el Análisis de Tomografía Axial Computarizada, Rayos X y Exámenes Microscópicos de Evidencias Óseas", en *Anuario de Arqueología 1988*, Ed. Academia, La Habana, pp.70-79

REY BETANCOURT, ESTRELLA

1970.- "Particularidades de la Desintegración de las Comunidades Primitivas Cubanas", Serie Antropológica, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, no.5, 22 págs.

2003.- "Algunos Aspectos Socioeconómicos de Cuba Colonial Temprana (1512-1555)", en *Catauro Revista Cubana de Antropología*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, año 5, no.8, pp.75-90

RIVERO DE LA CALLE, MANUEL

1966 *Las Culturas Aborígenes de Cuba*, Editora Universitaria, La Habana, 194 págs.

1978 "Supervivencia de Descendientes Indoamericanos en la Zona de Yateras, Oriente", en *Cuba Arqueológica*, t. I, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, pp.149-175

1980 "Aportes de Fermín Valdés Domínguez a la Espeleología, Arqueología y Antropología Cubanas", *Revista Santiago*, no. 38-39 (junio-septiembre), Santiago de Cuba, pp. 91-108.

RIVERO DE LA CALLE, MANUEL Y MIGUEL A. PUIG-SAMPER

1992 "Aportes de Miguel Rodríguez Ferrer a la Antropología Cubana", en *Revista de Indias*, vol. LII, no. 194, pp.195-201

RIVES PANTOJA, ALEXIS

1990 "El Censo Arqueológico de Cuba", *Carta Informativa*, no. 1, época III, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

RODRÍGUEZ ARCE, CÉSAR

2003 "Estimación de la Estatura de los Esqueletos del Cementerio Aborigen Chorro de Maíta, Holguín, Cuba", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no. 7, pp.86-92.

RODRÍGUEZ FERRER, MIGUEL

1876 *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*, t. 1, Imprenta de J. Noguera, Madrid.

RODRÍGUEZ SUÁREZ, ROBERTO Y JAIME R. PAGÁN JIMÉNEZ

2004 "Primeras Evidencias Directas del Uso de Plantas en la Dieta de los Grupos Agroalfareros del Oriente de Cuba", Ponencia presentada en el IX Simposio Román Piña Chan, Museo Nacional de Antropología, México, D.F., inédita, 24 págs.

RODRÍGUEZ SUÁREZ, ROBERTO Y JAIME R. PAGÁN JIMÉNEZ

2006 "El Burén en la Arqueología Precolonial Cubana: Nueva Información Acerca del Uso de Plantas y Planchas de Barro Durante la Tardía Era Cerámica del Oriente de Cuba a través del Análisis de Almidones", en *Revista Catauro*, Fundación Fernando Ortiz, no.10, año 5, La Habana, [en prensa]

RODRÍGUEZ SUÁREZ, ROBERTO Y ALEJANDRO TERRAZAS MATA

2003 "Presencia de Huellas de Corte como Evidencia de Traumatismo Mortuorio en un Cráneo Agroalfarero del Oriente de Cuba", en *Estudios de Antropología Biológica*, México, no. XI, pp.1019-1035

- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO
1961 *Revalorización de la Historia de Cuba por los Congresos Nacionales de Historia*, segunda edición, Oficina del Historiador de La Habana, La Habana, 288 págs.
- ROUSE, IRVING BENJAMIN
1942 "Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba", New Haven, Yale University Publications in Anthropology, no.26, 184 págs.
1992 *The Tainos. Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*, Yale University Press, New Haven and London, 211 págs.
- SANOJA OBEDIENTE, MARIO
1979 "Una Respuesta del Dr. Mario Sanoja al Doctor Ernesto E. Tabío", en *Revista Revolución y Cultura*, no. 86, pp. 72-73
- SIEGEL, PETER
1989 "Site Structure, Demography, and Social Complexity in the Early Ceramic Age of the Caribbean", en *Early Ceramic Population Lifeways and Adaptive Strategies in the Caribbean*, Peter Siegel editor, BAR International Series 506, Oxford, pp. 193-245
- SILVA LEE, ALFONSO
1984 *Chipojos, Bayoyas y Camaleones*, Ed. Científico Técnica, La Habana, 84 págs.
- SILVA TABOADA, GILBERTO
1979 *Los Murciélagos de Cuba*, Ed. Academia, La Habana, 423 págs.
- TABÍO PALMA, ERNESTO
1978 "La Comunidad Primitiva ¿Uno o Varios Modos de Producción?", en *Revista Revolución y Cultura*, La Habana, no. 73, pp. 7-13.
1984 "Nueva Periodización para el Estudio de las Comunidades Aborígenes de Cuba", *Revista Islas*, no. 78, Universidad Central de Las Villas, pp. 37-51.
1989.- "Arqueología Agricultura Aborigen Antillana", Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 137 págs.
- TABÍO PALMA, ERNESTO Y ESTRELLA REY BETANCOURT
1979 "Prehistoria de Cuba", Ed. de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 234 págs.
- TABÍO PALMA, ERNESTO Y JOSÉ MANUEL GUARCH DELMONTE
1966 "Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba", Departamento de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 83 págs.
- TORRES ETAYO, DANIEL
2004 "La Arqueología Cubana en la Encrucijada: la Teoría o la Empiría", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, no.8, pp.2-7
2006a.-"La Micropografía como Procedimiento Observacional en Arqueología", *Tesis de Maestría*, Instituto Cubano de Antropología, inédita, 87 págs.
2006b "Arqueología en Revolución, ¿Revolución en Arqueología?", Ponencia presentada en el Encuentro Ameroibérico de Arqueología Social, inédita, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 24 agosto, México D.F.
- TORRES DANIEL, RAMÓN DACAL Y MAYA CAPABLANCA
2001 "Evaluación del Patrimonio Arqueológico Aborigen del Municipio Maisí, Guantánamo", Ponencia presentada en el V Congreso Internacional "Patrimonio Cultural: Contexto y Conservación", CENCREM, abril, inédita.
- TRINCADO FORTÁN, MARIA NELSA; NILECTA CASTELLANOS CASTELLANOS Y GLORIA SOSA MONTALVO
1973 "Arqueología de Sardinero", Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 133 págs.
- WILSON, SAMUEL
1990 *Hispaniola Caribbean Chiefdoms in the Age of Columbus*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 163 págs
- VALCÁRCEL ROJAS, ROBERTO
2000 "Seres de Barro. Un Espacio Simbólico Femenino", en *Revista El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, No.4, pp. 20-34
2002 "Banes Precolombino. La Ocupación Agrícola", Ediciones Holguín, 143 págs.
- VALCÁRCEL ROJAS, ROBERTO Y CÉSAR RODRÍGUEZ ARCE
2003 "Muerte, Desigualdad Social y Jefatura en Chorro de Maíta", en *Catauro, Revista Cubana de Antropología*, Fundación Fernando Ortiz, no.8, año 5, La Habana, pp. 112-124
- VARGAS ARENAS, IRAIDA
1990 "Arqueología, Ciencia y Sociedad", Ed. Abre Brecha, Caracas, 331 págs.
- VARONA, LUIS
1980 *Mamíferos de Cuba*, Ed. Gente Nueva, La Habana, 109 págs.
- VELOZ MAGGIOLO, MARCIO
1991 "Panorama Histórico del Caribe Precolombino", Banco Central de la República Dominicana, 262 págs.
- VELOZ MAGGIOLO, MARCIO Y ELPIDIO ORTEGA
1995 "Punta Cana y el Origen de la Agricultura en la Isla de Santo Domingo", en Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe, Editores Marcio Veloz y Angel Caba, Museo Regional de Altos de Chavón y Organización de Estados Americanos, Santo Domingo, pp.5-8
- VERGARA, RICARDO
1990 "Identificación del 'Tetí' de Baracoa", *Carta Informativa*, no. 4, época III, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- VERSTEEG, A. Y K. SCHINKEL
1992 "The Archaeology of St. Eustatius: The Golden Rock Site", Publication no.2, Historical Foundation St. Eustatius, y no. 130, Foundation for Scientific Research in the Caribbean Region, St. Eustatius, Antillas Holandesas.
- ULLOA HUNG, JORGE Y ROBERTO VALCÁRCEL
2002 *Cerámica Temprana en el Centro del Oriente de Cuba*, Viewgraph, Santo Domingo, 241 págs.

